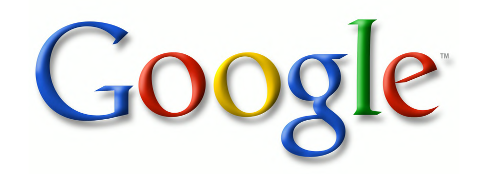
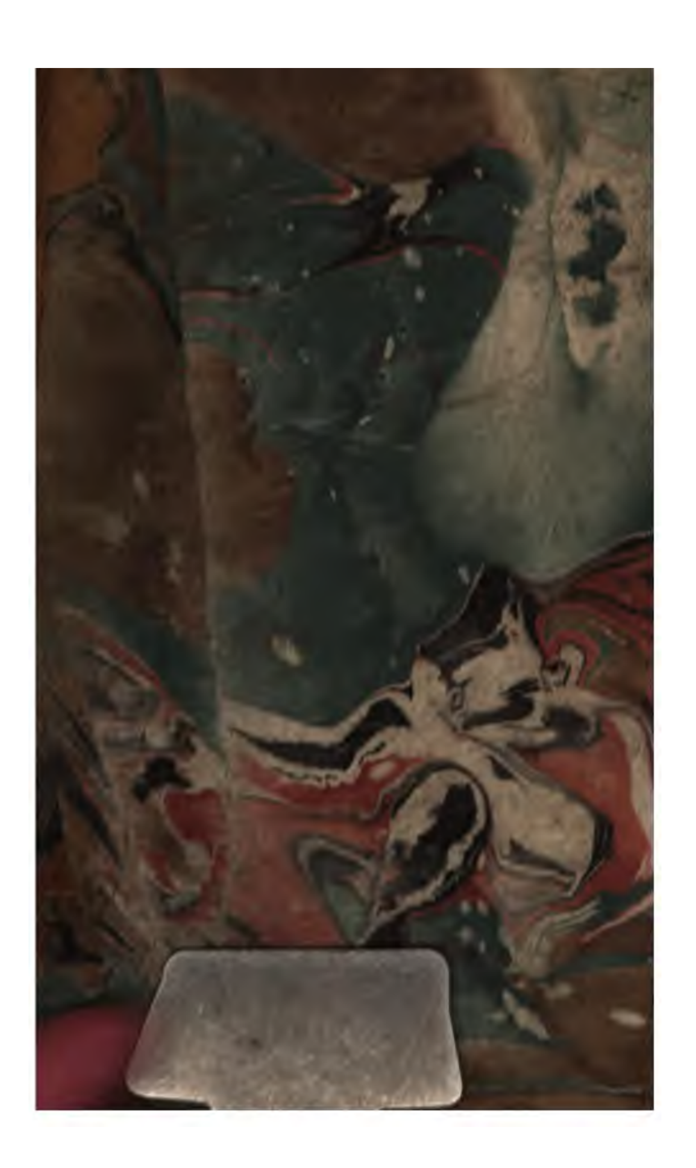
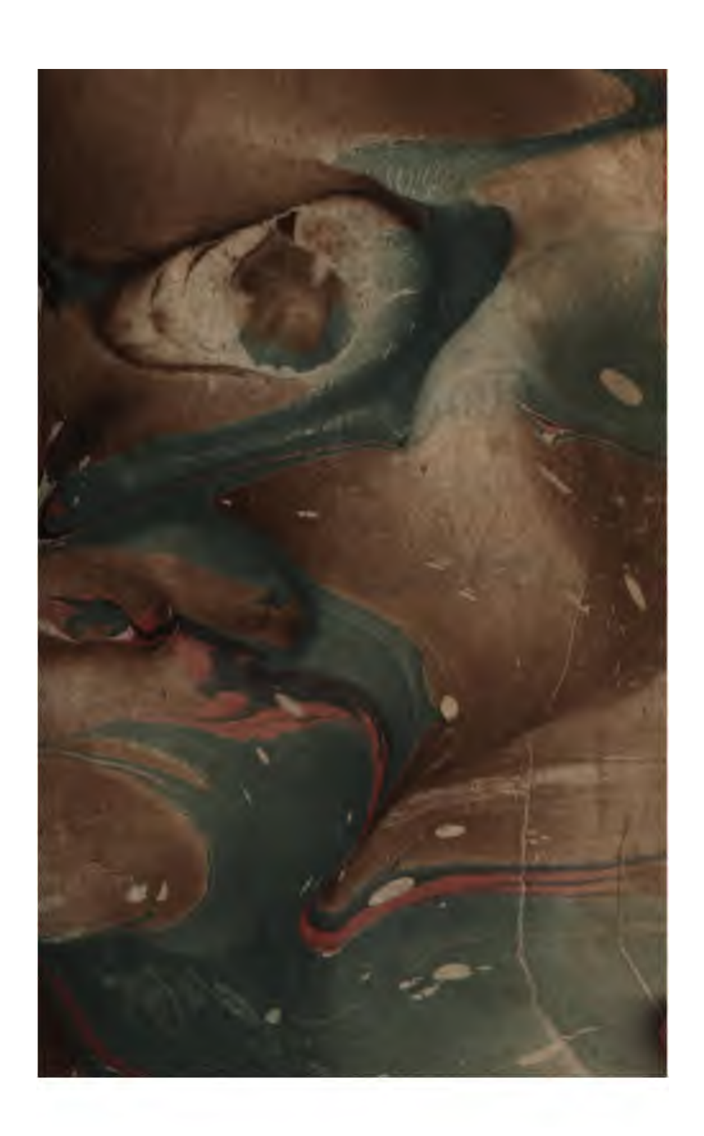










~~Arm.~~ Lib. Hisp

Geo O'Gorman
1824

HISTORIA VERDADERA

DE LA CONQUISTA

DE LA NUEVA ESPAÑA.

HISTORIA VERDADERA

DE LA CONQUISTA

DE LA

NUEVA ESPAÑA.

ESCRITA

POR EL CAPITAN BERNAL DIAZ DEL CASTILLO,
uno de sus Conquistadores.

TOMO III.

EN MADRID
EN LA IMPRENTA DE DON BENITO CANO
Año de 1796.


BODLEIANA BIBLIOTHECA

VERDADERA HISTORIA DE LOS SUCESOS DE LA CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA.

CAPITULO CXXX.

Como fuimos á la provincia de Tepeaca, y lo que en ella hicimos, y otras cosas que pasáron (1).

Como Cortés habia pedido á los Caciques de Tlascala, ya otras veces por mí nom-

(1) En ninguna situacion como en la de esta infeliz retirada, se manifiesta mas el carácter de Cortes; siempre firme su espiritu, y siempre superior á la adversidad, no cedió de sus proyectos; ántes bien redoblando el vigor, se le ve caminar á su empresa sobre otro plan de vasta extension. Para sostener su opinion, y la de su exercito en el concepto de los Americanos, harto menguada despues de la salida de Mexico, determinó las expediciones de que habla Castillo en este, y siguientes capítulos, con el fin de castigar los pueblos y provincias donde hubiesen muerto Españoles, y de preparar la execucion de sus ideas contra el Señorio de Mexico: por los medios del terror, escarmiento, agrado y clemencia, resortes que supo manejar con la mayor destreza, se propuso traer á sí unas Naciones, arrancar otras de la dominacion Mexicana, y valerse de todas para coronar su designio. En una palabra, si se observan desde ahora las ope-

nombrados, cinco mil hombres de guerra, para ir á correr, y castigar los pueblos adoide habian muerto Españoles, que era á Tepeaca, y Cachula, y Tecamachalco, que estaria de Tlascala seis ó siete leguas, de muy entera voluntad tenian aparejados hasta quatro mil Indios: porque si mucha voluntad teniamos nosotros de ir á aquellos pueblos, mucho mas gana tenian el Masse Escaci, y Xicotenga el Viejo, porque les habian venido á robar unas estancias, y tenian voluntad de enviar gente de guerra sobre ellos, y la causa fué esta. Porque como los Mexicanos nos echáron de México, segun y de la manera que dicho tengo en los capítulos pasados que sobre ello hablan, y supiéron que en Tlascala nos habiamos recogido, y tuviéron por cierto, que en estando sanos, que habiamos de venir con el poder de Tlascala á correlles las tierras de los pueblos que mas cercanos confinan con Tlascala: á este efecto enviáron á todas las provincias, adonde sentian que habiamos de ir, muchos esquadrones Mexicanos de guerreros, que estuviesen en guarda y guarniciones: y en Tepeaca estaba la mayor guarnicion

operaciones de Cortés, se echará de ver, que en un estado tan deplorable, formó un plan atrevido, y sin exemplo; y fué segun se llega á entender de la serie de sucesos que se vieron despues, el de bloquear, ó sea estrechar el Imperio de Mexico, que este nombre *doy al proyecto* de quitarle aliados, y recursos aun en *smos vasallos*, hasta reducirle á una angustia, *vera.*

cion dellos. Lo qual supo el Masse Escaci, y el Xicotenga, y aun se temian dellos. Pues ya que todos estabamos á punto, comenzamos á caminar, y en aquella jornada no llevamos artillería, ni escopetas, porque todo quedó en las puentes; é ya que algunas escopetas escapáron, no teniamos pólvora, y fuímos con diez y siete de acaballo, y seis vallestas, y quatrocientos y veinte soldados, los mas de espada y rodela, y con obra de quatro mil amigos de Tlascala, y el bastimento para un dia, porque las tierras adonde ibamos, era muy poblado, y bien bastecidos de maiz, y gallinas, y perrillos de la tierra: y como lo teniamos de costumbre, nuestros corredores del campo adelante, y con muy buen concierto fuímos á dormir obra de tres leguas de Tepeaca. E ya tenian alzado todo el fardage de las estancias, y poblacion por donde pasamos, porque muy bien tuviéron noticia como ibamos á su pueblo: é porque ninguna cosa hiciesemos, sino por buena órden, y justificadamente, Cortés les envió á decir con seis Indios de su pueblo de Tepeaca, que habiamos tomado en aquella estancia, que para aquel efeto, los prendimos, é con quatro sus mugeres, como ibamos á su pueblo, á saber, é inquirir quién, y quántos se halláron en la muerte de mas de diez y ocho Españoles, que matáron sin causa ninguna, viniendo camino para México: y tambien veniamos á saber qué causa

tenian agora nuevamente muchos esquadrones Mexicanos, que con ellos habian ido á robar y saltear unas estancias de Tlascala nuestros amigos: que les ruega, que luego vengan de paz adonde estabamos, para ser nuestros amigos, y que despidan de su pueblo á los Mexicanos, sino, que iremos contra ellos como rebeldes, y matadores, y salteadores de caminos, y les castigaria á fuego y sangre, y los daria por esclavos: y como fuéron aquellos seis Indios, y quatro mugeres del mismo pueblo, si muy fieras palabras les enviáron á decir, mucho mas bravosa nos diéron la respuesta con los mismos seis Indios, y dos Mexicanos que venian con ellos; porque muy bien conocido tenian de nosotros, que á ningunos mensageros que nos enviaban, haciamos ninguna demasía, sino ántes dalles algunas cuentas para atraellos: y con estos que nos enviáron los de Tepeaca, fuéron las palabras bravosas dichas por los Capitanes Mexicanos, como estaban vitoriosos de lo de las puentes de México: y Cortés les mandó dar á cada mensagero una manta, y con ellos les tornó á requerir, que viniesen á le ver, y hablar, y que no hubiesen miedo, é que pues ya los Españoles que habian muerto, no los podian dar vivos, que vengan ellos de paz, y se les perdonará todos los muertos que matáron, y sobre ello *se les escribió* una carta: y aunque sabiamos *que no la habian* de entender, sino como

vian

vian papel de Castilla, tenian por muy cierto, que era cosa de mandamiento, y rogó á los dos Mexicanos, que venian con los de Tepeaca, como mensageros, que volviesen á traer la respuesta, y volviéron: y lo que dixéron era, que no pasemos adelante, y que nos volviesemos por donde veniamos, sino que otro dia pensaban tener buenas hartazgas con nuestros cuerpos, mayores que las de México, y sus puentes, y la de Obtumba: y como aquello vió Cortés, comunicólo con todos nuestros Capitanes y soldados, y fué acordado, que se hiciese un auto por ante Escribano, que diese fe de todo lo pasado, y que se diesen por esclavos á todos los aliados de México, que hubiesen muerto Españoles: porque habiendo dado la obediencia á su Magestad, se levantáron, y matáron sobre ochocientos y sesenta de los nuestros, y sesenta caballos, y á los demas pueblos, por salteadores de caminos, y matadores de hombres: é hecho este auto, envióseles á hacer saber, amonestándolos, y requeriendo con la paz: y ellos tornáron á decir, que si luego no nos volviamos, que saldrian á nos matar, y se apercibiéron para ello, y nosotros lo mismo. Otro dia tuvimos en un llano una buena batalla con los Méxicanos, y Tepeaqueños, y como el campo era labranzas de maiz, é maqueyales, puesto que peleaban valerosamente los Mexicanos, presto fuéron desbaratados por los de á caballo, y los que no

los

los teniamos, no estabamos de espacio: pues ver á nuestros amigos los de Tlascala, tan animosos, como peleaban con ellos, y les siguiéron el alcance: allí hubo muertes de los Mexicanos, y de Tepeaca muchos, y de nuestros amigos los de Tlascala tres, y hiriéron dos caballos, el uno se murió, y tambien hiriéron doce de nuestros soldados, mas no de suerte que peligró ninguno. Pues seguida la victoria, allegáronse muchas Indias, y muchachos que se tomáron por los campos, y casas, que hombres no curabamos dellos, que los Tlascaltecas los llevaban por esclavos. Pues como los de Tepeaca viéron, que con el bravear que hacian los Mexicanos que tenian en su pueblo, y guarnicion, eran desbaratados, y ellos juntamente con ellos, acordáron, que sin decilles cosa ninguna, viniesen adonde estabamos: y los recebimos de paz, y diéron la obediencia á su Magestad, y echáron los Mexicanos de sus casas, y nos fuimos nosotros al pueblo de Tepeaca, adonde se fundó una villa, que se nombró la villa de Segura de la Frontera, porque estaba en el camino de la Villa Rica, en una buena comarca de buenos pueblos, sujetos á México, y habia mucho maiz, y guardaban la raya nuestros amigos los de Tlascala; y allí se nombráron Alcaldes y Regidores, y se dió órden en como se corriese los rededores sujetos á México, en especial los pueblos adonde habian muerto Españoles: y allí hiciéron

ba-

hacer el hierro con que se habian de herrar los que se tomaban por esclavos, que era una G. que quiere decir guerra (1). Y desde la villa de Segura de la Frontera corrimos todos los rededores, que fué Cachula, y Tecemechalco, y el pueblo de las Guayavas, y otros pueblos, que no se me acuerda el nombre, y en lo de Cachula fué adonde habian muerto en los aposentos quince Españoles, y en este de Cachula hubimos muchos esclavos, de manera que en obra de quarenta dias tuvimos aquellos pueblos pacíficos y castigados. Ya en aquella sazon habian alzado en México otro Señor por Rey, porque el Señor que nos echó de México, era fallecido de viruelas; y aquel Señor que hiciéron Rey, era un sobrino ó pariente muy cercano de el gran Montezuma, que se decia Guatemuz, mancebo de hasta veinte y cinco años, bien gen-

(1) Justificase este procedimiento de Cortés con sus mismas palabras; „en cierta parte de esta provincia „(Tepeaca) que es donde matáron aquellos diez Es„pañoles, porque los naturales de allí siempre estu„viéron muy de guerra, y muy rebeldes, y por fuer„za de armas se tomáron, hice ciertos esclavos, de „que se dió el quinto á los oficiales de Vuestra Ma„gestad: porque demas de haber muerto á los dichos „Españoles, y rebeládose contra el servicio de vuestra „Alteza, comen todos carne humana; por cuya no„toriedad no envio á vuestra Magestad probanza de „ello. Y tambien me movió á facer los dichos escla„vos, por poner algun espanto á los de Culua, y „porque tambien hay tanta gente, que si no ficiese „*grande, y cruel castigo* en ellos, nunca se emenda„*rian jamas.*„ *Cortés Carta II.*

gentil hombre, para ser Indio, y muy esforzado, y se hizo temer de tal manera, que todos los suyos temblaban dél, y estaba casado con una hija de Montezuma, bien hermosa muger para ser India : y como este Guatemuz, Señor de México, supo como habiamos desbaratado los esquadrones Mexicanos que estaban en Tepeaca, y que habian dado la obediencia á su Magestad del Emperador Cárlos Quinto, y nos servian, y daban de comer, y estabamos allí poblados, y temió, que les correriamos lo de Guaxaca, y otras provincias, y que á todos les atraeriamos á nuestra amistad; envió á sus mensageros por todos los pueblos, para que estuviesen muy alerta con todas sus armas: y á los Caciques les daba joyas de oro, y á otros perdonaba los tributos, y sobretodo mandaba ir muy grandes Capitanes, y guarniciones de gente de guerra, para que mirasen no les entrasemos en sus tierras: y les enviaba á decir que peleasen muy reciamente con nosotros, no les acaeciese como en lo de Tepeaca, adonde estaba nuestra villa doce leguas. Para que bien se entiendan los nombres destos pueblos, un nombre es Cachula, otro nombre es Guacachula. Y dexaré de contar lo que en Guacachula se hizo hasta su tiempo y lugar, y diré, como en aquel tiempo é instante viniéron de la Villa-Rica mensageros, como habia venido un navío de Cuba, y ciertos soldados en él.

CA-

CAPITULO CXXXI.

Como vino un navío de Cuba, que enviaba Diego Velazquez, é venia en el por Capitan Pedro Barba, y la manera que él Almirante que dexó nuestro Cortés por guarda de la mar, tenia para los prender, y es desta manera.

Pues como andabamos en aquella provincia de Tepeaca castigando á los que fuéron en la muerte de nuestros compañeros, que fuéron diez y ocho los que matáron en aquellos pueblos, y atrayéndolos de paz, y todos daban la obediencia á su Magestad, viniéron cartas de la Villa-Rica, como habia venido un navío al puerto, y vino en él por Capitan un hidalgo que se decia Pedro Barba, que era muy amigo de Cortés: y este Pedro Barba habia estado por Teniente del Diego Velazquez en la Habana, y traia trece soldados, y un caballo, y una yegua, porque el navío que traia era muy chico: y traia cartas para Pánfilo de Narvaez, el Capitan que Diego Velazquez habia enviado contra nosotros, creyendo que estaba por él la Nueva-España; en que le enviaba á decir el Diego Velazquez, que si acaso no habia muerto á Cortés, que luego se le enviase preso á Cuba, para envialle á Castilla, que an-

ansi lo mandaba Don Juan Rodriguez de Fonseca Obispo de Burgos, y Arzobispo de Rosano, Presidente de Indias; que luego fuese preso, con otros de nuestros Capitanes; porque el Diego Velazquez tenia por cierto que eramos desbaratados, ó á lo ménos que Narvaez señoreaba la Nueva-España. Pues como el Pedro Barba llegó al puerto con su navío, y echó anclas, luego le fué á visitar, y dar el bien venido el Almirante de la mar que puso Cortés, el qual se decia Pedro Caballero, ó Juan Caballero, otras veces por mí nombrado, con un batel bien esquifado de marineros, y armas encubiertas, y fué al navío de Pedro Barba, y despues de hablar palabras de buen comedimiento, qué tal viene V. merced, y quitar las gorras, y abrazarse unos á otros, como se suele hacer; preguntó el Pedro Caballero por el Señor Diego Velazquez Gobernador de Cuba, que tal queda, y responde el Pedro Barba, que bueno: y el Pedro Barba, y los demas, que consigo traian, preguntan por el Señor Pánfilo de Narvaez, y cómo le va con Cortés: y responden, que muy bien, é que Cortés anda huyendo, y alzado con veinte de sus compañeros, é que Narvaez está muy próspero, é rico, y que la tierra es muy buena: y de plática en plática, le dicen al Pedro Barba, que allí junto estaba un pueblo, que desembarque, é que se vayan á dormir, y estar en él, que les traerán comida, y lo que hubie-

sen menester, que para solo aquello estaba señalado aquel pueblo: y tantas palabras les dicen, que en el batel, y en otros que luego alli venian de los otros navíos que estaban surtos, les sacáron en tierra, y quando los viéron fuera del navío, y tenian copia de marineros junto con el Almirante Pedro Caballero, dixéron al Pedro Barba; sed preso por el señor Capitan Cortés mi señor: y ansi los prendiéron, y quedaban espantados, y luego les sacaban del navío la velas y timon y agujas, y los enviaban adonde estabamos con Cortés en Tepeaca, por los quales habiamos gran placer con el socorro que venia en el mejor tiempo que podia ser, porque en aquellas entradas que he dicho, que haciamos, no eran tan en salvo, que muchos de nuestros soldados no quedabamos heridos, y otros adolescian del trabajo: porque de sangre y polvo que estaba cuajado en las entrañas, no echabamos otra cosa del cuerpo, y por la boca, como traiamos siempre las armas á cuestas, y no parar noches, ni dias; por manera que ya se habian muerto cinco de nuestros soldados de dolor de costado en obra de quince dias. Tambien quiero decir, que con este Pedro Barba vino un Francisco Lopez vecino y Regidor que fué de Guatimala, y Cortés hacia mucha honra al Pedro Barba, y le hizo Capitan de vallesteros, y dió *nuevas* que estaba otro navío chico *en Cuba*, que le queria enviar el Diego

Ve-

Velazquez con cabi y bastimentos: el qual vino dende á ocho dias, y venia en él por Capitan un hidalgo natural de Medina del Campo, que se decia Rodrigo Morejon de Lobera, y traia consigo ocho soldados, y seis vallestas, y mucho hilo para cuerdas, é una yegua: y ni mas ni ménos que habian prendido al Pedro Barba, ansi hiciéron á este Rodrigo de Morejon; y luego fuéron á Segura de la Frontera, y con todos ellos nos alegramos, y Cortés les hacia mucha honra, y les daba cargos: y gracias á Dios ya nos ibamos fortaleciendo con soldados, y vallestas, y dos ó tres caballos mas. Y dexallo he aquí, y volveré á decir lo que en Guacachula hacian los exércitos Mexicanos que estaban en frontera: y como los Caciques de aquel pueblo viniéron secretamente á demandar favor á Cortés para echallos de allí.

CAPITULO CXXXII.

Como los de Guacachula viniéron á demandar favor á Cortés, sobre que los exércitos Mexicanos los trataban mal, y los robaban, y lo que sobre ello se hizo.

Ya he dicho que Guatemuz, Señor que nuevamente era alzado por Rey de México, enviaba grandes guarniciones á sus fronteras, en especial envió una muy poderosa y de mucha copia de guerreros á Guacachula, y otra á Ozucar, que estaba dos ó tres leguas de Guacachula; porque bien temió que por allí le habiamos de correr las tierras y pueblos sujetos á México: y parece ser que como envió tanta multitud de guerreros, y como tenian nuevo Señor, hacian muchos robos y fuerzas á los naturales de aquellos pueblos adonde estaban aposentados, y tantas, que no les podian sufrir los de aquella provincia, porque decian, que les robaban las mantas, y maiz, y gallinas, y joyas de oro, y sobre todo las hijas y mugeres, si eran hermosas, y que las forzaban delante de sus maridos, y padres y parientes; como oyéron decir, que los del pueblo de Cholula estaban todos muy de paz, y sosegados, despues que los Mexicanos no estaban en él, y agora ansi mesmo en lo de Tepeaca, y Te-

camachalco y Cachula, á esta causa viniéron quatro Principales muy secretamente de aquel pueblo, por mí otras veces nombrado, y dicen á Cortés, que envie Teules y caballos á quitar aquellos robos, y agravios que les hacian los Mexicanos, é que todos los de aquel pueblo, y otros comarcanos, nos ayudarian, para que matasemos á los esquadrones Mexicanos: y de que Cortés lo oyó, luego propuso, que fuese por Capitan Christobal de Oli, con todos los mas de á caballo, y vallesteros, y con gran copia de Tlascaltecas, porque con la ganancia que los de Tlascala habian llevado de Tepeaca, habian venido á nuestro Real, é villa, muchos mas Tlascaltecas: y nombró Cortés para ir con el Christobal de Oli á ciertos Capitanes de los que habian venido con Narvaez, por manera que llevaba en su compañía sobre trecientos soldados, y todos los mejores caballos que teniamos. E yendo que iba con todos sus compañeros camino de aquella provincia, pareció ser, que en el camino dixéron ciertos Indios á los de Narvaez, como estaban todos los campos, y casas llenas de gente de guerra de Mexicanos, mucho mas que los de Obtumba, y que estaba allí con ellos el Guatemuz Señor de México, y tantas cosas dicen que les dixéron, que atemorizáron á los de Narvaez, y como no tenian buena voluntad de ir á entradas, ni ver guerras, sino volverse á su isla de Cuba, y co-

como habian escapado de la de México, y Calzadas, y Puentes, y la de Obtumba, no se querian ver en otra como lo pasado; y sobre ello dixéron los de Narvaez tantas cosas al Christóbal de Oli, que no pasase adelante, sino que se volviese, y que mirase no fuese peor esta guerra que las pasadas, donde perdiesen la vidas: y tantos inconvenientes le dixéron, y dabanle á entender, que si el Christóbal de Oli queria ir, que fuese en buen hora, que muchos dellos no querian pasar adelante; de modo que por muy esforzado que era el Capitan que llevaban, aunque les decia, que no era cosa volver sino ir adelante, que buenos caballos llevaban, y mucha gente, y que si volviesen un paso atras, que los indios los ternian en poco, é que en tierra llana era, y que no queria volver, sino ir adelante, y para ello de nuestros soldados de Cortés le ayudaban á decir, que no se volviese, y que en otras entradas, y guerras peligrosas se habian visto, é que gracias á Dios habian tenido vitoria, no aprovechó cosa ninguna con quanto les decian, sino por via de ruegos le trastornáron su seso, que volviesen, y que desde Cholula escribiesen á Cortés sobre el caso, y así se volvió: y de que Cortés lo supo se enojó, y envió á Christóbal de Oli otros dos vallesteros, y le escribió, que se maravillaba de su buen esfuerzo y valentía, que por palabras

 de

de ninguno dexase de ir á una cosa señalada como aquella: y de que el Christŏbal de Olí vió la carta, hacia bramuras de enojo, y dixo á los que tal le aconsejáron, que por su causa habia caido en falta: y luego sin mas determinacion les mandó fuesen con él, é que el que no quisiese ir, que se volviese al Real por cobarde, que Cortés le castigaria en llegando: y como iba hecho un bravo leon de enojo con su gente camino de Guacachula, ántes que llegasen con una legua, le saliéron á decir los Caciques de aquel pueblo, de la manera y arte que estaban los de Culua, y como habia de dar en ellos, y de qué manera habia de ser ayudado: y como lo hubiéron entendido, apercibió los de á caballo, y vallesteros y soldados, y segun y de la manera que tenian en el concierto, da en los de Culua, y puesto que peleáron muy bien por un buen rato, y le hiriéron ciertos soldados, y matáron dos caballos, y hiriéron otros ocho en unas fuerzas y albarradas que estaban en aquel pueblo, en obra de una hora estaban ya puestos en huida todos los Méxicanos: y dicen que nuestros Tlascaltecas que lo hiciéron muy varonilmente, que mataban, y prendian muchos dellos; y como les ayudaban todos los de aquel pueblo y provincia, hiciéron muy grande estrago en los Mexicanos, que presto procuráron retraerse, é hacerse fuertes en otro gran pueblo,

que

que se dixe Ozucar (1), donde estaban otras muy grandes guarniciones de Mexicanos, y estaban en gran fortaleza, y quebráron una puente, porque no pudiesen pasar caballos, ni el Christóbal de Oli, porque como he dicho, andaba enojado, hecho un tigre, y no tardó mucho en aquel pueblo, que luego se fué á Ozucar con todos los que le pudiéron seguir, y con los amigos de Guacachula pasó el rio, y dió en los esquadrones Mexicanos, que de presto los venció; y allí le matáron dos caballos, y á él le diéron dos heridas y la una en el muslo, y el caballo muy bien herido, y estuvo en Ozucar dos dias: y como todos los Mexicanos fuéron desbaratados, luego viniéron los Caciques y Señores de aquel pueblo, y de otros comarcanos á demandar paz, y se diéron por vasallos de nuestro Rey y Señor: y como todo fué pacífico, se fué con todos sus soldados á nuestra villa de la Frontera. Y porque yo no fui en esta entrada, digo en esta relacion, que dicen que pasó lo que he dicho: y nuestro Cortés le salió á recibir y todos nosotros, y hubimos mucho placer: y reiamos de como le habian convocado á que se volviese, y el Christóbal de Oli tambien reia, y decia que mucho mas cuidado tenian algunos de sus minas y de Cuba, que no de las armas: y que juraba á Dios, que no le acaeciese llevar consi-

(1) *Izzucan le llama Cortés.*

sigo, si á otra entrada fuese, sino de los pobres soldados de los de Cortés, y no de los ricos que venian de Narvaéz, que querian mandar mas que no él. Dexemos de platicar màs desto, y digamos como el Coronista Gomara dice en su historia, que por no entender bien el Christóbal de Olí á los Naguatatos é intérpretes, se volvia del camino de Guacachula, creyendo que era trato doble contra nosotros: y no fué ansi como dice, sino que los mas principales Capitanes de los del Narvaez, como les decian otros Indios, que estaban grandes esquadrones de Mexicanos juntos, y mas que en lo de México y Obtumba, y que con ellos estaba el Señor de México, que se decia Guatemuz, que entónces le habian alzado por Rey, como habian escapado tan mal parados de lo de México, tuviéron grande temor de entrar en aquellas batallas, y por esta causa convocáron al Christóbal de Oli, que se volviese, y aunque todavía porfiaba de ir adelante: esta es la verdad. Y tambien dice que fué el mismo Cortés á aquella guerra, quando el Christóbal de Oli se volvia, no fué ansi, que el mismo Christóbal de Oli Maestre de Campo, es el que fué como dicho tengo. Tambien dice dos veces, que los que informáron á los de Narvaez, como estaban los muchos millares de Indios juntos, que fuéron los de *Guaxocingo*, quando pasaban por aquel pueblo. *Tambien* digo que se engañó, porque cla-

claro está, que para ir desde Tepeaca á Cachula, no habian de volver atras por Guaxocingo, que era ir como si estuviesemos agora en Medina del Campo, y para ir á Salamanca, tomar el camino por Valladolid; no es mas lo uno en comparacion de lo otro. Y dexemos ya esta materia, y digamos lo que mas en aquel instante aconteció, é fué que vino un navío al puerto del Peñol, del nombre feo, que se decia el tal de Bernal, junto á la Villa-Rica, que venia de lo de Panuco, que era de los que enviaba Garay, y venia en él por Capitan uno que se decia Camargo, y lo que pasó adelante diré (1).

CA-

(1) Cortés por este tiempo comenzaba ya á percibir los frutos de su política, y ántes de retirarse de la villa de Segura de la Frontera á Tlascala, acudiéron muchos pueblos á prestar vasallage, „viniéron asimis„mo, *dice*, á se ofrecer por vasallos de vuestra Mages„tad, el Señor de una ciudad, que se dice Guaxocingo, „y el Señor de otra ciudad que está á diez leguas „de esta de Izzucan, y son fronteros de la tierra de „México. Tambien viniéron de ocho pueblos de la pro„vincia de Coastoaca, que es una de que en los capitu„los ántes de este hice mencion, que habian visto los „Españoles, que yo envié á buscar oro á la provincia „de Zuzula, donde, y en la de Tamazula, porque está „junto á ella, dixe que habia muy grandes poblacio„nes y casas muy bien obradas, de mejor cantería, „que en ninguna de estas partes se habia visto; la „qual dicha provincia de Coastoaca está quarenta le„guas de allí de Izzucan: é los naturales de los di„chos ocho pueblos se ofreciéron asimismo por vasa„llos de vuestra Alteza, é dixéron que otros quatro „que restaban en la dicha provincia vernian muy pres„to; é me dixéron que les perdonase, porque ántes „no habian venido, que la causa habia sido no osar, „por temor de los de Culua, porque ellos nunca ha-

 „bian

Buenos, y digamos como Cortés envió á Gonzalo de Sandoval á una entrada á unos pueblos, que se dicen Xalacingo y Cacatami.

CAPITULO CXXXIV.

Como envió Cortés á Gonzalo de Sandoval á pacificar los pueblos de Xalacingo y Cacatami, y llevó docientos soldados, y veinte de á caballo y doce vallesteros, y para que supiese qué Españoles matáron en ellos: y que mirase qué armas les habian tomado, y qué tierra era, y les demandase el oro que robáron, y de lo que mas en ello pasó.

Como ya Cortés tenia copia de soldados, y caballos, é vallestas, é se iba fortaleciendo con los dos navichuelos que envió Diego Velazquez, y envió en ellos por Capitanes á Pedro Barba, y Rodrigo de Morejon de Lobera, y traxéron en ellos sobre veinte y cinco soldados, y dos caballos y una yegua; y luego viniéron los tres navíos de los de Garay, que fué el primero Capitan que vino Camargo, y el segundo Miguel Diaz de Auz, y el postrero Ramirez el Viejo, y traian entre todos estos Capitanes que he nombrado, sobre ciento y veinte soldados, y diez y siete caballos é yeguas, é las yeguas eran de juego, y de carrera; y Cortés tuvo noticia, de que en unos pueblos, que se dicen

Ca-

Cacatami y Xalacingo, é en otros sus comarcanos habian muerto muchos soldados de los de Narvaez, que venian camino de México, é ansi mesmo, que en aquellos pueblos habian muerto y robado el oro á un Juan de Alcántara, é á otros dos vecinos de la Villa-Rica, que era lo que les habia cabido de las partes á todos los vecinos que quedaban en la misma villa, segun mas largo lo he escrito en el capítulo que dello se trata, y envió Cortés para hacer aquella entrada por Capitan á Gonzalo de Sandoval, que era Alguacil mayor, y muy esforzado, y de buenos consejos, y llevó consigo docientos soldados todos los mas de los nuestros de Cortés, y veinte de á caballo, é doce vallesteros y buena copia de Tlascaltecas (1): y ántes que llegase á aquellos pueblos, supo que estaban todos puestos en armas, y juntamente tenian consigo guarniciones de Mexicanos, é que se habian muy bien fortalecido con albarradas y pertrechos, porque bien habian entendido, que por las muertes de los Españoles que habian muerto, que luego habiamos de ser contra ellos para los castigar, como á los de Tepeaca y Cachula, y Tecamachalco: y Sandoval ordenó muy bien sus esquadrones y va-

(1) Parece que Sandoval salió de la villa de Segura de la Frontera, provincia de Tepeaca, para esta jornada ántes de mediado Diciembre de 1520. „Cortés „*Carta II. Importaba castigar y sujetar estas provin-„cias, para asegurar la comunicacion con Vera-Cruz.*

vallesteros, y mandó á los de á caballo, cómo y de qué manera habian de ir y romper: y primero que entrasen en su tierra, les envió mensageros á decilles, que viniesen de paz, y que diesen el oro, y armas que habian robado, é que la muerte de los Españoles se les perdonaria. Y á esto de les enviar mensageros á decilles que viniesen de paz, fuéron tres ó quatro veces, y la respuesta que les enviaban era, que allá iban, que como habian muerto, é comido los Teules que les demandaban que ansi harian al Capitan, y á todos los que llevaba; por manera, que no aprovechaban mensages: y otra vez les tornó á enviar á decir, que él les haria esclavos por traidores y salteadores de caminos, y que se aparejasen á defender, y fué Sandoval con sus compañeros, y les entró por dos partes, que puesto que peleaban muy bien todos los Mexicanos, y los naturales de aquellos pueblos, sin mas referir lo que allí en aquellas batallas pasó, los desbarató, y fuéron huyendo todos los Mexicanos y Caciques de aquellos pueblos, y siguió el alcance, y se prendiéron muchas gentes menudas, que de los Indios no se curaban, por no tener que guardar: y halláron en unos Cues de aquel pueblo muchos vestidos, y armas, y frenos de caballos, y dos sillas y otras muchas cosas de la gineta, que habian presentado á sus Idolos: y acordó Sandobal de estar allí tres dias, y viniéron los Caciques de aquellos pueblos á pe-

pedir perdon y á dar la obediencia á su Magestad Cesarea: y Sandoval les dixo, que diesen el oro que habian robado á los Españoles que matáron, é que luego les perdonaria: y respondiéron que el oro que los Mexicanos lo hubiéron, y que lo enviáron al Señor de México, que entónces habian alzado por Rey, y que no tenian ninguno: por manera, que les mandó que en quanto el perdon, que fuesen adonde estaba el Malinche, é que él les hablaria é perdonaria: y ansi se volvió con una buena presa de mugeres y muchachos que echáron el hierro por esclavos: y Cortés se holgó mucho quando le vió venir bueno y sano, puesto que traia cosa de ocho soldados mal heridos y tres caballos ménos, y aun el Sandoval traia un flechazo: é yo no fuí en esta entrada, que estaba muy malo de calenturas, y echaba sangre por la boca, é gracias á Dios estuve bueno, porque me sangráron muchas veces. E como Gonzalo de Sandoval habia dicho á los Caciques de Xalacingo é Zacatami, que viniesen á Cortés á demandar paces, no solamente viniéron aquellos pueblos solos, sino tambien otros muchos de la comarca, y todos diéron la obediencia á su Magestad, y traian de comer á aquella villa adonde estabamos. E fué aquella entrada que hizo de mucho provecho, y se pacificó toda la tierra: y dende *en adelante* tenia Cortés tanta fama *en todos los pueblos* de la Nueva España, lo

uno

uno de muy justificado, y lo otro de muy esforzado, que á todos ponia temor, y muy mayor á Guatemuz, el Señor y Rey nuevamente alzado en México: y tanta era la autoridad, ser y mando que habia cobrado nuestro Cortés, que venian ante él pleytos de Indios de lejas tierras, en especial sobre cosas de Cacicazgos y Señoríos: que como en aquel tiempo anduvo la viruela tan comun en la Nueva-España, fallecian muchos Caciques, y sobre á quien le pertenecia el Cacicazgo, y ser Señor, y partir tierras ó vasallos ó bienes venian á nuestro Cortés, como á Señor absoluto de toda la tierra, para que por su mano é autoridad alzase por Señor á quien le pertenecia. Y en aquel tiempo viniéron del pueblo de Ozucar y Guacachula, otras veces ya por mi nombrado, porque en Ozucar estaba casada una parienta muy cercana de Montezuma con el Señor de aquel pueblo, y tenian un hijo, que decian era sobrino del Montezuma, é segun parece, heredaba el Señorio, é otros decian que le pertenecia á otro Señor, y sobre ello tuviéron muy grandes diferencias, y viniéron á Cortés, y mandó que le heredase el pariente de Montezuma, y luego cumpliéron su mandado, é ansi viniéron de otros muchos pueblos de á la redonda sobre pleytos, y á cada uno mandaba dar sus tierras y vasallos, segun sentia por *derecho, que* les pertenecia. Y en aquella sa*zon, tambien* tuvo noticia Cortés, que en un

pue-

pueblo que estaba de allí seis leguas, que se decia Cocotlan, y le pusimos por nombre Castil-Blanco (como ya otras veces he dicho, dando la causa porqué se le puso este nombre) habian muerto nueve Españoles, envió al mismo Gonzalo de Sandoval para que los castigase y los traxese de paz: y fué allá con treinta de á caballo, y cien soldados y ocho vallesteros, y cinco escopeteros y muchos Tlascaltecas, que siempre se mostráron muy aficionados y eran buenos guerreros. Y despues de hechos sus requerimientos y protestaciones que viéron, y les enviáron á decir otras muchas cosas de cumplimientos con cinco Indios principales de Tepeaca, y si no venian que les daria guerra, y haria esclavos. Y pareció ser estaban en aquel pueblo otros esquadrones de Mexicanos en su guarda y amparo, y respondiéron, que Señor tenian, que era Guatemuz, que no habian menester, ni venir, ni ir á llamado de otro Señor, que si allá fuesen, que en el campo les hallarian, que no se les habian ahora fallecido las fuerzas ménos que las tenian en México, y puentes y calzadas, é que ya sabian á que tanto llegaban nuestras valentias. Y quando aquello oyó Sandoval, puesta muy en órden su gente como habia de pelear, y los de á caballo, y escopeteros, y vallesteros, mandó á los Tlascaltecas que no se metiesen en los enemigos al principio; porque no estorbasen á los caballos, y porque no corriesen peligro ó hirie-

sen algunos dellos con las vallestas y escopetas, ó los atropellasen con los caballos, hasta haber rompido los esquadrones, y quando los hubiesen desbaratado, que prendiesen á los Mexicanos y siguiesen el alcance, y luego comenzó á caminar hácia el pueblo: y salen al camino y encuentro dos esquadrones de guerreros junto á unas fuerzas y barrancas, y allí estuviéron fuertes un rato, y con las vallestas y escopetas les hacian mucho mal: por manera, que tuvo Sandoval lugar de pasar aquella fuerza é albarradas con los caballos, y aunque le hiriéron nueve caballos, y uno murió, y tambien le hiriéron quatro soldados, como se vió fuera de mal paso, é tuvo lugar por donde corriesen los caballos, y aunque no era buena tierra, ni llano, que habia muchas piedras, da tras los esquadrones, rompiendo por ellos que los llevó hasta el mismo pueblo adonde estaba un gran patio, y allí tenian otra fuerza, y unos Cues adonde se tornáron á hacer fuertes, y puesto que peleaban muy bravosamente, todavía los venció, y mató hasta siete Indios, porque estaban en malos pasos: y los Tlascaltecas no habian menester mandalles que siguiesen el alcance, que con la ganancia, como eran guerreros, ellos tenian el cargo, especialmente como sus tierras no estaban muy lejos de aquel pueblo. Allí se hubiéron muchas mugeres y gente menuda, y estuvo allí el Gonzalo de *Sandoval* dos dias, y envió á llamar los Ca-

ci-

ciques de aquel pueblo con unos principales de Tepeaca, que iban en su compañía, y viniéron y demandáron perdon de la muerte de los Españoles; y Sandoval les dixo, que si daban las ropas y hacienda que robáron de los que matáron que se les perdonaria, y respondiéron que todo lo habian quemado, y que no tenian ninguna cosa, y que los que matáron, que los mas dellos habian ya comido, y que cinco Teules enviáron vivos á Guatemuz su Señor, y que ya habian pagado la pena con los que agora les habian muerto en el campo, y en el pueblo; que les perdonase, é que llevarian muy bien de comer, y bastecerian la villa donde estaba Malinche. Y como el Gonzalo de Sandoval vió que no se podia hacer mas, les perdonó, y allí se ofreciéron de servir bien en lo que les mandasen; y con este recaudo se fué á la villa, y fué bien recebido de Cortés, y de todos los del Real. Donde dexaré de hablar mas en ello, y digamos como se herráron todos los esclavos que se habian habido en aquellos pueblos y provincia, y lo que sobre ello se hizo.

CAPITULO CXXXV.

Como se recogiéron todas las mugeres y esclavos de todo nuestro Real, que habiamos habido en aquello de Tepeaca y Cachula, Tecamechalco, y en Castil-Blanco, y en sus tierras para que se herrasen con el hierro en nombre de su Magestad, y lo que sobre ello pasó.

Como Gonzalo de Sandoval hubo llegado á la villa de Segura de la Frontera de hacer aquellas entradas, que ya he dicho, y en aquella provincia todos los teniamos ya pacíficos, y no teniamos por entónces donde ir á entrar, porque todos los pueblos de los rededores habian dado la obediencia á su Magestad; acordó Cortés con los oficiales del Rey, que se herrasen las piezas y esclavos que se habian habido para sacar su quinto, despues que se hubiese primero sacado el de su Magestad, y para ello mandó dar pregones en el Real é villa que todos los soldados llevasemos á una casa que estaba señalada para aquel efecto, á herrar todas las piezas que tuviesen recogidas, y diéron de plazo aquel dia que se pregonó y otro: y todos ocurrimos con todas las Indias muchachas y muchachos que habiamos habido, que de hombre de edad no nos curabamos dellos que eran malos de guardar, y no habiamos menes-

nester su servicio, teniendo á nuestros amigos los Tlascaltecas. Pues ya juntas todas las piezas, y hecho el hierro, que era una G. como ésta, que queria decir guerra, quando no nos catamos, apartan el Real quinto, y luego sacan otro quinto para Cortés; y demas desto la noche ántes quando metimos las piezas, como he dicho, en aquella casa habian ya escondido, y tomado las mejores Indias, que no pareció allí ninguna buena, y al tiempo del repartir, dabannos las viejas y ruines, y sobre esto hubo muy grandes murmuraciones contra Cortés, y de los que mandaban hurtar y esconder las buenas Indias, y de tal manera se lo dixéron al mismo Cortés soldados de los de Narvaez, que juraban á Dios que no habian visto tal, haber dos Reyes en la tierra de nuestro Rey y Señor, y sacar dos quintos: y uno de los soldados que se lo dixéron, fué un Juan Bono de Quexo, y mas dixo, que no estarian en tal tierra, y que lo haria saber en Castilla á su Magestad, y á los de su Real Consejo de Indias: y tambien dixo á Cortés otro soldado muy claramente, que no bastó repartir el oro que se habia habido en México, de la manera que lo repartió, y que quando estaba repartiendo las partes decia, que eran trecientos mil pesos los que se habian llegado: y que quando salimos huyendo de México, mandó *tomar por testimonio* que quedaban mas *de setecientos mil*, y que agora el pobre sol-

dado que habia echado los bofes, y estaba lleno de heridas por haber una buena India, y les habian dado enaguas y camisas, habian tomado y escondido las tales Indias; y que quando diéron el pregon para que se llevasen á herrar, que creyéron que á cada soldado volverian sus piezas, y que apreciarian que tantos pesos valian, y que como las apreciasen pagasen el quinto á su Magestad, y que no habria mas quinto para Cortés, y decian otras murmuraciones peores que éstas: y como Cortés aquello vió, con palabras algo blandas dixo, que juraba en su conciencia (que aquesto tenia costumbre de jurar) que de allí adelante no seria, ni se haria de aquella manera, sino que buenas ó malas Indias sacallas al almoneda, y la buena que se venderia por tal, y la que no lo fuese por ménos precio, y de aquella manera no tenian que reñir con él. Y puesto que allí en Tepeaca no se hiciéron mas esclavos, mas despues en lo de Tezcuco casi que fué desta manera, como adelante diré. Y dexaré de hablar en esta materia, y digamos otra cosa casi peor que esto de los esclavos: y es, que ya he dicho en el capítulo que dello habla, quando la triste noche que salimos de México huyendo, como quedaban en la sala donde posaba Cortés muchas barras de oro perdido que no lo podian sacar, mas de lo que cargáron en la yegua y caballos, y muchos Tlascaltecas, y lo que hurtáron los amigos y otros sol-

soldados que cargáron dello: y como lo demas se quedaba perdido en poder de los Mexicanos, Cortés dixo delante de un Escribano del Rey, que qualquiera que quisiese sacar oro de lo que allí quedaba, que se lo llevase mucho en buena hora por suyo, como se habia de perder: y muchos soldados de los de Narvaez cargáron dello, y asimismo algunos de los nuestros, y por sacallo perdiéron muchos dellos las vidas, y los que escapáron con la presa que traian, habian estado en gran riesgo de morir, y saliéron llenos de heridas. Y como en nuestro Real y villa de Segura de la Frontera, que así se llamaba, alcanzó Cortés á saber, que habia muchas barras de oro, y que andaban en el juego, y como dice el refran, que el oro y amores son malos de encubrir, mandó dar un pregon so graves penas, que traigan á manifestar el oro que sacáron, y que les dará la tercia parte dello, y si no lo traen que se lo tomará todo: y muchos soldados de los que lo tenian no lo quisiéron dar, y á algunos se lo tomó Cortés, como prestado, y mas por fuerza que por grado: y como todos los mas Capitanes tenian oro, y aun los oficiales del Rey muy mejor, que hiciéron sacos dello, se calló lo del pregon, que no se habló en ello; mas pareció muy mal esto que mandó Cortés. Dexémoslo ya de mas declarar, y digamos como *todos los mas* Capitanes y personas principales de los que pasáron con Narvaez, de-

mandáron licencia á Cortés para se volver á Cuba, y Cortés se la dió, y lo que mas acaeció.

CAPITULO CXXXVI.

Como demandáron licencia á Cortés los Capitanes y personas mas principales de los que Narvaez habia traido en su compañía para se volver á la Isla de Cuba, y Cortés se la dió, y se fuéron: y de como despachó Cortés Embaxadores para Castilla, y para Santo Domingo y Jamayca, y lo que sobre cada cosa acaeció.

Como viéron los Capitanes de Narvaez que ya teniamos socorros, así de los que viniéron de Cuba, como los de Jamayca, que habia enviado Francisco de Garay para su armada, segun lo tengo declarado en el capítulo que dello habla, y viéron que los pueblos de la provincia de Tepeaca estaban pacíficos, despues de muchas palabras que á Cortés dixéron, con grandes ofertas y ruegos le suplicáron, que les diese licencia para se volver á la Isla de Cuba, pues se lo habia prometido, y luego Cortés se la dió, y les prometió que si volvia á ganar la Nueva-España y ciudad de México, que al Andres de Duero su compañero, que le daria mucho mas oro que le habia de ántes dado: y así hizo otras ofertas á los demas Capitanes, en es-

especial á Agustin Bermudez, y les mandó dar matalotage que en aquella sazon habia, que era maiz, y perrillos salados, y algunas gallinas, y un navio de los mejores; y escribió Cortés á su muger Catalina Juarez la Marcayda, y á Juan Juarez su cuñado, que en aquella sazon vivia en la Isla de Cuba, y les envió ciertas barras y joyas de oro, y les hizo saber todas las desgracias y trabajos que nos habian acaecido, y como nos echáron de México. Dexemos esto, y digamos las personas que pidiéron la licencia para se volver á Cuba, que todavía iban ricos: y fuéron Andres de Duero, y Agustin Bermudez, y Juan Bono de Quexo, y Bernardino de Quesada, y Francisco Velazquez el corcobado, pariente del Diego Velazquez el Gobernador de Cuba, y Gonzalo Carrasco el que vive en la Puebla, que despues se volvió á esta Nueva-España, y un Melchor de Velasco, que fué vecino de Guatimala, y un Ximenez que vive en Guaxaca, que fué por sus hijos, y el Comendador Leon de Cervantes que fué por sus hijas, que despues de ganado México las casó muy honradamente: y se fué uno que se decia Maldonado, natural de Medellin, que estaba doliente: no digo Maldonado el que fué marido de Doña María del Rincon, ni por Maldonado el ancho, ni otro Maldonado, que se decia Albaro Maldonado el Fiero, que fué casado con una señora que se decia María Arias: y tambien

bien se fué un Vargas vecino de la Trinidad, que le llamaban en Cuba Vargas el Galan, no digo el Vargas, que fué suegro de Christóbal Lobo, vecino que fué de Guatimala: y se fué un soldado de los de Cortés, que se decia Cárdenas piloto: aquel Cárdenas fué el que dixo á un su compañero, que como podiamos reposar los soldados, teniendo dos Reyes en esta Nueva-España. Este fué á quien Cortés dió trecientos pesos para que se fuese con su muger é hijos. Y por escusar prolixidad de ponellos todos por memoria, se fuéron otros muchos, que no me acuerdo bien sus nombres: y quando Cortés les dió la licencia, diximos que para que se la daba, pues que eramos pocos los que quedabamos? y respondió que por escusar escándalos é importunaciones, y que ya veiamos que para la guerra algunos de los que se volvian á Cuba no lo eran, y que valia mas estar solos que mal acompañados: y para los despachar del puerto envió Cortés á Pedro de Alvarado, y en habiéndolos embarcado le mandó que se volviese luego á la villa. Y digamos ahora que tambien envió á Castilla á Diego de Ordas, y á Alonso de Mendoza, natural de Medellin, ú de Cáceres con ciertos recaudos de Cortés, que yo no sé otros que llevase nuestros, ni nos dió parte de cosa de los negocios que enviaba á tratar con su Magestad, ni *lo que pasó* en Castilla, yo no lo alcancé á *saber, salvo* que á boca llena decia el Obispo de

de Burgos delante del Diego de Ordas, que así Cortés como todos los soldados que pasamos con él, eramos malos y traidores, puesto que el Ordas sé cierto respondia muy bien por todos nosotros: y entónces le diéron al Ordas una Encomienda de Señor Santiago, y por armas el volcan que está entre Guaxocingo y cerca de Cholula: y lo que negoció adelante lo diré, segun lo supimos por carta. Dexemos esto aparte, y diré como Cortés envió á Alonso de Avila, que era Capitan, y Contador desta Nueva-España, y juntamente con él envió otro hidalgo, que se decia Francisco Alvarez Chico, que era hombre que entendia de negocios: y mandó que fuesen con otro navío para la Isla de Santo Domingo á hacer relacion de todo lo acaecido á la Real Audiencia que en ella residia, y á los Frayles Gerónimos que estaban por Gobernadores de todas las Islas, que tuviesen por bueno lo que habiamos hecho en las conquistas, y el desbarate de Narvaez: y como habia hecho esclavos en los pueblos que habian muerto Españoles, y se habian quitado de la obediencia que habian dado á nuestro Rey y Señor, y que así se entendia hacer en todos los mas pueblos que fuéron de la liga y nombre de Mexicanos: y que suplicaba que hiciese relacion dello en Castilla á nuestro gran Emperador, y tuviesen en la memoria los grandes servicios que siempre le haciamos, y que por su intercesion y de la Real Audien-

diencia fuesemos favorecidos con justicia contra la mala voluntad, y obras que contra nosotros trataba el Obispo de Burgos y Arzobispo de Rosano: y tambien envió otro navío á la Isla de Jamayca por caballos é yeguas, y el Capitan que con él fué, se decia fulano de Solís, que despues de ganado México le llamamos Solís el de la huerta, yerno de uno que se decia el Bachiller Ortega. Bien sé que dirán algunos curiosos Lectores, que sin dineros, como envïaba al Diego de Ordas á negocios á Castilla, pues está claro que para Castilla, y para otras partes son menester dineros: y que asimismo envió á Alonso de Avila y á Francisco Alvarez Chico á Santo Domingo á negocios, y á la Isla de Jamayca por caballos é yeguas. A esto digo que como al salir de México salimos huyendo, la noche por mí muchas veces referida, que como quedaban en la sala muchas barras de oro perdido en un monton, que todos los mas soldados apañaban dello, en especial los de á caballo, y los de Narvaez mucho mejor: y los oficiales de su Magestad, que lo tenian en poder y cargo lleváron los fardos hechos. Y demas desto, quando se cargáron de oro mas de ochenta Indios Tlascaltecas, por mandado de Cortés, y fuéron los primeros que saliéron en las puentes, vista cosa era que salvarian muchas cargas dello, que no se perderia todo en la calzada: y como nosotros los pobres soldados que no teniamos mando, sino

ser

ser mandados, en aquella sazon procurabamos de salvar nuestras vidas, y despues de curar nuestras heridas, á esta causa no mirabamos en el oro, si saliéron muchas cargas dello en las puentes ó no, ni se nos daba mucho por ello: y Cortés con algunos de nuestros Capitanes lo procuráron de haber de algunos de los Tlascaltecas que lo sacáron, y tuvimos sospecha que los quarenta mil pesos de las partes de los de la villa Rica, que tambien lo hubo, y echó fama que lo habian robado, y con ello envió á Castilla á los negocios de su persona, y á comprar caballos, y á la Isla de Santo Domingo á la Audiencia Real; porque en aquel tiempo todos se callaban con las barras de oro que tenian, aunque mas pregones habian dado. (1) Dexemos esto, y digamos; como ya estaban de paz todos los pueblos comarcanos de Tepeaca, acordó Cortés que quedase en la villa de Segura de la Frontera por Capitan un Francisco de Orozco, con obra de veinte soldados que estaban heridos y dolientes, y con todos los mas de nuestro exército fuimos á Tlascala, y se dió órden que se cortase madera para hacer tre-

(1) Aun quando fuese cierta la sospecha de Castillo, los negocios de Cortés eran en beneficio y gloria de la Nacion y utilidad de la conquista, y de los conquistadores: véase el principio del capítulo CXXIX. donde Cortés queda justificado; el hecho fué demasiado público y funesto, pues pereciéron cincuenta Españoles en *este robo y asalto* de los Mexicanos. Cortés Car*ta II.*

trece vergantines para ir otra vez sobre México; porque hallabamos por muy cierto, que para la laguna sin vergantines no la podiamos señorear, ni podiamos dar guerra, ni entrar otra vez por las calzadas en aquella gran ciudad, sino con gran riesgo de nuestras vidas: y el que fué maestro de cortar la madera, y dar el galivo y cuenta y razon, como habian de ser veleros y ligeros para aquel efeto, y los hizo, fué un Martin Lopez, que ciertamente, demas de ser un buen soldado, en todas las guerras sirvió muy bien á su Magestad. En esto de los vergantines trabajó en ellos como fuerte varon: y me parece que si por dicha no viniera en nuestra compañía de los primeros, como vino, que hasta enviar por otro maestro á Castilla, se pasara mucho tiempo, ó no viniera ninguno. Volveré á nuestra materia, é digamos ahora, que quando llegamos á Tlascala (1) ya era fallecido de viruelas nuestro gran amigo, y muy leal vasallo de su Magestad Masse Escaci, de la qual muerte nos pesó á todos, y Cortés lo sintió tanto, como él decia, como si fuera su padre, y se puso luto de mantas negras, y asimismo muchos de nuestros Capitanes y soldados, y á sus hijos, y parientes del Masse Escaci, Cortés y todos nosotros les haciamos mucha honra:

(1) Cortés marchó de Segura de la Frontera para *Tlascala* á mediados de Diciembre de 1520. *Cortes Carta III.*

ra: y porque en Tlascala habia diferencias sobre el mando y Cacicazgo, señaló y mandó que lo fuese un su hijo legítimo del Masse Escaci, porque así se lo habia mandado su padre ántes que muriese: y aun dixo á sus hijos y parientes, que mirasen que no saliesen del mandado de Malinche y de sus hermanos, porque ciertamente eramos los que habiamos de señorear estas tierras, y les dió otros muchos buenos consejos. Dexemos ya de contar del Masse Escaci, pues ya es muerto, y digamos de Xicotenga el Viejo, y de Chichimecatecle, y de todos los demas Caciques de Tlascala, que se ofreciéron de servir á Cortés, así en cortar la madera para los vergantines, como para todo lo demas que les quisiesen mandar en la guerra contra Mexicanos; é Cortés los abrazó con mucho amor, y les dió gracias por ello, especialmente á Xicotenga el Viejo, y á Chichimecatecle: y luego procuró que se volviese Christiano, y el buen Viejo de Xicotenga de buena voluntad dixo que lo queria ser, y con la mayor fiesta que en aquella sazon se pudo hacer en Tlascala, le bautizó el Padre de la Merced, y le puso nombre Don Lorenzo de Vargas. Volvamos á decir de nuestros vergantines, que el Martin Lopez se dió tanta priesa en cortar la madera con la gran ayuda de los Indios que le ayudaban, que en pocos dias la tenian ya cortada toda, y señalada su cuenta *en cada madero*, para que parte y lugar ha-

bia

bia de ser, segun tienen sus señales los oficiales maestros y carpinteros de ribera: y tambien le ayudaba otro buen soldado, que se decia Andres Nuñez, é un viejo carpintero que estaba coxo de una herida, que se decia Ramirez el Viejo: y luego despachó Cortés á la villa Rica por mucho hierro y clavazon de los navíos que dimos al traves, y por ancoras y velas, é xarcias y cables y estopa, y por todo aparejo de hacer navíos, y mandó venir todos los herreros que habia, y á un Hernando de Aguilar que era medio herrero que ayudaba á machacar: y porque en aquel tiempo habia en nuestro Real tres hombres que se decian Aguilar, llamamos á este Hernando de Aguilar, majahierro: y envió por Capitan á la villa Rica por los aparejos que he dicho para mandallo traer á un Santa Cruz Burgales, Regidor que despues fué de México, persona muy buen soldado, y diligente: y hasta las calderas para hacer brea, y todo quanto de ántes habian sacado de los navíos, truxo con mas de mil Indios, que todos los pueblos de aquellas provincias enemigos de Mexicanos luego se los daban para traer las cargas. Pues como no teniamos pez para brear, ni aun los Indios lo sabian hacer, mandó Cortés á quatro hombres de la mar que sabian de aquel oficio, que en unos pinares cerca de Guaxocingo, que los hay buenos, fuesen á hacer la pez. Pasemos adelante, puesto que no va muy á propósito de la

ma-

materia en que estaba hablando, que me han preguntado ciertos caballeros curiosos que conocian muy bien á Alonso de Avila, que como siendo Capitan y muy esforzado, y era Contador de la Nueva-España, y siendo belicoso, y de su inclinacion mas para guerra que no para ir á solicitar negocios con los Frayles Gerónimos que estaban por Gobernadores de todas las Islas, porqué causa le envió Cortés, teniendo otros hombres que estaban mas acostumbrados á negocios, como era un Alonso de Grado, ó un Juan de Cáceres el Rico, y otros que me nombráron. A esto digo que Cortés le envió á el Alonso de Avila, porque sintió dél ser muy varon, y porque osaria responder por nosotros conforme á justicia; y tambien le envió por causa, que como el Alonso de Avila habia tenido diferencias con otros Capitanes, y tenia gran atrevimiento de decir á Cortés qualquiera cosa que veia que convenia decille, y por escusar ruidos, y por dar la Capitania que tenia á Andres de Tapia, y la Contaduría á Alonso de Grado, como luego se la dió, por estas razones le envió (1). Volvamos á nuestra relacion. Pues viendo Cortés que ya era cortada la madera para los vergantines, y se ha-

(1) Un hombre de esta condicion, á título de sostener las pretensiones de los soldados, era bastante para turbar el buen *órden* del exercito, y desorganizarle, *en un tiempo que* siendo pocos toda su fuerza *estaba en la disciplina.*

nunca supimos, cómo ni de qué manera le matáron Indios en aquel mismo dia; y muchas personas dixéron que le habian conocido en la Isla de Santo Domingo, que fué permision divina que muriese aquella muerte, porque habia muerto á su muger muy honrada y buena, y hermosa, sin culpa ninguna, y que buscó testigos falsos que juráron que le hacia maleficio. Quiero dexar ya de contar cosas pasadas, y digamos como fuimos á la ciudad de Tezcuco, y lo que mas pasó.

CAPITULO CXXXVII.

Como caminamos con todo nuestro exército camino de la ciudad de Tezcuco, y lo que en el camino nos avino, y otras cosas que pasáron.

Como Cortés vió tan buena prevencion, así de escopetas, y pólvora, y ballestas, y caballos, y conoció de todos nosotros, así Capitanes como soldados, el gran deseo que teniamos de estar ya sobre la gran ciudad de México, acordó de hablar á los Caciques de Tlascala para que le diesen diez mil Indios de guerra, que fuesen con nosotros aquella jornada hasta Tezcuco, que es una de las mayores ciudades que hay en toda la Nueva-España despues de México: y como se lo demandó, y les hizo un buen parlamento sobre ello,

ello, luego Xicotenga el Viejo, que en aquella sazon se habia vuelto Christiano, y se llamó Don Lorenzo de Vargas, como dicho tengo, dixo que le placia de buena voluntad, no solamente diez mil hombres, sino muchos mas si los queria llevar, y que iria por Capitan dellos otro Cacique muy esforzado, é nuestro gran amigo que se decia Chichimecatecle, y Cortés le dió las gracias por ello: y despues de hecho nuestro alarde, que ya no me acuerdo bien, que tanta copia eramos, así de soldados como de los demas (1), un dia des-

(1) „El segundo dia de la dicha Pascua de Navi-„dad hice alarde en la dicha ciudad de Tascaltecal, y „hallé quarenta de caballo, y quinientos y cincuenta „peones, los ochenta de ellos ballesteros y escopete-„ros, y ocho ó nueve tiros de campo, con bien poca „pólvora; y hice de los de caballo quatro quadrillas, „de diez en diez cada una, y de los peones hice nue-„ve Capitanías, de á sesenta Españoles cada una, y á „todos juntos, en el dicho alarde, les hablé y dixe: „*que ya sabian como ellos, y yo, por servir á vuestra „sacra Magestad, habiamos poblado en esta tierra, y „que ya sabian como todos los naturales de ella se habian „dado por vasallos de vuestra Magestad, y como tales „habian perseverado algun tiempo, rescibiendo buenas obras „de nosotros, y nosotros de ellos; y como sin causa nin-„guna todos los naturales de Culua, que son los de la „gran ciudad de Temistitan, y los de todas las otras „provincias á ellas sujetas, no solamente se habian re-„belado contra vuestra Magestad, mas aun nos habian „muerto muchos hombres, deudos y amigos nuestros, y „nos habian echado fuera de toda su tierra; y que se „acordasen de quantos peligros y trabajos habiamos pa-„sado, y viesen quanto convenia al servicio de Dios y de „vuestra Católica Magestad, tornar á cobrar lo per-„dido, pues para ello teniamos de nuestra parte justas „causas y razones; lo uno por pelear en aumento de* „nues-

despues de la Pascua de Navidad del año de mil

"nuestra fe, y contra gente bárbara; y lo otro por "servir á vuestra Magestad; y lo otro por seguridad "de nuestras vidas; y lo otro porque en nuestra ayuda "teniamos muchos de los naturales nuestros amigos, que "eran causas potísimas para animar nuestros corazones; "por tanto que les rogaba, que se alegrasen y esforzasen: "y que porque yo en nombre de vuestra Magestad habia "fecho ciertas ordenanzas, para la buena órden y cosas "tocantes á la guerra, las quales luego allí fice prego- "nar publicamente, y que tambien les rogaba que las guar- "dasen y cumpliesen, porque de ello redundaria mucho "servicio á Dios y á vuestra Magestad. Y todos pro- "metieron de lo facer y cumplir así, y que de muy "buena gana querian morir por nuestra fe; y por ser- "vicio de vuestra Magestad, ó tornar á recobrar lo "perdido, y vengar tan gran traicion, como nos ha- "bian hecho los de Temistitan y sus aliados. Y yo en "nombre de vuestra Magestad se lo agradescí; y así "con mucho placer nos volvimos á nuestras posadas "aquel dia del alarde. Otro dia siguiente, que fué dia "de San Juan Evangelista, hice llamar á todos los Se- "ñores de la provincia de Tascaltecal, y venidos díxe- "les: *que ya sabian como yo me habia de partir otro dia, "para entrar por la tierra de nuestros enemigos, y que "ya veian como la ciudad de Temistitan no se podia ga- "nar sin aquellos bergantines, que allí se estaban facien- "do, que les rogaba que á los maestros de ellos, y á los "otros Españoles que allí dexaba, les diesen lo que hu- "biesen menester, y les ficiesen el buen tratamiento, que "siempre nos habian fecho, y que estuviesen aparejados, "para quando yo, desde la ciudad de Tesaico, si Dios nos "diese victoria, enviase por la ligazon y tablazon, y otros "aparejos de los dichos bergantines:* y ellos me prome- "tieron, que así lo farian; y que tambien querian "ahora enviar gente de guerra conmigo, y que para "quando fuesen con los bergantines, ellos todos irian "con toda quanta gente tenian en su tierra, y que que- "rian morir donde yo muriese, ó vengarse de los de "Culua, sus capitales enemigos. E otro dia que fuéron "veinte y ocho de Diciembre, dia de los Inocentes, me "*partí con toda la gente puesta en órden, y fuimos á "dormir á seis leguas de Tascaltecal.* Cortés Carta III.

mil y quinientos y veinte años comenzamos á caminar con mucho concierto, como lo teniamos de costumbre: fuimos á dormir á un pueblo sujeto de Tezcuco, y los del mismo pueblo nos diéron lo que habiamos menester: de allí adelante era tierra de Mexicanos, é ibamos mas recatados, nuestra artillería puesta en mucho concierto, y ballesteros, y escopeteros, y siempre quatro corredores del campo á caballo, y otros quatro soldados de espada y rodela muy sueltos, juntamente con los de á caballo, para ver los pasos si estaban para pasar caballos, porque en el camino tuvimos aviso que estaba embarazado de aquel dia un mal paso, y la sierra con árboles cortados; porque bien tuviéron noticia en México y en Tezcuco como caminabamos hácia su ciudad: y aquel dia no hallamos estorbo ninguno, y fuimos á dormir al pie de la sierra, que serian tres leguas, y aquella noche tuvimos buen frio, y con nuestras rondas y espías, y velas, y corredores del campo la pasamos: y quando amaneció comenzamos á subir un puertezuelo, y unos malos pasos como barrancas, y estaba cortada la sierra por donde no podiamos pasar, y puesta mucha madera y pinos en el camino; y como llevabamos tantos amigos Tlascaltecas, de presto se desembarazó, y con mucho concierto caminamos con una Capitanía de escopetas y ballestas delante, y con nuestros amigos cortando y apartando árboles para po-

der pasar los caballos hasta que subimos la sierra, y aun baxamos un poco á baxo, adonde se descubria la laguna de México, y sus grandes ciudades pobladas en el agua; y quando la vimos dimos muchas gracias á Dios, que nos la tornó á dexar ver: entónces nos acordamos de nuestro desbarate pasado, de quando nos echáron de México, y prometimos, si Dios fuese servido de darnos mejor suceso en esta guerra, de ser otros hombres en el trato y modo de cercarla: y luego baxamos la sierra, donde vimos grandes ahumadas que hacian, así los de Tezcuco como los de los pueblos sujetos: é andando mas adelante topamos con un buen esquadron de gente, guerreros de México, y de Tezcuco, que nos aguardaban á un mal paso, que era un arcabuezo, donde estaba una puente como quebrada de madera algo honda, y corria un buen golpe de agua; mas luego desbaratamos los esquadrones y pasamos muy á nuestro salvo. Pues oir la grita que nos daban desde las estancias y barrancas, no hacian otra cosa, y era en parte que no podian correr caballos, y nuestros amigos los Tlascaltecas les apañaban gallinas, y lo que podian roballes no les dexaban, puesto que Cortés les mandaba, que si no diesen guerra que no se la diesen: y los Tlascaltecas decian que si estuvieran de buenos corazones y de paz, que no salieran al camino á darnos guerra, como estaban al paso de las barrancas y puente para no nos de-

dexar pasar. Volvamos á nuestra materia, y digamos como fuimos á dormir á un pueblo sujeto de Tezcuco, y estaba despoblado, y puestas nuestras velas y rondas, y escuchas y corredores del campo, y estuvimos aquella noche con cuidado no diesen en nosotros muchos esquadrones de Mexicanos guerreros, que estaban aguardándonos en unos malos pasos; de lo qual tuvimos aviso, porque se prendiéron cinco Mexicanos en la puente primera, que dicho tengo, y aquellos dixéron lo que pasaba de los esquadrones: y segun despues supimos no se atreviéron á darnos guerra, ni á mas aguardar; porque segun pareció entre los Mexicanos y los de Tezcuco tuviéron diferencias y bandos: y tambien como aun no estaban muy sanos de las viruelas, que fué dolencia, que en toda la tierra dió y cundió: y como habian sabido, como en lo de Guacachula, é Ozucar, y en Tepeaca, y Xalacingo, y Castilblanco, todas las guarniciones Mexicanas habiamos desbaratado, y asimismo corria fama, y así lo creian, que iban con nosotros en nuestra compañía todo el poder de Tlascala y Guaxocingo, acordáron de no nos aguardar, y todo esto nuestro Señor Jesu-Christo lo encaminaba. Y desque amaneció, puestos todos nosotros en gran concierto, así artillería como escopetas y ballestas, y los corredores del campo adelante descubriendo tierra, *comenzamos* á caminar hácia Tezcuco, *que sería de allí* de donde dormimos obra de
dos

dos leguas; é aun no habiamos andado media legua, quando vimos volver nuestros corredores del campo muy alegres, y dixéron á Cortés que venian hasta diez Indios, y que traian unas señas y veletas de oro, y que no traian armas ningunas: y que en todas las caserías y estancias por donde pasaban no les daban grita ni voces, como habian dado el dia ántes; ántes al parecer todo estaba de paz: y Cortés y todos nuestros Capitanes y soldados nos alegramos, y luego mandó Cortés reparar hasta que llegáron siete Indios principales, naturales de Tezcuco, y traian una bandera de oro en una lanza larga, y ántes que llegasen abaxáron su bandera, y se humilláron, que es señal de paz: y quando llegáron ante Cortés estando Doña Marina, é Gerónimo de Aguilar delante, dixéron: Malinche, Cocovaicin nuestro Señor, y Señor de Tezcuco, te envia á rogar que le quieras recebir á tu amistad, y te está esperando de paz en su ciudad de Tezcuco, y en señal dello recibe esta bandera de oro: y que te pide por merced que mandes á todos los Tlascaltecas, é á tus hermanos que no les hagan mal en su tierra, y que te vayas á aposentar en su ciudad, y él te dará lo que hubieres menester: y mas dixéron, que los esquadrones que allí estaban en las barrancas y pasos malos, que no eran de Tezcuco, sino Mexicanos que los enviaba Guatemuz. Y quando Cortés oyó *aquellas paces*, holgó mucho dellas, y asimis-

mo

mo todos nosotros, é abrazó á los mensageros, en especial á tres dellos que eran parientes del buen Montezuma, y los conociamos todos los mas soldados, que habian sido sus Capitanes: y considerada la embaxada, luego mandó Cortés llamar los Capitanes Tlascaltecas, y les mandó muy afectuosamente que no hiciesen mal ninguno, ni les tomasen cosa ninguna en toda la tierra, porque estaban de paz, y así lo hacian como se lo mandó; mas comida no se les defendia, si era solamente maiz, é frisoles; y aun gallinas y perrillos, que habia muchos en todas las casas llenas dello: y entónces Cortés tomó consejo con nuestros Capitanes, y á todos les pareció que aquel pedir de paz y de aquella manera que era fingido, porque si fueran verdaderas no vinieran tan arrebatadamente, y aun truxeran bastimento: y con todo eso recibió Cortés la bandera, que valia hasta ochenta pesos, y dió muchas gracias á los mensageros, y les dixo que no tenian por costumbre de hacer mal ni daño á ningunos vasallos de su Magestad, ántes les favorecia y miraba por ellos, y que si guardaban las paces que decian, que les favoreceria contra los Mexicanos, é que ya habia mandado á los Tlascaltecas que no hiciesen daño en su tierra, como habian visto, y que así lo cumplirian adelante: y que bien sabia que en aquella ciudad matáron sobre quarenta Españoles *nuestros hermanos*, quando salimos de México,

co,

co, y sobre docientos Tlascaltecas, y que robáron muchas cargas de oro, y otros despojos que dellos hubiéron; que ruega á su Señor Cocovaicin, é á todos los mas Caciques y Capitanes de Tezcuco, que le den el oro y ropa, y que la muerte de los Españoles, que pues ya no tenia remedio, que no se les pediria: y respondiéron aquellos mensageros, que ellos lo dirian á su Señor así como se lo mandaba; mas que el que los mandó matar fué el que en aquel tiempo alzáron en México por Señor, despues de muerto Montezuma, que se decia Coadlavaca, é hubo todo el despojo, y le llevaron á México todos los mas Teules, y que luego los sacrificáron á su Huichilobos: y como Cortés vió aquella respuesta, por no los resabiar ni atemorizar, no les replicó en ello, sino que fuesen con Dios, y quedó uno dellos en nuestra compañía. Y luego nos fuimos á unos arrabales de Tezcuco, que se decian Guautinchan ó Huaxutan, que ya se me olvidó el nombre, y allí nos diéron bien de comer, y todo lo que hubimos menester, y aun derribamos unos idolos que estaban en unos aposentos donde posabamos: y otro dia de mañana fuimos á la ciudad de Tezcuco, y en todas las calles ni casas no viamos mugeres, ni muchachos, ni niños, sino todos los Indios como asombrados, y como gente que estaba de guerra: y fuimonos á aposentar á unos aposentos y salas grandes, *y luego* mandó Cortés llamar á nuestros Capi-

pitanes, y todos los mas soldados, y nos dixo que no saliesemos de unos patios grandes que allí habia, y que estuviesemos muy apercebidos, porque no le parecia que estaba aquella ciudad pacífica, hasta ver cómo y de qué manera estaba: y mandó al Pedro de Alvarado, y á Christobal de Oli, é á otros soldados, y á mí con ellos, que subiesemos al gran Cu que era bien alto, y llevasemos hasta veinte escopeteros para nuestra guarda; y que mirasemos desde el alto Cu la laguna y la ciudad, porque bien se parecia toda, y vimos que todos los moradores de aquellas poblaciones se iban con sus haciendas y hatos, é hijos y mugeres, unos á los montes, y otros á los carrizales que hay en la laguna, que toda iba cuajada de canoas dellas grandes y otras chicas; y como Cortés lo supo, quiso prender al Señor de Tezcuco, que envió la bandera de oro: y quando le fuéron á llamar ciertos Papas que envió Cortés por mensageros, ya estaba puesto en cobro, que él fué el primero que se fué huyendo á México, y fuéron con él otros muchos principales. Y así se pasó aquella noche que tuvimos grande recaudo de velas, y rondas y espías: y otro dia muy de mañana mandó llamar Cortés á todos los mas principales Indios que habia en Tezcuco, porque como es gran ciudad habia otros muchos señores partes contrarias del Cacique que se fué huyendo, con quien tenian debates y diferencias sobre el mando y

Rey-

Reyno de aquella ciudad (1): y venidos ante Cortés informado dellos, cómo y de qué manera, y desde qué tiempo acá señoreaba el Cocovaizin, dixéron, que por codicia de reynar, habia muerto malamente á su hermano mayor, que se decia Cuxcuxca, con favor que para ello le dió el Señor de México, que ya he dicho, que se decia Coadlabaca; el qual fué el que nos dió la guerra quando salimos huyendo, despues de muerto Montezuma: é que alli habia otros señores, á quien venia el Reyno de Tezcuco mas justamente que no al que lo tenia; que era un mancebo, que luego en aquella sazon se volvió christiano con mucha solemnidad, y le bautizó el Frayle de la Merced, y se llamó Don Hernando Cortés, porque fué su padrino nuestro Capitan. E aqueste mancebo dixéron que era hijo legítimo del Señor y Rey de Tezcuco, que se decia su padre Nezabal Pintzintli: y luego sin mas dilaciones, con grandes fiestas y regocijos de todo Tezcuco, le alzáron por Rey y Señor natural, con todas las ceremonias que á los tales Reyes solian hacer, é con mucha paz, y en amor de todos sus vasallos y otros pueblos comarcanos; é mandaba muy absolutamente y era obe-

(1) Tezcuco era ciudad de treinta mil vecinos, capital de la provincia de Aculuacan, confinante con Tlascala; tres leguas de Tezcuco estaba la ciudad de Acuruman, y á seis la de Otumba, cada una de ellas de tres á quatro mil vecinos. *Cortes Carta II.*

obedecido: y para mejor le industriar en las cosas de nuestra santa fe, y ponelle en toda policía, y para que deprendiese nuestra lengua, mandó Cortés que tuviese por ayos á Antonio de Villareal, marido que fué de una señora hermosa, que se dixo Isabel de Ojeda; é á un Bachiller, que se decia Escobar, puso por Capitan de Tezcuco para que viese y defendiese, que no contratasen con el Don Fernando ningun Mexicano, y á un buen soldado, que se decia Pedro Sanchez Farfan, marido que fué de la buena y honrada muger María de Estrada. Dexemos de contar su gran servicio de aqueste Cacique, y digamos quán amado y obedecido fué de los suyos: y digamos como Cortés le demandó que diese mucha copia de Indios trabajadores para ensanchar y abrir mas las acequias y zanjas por donde habiamos de sacar los vergantines á la laguna, de que estuviesen acabados, y puestos á punto para ir á la vela; y se le dió á entender al mismo Don Hernando, y á otros sus principales, á qué fin y efeto se habian de hacer, y cómo y de qué manera habiamos de poner cerco á México: y para todo ello se ofreció con todo su poder y vasallos, que no solamente aquello que le mandaba, sino que enviaria mensageros á otros pueblos comarcanos, para que se diesen por vasallos de su Magestad, y tomasen nuestra amistad y voz contra México. Y todo esto concertado, despues de nos haber aposenta-

do

do muy bien, y cada Capitanía por sí, y señalados los puestos y lugares donde habiamos de acudir, si hubiese rebato de Mexicanos, porque estabamos á guarda la raya de su laguna; porque de quando en quando enviaba Guatemuz grandes piraguas y canoas con muchos guerreros, y venian á ver si nos tomaban descuidados: y en aquella sazon viniéron de paz ciertos pueblos sujetos á Tezcuco á demandar perdon y paz, si en algo habian errado en las guerras pasadas, y habian sido en la muerte de los Españoles; los quales se decian Guatinchan: y Cortés les habló á todos muy amorosamente y les perdonó. Quiero decir, que no habia dia ninguno que dexasen de andar en la obra y zanja y acequia de siete á ocho mil Indios, y la abrian y ensanchaban muy bien, que podian nadar por ella navíos de gran porte. Y en aquella sazon, como teniamos en nuestra compañía sobre siete mil Tlascaltecas, y estaban deseosos de ganar honra, y de guerrear contra Mexicanos, acordó Cortés, pues que tan fieles compañeros teniamos, que fuesemos á entrar y dar una vista á un pueblo, que se dice Iztapalapa; el qual pueblo fué por donde habiamos pasado, quando la primera vez veniamos para México, y el Señor dél fué el que alzáron por Rey en México despues de la muerte del gran Montezuma, *que ya* he dicho otras veces, que se decia *Coadlabaca*, y de aqueste pueblo, segun supi-

pimos recebiamos mucho daño, porque eran muy contrarios contra Chalco, y Talmalanco, y Mecameca, y Chimaloacan que querian venir á tener nuestra amistad, y ellos lo estorbaban: y como habia ya doce dias que estabamos en Tezcuco sin hacer cosa que de contar sea, fuimos á aquella entrada de Iztapalapa.

CAPITULO CXXXVIII.

Como fuimos á Iztapalapa con Cortés, y llevó en su compañía á Christóbal de Olí, y á Pedro de Alvarado, y quedó Gonzalo de Sandoval por guarda de Tezcuco, y lo que nos acaeció en la toma de aquel pueblo.

Pues como habia doce dias que estabamos en Tezcuco, y teniamos los Tlascaltecas por mí ya otra vez nombrados, que estaban con nosotros, y porque tuviesen que comer, porque para tantos como eran no se lo podian dar abastadamente los de Tezcuco, y porque no recibiesen pesadumbre dello, y tambien porque estaban deseosos de guerrear con Mexicanos, y se vengar por los muchos Tlascaltecas que en las derrotas pasadas les habian muerto y sacrificado, acordó Cortés que él por Capitan General, y con Pedro de Alvarado, y Christóbal de Olí, y con trece de á caballo, y veinte ballesteros, y seis es-

copeteros y docientos y veinte soldados, y con nuestros amigos de Tlascala, y con otros veinte principales de Tezcuco, que nos dió Don Hernando Cacique mayor de Tezcuco, y estos sabiamos que eran sus primos y parientes del mismo Cacique, y enemigos de Guatemuz, que ya le habian alzado por Rey en México, fuesemos camino de Iztapalapa, que estará de Tezcuco obra de quatro leguas (1). Ya he dicho otra vez en el capítulo que dello trata, que estaba mas de la mitad de las casas edificadas en el agua, y la mitad en tierra firme: é yendo nuestro camino con mucho concierto, como lo teniamos de costumbre, como los Mexicanos siempre tenian velas y guarniciones, y guerreros contra nosotros, que sabian que ibamos á dar guerra á algunos de sus pueblos para luego les socorrer, así lo hiciéron saber á los de Iztapalapa para que se apercebiesen, y les enviáron sobre ocho mil Mexicanos de socorro. Por manera que en tierra firme aguardáron como buenos guerreros, así los Mexicanos que fuéron en su ayuda, como los pueblos de Iztapalapa, y peleáron un buen rato muy valerosamente con nosotros; mas los de á caballo rompiéron por ellos, y con las balles-

(1) El objeto de esta expedicion contra Iztapalapa, executada el mes de Enero de 1521, fué castigar al Señor de ella, autor principal de la guerra que los *Mexicanos* diéron á los Españoles para echarlos de México. *Cortés Carta III.*

llestas y escopetas, y todos nuestros amigos los Tlascaltecas, que se metian en ellos como perros rabiosos, de presto dexáron el campo y se metiéron en su pueblo: y esto fué sobre cosa pensada, y con un ardid que entre ellos tenian acordado, que fuera harto dañoso para nosotros, si de presto no salieramos de aquel pueblo: y fué desta manera, que hiciéron que huyéron, y se metiéron en canoas en el agua, y en las casas que estaban en el agua, y dellos en unos carrizales, y como ya era noche escura, nos dexan aposentar en tierra firme sin hacer ruido, ni muestra de guerra: y con el despojo que habiamos habido, é la vitoria estabamos contentos: y estando de aquella manera, puesto que teniamos velas, espias y rondas, y aun corredores del campo en tierra firme, quando no nos catamos, vino tanta agua por todo el pueblo, que si los principales que llevabamos de Tezcuco, no dieran voces, y nos avisarán que saliesemos presto de las casas, todos quedaramos ahogados, porque soltáron dos acequias de agua, y abriéron una calzada con que de presto se hinchó todo de agua, y los Tlascaltecas nuestros amigos, como no son acostumbrados á rios caudalosos, ni sabian nadar, quedáron muertos dos dellos; y nosotros con gran riesgo de nuestras personas todos bien mojados, y la pólvora perdida, salimos sin hato, y como estabamos de aquella manera, y con mucho frio, y aun sin cenar, pasamos ma-

mala noche, y lo peor de todo era la burla y grita que nos daban los de Iztapalapa, y los Mexicanos desde sus casas y canoas. Pues otra cosa peor nos avino, que como en México sabian el concierto que tenian hecho de nos anegar, con haber rompido la calzada y acequias, estaban esperando en tierra, y en la laguna muchos batallones de guerreros, y quando amaneció nos dan tanta guerra, que harto teniamos que nos sustentar contra ellos, no nos desbaratasen, é matáron dos soldados y un caballo, é hiriéron otros muchos, así de nuestros soldados como Tlascaltecas, y poco á poco afloxáron en la guerra, y nos volvimos á Tezcuco medio afrentados de la burla y ardid de echarnos el agua, y tambien como no ganamos mucha reputacion en la batalla postrera que nos diéron, porque no habia pólvora; mas todavía quedáron temerosos, y tuviéron bien en que entender en enterrar é quemar muertos y curar heridos, y en reparar sus casas: donde lo dexaré, y diré cómo viniéron de paz á Tezcuco otros pueblos, y lo que mas se hizo.

CA-

CAPITULO CXXXIX.

Como viniéron tres pueblos comarcanos á Tezcuco á demandar paces y perdon de las guerras pasadas y muertes de Españoles, y los descargos que daban sobre ello, y como fué Gonzalo de Sandoval á Chalco y Talmalanco en su socorro contra Mexicanos, y lo que mas pasó.

Habiendo dos dias que estabamos en Tezcuco de vuelta de la entrada de Iztapalapa, viniéron á Cortés tres pueblos de paz á demandar perdon de las guerras pasadas, y de muertes de Españoles que matáron, y los descargos que daban era que el Señor de México, que alzáron despues de la muerte del gran Montezuma, el qual se decia Coadlavaca, que por su mandado saliéron á dar guerra con los demas sus vasallos: y que si algunos Teules matáron, y prendiéron, y robáron, que el mismo Señor les mandó que así lo hiciesen, y los Teules que se los lleváron á México para sacrificar, y tambien le lleváron el oro, y caballos y ropa: y que ahora que piden perdon por ello, y que por esta causa que no tienen culpa ninguna, por ser mandados y apremiados por fuerza para que lo hiciesen: y los pueblos que digo, que en aquella sazon viniéron, se decian Tepetez-

cuco, y Obtumba, el nombre del otro pueblo no me acuerdo; mas sé decir, que en este de Obtumba fué la nombrada batalla que nos diéron, quando salimos huyendo de México, adonde estuviéron juntos los mayores esquadrones de guerreros que ha habido en toda la Nueva España contra nosotros, adonde creyéron que no escaparamos con las vidas, segun mas largo lo tengo escrito en los capitulos pasados que dello hablan: y como aquellos pueblos se hallaban culpados, y habian visto que habiamos ido á lo de Iztapalapa, y no les fué muy bien con nuestra ida, y aunque nos quisiéron anegar con el agua, y esperáron dos batallas campales con muchos esquadrones Mexicanos; en fin por no se hallar en otras, como las pasadas, viniéron á demandar paces ántes que fuesemos á sus pueblos á castigarlos: y Cortés viendo que no estaba en tiempo de hacer otra cosa les perdonó, puesto que les dió grandes reprehensiones sobre ello, y se obligáron con palabras de muchos ofrecimientos de siempre ser contra Mexicanos, y de ser vasallos de su Magestad, y de nos servir, y así lo hiciéron. Dexemos de hablar destos pueblos, y digamos como viniéron luego en aquella sazon á demandar paces y nuestra amistad, los de un pueblo que está en la laguna, que se dice Mezquique, que por otra parte le llamabamos Venenzuela: y estos, segun pareció, jamas estuviéron bien con Mexicanos, y los

que-

querian mal de corazon; y Cortés y todos nosotros tuvimos en mucho la venida deste pueblo, por estar dentro en la laguna por tenellos por amigos, y con ellos creiamos que habian de convocar á sus comarcanos, que tambien estaban poblados en la laguna, y Cortés se lo agradeció mucho, y con ofrecimientos y palabras blandas los despidió. Pues estando que estabamos desta manera, viniéron á decir á Cortés, como venian grandes esquadrones de Mexicanos sobre los quatro pueblos que primero habian venido á nuestra amistad, que se decian Gautinchan, y Huaxutlan, de los otros dos pueblos no se me acuerda el nombre: y dixéron á Cortés que no osarian esperar en sus casas, é que se querian ir á los montes, ó venirse á Tezcuco adonde estabamos; y tantas cosas le dixéron á Cortés para que les fuese á socorrer, que luego apercebió veinte de á caballo, y docientos soldados y trece ballesteros y diez escopeteros, y llevó en su compañía á Pedro de Alvarado y á Christóbal de Oli, que era Maesse de campo, y fuimos á los pueblos que viniéron á Cortés á dar tantas quejas, como dicho tengo, que estarian de Tezcuco obra de dos leguas: y segun pareció era verdad, que los Mexicanos los enviaban á amenazar que les habian de destruir, y dalles guerra porque habian tomado nuestra amistad; mas *sobre lo que mas* los amenazaban, y tenian *contiendas* era por unas grandes labores de

 tier-

tierras de maizales, que estaban ya para coger cerca de la laguna, donde los de Tezcuco, y aquellos pueblos bastecian nuestro Real, y los Mexicanos por tomalles el maiz, porque decian que era suyo, y aquella vega de los maizales tenian por costumbre aquellos quatro pueblos de los sembrar y beneficiar para los Papas de los ídolos Mexicanos: y sobre esto destos maizales se habian muerto los unos á los otros muchos Indios: y como aquello entendió Cortés, despues de les decir, que no hubiesen miedo, y que se estuviesen en sus casas, les mandó que quando hubiesen de ir á coger el maiz, así para su mantenimiento, como para abastecer nuestro Real, que enviaria para ello un Capitan con muchos de á caballo, y soldados para en guarda de los que fuesen á traer el maiz: y con aquello que Cortés les dixo, quedáron muy contentos, y nos volvimos á Tezcuco. Y dende en adelante, quando habia necesidad en nuestro Real de maiz, apercebiamos á los Tamemes de todos aquellos pueblos, é con nuestros amigos los de Tlascala, y con diez de á caballo, y cien soldados con algunos ballesteros y escopeteros, ibamos por el maiz: y esto digo, porque yo fuí dos veces por ello, y la una tuvimos una buena escaramuza con grandes esquadrones de Mexicanos que habian venido en mas de mil canoas, aguardándonos en los maizales, y como llevabamos amigos, puesto que los Mexicanos pe-

peleáron muy como varones, los hicimos embarcar en sus canoas, y allí matáron uno de nuestros soldados, é hiriéron doce; y asimismo hiriéron muchos Tlascaltecas, y ellos no se fuéron alabando, que allí quedáron tendidos quince ó veinte, y otros cinco que llevamos presos. Dexemos de hablar desto, y digamos como otro dia tuvimos nueva, como querian venir de paz los de Chalco, y Talmalanco y sus sujetos, y por causa de las guarniciones Mexicanas que estaban en sus pueblos, no les daban lugar á ello, y les hacian mucho daño en su tierra, y les tomaban las mugeres, y mas si eran hermosas, y delante de sus padres, ó madres, ó maridos tenian acceso con ellas; y asimismo, como estaba en Tlascala cortada la madera, y puesta á punto para hacer los vergantines, y se pasaba el tiempo sin la traer á Tezcuco, sentiamos mucha pena dello todos los mas soldados: y demas desto vienen del pueblo de Venenzuela, que se decia Mesquique, y de otros pueblos nuestros amigos, á decir á Cortés, que los Mexicanos les daban guerra, porque han tomado nuestra amistad: y tambien nuestros amigos los Tlascaltecas, como tenian ya junta cierta ropilla y sal, y otras cosas de despojos é oro, y querian algunos dellos volverse á su tierra, no osaban por no tener camino seguro. Pues viendo Cortés que para socorrer á unos pueblos de los que le demandaban socorro, é ir á ayudar á los de Chal-

co

co para que viniesen á nuestra amistad, no podia dar recaudo á unos ni á otros, porque allí en Tezcuco habia menester estar siempre la barba sobre el hombro, y muy alerta, lo que acordó fué que todo se dexase atras, y la primera cosa que se hiciese fuese ir á Chalco y Talmalanco, y para ello envió á Gonzalo de Sandoval, y á Francisco de Lugo con quince de á caballo y docientos soldados, y con escopeteros y ballesteros, y nuestros amigos los de Tlascala: é que procurase de romper, y deshacer en todas maneras á las guarniciones Mexicanas, y que se fuesen de Chalco y Talmalanco, porque estuviese el camino de Tlascala muy desembarazado, y pudiesen ir y venir á la Villa-Rica, sin tener contradiccion de los guerreros Mexicanos (1). Y luego como esto fué concertado muy secretamente con Indios de Tezcuco, se lo hizo saber á los de Chalco, para que estuviesen muy apercebidos para dar de dia ú de noche en las guarniciones de Mexicanos; y los de Chalco que no esperaban otra cosa se apercebiéron muy bien: y como el Gonzalo de Sandoval iba con su exército, parecióle que era bien dexar en la retaguarda cinco de á caballo, y otros tantos ballesteros, con todos

(1) El fin de esta entrada de Sandoval fué asegurar los pueblos y paises que mediaban entre Tezcuco y *Tlascala*, donde se hacian los bergantines, para tener libre la comunicacion con esta República y Villa-Rica. *Cortés Carta III.*

dos los mas Tlascaltecas, que iban cargados de los despojos que habian habido; y como los Mexicanos siempre tenian puestas velas y espías, y sabian como los nuestros iban camino de Chalco, tenian aparejados nuevamente, sin los que estaban en Chalco en guarnicion, muchos esquadrones de guerreros que diéron en la rezaga, donde iban los Tlascaltecas con su hato, y los tratáron mal, que no los pudiéron resistir los cinco de á caballo y ballesteros, porque los dos ballesteros quedáron muertos y los demas heridos, de manera que aunque el Gonzalo de Sandoval muy presto volvió sobre ellos, y los desbarató, y mató siete Mexicanos, como estaba la laguna cerca se le acogiéron á las canoas en que habian venido, porque todas aquellas tierras estan muy pobladas de los sugetos de México: y quando los hubo puesto en huida, é vió que los cinco de á caballo que habia dexado con los ballesteros y escopeteros en la retaguarda, eran dos de los ballesteros muertos, y estaban los demas heridos, ellos y sus caballos; y aun con haber visto todo esto, no dexó de decilles á los demás que dexó en su defensa, que habian sido para poco en no haber podido resistir á los enemigos y defender sus personas, y de nuestros amigos, y estaba muy enojado dellos, porque eran de los nuevamente venidos de Castilla, y les dixo, que bien se parecia que no sabian qué cosa era guerra, y luego puso en salvo to-

que mire el gran poder de nuestro Señor Dios, que es en el que creemos y adoramos, que él siempre nos ayuda: é que tambien mire que todos los pueblos sus comarcanos tenemos de nuestro bando, pues los Tlascaltecas no desean sino la misma guerra por vengarse de las traiciones y muertes de sus naturales, que les han hecho: y que dexen las armas y vengan de paz, y les prometió de hacer siempre mucha honra: y les dixo Doña Marina, é Aguilar otras muchas buenas razones y consejos sobre el caso: y fuéron ante él Guatemuz aquellos ocho Indios nuestros mensageros; mas no quiso hacer cuenta dellos el Guatemuz, ni enviar respuesta ninguna, sino hacer albarradas y pertrechos, y enviar por todas sus provincias á mandar, que si algunos de nosotros tomasen desmandados, que se los truxesen á México para sacrificar, y que quando los enviase á llamar, que luego viniesen con sus armas: y les envió á quitar y perdonar muchos tributos, y aun á prometer grandes promesas. Dexemos de hablar en los aderezos de guerra que en México se hacian, y digamos como volviéron otra vez muchos Indios de los pueblos de Guautinchan, ó Guaxutlan descalabrados de los Mexicanos, porque habian tomado nuestra amistad, y por la contienda de los maizales que solian sembrar para los Papas Mexicanos, en el tiempo que les servian, como otras veces he dicho en el capítulo que dello habla, y

co-

como estaban cerca de la laguna de México, cada semana les venian á dar guerra, y aun lleváron ciertos Indios presos á México: y como aquello vió Cortés, acordó de ir otra vez por su persona, y con cien soldados y veinte de á caballo, y doce escopeteros y ballesteros, y tuvo buenas espías para quando sintiesen venir los esquadrones Mexicanos, que se lo viniesen á decir; y como estaba de Tezcuco aun no dos leguas, un Miércoles por la mañana amaneció adonde estaban los esquadrones Mexicanos, y peleáron ellos de manera que presto los rompió, y se metiéron en la laguna en sus canoas, y allí se matáron quatro Mexicanos, y se prendiéron otros tres, y se volvió Cortés con su gente á Tezcuco: y dende en adelante no viniéron mas los Culchuas sobre aquellos pueblos. Y dexemos esto, y digamos como Cortés envió á Gonzalo de Sandoval á Tlascala por la madera y tablazon de los vergantines, y lo que mas en el camino hizo.

CAPITULO CXL.

Como fué Gonzalo de Sandoval á Tlascala por la madera de los vergantines, y lo que mas en el camino hizo en un pueblo, que le pusimos por nombre el pueblo Morisco.

Como siempre estabamos con grande deseo de tener ya los vergantines acabados, y vernos ya en el cerco de México, y no perder ningun tiempo en valde, mandó nuestro Capitan Cortés, que luego fuese Gonzalo de Sandoval por la madera, y que llevase consigo docientos soldados, y veinte escopeteros, y ballesteros y quince de á caballo, y buena copia de Tlascaltecas y veinte principales de Tezcuco, y llevase en su compañía á los mancebos de Chalco y á los viejos, y los pusiesen en salvo en sus pueblos: é ántes que partiesen, hizo amistades entre los Tlascaltecas y los de Chalco; porque como los de Chalco solian ser del bando y confederados de los Mexicanos, y quando iban á la guerra los Mexicanos sobre Tlascala, llevaban en su compañía los de la provincia de Chalco para que les ayudasen, por estar en aquella comarca, desde entónces se tenian mala voluntad, y se trataban como enemigos; mas como he dicho, Cortés los hizo amigos *allí en* Tezcuco, de manera que siempre en-

tre

tre ellos hubo gran amistad, y se favoreciéron de allí adelante los unos de los otros. Y tambien mandó Cortés á Gonzalo de Sandoval, que quando tuviesen puestos en su tierra los de Chalco, que fuesen á un pueblo que allí cerca estaba en el camino, que en nuestra lengua le pusimos por nombre el pueblo Morisco, que era sujeto á Tezcuco; porque en aquel pueblo habian muerto quarenta y tantos soldados de los de Narvaez, y aun de los nuestros, y muchos Tlascaltecas, y robado tres cargas de oro, quando nos echaron de México: y los soldados que matáron eran que venian de la Vera-Cruz á México, quando ibamos en el socorro de Pedro de Alvarado, y Cortés le encargó al Sandoval que no dexase aquel pueblo sin buen castigo, puesto que mas merecian los de Tezcuco, porque ellos fuéron los agresores y Capitanes de aquel daño, como en aquel tiempo eran muy hermanos en armas con la gran ciudad de México: y porque en aquella sazon no se podia hacer otra cosa, se dexó de castigar en Tezcuco. Y volvamos á nuestra plática, y es que Gonzalo de Sandoval hizo lo que el Capitan le mandó, así en ir á la provincia de Chalco, que poco se rodeaba, y dexar allí á los dos mancebos señores della, y fué al pueblo Morisco, y ántes que llegasen los nuestros ya sabian por sus espías, como iban sobre ellos, y desmamparan el pueblo, y se van huyendo á los montes, y el San-

Sandoval los sigüió, y mató tres ó quatro, porque hubo mancilla dellos; mas hubiéronse mugeres y mozas, é prendió quatro principales, y el Sandoval los halagó á los quatro que prendió, y les dixo, ¿que cómo habian muerto tantos Españoles? y dixéron que los de Tezcuco y de México los matáron en una celada que les pusiéron en una cuesta por donde no podian pasar sino uno á uno, porque era muy angosto el camino, y que allí cargáron sobre ellos gran copia de Mexicanos y de Tezcuco, y que entónces los prendiéron y matáron: y que los de Tezcuco los lleváron á su ciudad, y los repartiéron con los Mexicanos, y esto que les fué mandado, y que no pudiéron hacer otra cosa: y que aquello que hiciéron que fué en venganza del Señor de Tezcuco, que se decia Cacamatcin, que Cortés tuvo preso, y se habia muerto en las puentes. Hallóse allí en aquel pueblo mucha sangre de los Españoles que matáron por las paredes que habian rociado con ella á sus ídolos: y tambien se halló dos caras que habian desollado, y adobado los cueros, como [illegible]os de guantes, y las tenian con sus bár-[illegible]uestas, y ofrecidas en unos de sus al-[illegible], y asimismo se halló quatro cueros de [illegible]llos curtidos muy bien aderezados que [illegible]ian sus pelos, y con sus herraduras, col-[illegible]dos y ofrecidos á sus ídolos en el su Cu mayor: y halláronse muchos vestidos de los Españoles que habian muerto, colgados y ofre-

ofrecidos á los mismos ídolos: y tambien se halló en un mármol de una casa, adonde los tuviéron presos, escrito con carbones: ,,aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Yuste con otros muchos que traia en mi compañía.,, Este Juan Yuste era un hidalgo de los de á caballo que allí matáron, y de las personas de calidad que Narvaez habia traido; de todo lo qual el Sandoval, y todos sus soldados hubiéron mancilla y les pesó: mas qué remedio habia ya que hacer, sino usar de piedad con los de aquel pueblo, pues se fuéron huyendo, y no aguardáron, y lleváron sus mugeres é hijos, y algunas mugeres que se prendian lloraban por sus maridos y padres. Y viendo esto el Sandoval, á quatro principales que prendió, y á todas las mugeres las soltó, y envió á llamar á los del pueblo; los quales viniéron y le demandáron perdon, y diéron la obediencia á su Magestad, y prometiéron de ser siempre contra Mexicanos y servirnos muy bien: y preguntados por el oro que robáron á los Tlascaltecas, quando por allí pasáron, dixéron que otros habian tomado las cargas dello, y que los Mexicanos y los Señores de Tezcuco se lo lleváron, porque dixéron que aquel oro habia sido de Montezuma, y que lo habia tomado de sus templos, y se lo dió á Malinche que lo tenia preso. Dexemos de hablar desto, y digamos *como fué Sandoval* camino de Tlasçala, y *junto á la cabecera* del pueblo mayor, don-

tés hizo á Chichimecatecle, y á todos los Capitanes que traia, é las piezas de maderos y tablazones, y todo lo demas perteneciente á los vergantines, se puso cerca de las zanjas y esteros donde se habian de labrar (1): y desde allí adelante tanta priesa se daban en hacer trece vergantines el Martin Lopez, que fué el maestro de los hacer, con otros Españoles que le ayudaban, que se decian Andres Nuñez, y un viejo, que se decia Ramirez, que estaba coxo de una herida, y un Diego Hernandez aserrador, y ciertos carpinteros, y dos herreros con sus fraguas, y un Hernando de Aguilar que les ayudaba á machacar, todos se diéron gran priesa hasta que los vergantines estuviéron armados, y no faltó

(1) El lector tendrá la bondad de oir de boca de Cortés muchos sucesos referidos por Castillo: „é otro dia „que llegó, partiéron de allí con la tablazon y liga- „zon de ellos, la qual traian con mucho concierto mas „de ocho mil hombres, que era cosa maravillosa de „ver, y así me parece que es de oir, llevar trece Fus- „tas diez y ocho leguas por tierra, que certifico á vues- „tra Magestad, que dende la abanguarda á la retro- „guarda habia bien dos leguas de distancia. E como co- „menzáron su camino llevando en la delantera ocho de „caballo y cien Españoles, y en ella y en los lados por „Capitanes de mas de diez mil hombres de guerra á „Yutecad y Teutipil, que son dos señores de los prin- „cipales de Tascaltecal; y en la rezaga venian otros „ciento, y tantos Españoles con otros ocho de caballo, „y en ella venia por Capitan con otros diez mil hom- „bres de guerra, muy bien aderezados Chichimecate- „cle, que es de los principales señores de aquella pro- „*vincia*, con otros Capitanes que traia consigo. Cortés „*Carta III.*

tó sino calafeteallos y ponelles los mastiles, y xarcias y velas. Pues ya hecho esto, quiero decir el gran recaudo que teniamos en nuestro Real de espías y escuchas, y guarda para los vergantines, porque estaban junto á la laguna, y los Mexicanos procuráron tres veces de les poner fuego, y aun prendimos quince Indios de los que lo venian á poner, de quien se supo muy largamente todo lo que en México hacian y concertaba Guatemuz: y era que por via ninguna habian de hacer paces, sino morir todos peleando, ó quitarnos á todos las vidas. Quiero tornar á decir los llamamientos y mensageros en todos los pueblos sujetos á México, y como les perdonaba el tributo; y el trabajar, que de dia y de noche trabajaban de hacer casas, y ahondar los pasos de las puentes, y hacer albarradas muy fuertes, y poner á punto sus varas y tiraderas, y hacer unas lanzas muy largas para matar los caballos, engastadas en ellas de las espadas que nos tomáron la noche del desbarate, y poner á punto sus hondas con piedras rollizas, y espadas de á dos manos, y otras mayores que espadas, como macanas, y todo género de guerra. Dexemos esta materia y volvamos á decir de nuestra zanja y acequia, por donde habian de salir los vergantines á la gran laguna, que estaba ya muy ancha y honda, que podian *nadar por ella navíos* de razonable porte; por*que como otras* veces he dicho, siempre anda-

daban en la obra ocho mil Indios trabajadores. Dexemos esto, y digamos como nuestro Cortés fué á una entrada de Saltocan.

CAPITULO CXLI.

Como nuestro Capitan Cortés fué á una entrada al pueblo de Saltocan, que está de la ciudad de México obra de seis leguas, puesto y poblado en la laguna, y dende allí á otros pueblos, y lo que en el camino pasó diré adelante.

Como habian venido allí á Tezcuco sobre quince mil Tlascaltecas con la madera de los vergantines, y habia cinco dias que estaban en aquella ciudad, sin hacer cosa que de contar sea, y no tenian mantenimientos, ántes les faltaba, y como el Capitan de los Tlascaltecas era muy esforzado y orgulloso, que ya he dicho otras veces, que se decia Chichimecatecle, dixo á Cortés, que queria ir á hacer algun servicio á nuestro gran Emperador, y batallar contra Mexicanos, ansi por mostrar sus fuerzas y buena voluntad para con nosotros, como para vengarse de las muertes y robos que habian hecho á sus hermanos y vasallos, ansi en México como en sus tierras, y que le pedia por merced, que ordenase y mandase á qué parte podrian ir que fuesen nuestros enemigos: y Cortés les dixo, que les tenia en mucho su buen deseo, y

y que otro dia queria ir á un pueblo, que se dice Saltocan, que está de aquella ciudad cinco leguas, mas que están fundadas las casas en el agua de la laguna, é que habia entrada para él por tierra: el qual pueblo habia enviado á llamar de paz dias habia tres veces, y no quiso venir: y que les tornó á enviar mensageros nuevamente con los de Tepetezcuco y de Obtumba, que eran sus vecinos: y que en lugar de venir de paz no quisiéron, ántes tratáron mal á los mensageros, y descalabráron dellos, y la respuesta que dierón fué que si allá ibamos, que no tenian ménos fuerza y fortaleza; que fuesen quando quisiesen que en el campo les hallariamos, é que habian tenido aquella respuesta de sus ídolos, que allí nos matarian, y que les aconsejáron los ídolos, que esta respuesta diesen: y á esta causa Cortés se apercibió para ir él en persona á aquella entrada: y mandó á docientos y cincuenta soldados que fuesen en su compañía y treinta de caballo, y llevó consigo á Pedro de Albarado, y á Christóbal de Oli, y muchos vallesteros y escopeteros, y á todos los Tlascaltecas, y una Capitanía de hombres de guerra de Tezcuco, y los mas dellos principales, y dexó en guarda de Tezcuco á Gonzalo de Sandoval para que mirase mucho por los vergantines y Real, no diesen una noche en él: porque ya he dicho, *que siempre* habiamos de estar la barca *sobre el hombro*, lo uno por estar tan á

la

la raya de México, y lo otro por estar en tan gran ciudad como era Tezcuco, y todos los vecinos de aquella ciudad eran parientes y amigos de Mexicanos: y mandó al Sandoval y á Martin Lopez Maestro de hacer los vergantines, que dentro de quince dias los tuviesen muy á punto para echar al agua y navegar en ellos, y se partió de Tezcuco para hacer aquella entrada. Despues de haber oido Misa salió con su exército, é yendo su camino, no muy lejos de Saltocan, encontró con unos grandes esquadrones de Mexicanos, que le estaban aguardando en parte que creyéron aprovecharse de nuestros Españoles y matar los caballos; mas Cortés marchó con los de á caballo, y él juntamente con ellos, y despues de haber disparado las escopetas y vallestas, rompiéron por ellos, y matáron algunos de los Mexicanos; porque luego se acogiéron á los montes, y á partes que los de á caballo no los pudiéron seguir: mas nuestros amigos los Tlascaltecas prendiéron y matáron obra de treinta: y aquella noche fué Cortés á dormir á unas caserías, y estuvo muy sobre aviso con sus corredores del campo, y velas, y rondas, y espías, porque estaba entre grandes poblaciones: y supo que Guatemuz Señor de México habia enviado muchos esquadrones de gente de guerra á Saltocan para les ayudar, los quales fuéron en canoas por unos hondos esteros: y otro dia de mañana junto al pueblo comenzáron lo[s]

Me[xicanos]

Mexicanos y los de Saltocan á pelear con los nuestros, y tirábanles mucha vara, y flecha, y piedra con hondas desde las acequias donde estaban, é hiriéron á diez de nuestros soldados, y muchos de los amigos Tlascaltecas, y ningun mal les podian hacer los de á caballo, porque no podian correr, ni pasar los esteros, que estaban todos llenos de agua, y el camino y calzada que solian tener por donde entraban por tierra en el pueblo, de pocos dias le habian deshecho, y le abriéron á mano, y la ahondáron de manera que estaba hecho acequia y lleno de agua, y por esta causa los nuestros no podian en ninguna manera entralles en el pueblo, ni hacer daño ninguno, y puesto que los escopeteros y vallesteros tiraban á los que andaban en canoas, traianlas tambien armadas de talabardones de madera, é demas de los talabardones, guardábanse bien: y nuestros soldados viendo que no aprovechaba cosa ninguna, y no podian atinar al camino y calzada que de ántes tenian en el pueblo, porque todo lo hallaban lleno de agua, renegaban del pueblo, y aun de la venida sin provecho, y aun medio corridos de como los Mexicanos, y los del pueblo les daban grande grita, y les llamaban de mugeres, é que Malinche era otra muger, y que no era esforzado, sino para engañarlos con palabras y mentiras: y en este instante dos Indios de los que allí venian con los nuestros, que eran de Tepetezcuco, que estaban

muy

muy mal con los de Saltocan, dixéron á un nuestro soldado, que habia tres dias que viniéron, como abrian la calzada y la laváron, y la hiciéron zanja y echáron de otra acequia el agua por ella, y que no muy lejos adelante está por abrir, é iba camino al pueblo. Y quando nuestros soldados lo hubiéron entendido, y por donde los Indios les señalaron se ponen en gran concierto los vallesteros y escopeteros, unos armando y otros soltando, y esto poco á poco y no todos á la par, y el agua á vuelapie, y á otras partes á mas de la cinta, pasan todos nuestros soldados, y muchos amigos siguiéndolos, y Cortés con los de á caballo, aguardándolos en tierra firme, haciéndoles espaldas, porque temió no viniesen otra vez los esquadrones de México y diesen en la rezaga: y quando pasaban las acequias los nuestros, como dicho tengo, los contrarios daban en ellos como á terrero, y hiriéron muchos; mas como iban deseosos de llegar á la calzada que estaba por abrir, todavía pasan adelante hasta que diéron en ella por tierra sin agua, y vanse al pueblo, y en fin demas razones, tal mano les diéron que les matáron muchos Mexicanos; y lo pagáron muy bien, é la burla que dellos hacian, donde hubiéron mucha ropa de algodon y oro y otros despojos: y como estaban poblados en la laguna, de presto se meten los Mexicanos, y los naturales del pueblo en sus canoas con todo el hato que pu-
dié-

diéron llevar, y se van á México: y los nuestros de que los viéron despoblados quemáron algunas casas, y no osáron dormir en él por estar en el agua, y se viniéron donde estaba el Capitan Cortés aguardándolos: y allí en aquel pueblo se hubiéron muy buenas Indias, y los Tlascaltecas saliéron ricos con mantas, sal, y oro y otros despojos, y luego se fuéron á dormir á unas caserías, que seria una legua de Saltocan; y allí se curáron, y un soldado murió dende á pocos dias de un flechazo que le diéron por la garganta: y luego se pusiéron velas y corredores del campo, y hubo buen recaudo, porque todas aquellas tierras estaban muy pobladas de Culchuas. Y otro dia fuéron camino de un gran pueblo, que se dice Colvatitlan, é yendo por el camino, los de aquellas poblaciones, y otros muchos Mexicanos que con ellos se juntaban, les daban muy grande grita y voces, diciéndoles vituperios, y era en parte que no podian correr los caballos, ni se les podia hacer ningun daño, porque estaban entre acequias, y desta manera llegáron á aquella poblacion, y estaba despoblado de aquel mismo dia, y alzado el hato: y en aquella noche durmiéron allí con grandes velas y rondas: y otro dia fuéron camino de un gran pueblo que se dice Tenayuca, y este pueblo soliamos llamar la primera vez que entramos en México, el pueblo de las Sierpes, porque en el adoratorio mayor que tenian, hallamos dos

gran-

grandes bultos de sierpes de malas figuras, que eran sus ídolos en quien adoraban. Dexemos esto, y digamos del camino: y es que este pueblo halláron despoblado como el pasado, que todos los Indios naturales dellos se habian juntado en otro pueblo que estaba mas adelante: y desde allí fué á otro pueblo, que se dice Escapuzalco, que seria del uno al otro una legua, y asimismo estaba despoblado. Este Escapuzalco era donde labraban el oro é plata al gran Montezuma, y soliamosle llamar el pueblo de los Plateros: y desde aquel pueblo fué á otro, que ya he dicho que se dice Tacuba, que es obra de media legua el uno del otro. En este pueblo fué donde reparamos la triste noche quando salimos de México desbaratados, y en él nos matáron ciertos soldados, segun dicho tengo en el capítulo pasado que dello habla; y tornemos á nuestra plática, que ántes que nuestro exército llegase al pueblo, estaban en campo aguardando á Cortés muchos esquadrones de todos aquellos pueblos por donde habia pasado, y los de Tacuba y de Mexicanos, porque México esta muy cerca dél: y todos juntos comenzáron á dar en los nuestros de manera que tuvo harto nuestro Capitan de romper en ellos con los de á caballo, y andaban tan juntos los unos con los otros, que nuestros soldados á buenas cuchilladas los hiciéron retraer, y como era noche durmiéron en el pueblo con buenas velas y escu-

chas,

chas, y otro dia de mañana, si muchos Mexicanos habian estado juntos, muchos mas se juntáron aquel dia; y con gran concierto venian á darnos guerra, de tal manera que herian algunos soldados, mas todavía los nuestros los hiciéron retraer en sus casas y fortaleza, de manera que tuviéron tiempo de les entrar en Tacuba, y quemalles muchas casas, y metelles á sacomano: y como aquello supiéron en México, ordenáron de salir muchos mas esquadrones de su ciudad á pelear con Cortés, y concertáron que quando peleasen con él, que hiciesen que volvian huyendo hácia México, y que poco á poco metiesen á nuestro exército en su calzada, y que quando los tuviesen dentro, haciendo como que se retraian de miedo: é ansi como lo concertáron lo hiciéron: y Cortés creyendo que llevaba vitoria los mandó seguir hasta una puente; y quando los Mexicanos sintiéron que tenian ya metido á Cortés en el garlito pasada la puente, vuelve sobre él tanta multitud de Indios, que unos por tierra, otros con canoas, y otros en las azoteas le dan tal mano, que le ponen en tan gran aprieto, que estúvo la cosa de arte, que creyó ser perdido é desbaratado, porque á una puente donde habia llegado, cargáron tan de golpe sobre él, que ni poco ni mucho se podia valer: é un Alferez que llevaba una bandera, por sostener el gran ímpetu de los contrarios le hiriéron muy malamente, y cayó

con su bandera desde la puente abaxo en el agua, y estuvo en ventura de no se ahogar, y aun le tenian ya asido los Mexicanos para le meter en unas canoas, y él fué tan esforzado que se escapó con su bandera: y en aquella refriega matáron cinco soldados, é hiriéron muchos de los nuestros: y Cortés viendo el gran atrevimiento y mala consideracion que habia hecho en haber entrado en la calzada de la manera que he dicho, y sintió como los Mexicanos le habian cebado, luego mandó que todos se retraxesen: y con el mejor concierto que pudo, y no vueltas las espaldas, sino los rostros á los contrarios, pie contra pie, como quien hace represas, y los vallesteros y escopeteros, unos armando y otros tirando, y los de á caballo haciendo algunas arremetidas, mas eran muy pocas, porque luego les herian los caballos; y desta manera se escapó Cortés aquella vez del poder de México, y quando se vió en tierra firme, dió muchas gracias á Dios. Allí en aquella calzada y puente fué donde un Pedro de Ircio, muchas veces por mí nombrado, dixo al Alferez que cayó con la bandera en la laguna, que se decia Juan Volante, por le afrentar (que no estaba bien con él por amores de una muger) ciertas palabras pesadas; y no tuvo razon de decir aquellas palabras, porque el Alferez era un hidalgo, y hombre muy esforzado, y como tal se mostró aquella vez, y otras muchas: y al Pedro

de

de Ircio no le fué muy bien de su mala voluntad que tenia contra Juan Volante, el tiempo andando. Dexemos á Pedro de Ircio, y digamos que en cinco dias que allí en lo de Tacuba estuvo Cortés, tuvo batalla y rencuentros con los Mexicanos y sus aliados: y desde allí dió la vuelta para Tezcuco, y por el camino que habia venido, se volvió, y le daban grita los Mexicanos, creyendo que volvia huyendo, y aun sospecháron lo cierto, que con gran temor volvió, y les esperaban en partes que querian ganar honra con él, y matalle los caballos, y le echaban celadas: y como aquello vió les echó una en que les mató é hirió muchos de los contrarios, é á Cortés entónces le matáron dos caballos é un soldado, y con esto no le siguiéron mas: é á buenas jornadas llegó á un pueblo sujeto á Tezcuco, que se dice Aculman, que estará de Tezcuco dos leguas y media: y como lo supimos como habia allí llegado, salimos con Gonzalo de Sandoval á le ver y recebir acompañado de muchos caballeros y soldados, y de los Caciques de Tezcuco, especial de Don Hernando, principal de aquella ciudad, y en las vistas nos alegramos mucho, porque habia mas de quince dias que no habiamos sabido de Cortés, ni de cosa que le hubiese acaecido: y despues de le haber dado el bien venido, y haberle hablado algunas cosas que convenian sobre lo militar, nos volvimos á Tezcuco aquella tarde, por-

que no osabamos dexar el Real sin buen recado, y nuestro Cortés se quedó en aquel pueblo hasta otro dia que llegó á Tezcuco: y los Tlascaltecas como ya estaban ricos y venian cargados de despojos, demandáron licencia para irse á su tierra, y Cortés se la dió; y fuéron por parte que los Mexicanos no tuviéron espías sobre ellos, y salváron sus haciendas. Y acabo de quatro dias que nuestro Capitan reposaba y estaba dando priesa en hacer los vergantines, viniéron unos pueblos de la costa del Norte á demandar pacès, y darse por vasallos de su Magestad, los quales pueblos se llaman Tucapan, y Mascalcingo, é Naultran, y otros pueblezuelos de aquellas comarcas, y traxéron un presente de oro y ropa de algodon: y quando llegáron delante de Cortés con gran acato, despues de haber dado su presente, dixéron que le pedian por merced, que les admitiese á su amistad, y que querian ser vasallos del Rey de Castilla: y dixéron que quando los Mexicanos matáron sus Teules en lo de Almería, y era Capitan dellos Quete Alpopoca, que ya habiamos quemado por justicia, que todos aquellos pueblos que allí venian, fuéron en ayudar á los Teules: y despues que Cortés les hubo oido, puesto que entendia que habian sido con los Mexicanos en la muerte de Juan de Escalante, y los seis soldados que le matáron en lo de Almería, segun he dicho en el Capítulo que dello ha-

bla, les mostró mucha voluntad, y recibió el presente, y por vasallos del Emperador nuestro Señor, y no les demandó cuenta sobre lo acaecido, ni se lo traxo á la memoria, porque no estaba en tiempo de hacer otra cosa: y con buenas palabras y ofrecimientos los despachó. Y en este instante viniéron á Cortés otros pueblos de los que se habian dado por nuestros amigos, á demandar favor contra Mexicanos, y decian que les fuesemos á ayudar, porque venian contra ellos grandes esquadrones, y les habian entrado en su tierra, y llevado presos muchos de sus Indios, y á otros habian descalabrado. Y tambien en aquella sazon viniéron los de Chalco y Talmanalco, y dixéron que si luego no les socorrian que serian perdidos, porque estaban sobre ellos muchas guarniciones de sus enemigos: y tantas lastimas decian que traian en un paño de manta de Nequen pintado al natural los esquadrones que sobre ellos venian, que Cortés no sabia qué se decir, ni qué respondelles, ni dar remedio á los unos ni á los otros; porque habia visto que estabamos muchos de nuestros soldados heridos y dolientes, y se habian muerto ocho de dolor de costado, y de echar sangre cuajada, revuelta con lodo, por la boca y narices, y era del quebrantamiento de las armas que siempre traiamos *á cuestas*, é de que á la continua ibamos *á las entradas*, y de polvo que en ellas traga-

 ba-

bamos: y demas desto, viendo que se habian muerto tres ó quatro soldados de heridas, que nunca parabamos de ir á entrar, unos venidos, y otros vueltos. La respuesta que les dió á los primeros pueblos fué que les halagó, y dixo que iria presto á les ayudar; y que entretanto que iba, que se ayudasen de otros pueblos sus vecinos, y que esperasen en campo á los Mexicanos, y que todos juntos les diesen guerra, é que si los Mexicanos viesen que les mostraban cara, y ponian fuerzas contra ellos, que temerian, é que ya no tenian tantos poderes los Mexicanos para les dar guerra como solian, porque tenian muchos contrarios: y tantas palabras les dixo con nuestras lenguas, é les esforzó, que reposáron algo sus corazones, y no tanto que luego demandáron cartas para dos pueblos sus comarcanos nuestros amigos para que les fuesen á ayudar: las cartas en aquel tiempo no las entendian, mas bien sabian que entre nosotros se tenia por cosa cierta, que quando se enviaban eran como mandamientos ó señales que les mandaban algunas cosas de calidad, é con ellas se fuéron muy contentos, y las mostráron á sus amigos y los llamáron: y como nuestro Cortés se lo mandó, aguardáron en el campo á los Mexicanos, y tuviéron con ellos una batalla, y con ayuda de nuestros amigos sus vecinos, á quien diéron la carta, no les fué mal en la pelea. Volvamos á los de Chalco que viendo nuestro Cortés, que era

era cosa muy importante para nosotros, que aquella provincia estuviese desembarazada de gentes de Culchua, porque como he dicho otra vez, por allí habian de ir é venir á la Villa-Rica de la Vera-Cruz, é á Tlascala, y habiamos de mantener nuestro Real, porque es tierra de mucho maiz, luego mandó á Gonzalo de Sandoval, que era Alguacil mayor, que se aparejase para otro dia de mañana ir á Chalco, y le mandó dar veinte á caballo, y docientos soldados, y doce ballesteros, y diez escopeteros, y los Tlascaltecas que habia en nuestro Real que eran muy pocos; porque como dicho habemos en este capítulo, todos los mas se habian ido á su tierra, cargados de despojos, y tambien llevó una Capitanía de los de Tezcuco, y en su compañía al Capitan Luis Marin, que era su muy íntimo amigo, y quedamos en guarda de aquella ciudad y vergantines, Cortés, é Pedro de Alvarado, y Christobal de Oli con los demas soldados. Y ántes que Gonzalo de Sandoval vaya para Chalco, como está acordado, quiero aquí decir, como estando escribiendo en esta Relacion todo lo acaecido á Cortés de Saltocan, acaso estaban presentes dos hidalgos muy curiosos, que habian leido la historia de Gomara, y me dixéron que tres cosas se me olvidaban de escribir, que tenia escrito el Coronista Gomara de la misma *entrada que hizo* Cortés: y la una era *que dió Cortés* vista á México con trece ver-

gantines, y peleó muy bien con el gran poder de Guatemuz, con sus grandes canoas y piraguas en la laguna. La otra era que quando Cortés entró en la calzada de México, que tuvo pláticas con los señores y Caciques Mexicanos, y les dixo que les quitaria el bastimento, y se moririan de hambre: y la otra fue que Cortés no quiso decir á los de Tezcuco que habia de ir á Saltocan, porque no les diesen aviso. Yo respondí á los mismos hidalgos que me lo dixéron, que en aquella sazon los vergantines no estaban acabados de hacer, é que como podia llevar por tierra vergantines, ni por la laguna los caballos, ni tanta gente, que es cosa de reir ver lo que escribe: y que quando entró en la Calzada de Tacuba, como dicho habemos, que harto tuvo Cortés en escapar él y su exército, que estuvo medio desbaratado: y en aquella sazon no habiamos puesto cerco á México para vedalles los mantenimientos, ni tenian hambre, y eran señores de todos sus vasallos, y lo que pasó muchos dias adelante quando los teniamos en grande aprieto, pone ahora el Gomara: y en lo que dice que se apartó Cortés por otro camino para ir á Saltocan, no lo supiesen los de Tezcuco, digo, que por fuerza fuéron por sus pueblos y tierras de Tezcuco; porque por allí era el camino y no otro: y en lo que escribe va muy *errado*, y á lo que yo he sentido, no tiene *él la culpa*, sino el que le informó, que por su-

sublimar á quien á él se le antojó, ensalzó sus cosas, y porque no se declarasen nuestros heroycos hechos, le daban aquellas relaciones: y esta es la verdadera: y como lo hubiéron bien entendido los mismos que me lo dixéron, y viéron claro lo que les dixe ser ansi, se convenciéron. Y dexemos esta plática, y tornemos al Capitan Gonzalo de Sandoval, que partió de Tezcuco despues de haber oido Misa, y fué á amanecer cerca de Chalco, y lo que pasó diré adelante.

CAPITULO CXLII.

Como el Capitan Gonzalo de Sandoval fué á Chalco, é á Talmanalco con todo su exército, y lo que en aquella jornada pasó diré adelante.

Ya he dicho en el capítulo pasado, como los pueblos de Chalco, y Talmanálco viniéron á decir á Cortés que les enviase socorro, porque estaban grandes guarniciones juntas para les venir á dar guerra, é tantas lastimas le dixéron, que mandó á Gonzalo de Sandoval, que fuese allá con docientos soldados y veinte de á caballo, é diez ó doce ballesteros, y otros tantos escopeteros, y nuestros amigos los de Tlascala, y otra Capitanía de los de Tezcuco, y llevó al Capitan Luis Marin por compañero, porque era su muy grande amigo: y despues de haber oido Misa, en doce dias del

mes de Marzo de mil y quinientos y veinte y un años fué á dormir á unas estancias del mismo Chalco, y otro dia llegó por la mañana á Talmanalco: y los Caciques y Capitanes le hiciéron buen recebimiento, y le diéron de comer, y le dixéron, que luego fuese hácia un gran pueblo, que se dice Guaztepeque, porque hallaria juntos todos los poderes de México en el mismo Guaztepeque, ó en el camino ántes de llegar á él, é que todos los de aquella provincia de Chalco irian con él: y al Gonzalo de Sandoval pareciόle que seria muy bien ir muy á punto, y puesto en concierto, fué á dormir á otro pueblo sujeto del mismo Chalco, Chimalacan; porque las espías que los de Chalco tenian puestas sobre los Culchuas, viniéron á avisar, como estaban en el campo no muy lejos de allí la gente de guerra sus enemigos, é que habia algunas quebradas, é arcabuezos adonde esperaban: y como el Sandoval era muy avisado, y de buen consejo, puso los escopeteros y ballesteros por delante, y los de á caballo mandó que de tres en tres se hermanasen, y quando hubiesen gastado los ballesteros y escopeteros algunos tiros, que todos juntos los de á caballo rompiesen por ellos á media rienda, y las lanzas terciadas, y que no curasen alancear sino por los rostros, hasta ponerlos en huida, y que no se deshermanasen: y mandó á los soldados de á pie que siempre estuviesen hechos un cuerpo, y no se me-

tie

concierto que llevaba, rompe los dos esquadrones con los de á caballo, y los demas esquadrones vuelven las espaldas hácia el pueblo, para tornar á aguardar á unos mamparos que tenian hechos, mas nuestros soldados y los amigos les siguiéron de manera que no tuviéron tiempo de aguardar, y los de á caballo siempre fuéron en el alcance por otras partes, hasta que se encerráron en el mismo pueblo en partes que no se pudiéron haber: y creyendo que no volverian mas á pelear aquel dia, mandó Sandoval reposar su gente, y se curáron los heridos, y comenzáron á comer, que se habia habido mucho despojo: y estando comiendo viniéron dos de á caballo, y otros dos soldados que habia puesto ántes que comenzase á comer, los unos para corredores del campo, y los otros por espías, y viniéron diciendo, al arma, al arma, que vienen muchos esquadrones de Mexicanos, y como siempre estaban acostumbrados á tener sus armas muy á punto, depresto cavalgan, y salen á una gran plaza, y en aquel instante viniéron los contrarios, y allí hubo otra buena batalla: y despues que estuviéron buen rato haciendo cara en unos mamparos, desde allí hiriéron algunos de los nuestros, y tal priesa les dió el Gonzalo de Sandoval con los de á caballo, y con las escopetas y ballestas, y cuchilladas los soldados, que les hiciéron huir del pueblo *por otras barrancas*, y por aquel dia no vol-

vié-

viéron mas: y quando el Capitan Sandoval se vió libre desta refriega, dio muchas gracias á Dios, y se fué á reposar y dormir á una huerta que habia en aquel pueblo la mas hermosa, y de mayores edificios, y cosa mucho de mirar que se habia visto en la Nueva España, y tenia tantas cosas, que era muy admirable, y ciertamente era huerta para un gran Príncipe, y aun no se acabó de andar por entónces toda, porque tenia mas de un quarto de legua de largo. Y dexemos de hablar de la huerta, y digamos que yo no vine en esta entrada, ni en este tiempo que digo anduve esta huerta, sino desde obra de veinte dias que vine con Cortés, quando rodeamos los grandes pueblos de la laguna, como adelante diré: y la causa porque no vine en aquella sazon, es porque estaba muy mal herido de un bote de lanza que me diéron en la garganta junto al gaznate, que estuve della á peligro de muerte, de que agora tengo una señal, y diéronmela en lo de Iztapalapa, quando nos apretáron tanto: y como yo no fui en esta entrada, por eso digo en esta mi relacion, fuéron, y esto hiciéron, y tal les acaeció, y no digo hicimos, ni hice, ni vine, ni en ello me hallé: mas todo lo que escribo acerca dello, pasó al pie de la letra; porque luego se sabe en el Real de la manera que en las entradas acaece, y ansi no se puede quitar, ni alargar mas de lo que pasó. Y dexaré de hablar en esto, y volveré

ré al Capitan Gonzalo de Sandoval, que otro dia de mañana, viendo que no habia mas bullicio de guerreros Mexicanos, envió á llamar á los Caciques de aquel pueblo con cinco Indios naturales de los que habian prendido en las batallas pasadas, y los dos dellos eran principales, y les envió á decir que no hubiesen miedo, y que vengan de paz, y que lo pasado se lo perdona, y les dixo otras buenas razones: y los mensageros que fueron á tratar las paces, mas no osáron venir los Caciques por miedo de los Mexicanos, y en aquel mismo dia tambien envió á decir á otro gran pueblo, que estaba de Guaztepeque obra de dos leguas, que se dice Acapistla, que mirasen que son buenas las paces, que no quieran guerra; y que miren y tengan en la memoria en que han parado los esquadrones de Culchuas que estaban en aquel pueblo de Guaztepeque, sino que todos han sido desbaratados, que vengan de paz; y que los Mexicanos que tienen en guarnicion que les echen fuera de su tierra, y que si no lo hacen, que irá allá de guerra, y los castigará: y la respuesta fué que vayan quando quisieren, que bien piensan tener con sus cuerpos y carnes buenas hartazgas, y sus ídolos sacrificios: y como aquella respuesta le diéron, y los Caciques de Chalco que con Sandoval estaban, que sabian que en aquel pueblo de Capistla estaban muchos mas Mexicanos en guarnicion para les ir á Chalco á dar guerra,

quan-

quando viesen vuelto al Sandoval, á esta causa le rogáron que fuese allá, y los echase de allí, y el Sandoval estaba para no ir, lo uno porque estaba herido, y tenia muchos soldados y caballos heridos, y lo otro como habia tenido tres batallas no se quisiera meter por entónces en hacer mas de lo que Cortés le mandaba, y tambien algunos caballeros de los que llevaba en su compañía, que eran de los de Narvaez, le dixéron que se volviese á Tezcuco, y que no fuese á Acapistla, porque estaba en gran fortaleza, no le acaeciese algun desman: y el Capitan Luis Marin le aconsejó que no dexase de ir á aquella fuerza, y hacer lo que pudiese, porque los Caciques de Chalco decian, que si desde allí se volvian sin deshacer el poder que estaba junto en aquella fortaleza, que ansi como vean ó sepan que Sandoval vuelve á Tezcuco, que luego son sus enemigos en Chalco: y como era el camino de un pueblo á otro obra de dos leguas, acordó de ir, y apercibió sus soldados, y fué allá: y luego como llegó á vista del pueblo, ántes de llegar á él le salen muchos guerreros, y le comenzáron á tirar vara y flecha y piedra con hondas, y fué tanta como granizo, que le hiriéron tres caballos y muchos soldados, sin podelles hacer cosa ni daño ninguno: y hecho esto luego se suben entre sus riscos y fortalezas, y desde allí les daban voces y gritas, y tañian sus caracoles y atabales: y co-

como el Sandoval ansi vió la cosa, acordó de mandar á algunos de á caballo que se apeasen, y á los demas de á caballo que se estuviesen en el campo en lo llano á punto, mirando no viniesen algunos socorros Mexicanos á los de Acapistla entretanto que combatian aquel pueblo: y como vió que los Caciques de Chalco y sus Capitanes, y muchos de sus Indios de guerra que allí estaban remolinando, y no osaban pelear con los contrarios, adrede para proballos, y ver lo que decian, les dixo Sandoval, ¿qué haceis ahí? ¿por qué no les comenzais á combatir? y entrad en ese pueblo y fortaleza, que aquí estamos que os defenderemos: y ellos respondiéron que no se atrevian, porque era gran fortaleza, y que por esta causa venia el Sandoval, y sus hermanos los Teules con ellos, y con su mamparo y esfuerzo venián los de Chalco á les echar de allí; por manera que se apercibe el Sandoval de arte, que él, y todos sus soldados y escopeteros y ballesteros, les comenzáron de entrar y subir, y puesto que recibiéron en aquella subida muchas heridas, y al mismo Capitan le descalabráron otra vez, y le hiriéron muchos de los amigos, todavía les entró en el pueblo donde se les hizo mucho daño, y todos los que mas daño que les hiciéron fuéron los Indios de Chalco, y los demas amigos Tlascaltecas; porque nuestros soldados, sino fué hasta rompellos y ponellos en huida, no curáron de dar cuchilladas á nin-

ningun Indio, porque les parecia crueded, y en lo que mas se empleaban, era en buscar una buena India, ó haber algun despojo, y lo que comunmente hacian, era reñir á los amigos porque eran tan crueles, y por quitalles algunos Indios ó Indias, porque no los matasen. Dexemos de hablar de esto, y digamos que aquellos guerreros Mexicanos que allí estaban por se defender, se viniéron por unos riscos abaxo cerca del pueblo; y como habia muchos de ellos heridos de los que se venian á esconder en aquella quebrada y arroyo, y se desangraban, venia el agua algo turbia de sangre, y no duró aquella turbieza un Ave María. E aquí dice el Coronista Gomara en su historia, que por venir el rio tinto en sangre, los nuestros pasáron sed por causa de la sangre. A esto digo, que habia fuentes de agua clara abaxo en el mismo pueblo, que no tenian necesidad de otra agua (1). Volvamos á decir, que luego que aquello fué hecho se volvió el Sandoval con todo su exército á Tezcuco, y con buen despojo, en especial con muy buenas piezas de Indias. Digamos ahora como el Señor de México, que se decia Guatemuz, lo supo, y el desbarate de sus exércitos, dicen que mostró mucho sentimiento de ello, y mas de que los de Chalco te-

(1) Cortés dice, que todos los que se halláron en *esta accion*, aseguraban que el rio por mas de una *hora fué teñido en sangre. Cortés, Carta III.*

tenian tanto atrevimiento siendo sus súbditos y vasallos, de osar tomar armas tres veces contra ellos : y estando tan enojado acordó que entre tanto que el Sandoval se volvia al Real de Tezcuco, de enviar grandes poderes de guerreros que de presto juntó en la ciudad de México con otros que estaban junto á la laguna, y en mas de dos mil canoas grandes, con todo género de armas salen sobre veinte mil Mexicanos, y vienen de repente en la tierra de Chalco por hacerles todo el mal que pudiesen, y fué de tal arte y tan presto, que aun no hubo bien llegado el Sandoval á Tezcuco, ni hablado á Cortés, quando estaban otra vez mensajeros de Chalco en canoas por la laguna, demandando favor á Cortés, porque le dixéron que habian venido sobre dos mil canoas, y en ellas veinte mil Mexicanos, y que fuesen presto á los socorrer: y quando Cortés lo oyó y Sandoval, que entónces en aquel instante llegaba á hablarle, y á darle cuenta de lo que habia hecho en la entrada donde venia, el Cortés no le quiso escuchar á Sandoval de enojo, creyendo que por su culpa ó descuido recibian mala obra nuestros amigos los de Chalco; y luego sin mas dilacion, ni le oir, le mandó volver, y que dexase allí en el Real todos los heridos que traia : y con los sanos luego fué muy en posta : y de estas palabras que Cortés le dixo, recibió mucha pena el Sandoval, y porque no le quiso escuchar, y luego partió para

Chalco; y como llegó con todo su exército bien cansado de las armas y largo camino, pareció ser que los de Chalco, luego como lo supiéron por sus espías, que los Mexicanos venian tan de repente sobre ellos, y como habia tenido Guatemuz aquella cosa concertada que diesen sobre ellos, como dicho tengo, sin mas aguardar socorro de nosotros, enviáron á llamar á los de la Provincia de Guaxocingo é Tlascala, que estaban cerca, los quales viniéron aquella noche misma muy aparejados con sus armas, y se juntáron con los de Chalco que serian por todos mas de veinte mil de ellos, é ya les habian perdido el temor á los Mexicanos, y gentilmente los aguardáron en el campo, y peleáron como muy varones, puesto que los Mexicanos matáron y prendiéron hasta quince Capitanes y hombres principales, y de otra gente de guerra de no tanta cuenta se prendiéron otros muchos; y túvose esta batalla entre los Mexicanos por grande deshonra suya, viendo que los de Chalco los venciéron, y en mucho mas que si los desbarataramos nosotros; y como llegó Sandoval á Chalco, y vió que no tenia que hacer ni de que se temer, que ya no volverian otra vez los Mexicanos sobre Chalco, da vuelta á Tezcuco, y llevó los presos Mexicanos, con lo qual se holgó mucho Cortés, y Sandoval mostró grande enojo de nuestro Capitan por lo pasado; y no le fué á ver ni hablar, puesto que Cortés le envió á decir que

lo habia entendido de otra manera, y que creyó, que por descuido del Sandoval no se habia remediado, pues que iba con mucha gente de á caballo y soldados, y sin haber debaratado los Mexicanos se volvia. Dexemos de hablar de esta materia, porque luego tornáron á ser amigos Cortés y el Sandoval, y no sabia Cortés placer que hacer al Sandoval por tenerle contento, que no le hacia. Dexallo he aquí, y diré como acordamos de errar todas las piezas, esclavas y esclavos que se habian habido, que fuéron muchas, y de como vino en aquel instante un navío de Castilla, y lo que mas pasó.

CAPITULO CXLIII.

Como se erráron los esclavos en Tezcuco, y como vino nueva que habia venido al puerto de la Villa Rica un navío, y los pasajeros que en él viniéron, y otras cosas que pasáron diré adelante.

Como hubo llegado Gonzalo de Sandoval con gran presa de esclavos, y otros muchos que se habian habido en las entradas pasadas, fué acordado que luego se errasen, y de que se hubo pregonado, que se llevasen á errar á una casa señalada, todos los mas soldados llevamos las piezas que habiamos habido para echar el hierro de su Ma-

gestad, que era una G que quiere decir guerra, segun y de la manera que lo teniamos de ántes concertado con Cortés, segun he dicho en el capítulo que de ello habla, creyendo que se nos habia de volver despues de pagado el Real quinto que las apreciasen, quanto podia valer cada pieza; y no fué así, porque si en lo de Tepeaca se hizo muy malamente, segun otra vez dicho tengo, muy peor se hizo en esto de Tezcuco, que despues que sacaban el Real quinto, era otro quinto para Cortés, y otras partes para los Capitanes; y en la noche ántes quando las tenian juntas nos desapareciéron las mejores Indias. Pues como Cortés nos habia dicho y prometido, que las buenas piezas se habian de vender en el almoneda por lo que valiesen, y las que no fuesen tales por ménos precio, tampoco hubo buen concierto en ello, porque los oficiales del Rey que tenian cargo de ellas, hacian lo que querian, por manera, que si mal se hizo una vez, esta vez peor; y desde allí adelante muchos soldados que tomabamos algunas buenas Indias, porque no nos las tomasen como las pasadas las escondiamos, y no las llevabamos á errar, y deciamos que se habian huido, y si era privado de Cortés, secretamente la llevaban de noche á errar, y las apreciaban en lo que valian, y les echaban el hierro y pagaban el quinto, y otras muchas se quedaban en nuestros aposentos, y deciamos que eran Nabo-

rias que habian venido de paz de los pueblos comarcanos y de Tlascala. Tambien quiero decir, que como ya habia dos ó tres meses pasados, que algunas de las esclavas que estaban en nuestra compañía y en todo el Real, conocian á los soldados qual era bueno é qual malo, y trataba bien á las Indias Naborias que tenia, ó qual las trataba mal, y tenian fama de caballeros, y de otra manera quando las vendian en el almoneda, y si las sacaban algunos soldados que á las tales Indias ó Indios no les contentaban, ó las habian tratado mal, de presto se les desaparecian que no las vian mas, y preguntar por ellas era por demas, y en fin todo se quedaba por deuda en los libros del Rey, así en lo de las almonedas y los quintos: y al dar las partes del oro se consumió, que ningunos ó muy pocos soldados lleváron partes porque ya lo debian, y aun muchos mas pesos de oro que despues cobráron los oficiales del Rey. Dexemos esto, y digamos como en aquella sazon vino un navío de Castilla, en el qual vino por Tesorero de su Magestad un Julian de Alderete, vecino de Tordesillas, y vino un Orduña el viejo, vecino que fué de la Puebla, que despues de ganado México traxo quatro ó cinco hijas que casó muy honradamente, era natural de Tordesillas; y vino un frayle de San Francisco, que se decia Fray Pedro Melgarejo de Urrea, *natural de Sevilla*, que traxo unas Bulas de

Señor San Pedro, y con ellas nos componian, si algo eramos en cargo en las guerras en que andabamos: por manera que en pocos meses el frayle fué rico y compuesto á Castilla: traxo entónces por Comisario, y quien tenia cargo de las Bulas, á Gerónimo Lopez, que despues fué Secretario en México: viniéron un Antonio Caravajal que ahora vive en México, ya muy viejo, Capitan que fué de un vergantin, y vino Gerónimo Ruiz de la Mota, yerno que fué despues de ganado México del Orduña, que asimismo fué Capitan de un vergantin, natural de Burgos: y vino un Briones natural de Salamanca: á este Briones ahorcáron en esta Provincia de Guatemala por amotinador de exércitos desde á quatro años que se vino huyendo de lo de Honduras; y viniéron otros muchos que ya no me acuerdo, y tambien vino un Alonso Diaz de la Reguera, vecino que fué de Guatimala, que ahora vive en Valladolid, y traxéron en este navío muchas armas y polvora, y en fin como navío que venia de Castilla: é vino cargado de muchas cosas, y con él nos alegramos; y de las nuevas que de Castilla traxéron no me acuerdo bien, mas paréceme que dixéron que el Obispo de Burgos ya no tenia mano en el gobierno, que no estaba su Magestad bien con él desde que alcanzó á saber de nuestros muy buenos é notables servicios, y como el Obispo escribia á Flandes al contrario de lo que pasaba,

y en favor de Diego Velazquez; y halló muy claramente su Magestad ser verdad todo lo que nuestros Procuradores de nuestra parte le fuéron á informar, y á esta causa no le oia cosa que dixese. Dexemos esto, y volvamos á decir que como Cortés vió los vergantines que estaban acabados de hacer, y la gran voluntad que todos los soldados teníamos de estár ya puestos en el cerco de México, y en aquella sazon volviéron otra vez los de Chalco á decir que los Mexicanos venian sobre ellos, y que les enviasen socorro: y Cortés les envió á decir que él queria ir en persona á sus pueblos y tierras, y no se volver hasta que á todos los contrarios echase de aquellas comarcas; y mandó apercebir trecientos soldados y treinta de á caballo, y todos los mas escopeteros y ballesteros que habia, y gente de Tezcuco; y fué en su compañía Pedro de Alvarado, y Andres de Tapia, y Christoval de Oli, y asimismo fué el Tesorero Julian de Alderete, y el frayle Fray Pedro Melgarejo que ya en aquella sazon habia llegado á nuestro Real, é yo fuí entónces con el mismo Cortés porque me mandó que fuese con él, y lo que pasamos en aquella entrada diré adelante.

CA-

CAPITULO CXLIV.

Como nuestro Capitan Cortés fué á una entrada, y se rodeó la laguna, y todas las ciudades, y grandes pueblos que al rededor hallamos, y lo que mas nos pasó en aquella entrada (1).

Como Cortés habia dicho á los de Chalco que les habia de ir á socorrer porque los Mexicanos no viniesen, y les diesen guerra, porque harto teniamos cada semana de ir y venir á les favorecer, mandó apercebir todos los soldados y exército que fuéron trecientos soldados, y treinta de á caballo, y veinte ballesteros, y quince escopeteros, y el Tesorero Julian de Alderete, y Pedro de Alvarado, y Andres de Tapia, y Christoval de Oli, y fué tambien el frayle Fray Pedro Melgarejo, y á mí me mandó que fuese con él, y muchos Tlascaltecas, y amigos de Tezcuco, y dexó en guarda de Tezcuco y vergantines á Gonzalo de Sandoval, con buena copia de solda-

(1) Para concertar su plan de ataque en el asedio, y bloqueo de México, parece que resolvió Cortés esta entrada con el fin de rodear la laguna, reconocer los pueblos situados en sus orillas, sus calzadas, ó comunicaciones con Temixtitan, y todo lo que le podia dar ideas para elegir los parages ó puntos principales de ataque. *Esta* expedicion es el asunto de este capítulo, y *del siguiente.*

os y de á caballo. Y una mañana despues
iaber oido Misa, que fué viérnes cinco
del mes de Abril de mil y quinientos y
te y un años, fuimos á dormir á Talma-
o, y allí nos recibiéron muy bien; y el
dia fuimos á Chalco que estaba muy cer-
l uno del otro; allí mandó Cortés llamar
dos los Caciques de aquella provincia, y
es hizo un parlamento con nuestras len-
Doña Marina, é Gerónimo de Aguilar,
que se les dió á entender, como ahora
resente ibamos á ver si podria traer de
á algunos de los pueblos que estaban mas
a de la laguna, y tambien para ver la
a y sitio, para poner cerco á la gran ciu-
de México, y que por la laguna habian
char los vergantines que eran trece, y que
ogaba á todos, que para otro dia que
viesen aparejadas todas sus gentes de guer-
ara ir con nosotros; y quando lo hubié-
entendido, todos á una de muy buena
ntad dixéron que sí lo harian: y otro dia
os á dormir á otro pueblo que estaba su-
al mismo Chalco que se dice Chimalua-
y allí viniéron mas de veinte mil ami-
ansi de Chalco y de Tezcuco, y Guaxo-
, y los Tlascaltecas, y otros pueblos, y
ron tantos, que en todas las entradas
yo habia ido, despues que en la Nueva-
ña entré, nunca ví tanta gente de guerra
nuestros amigos como ahora fuéron en
tra compañía. Ya he dicho otra vez, que
iba

iba tanta multitud dellos á causa de los despojos que habian de haber; y lo mas cierto, por hartarse de carne humana si hubiese batallas, porque bien sabian que las habia de haber, y son á manera de decir, como quando en Italia salia un exército de una parte á otra, y les seguian cuervos y milanos, y otras aves de rapiña que se mantenian de los cuerpos muertos que quedaban en el campo quando se daba alguna muy sangrienta batalla: asi he juzgado que nos seguian tantos millares de Indios. Dexemos desta plática, y volvamos á nuestra relacion que en aquella sazon se tuvo nueva que estaban en un llano cerca de allí aguardando muchos esquadrones y Capitanías de Mexicanos é sus aliados, todos los de aquellas comarças para pelear con nosotros; y Cortés nos apercibió que fuesemos muy alerta, y saliesemos de aquel pueblo donde dormimos, que se dice Chimaloacan, despues de haber oido Misa que fué bien de mañana, y con mucho concierto fuimos caminando entre unos peñascos, y por medio de dos sierreznelas que en ellas habia fortalezas, y mamparos donde habia muchos Indios é Indias recogidos, é hechos fuertes; y dende su fortaleza nos daban gritos é voces y alaridos, y nosotros no curamos de pelear con ellos, sino callar y caminar y pasar adelante, hasta un pueblo grande que estaba despoblado, que se dice Yautepeque, y tambien pasamos de largo: y llegamos á un llano don-

de habia unas fuentes de muy poca agua, é á una parte estaba un gran Peñol, con una fuerza muy mala de ganar, segun luego pareció por la obra, y como llegamos en el parage del Peñol, porque vimos que estaba lleno de guerreros, y de lo alto del nos daban gritos, y tiraban piedras é varas y flechas, y hiriéron tres soldados de los nuestros, entónces mandó Cortés que reparasemos allí, é dixo, parece que todos estos Mexicanos se ponen en fortalezas, y hacen burla de nosotros de que no les acometemos: y esto dixo por los que dexabamos atras en las serrezuelas: (1) y luego mandó á unos de á caballo, y á ciertos ballesteros que diesen una vuelta á una parte del Peñol, y que mirasen si habia otra subida mas conveniente de buena entrada para les poder combatir, y fuéron y dixeron, que lo mejor de todo era donde estabamos, porque en todo lo demas no habia subida ninguna,

(1) Cortés declara el motivo de atacar este Peñon. „Y aunque habiamos visto, que en el campo no nos „habian osado esperar, pareciame, aunque era otro „nuestro camino, que era poquedad pasar adelante, „sin hacerles algun mal sabor; y porque no creyesen „nuestros amigos que de cobardía lo dexabamos de „hacer, comencé á dar una vista en torno de el Pe- „ñol, que habia casi una legua, y cierto era tan fuer- „te, que parescia locura querernos poner en ganar- „selo, é aunque les pudiera poner cerco, y hacerles „darse de pura necesidad, yo no me podia detener. E „así estando en esta confusion, determiné de le subir „*el risco por tres partes* que yo habia visto.“ Cortés. *Carta III.*

na, que era toda peña tajada: y luego Cortés mandó que les fuesemos entrando y subiendo, el Alferez Christoval del Corral delante, y otras banderas, y todos nosotros siguiéndolas, y Cortés con los de á caballo, aguardando en lo llano por guarda de otros esquadrones de Mexicanos, no viniesen á dar en nuestro fardage, ó en nosotros entre tanto que combatiamos aquella fuerza: y como comenzamos á subir por el Peñol arriba, echan los Indios guerreros que en él estaban tantas piedras muy grandes y peñascos, que fué cosa espantosa como se venian despeñando y saltando, como no nos matáron á todos; y fué cosa inconsiderada y no de acuerdo Capitan mandarnos subir, y luego á mis pies murió un soldado, que se decia fulano Martinez Valenciano, que habia sido Maestresala de un Señor de salva en Castilla, y este llevaba una zelada, y no dixo ni habló palabra, y todavia subiamos; y como venian las galgas rodando y despeñándose, y dando saltos (que asi llamabamos á las grandes piedras que venian despeñadas) luego matáron á otros dos soldados, que se decian Gaspar Sanchez sobrino del Tesorero de Cuba, y á un fulano Bravo, y todavía subiamos; y luego mataron á otro soldado muy esforzado, que se decia Alonso Rodriguez, y á otros dos descalabrados, y en las piernas golpes todos los mas *de nosotros*, y todavía porfiar y ir adelante, *é yo como* en aquel tiempo era suelto, no de-

aba de seguir al Alferez Corral, é ibamos
axo de unas como socarreñas, é conca-
des que se hacian en el Peñol de trecho
echo, á ventura de si me encontraban al-
os peñascos entre tanto que subia de so-
eña á socarreña, que fué muy gran ven-
: y estaba el Alferez Christoval del Corral,
nparándose detras de unos árboles grue-
que tenian muchas espinas, que nacen en
ellas concavidades, y estaba descalabrado
rostro todo lleno de sangre, é la bandera
, y me dixo: O Señor Bernal Diaz del
ral, que no es cosa el pasar mas ade-
e, y mira no os cojan algunas lanchas ó
gas, estése al reparo de aquella concavidad;
que ya no nos podiamos tener aun con las
ios, quanto mas podelles subir. En este
npo ví que de la misma manera que Corral
o habiamos subido de socarreña en socar-
a venia Pedro Barba, que era Capitan
ballesteros, con otros dos soldados, é yo
dixe desde arriba: O Señor Capitan, no
a mas adelante que no se podrá tener con
s y manos, no vuelva rodando: y quando
lo dixe, me respondió como muy esforza-
, ó por dar aquella respuesta como gran
or, dixo que eso habia de decir, sino ir
lante; é yo recibí de aquella palabra re-
rdimiento de mi persona, y le respondí,
es veamos como sube donde yo estoy, y
avía pasé bien arriba: y en aquel instante
ien *tantas piedras* muy grandes que echá-

ron de lo alto, que tenian represadas para aquel efeto, que hiriéron á Pedro Barba y le matáron un soldado, y no pasáron mas un paso de allí donde estaban: y entónces el Alferez Corral dió voces para que dixesen á Cortés de mano en mano, que no se podia subir mas arriba, é que al retraer tambien era muy peligroso: y como Cortés lo entendió, porque allá baxo donde estaba en tierra llana le habian muerto tres soldados y herido siete del grande ímpetu de las galgas que iban despeñándose, y aun tuvo por cierto Cortés, que todos los mas de los que habiamos subido arriba estabamos muertos, ó bien heridos; porque donde él estaba no podia ver las vueltas que daba aquel Peñol: y luego por señas y por voces y por unas escopetas que soltáron, tuvimos arriba nuestras señas que nos mandaban retraer: y con buen concierto de socarreña en socarreña baxamos abaxo todos descalabrados y corriendo sangre, y las banderas rotas, y ocho muertos, y desque Cortés ansi nos vió, dió muchas gracias á Dios: y luego le dixéron lo que habiamos pasado yo y el Pedro Barba, porque se lo dixo el mismo Pedro Barba, y el Alferez Corral estando platicando de la gran fuerza, é que fué maravilla como no nos lleváron las galgas de vuelo, segun eran muchas, y aun lo supiéron luego en todo el Real. Dexemos todo esto, y digamos como estaban muchas Capitanías de Mexicanos aguardan-

dando en partes que no les podiamos ver, ni saber dellos, y estaban esperando para socorrer y ayudar á los del Peñol, y bien entendiéron lo que fué, que no podriamos subilles en la fuerza, y que entretanto que estabamos peleando, tenian concertado, que los del Peñol por una parte, y ellos por otra darian en nosotros, y como lo tenian acordado, ansi viniéron á les ayudar á los del Peñol: y quando Cortés lo supo que venian, mandó luego á los de á caballo, y á todos nosotros que fuesemos á encontrar con ellos, y ansi se hizo: y aquella tierra era llana, y á partes habia unas como vegas, que estaban entre otros serrejones, y seguimos á los contrarios hasta que llegamos á otro muy fuerte Peñol, y en el alcance se matáron muy pocos Indios, porque se acogian en partes que no se podian haber. Pues vueltos á la fuerza que probabamos á subir, é viendo que allí no habia agua, ni la habiamos bebido en todo el dia, ni aun los caballos, porque las fuentes que dicho tengo, que allí estaban, no la tenian, sino lodo, que como teniamos tantos enemigos estaban sobre ellas, y no las dexaban manar, y á esta causa mudamos nuestro Real, y fuimos por una vega abaxo cerca de otro Peñol, que seria del uno al otro obra de legua y media, poco mas á ménos, creyendo que hallariamos agua, y no la habia sino muy poca: y cerca de aquel Peñol habia unos árboles de morales de la tierra,

y allí nos paramos, y estaban obra de doce ó trece casas al pie de la sierra y fuerza: y ansi nosotros llegamos, nos comenzáron á dar grita, y tirar galgas, y vara y flechas desde lo alto, y estaba en esta fuerza mucha mas gente que en el primero Peñol, y aun era muy mas fuerte, segun despues vimos, y nuestros escopeteros y ballesteros les tiraban, mas estaban tan altos y tenian tantos mamparos, que no se les podia hacer mal ninguno; pues entralles ó subilles no habia remedio, y aunque probamos dos veces, que por las casas que allí estaban habia unos pasos, hasta dos vueltas podiamos ir, mas desde allí adelante ya he dicho peor que el primero: de manera que ansi en esta fuerza como en la primera no ganamos ninguna reputacion, ántes los Mexicanos y sus confederados tenian vitoria: é aquella noche dormimos en aquellos morales bien muertos de sed, y se acordó para otro dia, que desde otro Peñol que estaba cerca dél fuesen todos los ballesteros y escopeteros, y que subiesen en él, que habia subida, aunque no buena, porque desde aquel alcanzarian las ballestas y escopetas al otro Peñol fuerte, y podianle combatir, y mandó Cortés á Francisco Verdugo, y al Tesorero Julian de Alderete que se aperciban de buenos ballesteros, y á Pedro Barba que era Capitan, que fuesen por caudillos, y que todos los mas soldados hiciesemos acometimiento, que por

los pasos y subidas de las casas que dicho tengo, que les queriamos subir, y ansi los comenzamos á entrar: mas echaban tanta piedra grande y menuda, que hiriéron á muchos soldados, y demas desto no les subiamos de hecho, porque era por demas, que aun tenernos con las manos y pies no podiamos: y entretanto que nosotros estabamos de aquella manera, los ballesteros y escopeteros desde el Peñol que he dicho, les alcanzaban con las ballestas y escopetas, y aunque no muy bien, mataban algunos, y herian otros, de manera que estuvimos dándoles combates obra de media hora: y quiso nuestro Señor Dios, que acordáron de se dar de paz, y fué por causa que no tenian agua ninguna, que estaba mucha gente arriba en el Peñol en un llano que se hacia arriba, é habiase acogido á él de todas aquellas comarcas ansi hombres como mugeres y niños, é gente menuda; y para que entendiesemos abaxo que querian paces desde el Peñol, las mugeres meneaban unas mantas hácia abaxo, y con las palmas daban unas con otras, señalando que nos harian pan y tortillas, y los guerreros no nos tiraban vara ni piedra, ni flecha: y quando Cortés lo entendió, mandó que no se les hiciese mal ninguno, y por señas se les dió á entender que baxasen cinco principales á entender en las paces, los quales baxáron, y con grande acato dixéron á Cortés que les *perdonase*, que por favorecerse y defender-

se se habian subido en aquella fuerza; y Cortés les dixo con nuestras lenguas Doña Marina y Aguilar, algo enojado, que eran dignos de muerte, por haber empezado la guerra, mas que pues han venido, que vayan luego al otro Peñol, é llamen los Caciques é hombres principales que en él estan, é traigan los muertos, é que lo pasado se les perdonará, y que vengan de paz, sino que habiamos de ir sobre ellos, y ponelles cerco hasta que se mueran de sed, porque bien sabiamos que no tenian agua, porque en toda aquella tierra no la hay sino muy poca: y luego fuéron á llamarlos ansi como se lo mandó. Dexemos de hablar en ello hasta que vuelvan con la respuesta: y digamos como estando platicando Cortés con el Frayle Melgarejo, y el Tesorero Alderete, sobre las guerras pasadas que habiamos habido ántes que viniesen á la Nueva España, y en la del Peñol, y el gran poder de los Mexicanos, y las grandes ciudades que habian visto despues que viniéron de Castilla: y decian que si al Emperador nuestro Señor le informara de la verdad el Obispo de Burgos, como le escribia al contrario, que nos enviaria á hacer grandes mercedes, y que no se acuerdan que otros mayores servicios haya recebido ningun Rey en el mundo, que el que nosotros le habiamos hecho en ganar tantas ciudades sin ser sabidor su Magestad de cosa ninguna. Dexemos otras muchas pláticas que

pa-

pasáron, y digamos como mandó nuestro Capitan Cortés al Alferez Corral, y á otros dos Capitanes, que fuéron Juan Xaramillo, y á Pedro de Ircio, y á mí que me hallé allí con ellos, que subiesemos al Peñol, y viesemos la fortaleza que tal era, é que si estaban muchos Indios heridos ó muertos de saetas y escopetas, é que gente estaba recogida: é quando esto nos mandó, dixo: Mirá señores que no les tomeis ni un grano de maiz, y segun yo entendí, quisiera que nos aprovecharamos: y subidos al Peñol por unos malos pasos, digo que era mas fuerte que el primero, porque era peña tajada: é ya que estabamos arriba para entrar en la fuerza era como quien entra por una abertura, no mas ancha que dos bocas de silo ó de horno: é ya puestos en lo mas alto é llano, estaban grandes anchuras de prados, y todo lleno de gente ansi de guerra, como de muchas mugeres é niños, é hallamos hasta veinte muertos y muchos heridos, y no tenian gota de agua que beber, y tenian todo su hato y su hacienda hechos fardages, y otros muchos lios de mantas, que eran del tributo que daban á Guatemuz: é como yo ansi ví tantas cargas de ropa, y supe que eran del tributo, comencé á cargar quatro Tlascaltecas mis Naborias que llevé conmigo, y tambien eché á cuestas de otros quatro Indios de los que la guardaban, otros quatro fardos, y á cada uno eché una carga: é como

Pedro de Ircio lo vió, dixo que no lo llevase, é yo porfiaba que sí, y como era Capitan, hízose lo que mandó, porque me amenazó que se lo diria á Cortés, y me dixo el Pedro de Ircio, que bien habia visto que dixo Cortés, que no les tomasemos un grano de maiz, é yo dixe que ansi era verdad, que por esa palabra misma queria llevar de aquella ropa, por manera que no me dexó llevar cosa ninguna: y baxamos á dar cuenta á Cortés de lo que habiamos visto, é á lo que nos envió: y dixo el Pedro de Ircio á Cortés por me revolver con él lo pasado, pensando que le contentaba mucho, despues de le dar cuenta de lo que habia, dixo: No se les tomó cosa ninguna, que ya habia cargado Bernal Diaz del Castillo de ropa á ocho Indios, é si no se lo estorbara yo, ya los traia cargados: entónces dixo Cortés medio enojado; pues porqué no lo traxo: y tambien os habiades de quedar allá vos con la ropa é Indios con los de arriba, é dixo: mira como no entendiéron que los envie porque se aprovechasen, y á Bernal Diaz que me entendió, quitáron el despojo que traia destos perros, que se quedarán riendo con los que nos han muerto y herido: é quando aquello oyó el Pedro de Ircio, dixo que queria tornar á subir á la fuerza, y entónces le dixo que ya no habia coyuntura para ello, y que no fuese allá de ninguna manera. Dexemos esta plática, y digamos como viniéron los del

otro

otro Peñol, y en fin de muchas razones que pasáron sobre que les perdonasen, todos diéron la obediencia á su Magestad: y como no habia agua en aquel parage, nos fuimos luego camino de un pueblo ya nombrado en el capítulo pasado, que se dice Guaztepeque, adonde estaba la huerta que he dicho, que es la mejor que habia visto en toda mi vida, y ansi lo torno á decir, que Cortés y el Tesorero Alderete, desque entónces la viéron, y paseáron algo della, se admiráron, y dixéron que mejor cosa de huerta no habian visto en Castilla. Y digamos como en aquella noche nos aposentamos todos en ella: y los Caciques de aquel pueblo viniéron de paz á hablar y servir á Cortés, porque Gonzalo de Sandoval los habia recebido ya de paz quando entró en aquel pueblo, segun mas largamente he escrito en el capítulo pasado que dello habla, y aquella noche reposamos allí: y á otro dia muy de mañana nos partimos para Cornabaca, y hallamos unos esquadrones de guerreros Mexicanos, que de aquel pueblo habian salido, y los de á caballo les siguiéron mas de legua y media hasta encerrarlos en otro gran pueblo, que se dice Tepuztlan, y estaban tan descuidados los moradores dél, que dimos en ellos ántes que sus espías, que tenian sobre nosotros, llegasen. Aquí se hubiéron muy buenas Indias, é despojos, y no aguardáron ningunos Mexicanos, ni los naturales en el pueblo: y nues-

tro Cortés envió á llamar á los Caciques por tres ó quatro veces que viniesen todos de paz, y que si no venian que les quemaria el pueblo, y los iriamos á buscar: y la respuesta fué que no querian venir: é porque otros pueblos tuviesen temor dello, mandó poner fuego á la mitad de las casas que allí cerca estaban: y en aquel instante viniéron los Caciques del pueblo por donde aquel dia pasamos, que ya he dicho que se dice Yautepeque, y diéron la obediencia á su Magestad, y otro dia fuimos camino de otro mejor y mayor pueblo, que se dice Coadalbaca, y comunmente corrompimos ahora aquel vocablo, y le llamamos Cuernabaca, y habia dentro en él mucha gente de guerra, ansi de Mexicanos, como de los naturales, y estaba muy fuerte por unas cavas y riachuelo que estan en las barrancas por donde corre el agua, muy hondas de mas de ocho estados abaxo, puesto que no llevaban mucha agua, y es fortaleza para ellos, y tambien no habia entrada para caballos, sino por unas dos puentes, y teníanlas quebradas, y desta manera estaban tan fuertes, que no los podiamos llegar, puesto que nos llegabamos á pelear con ellos desta parte de sus cavas y riachuelo en medio, y ellos nos tiraban mucha vara y flecha, é piedras con hondas: y estando desta manera, avisáron á Cortés, que mas adelante obra de media legua habia entrada para los caballos, y luego fué allá con

los

los de á caballo, y todos nosotros estabamos buscando paso, y vimos que desde unos árboles que estaban junto con la cava, se podia pasar á la otra parte de aquella honda cava, y puesto que cayéron tres soldados desde los árboles abaxo en el agua, y aun el uno se quebró la pierna, todavía pasamos, aunque con harto peligro, porque de mí digo, que verdaderamente quando pasaba que lo ví muy peligroso é malo de pasar, y se me desvanecia la cabeza, y todavía pasé yo, y otros veinte ó treinta soldados, y muchos Tlascaltecas, y comenzamos á dar por las espaldas de los Mexicanos, que estaban tirando vara y flecha á los nuestros: y quando lo viéron que lo tenian por cosa imposible, creyéron que eramos muchos mas: y en este instante allegáron Christobal de Oli, é Pedro de Alvarado y Andres de Tapia, con otros de á caballo que habian pasado con mucho riesgo de sus personas por una puente quebrada, y damos en los contrarios, por manera que volviéron las espaldas, y se fuéron huyendo á los montes y á otras partes de aquella honda cava, donde no se pudiéron haber: é dende á poco rato, tambien llegó Cortés con todos los demas de á caballo. En este pueblo se hubo gran despojo, ansi de mantas muy grandes, como de buenas Indias, é allí mandó Cortés que estuviesemos *aquel dia*, y en una huerta del señor *de aquel pueblo* nos aposentamos todos, y

era

era muy buena. Que quiera decir el gran recaudo de velas y escuchas, y corredores del campo, que do quiera que estabamos, ó por los caminos llevabamos, es prolixidad recitallo tantas veces; y por esta causa pasaré adelante, y diré que viniéron nuestros corredores del campo á decir á Cortés que venian hasta veinte Indios, y á lo que parecia en sus meneos y semblante eran Caciques, y hombres principales que traian mensages, ó á demandar paces, y eran los Caciques de aquel pueblo: y quando llegáron adonde Cortés estaba le hiciéron mucho acato, y le presentáron ciertas joyas de oro, y le dixéron que les perdonase porque no saliéron de paz, que el Señor de México les enviaba á mandar, que pues estaban en fortaleza, que desde allí nos diesen guerra, y les envió un buen esquadron de Mexicanos para que les ayudasen, é que á lo que ahora han visto, que no habrá cosa por fuerte que sea que no la combatamos y señoreemos, y que le piden por merced que los reciba de paz; y Cortés les mostró buena cara, y dixo que somos vasallos de un gran Señor, que es el Emperador Don Cárlos, que á los que le quisieren servir, que á todos les hace mercedes, y que á ellos en su Real nombre los recibe de paz, y allí diéron la obediencia á su Magestad: y acuérdome que dixéron aquellos Caciques, que en pago de no haber venido de paz hasta entónces, permitiéron nuestros

dioses á los suyos que se les hiciese cas-
en sus personas y haciendas (1). Donde
lexaré agora, y digamos como otro dia
añana caminamos para otra gran pobla-
, que se dice Suchimileco, y lo que pa-
s en el camino y en la ciudad, y ren-
tros de guerra que nos diéron, diré ade-
, hasta que volvimos á Tezcuco, y lo
mas pasamos.

Es muy singular lo que estos Caciques dixéron
tés, y debe llamar la atencion de un observa-
ara hacer juicio de los extraños principios que
erizaban á aquellas gentes: „estos Indios y los
que venian á se dar por vasallos de vuestra
stad, despues de los haber quemado y destrui-
s casas y haciendas, nos dixéron que la causa
ıé venian tarde á nuestra amistad, era porque
ban que satisfacian sus culpas en consentir pri-
hacerles daño, creyendo que hecho, no ternia-
despues tanto enojo de ellos. *Cortés Carta III.*

CA-

CAPITULO CXLV.

De la gran sed que hubo en este camino, y del peligro en que nos vimos en Suchimileco, con muchas batallas y rencuentros que con los Mexicanos y con los naturales de aquella ciudad tuvimos: y de otros muchos rencuentros de guerras que hasta volver á Tezcuco pasamos.

Pues como caminamos para Suchimileco; que es una gran ciudad, y en toda la mas della estan fundadas las casas en el agua de agua dulce, y estará de México obra de dos leguas y media: pues yendo por nuestro camino con gran concierto y ordenanza, como lo teniamos de costumbre, fuimos por unos pinares, y no habia agua en todo el camino; y como ibamos con nuestras armas á cuestas, y era ya tarde, y hacia gran sol, aquejabanos mucho la sed, y no sabiamos si habia agua adelante, y habiamos andado ciertas leguas; ni tampoco teniamos certinidad, que tanto estaba de allí un pozo que nos decian que habia en el camino: y como Cortés así vido todo nuestro exército cansado, y los amigos Tlascaltecas se desmayáron, y se murió uno de sed, y un soldado de los nuestros que era viejo, y estaba doliente, me parece que tambien se murió de sed, acordó

Cor

Cortés de parar á la sombra de unos pinares, y mandó á seis de á caballo que fuesen adelante camino de Suchimileco, é que viesen que tanto de allí habia poblacion ó estancias, ó el pozo que tuvimos noticia que estaba cerca para ir á dormir á él: y quando fuéron los de á caballo, que era Christóbal de Oli, y un Valdenebro y Pedro Gonzalez de Truxillo, y otros muy esforzados varones, acordé yo de me apartar en parte que no me viese Cortés, ni los de á caballo, y llevé tres Naborias mios Tlascaltecas, bien esforzados é sueltos Indios, y fuí tras ellos hasta que me viéron ir, y me aguardáron para me hacer volver, no hubiese algun rebato de guerreros Mexicanos, donde no me pudiese valer; é yo todavía porfiaba á ir con ellos, y el Christóbal de Oli, como era yo su amigo, me dixo que fuese, y que aparejase los puños á pelear con los Indios, y los pies á ponerme en salvo: y era tanta la sed que tenia, que aventuraba mi vida por me hartar de agua: y pasando obra de media legua adelante, habia muchas estancias y caserías de los de Suchimileco en unas laderas de unas sierrezuelas; entónces los de á caballo que he dicho, se apartáron para buscar agua en las casas, y la halláron, y se hartáron della, y uno de mis Tlascaltecas me sacó de una casa un gran cántaro de agua, que así los hay grandes cántaros en aquella sierra, de que me harté yo y ellos; y entón-

tónces acordé desde allí de me volver donde estaba Cortés reposando, porque los moradores de aquellas estancias ya comenzaban á se apellidar, y nos daban grita, y truxe el cántaro lleno de agua con los Tlascaltecas, y halle á Cortés que ya comenzaba á caminar con todo su exército: y como le dixe que habia agua en unas estancias muy cerca de alli, y que habia bebido, y que traia agua en el cántaro, la qual traian los Tlascaltecas muy escondida, porque no me la tomasen, porque á la sed no hay ley; de la qual bebió Cortés y otros caballeros, y se holgó mucho, y todos se alegráron, y se diéron priesa á caminar, y llegamos á las estancias ántes de se poner el sol, y por las casas halláron agua, aunque no mucha, y con la sed que traian algunos soldados, comian unos como cardos, y á algunos se les dañáron las bocas y lenguas: y en este instante viniéron los de á caballo, é dixéron que el pozo que estaba lejos, y que ya estaba toda la tierra apellidando guerra, é que era bien dormir allí: y luego pusiéron velas y espías, y corredores del campo, é yo fuí uno de los que pusiéron por velas, y paréceme que llovió aquella noche un poco, ó que hizo mucho viento: y otro dia muy de mañana comenzamos á caminar, é á obra de las ocho llegamos á Suchimilcco. Saber yo ahora decir la multitud de guerreros que nos estaban esperando unos por tierra, é otros en un paso de una puen-

te-

te que tenian quebrada, é los muchos mamparos y albarradas que tenian hecho en ellas, é las lanzas que traian hechas, como al modo de las espadas que hubiéron, quando la gran matanza que hiciéron de los nuestros, en lo de las puentes de México, y otros muchos Indios Capitanes, que todos traian espadas de las nuestras muy relucientes: pues flecheros y varas de á dos gajos y piedra con hondas y espadas de á dos manos como montantes, hechas de á dos manos de navajas; digo que estaba toda la tierra firme llena dellos, y al pasar de aquella puente estuviéron peleando con nosotros cerca de media hora, que no les podiamos entrar, que ni bastaban ballestas, ni escopetas, ni grandes arremetidas que haciamos: y lo peor de todo era que ya venian otros esquadrones dellos por las espaldas dándonos guerra; y quando aquello vimos, rompimos por el agua y puente medio nadando, y otros á vuelapie, y allí hubo algunos de nuestros soldados, que bebiéron tanta agua por fuerza, que se les hincháron las barrigas dello. Y volvamos á nuestra batalla, que al pasar de la puente hiriéron á muchos de los nuestros, é matáron dos soldados, y luego les llevamos á buenas cuchilladas por unas calles donde habia tierra firme adelante, y los de á caballo juntamente con Cortés, salen por otras partes á tierra firme, adonde topáron sobre mas de diez mil Indios todos Mexicanos, que venian de re-

fres-

fresco para ayudar á los de aquel pueblo, y peleaban de tal manera con los nuestros, que les aguardaban con las lanzas a los de á caballo, é hiriéron quatro dellos, y Cortés que se halló en aquella gran presa, y el caballo en que iba que era muy bueno castaño escuro, que le llamaban el romo, y de muy gordo, ú de cansado, como estaba holgado, desmayó el caballo, y los contrarios Mexicanos como eran muchos, echáron mano á Cortés, y le derribáron del caballo, otros dixéron, que por fuerza le derrocáron; ahora sea por lo uno ó por lo otro, en aquel instante llegáron muchos mas guerreros Mexicanos para si pudieran apañarle vivo á Cortés, y como aquello viéron unos Tlascaltecas, y un soldado muy esforzado, que se decia Christóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja de tierra de Medina del Campo, depresto llegáron, y á buenas cuchilladas y estocadas hiciéron lugar, y tornó Cortés á cabalgar aunque bien herido en la cabeza, y quedó el Olea muy malamente herido de tres cuchilladas: y en aquel tiempo acudimos allí todos los mas soldados que mas cerca dél nos hallamos, porque en aquella sazon, como en aquella ciudad habia en cada calle muchos esquadrones de guerreros, y por fuerza habiamos de seguir las banderas, no podiamos estar todos juntos, sino pelear unos á unas partes, y otros á otras, como nos fué mandado por Cortés, mas bien entendimos, que don-

donde andaba Cortés y los de á caballo, que habia mucho que hacer, por las muchas gritas y voces y alaridos que oiamos. Y en fin de mas razones, puesto que habia adonde andabamos muchos guerreros, fuimos con gran riesgo de nuestras personas adonde estaba Cortés, que ya se le habian juntado hasta quince de á caballo, y estaban peleando con los enemigos junto á unas acequias adonde se mamparaban y estaban albarradas, y como llegamos los pusimos en huida, aunque no del todo volvian las espaldas: y porque el soldado Olea que ayudó á nuestro Cortés estaba muy mal herido de tres cuchilladas, y se desangraba, y las calles de aquella ciudad estaban llenas de guerreros, diximos á Cortés que se volviese á unos mamparos, y se curase el Cortés y el Olea, y así volvimos, y no muy sin sobra de vara y piedra y flecha que nos tiraban de muchas partes donde tenian mamparos y albarradas, creyendo los Mexicanos que volviamos retrayéndonos, é nos seguian con gran furia: y en este instante viene Pedro de Alvarado, é Andrés de Tapia, y Christoval de Oli, y todos los mas de á caballo que fuéron con ellos á otras partes, el Oli corriendo sangre de la cara, y el Pedro de Alvarado herido y el caballo, y todos los demas cada qual con su herida, y dixéron que habian peleado con tanto Mexicano en el campo, que no se podian valer: y porque *quando pasamos* la puente que dicho ten-

go, parece ser Cortés los repartió, que la mitad de á caballo fuesen por una parte y la otra mitad por otra, y así fuéron siguiendo tras unos esquadrones, y la otra mitad tras los otros. Pues ya que estábamos curando los heridos con quemalles con azeyte é apretalles con mantas, suenan tantas voces y trompetillas é caracoles por unas calles en tierra firme, y por ellas vienen tantos Mexicanos á un patio, donde estábamos curando los heridos, é tírannos tanta vara y piedra, que hiriéron de repente á muchos soldados; mas no les fué muy bien de aquella cabalgada, que presto arremetimos con ellos, y á buenas cuchilladas y estocadas quedáron hartos dellos tendidos. Pues los de á caballo no tardáron en salirles al encuentro, que matáron á muchos, puesto que entónces hiriéron dos caballos é matáron un soldado: de aquella vez los echamos de aquel sitio é patio: y quando Cortes vió que no habia mas contrarios, nos fuimos á reposar á otro grande patio, adonde estaban los grandes Adoratorios de aquella ciudad, y muchos de nuestros soldados subiéron en el Cu mas alto, adonde tenian sus ídolos, y desde allí viéron la gran ciudad de México y toda la laguna, porque bien se señoreaba todo: y viéron venir sobre dos mil canoas, que venian de México llenas de guerreros, y venian derechos adonde estábamos; porque segun otro dia supimos, el señor de México, que se decia Guatemuz, les envia-

viaba para que aquella noche y dia diesen en nosotros: y juntamente envió por tierra sobre otros diez mil guerreros, para que unos por una parte, y otros por otra tuviese manera para que no saliesemos de aquella ciudad con las vidas ninguno de nosotros. Tambien habia apercibido otros diez mil hombres para les enviar de refresco, quando estuviesen dándonos guerra, y esto se supo otro dia de cinco Capitanes Mexicanos que en las batallas prendimos: y mejor lo ordenó nuestro Señor Jesu Christo; porque así como vino aquella gran flota de Canoas, luego se entendió que venia contra nosotros, y acordóse que hubiese muy buena vela en todo nuestro Real, repartido á los puertos é azequias por donde habian de venir á desembarcar, y los de á caballo muy á punto toda la noche ensillados y enfrenados, aguardando en la calzada y tierra firme, y todos los Capitanes y Cortés con ellos, haciendo vela y ronda toda la noche, é á mí é á otros diez soldados nos pusiéron por velas sobre unas paredes de cal y canto, y tuvimos muchas piedras é ballestas y escopetas y lanzas grandes adonde estábamos, para que si por allí en unas acequias, que era desembarcadero, llegasen canoas, que los resistiesemos é hiciesemos volver: á otros soldados pusiéron en guarda en otras acequias. Pues estando velando yo y mis compañeros, sentimos el *rumor de muchas* canoas, que venian á re-

mo callado á desembarcar á aquel puesto donde estábamos, y á buenas pedradas y con las lanzas les resistimos, que no osáron desembarcar, y á uno de nuestros compañeros enviamos que fuese á dar aviso á Cortés: y estando en esto volviéron otra vez otras muchas canoas cargadas de guerreros, y nos comenzáron á tirar mucha vara y piedra y flecha, y los tornamos á resistir, y entónces descalabráron á dos de nuestros soldados, y como era de noche muy escuro, se fuéron á ajuntar las canoas con sus Capitanes de la flota de canoas, y todas juntas fuéron á desembarcar á otro puertezuelo, ó azequias hondas: y como no son acostumbrados á pelear de noche, se juntáron todos con los esquadrones que Guatemuz enviaba por tierra, que eran ya dellos mas de quince mil Indios. Tambien quiero decir, y esto no por me jactanciar, que como nuestro compañero fué á dar aviso á Cortés, como habian llegado allí en el puerto donde velábamos muchas canoas de guerreros, segun dicho tengo, luego vino á hablar con nosotros el mismo Cortés, acompañado de diez de á caballo, y quando llegó cerca sin nos hablar, dimos voces yo y un Gonzalo Sanchez, que era del Algarve Portugues, y diximos: ¿quién viene ahí? ¿no podeis hablar? y le tiramos tres ó quatro pedradas: y como me conoció Cortés en la voz á mí y á mi compañero, dixo Cortés al Tesorero Julian de Alderete, y á

Fr.

Fr. Pedro Melgarejo, y al Maestre de Campo que era Christóval de Oli, que le acompañaban á rondar: No es menester poner aquí mas recaudo, que dos hombres están aquí puestos entre los que velan, que son de los que pasáron conmigo de los primeros, que bien podemos fiar de ellos esta vela, y aunque sea otra cosa de mayor afrenta: y desque nos habláron, dixo Cortés que mirasemos el peligro en que estabamos, se fuéron á requerir á otros puestos; y quando no me cato, sin mas nos hablar, oimos como traian á un soldado azotando por la vela, y era de los de Narvaez. Pues otra cosa quiero traer á la memoria, y es, que ya que nuestros escopeteros no tenian pólvora, ni los ballesteros saetas, que el dia ántes se diéron tal priesa que lo habian gastado: y aquella misma noche mandó Cortés á todos los ballesteros, que alistasen todas las saetas que tuviesen, y las emplumasen y pusiesen sus casquillos, porque siempre traiamos en las entradas muchas cargas de almacen de saetas, y sobre cinco cargas de casquillos hechos de cobre, y todo aparejo, para donde quiera que llegasemos tener saetas: y toda la noche estuviéron emplumando y poniendo casquillos todos los ballesteros: y Pedro Barba, que era su Capitan, no se quitaba de encima de la obra, y Cortés que de quando en quando acudia. Dexemos esto, y digamos ya que *fué de dia claro* qual nos viniéron á cercar todos

dos los esquadrones Mexicanos en el patio donde estabamos; y como nunca nos cogian descuidados, los de á caballo por una parte como era tierra firme, y nosotros por otra, y nuestros amigos los Tlascaltecas que nos ayudaban, rompimos con ellos, y se matáron y hiriéron tres de sus Capitanes, sin otros muchos que luego otro dia se muriéron: y nuestros amigos hiciéron buena presa, y se prendiéron cinco principales, de los quales supimos los esquadrones que Guatemuz habia enviado: y en aquella batalla quedáron muchos de nuestros soldados heridos, é uno murió luego. Pues no se acabó en esta refriega, que yendo los de á caballo siguiendo el alcance, se encuentran con los diez mil guerreros que el Guatemuz enviaba en ayuda é socorro de refresco de los que de ántes habia enviado, y los Capitanes Mexicanos que con ellos venian traian espadas de las nuestras, haciendo muchas muestras con ellas de esforzados, y decian que con nuestras armas nos habian de matar: y quando los nuestros de á caballo se halláron cerca dellos, como eran pocos, y eran muchos esquadrones, temiéron, é á esta causa se pusiéron en parte para no se encontrar luego con ellos, hasta que Cortés y todos nosotros fuesemos en su ayuda: é como lo supimos, en aquel instante cabalgan todos los de á caballo que quedaban en el Real, aunque estaban heridos ellos y sus caballos, y salimos todos los soldados y ba-

ballesteros, y con nuestros amigos los Tlascaltecas, y arremetimos de manera que rompimos, y tuvimos lugar de nos juntar con ellos pie con pie, y á buenas estocadas y cuchilladas se fuéron con la mala ventura, y nos dexáron de aquella vez el campo. Dexemos esto, y tornaremos á decir que allí se prendiéron otros principales, y se supo dellos que tenia Guatemuz ordenado de enviar otra gran flota de canoas, y muchos mas guerreros por tierra: y dixo á sus guerreros, que quando estuviesemos cansados y heridos muchos, y muertos de los rencuentros pasados, que estariamos descuidados con pensar que no enviaria mas esquadrones contra nosotros, é que con los muchos que entónces enviaria nos podria desbaratar; y como aquello se supo, si muy apercibidos estabamos de ántes, mucho mas lo estuvimos entónces: y fué acordado que para otro dia saliesemos de aquella ciudad y no aguardasemos mas batallas, y aquel dia se nos fué en curar heridos, y en adobar armas y hacer saetas: y estando de aquella manera pareció ser, que como en aquella ciudad eran ricos, y tenian unas casas muy grandes llenas de mantas y ropa y camisas de mugeres de algodon, y habia en ella oro y otras muchas cosas y plumages, alcanzáronlo á saber los Tlascaltecas y ciertos soldados en qué parte ó parage estaban las casas, y se las fuéron á mostrar unos prisioneros de Suchimileco, y estaban en la la-

guna dulce, y podian pasar á ellas por una calzada, puesto que habia dos ó tres puentes chicas en la calzada, que pasaban á ellas de unas acequias hondas á otras: y como nuestros soldados fuéron á las casas y las halláron llenas de ropa y no habia guarda, cárganse ellos y muchos Tlascaltecas de ropa, y otras cosas de oro, y se vienen con ello al Real, y como lo viéron otros soldados, van á las mismas casas, y estando dentro sacando ropa de unas caxas muy grandes de madera, vino en aquel instante una gran flota de canoas de guerreros de México y dan sobre ellos, é hiriéron muchos soldados, y apañan á quatro soldados vivos é los lleváron á México, y los demas se escapáron de buena: y llamábanse los que lleváron Juan de Lara, y el otro Alonso Hernandez, y de los demas no me acuerdo sus nombres, mas sé que eran de la Capitanía de Andres de Monjaraz. Pues como le lleváron á Guatemuz estos quatro soldados, alcanzó á saber como eramos muy pocos los que veniamos con Cortés, y que muchos estaban heridos, y tanto como quiso saber de nuestro viage, tanto supo: y como fué bien informado, manda cortar pies y brazos á los tristes nuestros compañeros, y las envia por muchos pueblos nuestros amigos de los que nos habian venido de paz, y les envia á decir, que ántes que volvamos á Tezcuco piensa no quedará ninguno de nosotros á vida, y con los corazones y san-

hizo sacrificio á sus ídolos. Dexemos esto,
digamos como luego tornó á enviar mu-
s flotas de canoas llenas de guerreros, y
as Capitanías por tierra; y les mandó que
curasen que no saliesemos de Suchimileco
las vidas. Y porque ya estoy harto de
ribir de los muchos rencuentros y bata-
que en estos quatro dias tuvimos con Me-
anos, é no puedo otra vez dexar de ha-
r en ellas, digo, que quando amaneció,
iéron desta vez tantos Culchuas Mexicanos
los esteros, y otros por las calzadas y
ra firme, que tuvimos harto que romper
ellos, y luego nos salimos de aquella ciu-
l á una gran plaza, que estaba algo apar-
a del pueblo donde solian hacer sus mer-
los; y allí puestos con todo nuestro far-
e para caminar, Cortés comenzó á hacer
parlamento cerca del peligro en que esta-
nos, porque sabiamos cierto que en los
ninos á pasos malos estaban aguardando to-
el poder de México y otros muchos guer-
os puestos en esteros y acequias; é nos
o que seria bien, é así nos lo mandaba
hecho que fuesemos desembarazados, y
asemos el fardage é ato, porque no nos
rbase para el tiempo de pelear. Y quan-
aquello le oimos, todos á una le respon-
ios, que mediante Dios que hombres era-
s para defender nuestra hacienda y perso-
é la suya, y que seria gran poquedad
l hiciesemos: y desque vió nuestra volun-
tad

tad y respuesta, dixo que á la mano de Dios lo encomendaba: y luego se puso en concierto como habiamos de ir, el fardage y los heridos en medio, y los de á caballo repartidos, la mitad dellos adelante, y la otra mitad en la retaguarda, y los ballesteros tambien con todos nuestros amigos, é allí poniamos mas recaudo, porque siempre los Mexicanos tenian por costumbre que daban en el fardage: de los escopeteros no nos aprovechabamos, porque no tenian pólvora ninguna; y desta manera comenzamos á caminar. Y quando los esquadrones Mexicanos que habia enviado Guatamuz aquel dia viéron que nos ibamos retrayendo de Suchimileco, creyéron que de miedo no les osabamos esperar, como ello fué verdad, y salen de repente tantos dellos, y se vienen derechos á nosotros, é hiriéron dos soldados, é dos muriéron de ahí á ocho dias, é quisiéron romper y desbaratar por el fardage; mas como ibamos con el concierto que he dicho, no tuviéron lugar, y en todo el camino hasta que llegamos á un gran pueblo que se dice Cuyoacan, que está obra de dos leguas de Suchimileco, nunca nos faltáron rebatos de guerreros que nos salian en partes que no nos podiamos aprovechar dellos, y ellos sí de nosotros, de mucha vara, y piedra y flecha, y como tenian cerca los esteros y zanjas, poníanse en salvo. Pues llegados á *Cuyoacan* á obra de las diez del dia, hallámosla despoblada. Quiero ahora decir que están

tán muchas ciudades las unas de las otras cerca de la gran ciudad de México obra de dos leguas; porque Suchimileco, y Cuyoacan, y Chohuilobusco, é Iztapalapa, y Coadlavaca y Mezquique, y otros tres ó quatro pueblos que estaban poblados los mas dellos en el agua, que estan á legua y media ó á dos leguas las unas de las otras: y de todas ellas se habian juntado allí en Suchimileco muchos Indios guerreros contra nosotros. Pues volvamos á decir, que como llegamos á aquel gran pueblo, ya estaba despoblado, y está en tierra llana. acordamos de reposar aquel dia que llegamos, é otro porque se curasen los heridos, y hacer saetas; porque bien entendido teniamos que habiamos de haber mas batallas ántes de volver á nuestro Real, que era Tezcuco: é otro dia muy de mañana comenzamos á caminar con el mismo concierto que soliamos llevar camino de Tacuba, que está de donde salimos obra de dos leguas, y en el camino saliéron en tres partes muchos esquadrones de guerreros, y todas tres les resistimos, y los de á caballo los seguian por tierra llana, hasta que se acogian á los esteros é acequias: é yendo por nuestro camino de la manera que he dicho, apartóse Cortés con diez de á caballo á echar una celada á los Mexicanos que salian de aquellos esteros, y salian á dar guerra á los nuestros, y llevó consigo quatro mozos de espuelas, y los Mexicanos hacian que iban huyendo, y Cortés con los de á caballo y sus criados siguiendoles: y quan-

quando miró por sí, estaba una gran Capitanía de contrarios puestos en celada, y dan en Cortés y los de á caballo, que les hiriéron los caballos, y si no dieran vuelta de presto, allí quedaran muertos ó presos. Por manera que apañáron los Mexicanos dos de los soldados mozos de espuelas de Cortés, de los quatro que llevaba, y vivos los lleváron á Guatemuz, é los sacrificaron. Dexemos de hablar deste desman por causa de Cortés, y digamos como habiamos ya llegado á Tacuba con nuestras banderas tendidas, con todo nuestro exército y fardage, y todos los mas de á caballo habian llegado, y tambien Pedro de Alvarado y Christóval de Oli, y Cortés no venia con los diez de á caballo que llevó en su compañía. Tuvimos mala sospecha no les hubiese acaecido algun desman: y luego fuimos con Pedro de Alvarado, y Christóval de Oli é Andres de Tapia en su busca con otros de á caballo hácia los esteros donde le vimos apartar, y en aquel instante viniéron los otros dos mozos de espuelas que habian ido con Cortés, que se escapáron, é se decia el uno Monroy, y el otro Tomas de Rijoles, y dixéron que ellos por ser ligeros escapáron, é que Cortés y los demas se vienen poco á poco porque traen los caballos heridos: y estando en esto viene Cortés, con el qual nos alegramos, puesto que él venia muy triste y como lloroso: llamábanse los mozos de espuelas que lleváron á México á sacrificar el uno

Fran-

Francisco Martin Vendobal, y este nombre de Vendobal se puso por ser algo loco, y el otro se decia Pedro Gallego. Pues como allí llegó Cortés á Tacuba, llovia mucho, y reparamos cerca de dos horas en unos grandes patios, y Cortés con otros Capitanes, y el Tesorero Alderete que venia ya malo, y el Frayle Melgarejo, y otros muchos soldados subimos en el alto Cu de aquel pueblo, que desde él se señoreaba muy bien la ciudad de México, que está muy cerca, y toda la laguna, y las demas ciudades que están en el agua pobladas: y quando el Frayle y el Tesorero Alderete viéron tantas ciudades y tan grandes, y todas asentadas en el agua, estaban admirados. Pues quando viéron la gran ciudad de México y la laguna, y tanta multitud de canoas, que unas iban cargadas con bastimentos, y otras iban á pescar y otras valdías, mucho mas se espantáron porque no las habian visto hasta en aquella sazon: y dixéron que nuestra venida en esta Nueva España que no eran cosas de hombres humanos, sino que la gran misericordia de Dios era quien nos sostenia; é que otras veces han dicho que no se acuerdan haber leido en ninguna escritura, que hayan hecho ningunos vasallos tan grandes servicios á su Rey como son los nuestros: é que ahora lo dicen muy mejor, y que dello harian relacion á su Magestad. Dexemos de otras muchas pláticas que allí pasáron, y como consolaba el Frayle á Cortés

por

que anochecia á aquel gran pueblo, y tambien estaba despoblado, y en toda la noche no dexó de llover, y habia grandes lodos, y los naturales dél y otros esquadrones Mexicanos nos daban tanta grita de noche desde unas acequias y partes que no les podiamos hacer mal, y como hacia muy escuro y llovía no se podian poner velas ni rondas, y no hubo concierto ninguno, ni acertábamos con los puestos: y esto digo porque á mí me pusiéron para velar la prima, y jamas acudió á mi puesto ni quadrillero ni rondas, y así se hizo en todo el Real. Dexemos deste descuido, y tornemos á decir que otro dia fuimos camino de otra gran poblacion, que no me acuerdo el nombre, y habia grandes lodos en él, y hallámosla despoblada: y otro dia pasamos por otros pueblos, y tambien estaban despoblados: y otro dia llegamos á un pueblo que se dice Aculman, sujeto de Tezcuco; y como supiéron en Tezcuco como ibamos, saliéron á recibir á Còrtés, é viniéron muchos Españoles que habian venido entónces de Castilla. Y tambien vino á recibirnos el Capitan Gonzalo de Sandoval con muchos soldados, y juntamente el Señor de Tezcuco, que ya he dicho que se decia Don Fernando: y se hizo á Cortés buen recebimiento, así de los nuestros, como de los recien venidos de Castilla, y muchos mas de los naturales de los pueblos comarcanos: pues truxéron de comer, y luego esa noche se vol-

vió Sandoval á Tezcuco con todos sus soldados á poner en cobro su Real. Y otro dia por la mañana fué Cortés con todos nosotros camino de Tezcuco (1): y como ibamos cansados y heridos, y dexabamos muertos nuestros soldados y compañeros, y sacrificados en poder de los Mexicanos, en lugar de descansar y curar nuestras heridas, tenian ordenada una conjuracion ciertas personas de calidad de la parcialidad de Narvaez, de matar á Cortés, y á Gonzalo de Sandoval, é á Pedro de Alvarado, é Andres de Tapia: y lo que mas pasó diré adelante.

(1) Cortés entró en Tezcuco en fines de Abril de 1521.

CAPITULO CXLVI.

Como desque llegamos con Cortés á Tezcuco con todo nuestro exército y soldados, de la entrada de rodear los pueblos de la laguna, tenian concertado entre ciertas personas de los que habian pasado con Narvaez, de matar á Cortés y á todos los que fuesemos en su defensa: y quien fué primero autor de aquella chirinola, fué uno que habia sido gran amigo de Diego Velazquez Gobernador de Cuba; al qual soldado Cortés le mandó ahorcar por sentencia: y como se herráron los esclavos, y se apercebió todo el Real, y los pueblos nuestros amigos, y se hizo alarde y ordenanzas, y otras cosas que mas pasáron.

Ya he dicho como veniamos tan destrozados y heridos de la entrada por mí nombrada, pareció ser que un gran amigo del Gobernador de Cuba, que se decia Antonio de Villafaña, natural de Zamora, ú de Toro, se concertó con otros soldados de los de Narvaez; los quales no nombro sus nombres por su honor; que así como viniese Cortés de aquella entrada que le matasen, y habia de ser desta manera: que como en aquella sazon habia venido un navío de Castilla, que quando Cortés estuviese sentado á la mesa co-

comiendo con sus Capitanes é soldados, que entre aquellas personas que tenian hecho el concierto, que truxesen una carta muy cerrada y sellada, como que venia de Castilla, y que dixesen que era de su padre Martin Cortés, y que quando la estuviese leyendo le diesen de puñaladas, así al Cortés, como á todos los Capitanes y soldados que cerca de Cortés nos hallasemos en su defensa. Pues ya hecho y consultado todo lo por mí dicho, los que lo tenian concertado, quiso nuestro Señor que diéron parte del negocio á dos personas principales, que aquí tampoco quiero nombrar, que habian ido en la entrada con nosotros, y aun á uno dellos en el concierto que tenian le habian nombrado por uno de los Capitanes Generales, despues que hubiesen muerto á Cortés, y asimismo á otros soldados de los de Narvaez hacian Alguacil mayor, é Alferez, y Alcaldes, y Regidores, y Contador, y Tesorero, y Veedor, y otras cosas deste arte, y aun repartido entre ellos nuestros bienes y caballos: y este concierto estuvo encubierto dos dias despues que llegamos á Tezcuco, y nuestro Señor Dios fué servido que tal cosa no pasase, porque era perderse la Nueva-España, y todos nosotros murieramos, porque luego se levantaran bandos y chirinolas. Pareció ser que un soldado lo descubrió á Cortés, que luego pusiese remedio en ello, ántes que mas fuego sobre aquel caso se encendiese; porque le

 cer-

certificó aquel buen soldado, que eran muchas personas de calidad en ello: y como Cortés lo supo, despues de hacer grandes ofrecimientos y dádivas que le dió á quien se lo descubrió, muy presto secretamente lo hace saber á todos nuestros Capitanes, que fuéron Pedro de Alvarado, é á Francisco de Lugo, y á Christobal de Oli, é á Gonzalo de Sandoval, é Andres de Tapia, é á mí, y á dos Alcaldes Ordinarios que eran de aquel año, que se decian Luis Marin y Pedro de Ircio, y á todos nosotros los que eramos de la parte de Cortés; y así como lo supimos, nos apercebimos, y sin mas tardar fuimos con Cortés á la posada de Antonio de Villafaña, y estaban con él muchos de los que eran en la conjuracion, y depresto le echamos mano al Villafaña, con quatro Alguaciles que Cortés llevaba; y los Capitanes y soldados que con el Villafaña estaban, comenzaron á huir, y Cortes les mandó detener y prender algunos dellos: y quando tuvimos preso al Villafaña, Cortés le sacó del seno el memorial que tenia con las firmas de los que fuéron en el concierto que dicho tengo: y como lo hubo leido, y vió que eran muchas personas en ello de calidad, é por no infamarlos, echó fama que comió el memorial el Villafaña, y que no le habia visto, ni leido: é luego hizo proceso contra él, y tomada la confesion, dixo la verdad, é con muchos testigos que habia de [illegible] de creer, que tomáron sobre el caso, por

sen-

sentencia que diéron los Alcaldes Ordinarios, juntamente con Cortés, y el Maestre de Campo Christóval de Olí, y despues que se confesó con el Padre Juan Diaz le ahorcáron de una ventana del aposento, donde posaba el Villafaña; y no quiso Cortés que otro ninguno fuese infamado en aquel mal caso, puesto que en aquella sazon echáron presos á muchos por poner temores, y hacer señal que queria hacer justicia de otros: y como el tiempo no daba lugar á ello, se disimuló, y luego acordó Cortés de tener guarda para su persona, y fué su Capitan un hidalgo que se decia Antonio de Quiñones, natural de Zamora, con doce soldados buenos hombres y esforzados, y le velaban de dia y de noche, y á nosotros de los que sentia que eramos de su banda, nos rogaba que mirasemos por su persona. Y desde allí adelante, aunque mostraba gran voluntad á las personas que eran en la conjuracion, siempre se rezelaba dellos. Dexemos esta materia, y digamos como luego se mandó pregonar, que todos los Indios é Indias que habiamos habido en aquellas entradas los llevasen á herrar dentro de dos dias, á una casa que estaba señalada para ello: y por no gastar mas palabras en esta relacion sobre la manera que se vendian en la almoneda, mas de las que otras veces tengo dichas en las dos veces que se herráron, si mal lo habian hecho de ántes, muy peor se hizo esta

 vez,

vez, que despues de sacado el Real quinto, sacaba Cortés el suyo, y otras treinta sacaliñas para Capitanes: y si eran hermosas y buenas Indias las que metiamos á herrar las hurtaban de noche del monton, que no parecian hasta de ahí á buenos dias, y por esta causa se dexaban de herrar muchas piezas, que despues teniamos por Naborias. Dexemos de hablar en esto, y digamos lo que despues en nuestro Real se ordenó.

CAPITULO CXLVII.

Como Cortés mandó á todos los pueblos nuestros amigos que estaban cercanos de Tezcuco, que hiciesen almacen de saetas, é casquillos de cobre, y lo que en nuestro Real mas pasó.

Como se hubo hecho justicia del Antonio de Villafaña, y estaban ya pacíficos los que eran juntamente con él conjurados de matar á Cortés, y á Pedro de Alvarado, y al Sandoval, y á los que fuesemos en su defensa, segun mas largamente lo tengo escrito en el capítulo pasado; é viendo Cortés que ya los vergantines estaban hechos, y puestas sus xarcias, y velas, y remos muy buenos, y mas remos de los que habian menester para cada vergantin, y la zanja de agua por donde habian de salir á la laguna, muy ancha é honda-

dable (1), envió á decir á todos los pueblos nuestros amigos, que estaban cerca de Tezcuco, que en cada pueblo hiciesen ocho mil casquillos de cobre, que fuesen segun otros que les lleváron por muestra, que eran de Castilla; y asimismo les mandó que en cada pueblo labrasen y desbastasen otras ocho mil saetas de una madera muy buena que tambien les lleváron muestra, y les dió de plazo ocho dias para que truxesen las saetas y casquillos á nuestro Real; lo qual truxéron para el tiempo que se les mandó, que fuéron mas de cincuenta mil casquillos, y otras tantas

(1) La obra de la zanja es una prueba del poder á que llegó Cortés: „despues de haber dado vueltas „á las lagunas, en que tomamos muchos avisos para „poner el cerco á Temixtitan por la tierra, y por el „agua, yo estuve en Tesaico, forneciendome lo mejor „que pude de gente y de armas, y dando priesa en „que se acabasen los vergantines, y una zanja, que „se hacia para los llevar por ella fasta la laguna, la „qual zanja se comenzó á facer, luego que la ligazon, „y tablazon de los vergantines se truxeron en una „acequia de agua, que iba por cabe los aposentamien„tos fasta dar en la laguna; é desde donde los ver„gantines se ligáron, y la zanja se comenzó á hacer „ahí bien media legua hasta la laguna: y en esta obra „anduviéron cincuenta dias, mas de ocho mil perso„nas cada dia de los naturales de la provincia de „Aculuacan y Tesaico, porque la zanja tenia mas de „dos estados de hondura, y otros tantos de anchura, „y iba toda chapada, y estacada, por manera que el „agua, que por ella iba, la pusiéron en el peso de „la laguna, de forma que las fustas se podian llevar „sin peligro, y sin trabajo fasta el agua, que cierto „*que fué obra grandísima*, y mucho para ver. *Cortés „Carta III.*

tas mil saetas, y los casquillos fuéron mejores que los de Castilla: y luego mandó Cortés á Pedro Barba, que en aquella sazon era Capitan de ballesteros, que los repartiese, así saetas, como casquillos, entre todos los ballesteros; é que les mandase que siempre desbastasen el almacen, y las emplumasen con engrudo, que pega mejor que lo de Castilla, que se hace de unas como raices, que se dice cactle; y asimismo mandó al Pedro Barba, que cada ballestero tuviese dos cuerdas bien pulidas y aderezadas para sus ballestas, y otras tantas nueces, para que si se quebrase alguna cuerda ó saltase la nuez, que luego se pusiese otra, é que siempre tirasen á terrero, y viesen á que pasos allegaba la fuga de sus ballestas: y para ello se les dió mucho hilo de Valencia para las cuerdas, porque en el navío que he dicho que vino pocos dias habia de Castilla, que era de Juan de Burgos, truxo mucho hilo y gran cantidad de pólvora y ballestas, y otras muchas armas, y herrage y escopetas. Y tambien mandó Cortés á los de á caballo que tuviesen sus caballos herrados, y las lanzas puestas á punto, é que cada dia cabalgasen y corriesen, y les mostrasen muy bien á revolver y escaramuzar: y hecho esto envió mensageros y cartas á nuestro amigo Xicotenga el Viejo, que como ya he dicho otras veces, era vuelto christiano, y se llamaba Don Lorenzo de Vargas, y á su hijo Xicotenga el Mozo, y á sus hermanos, y

al Chichimecatecle, haciéndoles saber, que en pasando el dia de Corpus Christi, habiamos de partir de aquella ciudad para ir sobre México á ponelle cerco, y que le enviase veinte mil guerreros de los suyos de Tlascala, y los de Guaxocingo y Cholula, pues todos eran amigos y hermanos en armas, é ya lo sabian los Tlascaltecas de sus mismos Indios, el plazo y concierto, como siempre iban de nuestro Real cargados de despojos de las entradas que haciamos. Tambien apercibió á los de Chalco, y Talmalanco, y sus sugetos, que se apercibiesen para quando los enviasemos á llamar: y se les hizo saber, como era para poner cerco á México, y en qué tiempo habiamos de ir: y tambien se les dixo á Don Hernando Señor de Tezcuco, y á sus principales, y á todos sus sugetos, y á todos los mas pueblos nuestros amigos: y todos á una respondiéron que lo harian muy cumplidamente lo que Cortés les enviaba á mandar, é que vernian, y los de Tlascala viniéron pasada la Pascua del Espíritu Santo. Hecho esto se acordó de hacer alarde un dia de Pascua; lo qual diré adelante el concierto que se dió.

CA-

CAPITULO CXLVIII.

Como se hizo alarde en la ciudad de Tezcuco en los patios mayores de aquella ciudad, y los de á caballo, ballesteros, y escopeteros y soldados que se halláron, y las ordenanzas que se pregonáron, y otras cosas que se hiciéron.

Despues que se dió la órden, así como ántes he dicho, y se enviáron mensageros y cartas á nuestros amigos los de Tlascala y á los de Chalco, y se dió aviso á los demas pueblos, acordó Cortés con nuestros Capitanes y soldados, que para el segundo dia del Espíritu Santo, que fué el año de mil é quinientos é veinte y un años se hiciese alarde; el qual alarde se hizo en los patios mayores de Tezcuco, y halláronse ochenta y quatro de á caballo, y seiscientos y cincuenta soldados de espada y rodela, é muchos de lanzas, é ciento y noventa y quatro ballesteros y escopeteros, y destos se sacáron para los trece vergantines, los que ahora diré: para cada vergantin doce ballesteros y escopeteros, estos no habian de remar: y demas desto tambien se sacáron otros doce remeros para cada vergantin á seis por banda, que son los doce que he dicho. Y demas desto un Capitan para cada vergantin. Por manera que sale á ca-

da vergantin á veinte y cinco soldados con el Capitan, é trece vergantines que eran á veinte y cinco soldados, son docientos y ochenta y ocho, y con los artilleros que les diéron, demas de los veinte y cinco soldados, fuéron en todos los vergantines trescientos soldados por la cuenta que he dicho, y tambien les repartió los tiros de frulera, é halconetes que teniamos, y la pólvora que les parecia que habian menester: y esto hecho, mandó pregonar las ordenanzas que todos habiamos de guardar.

Lo primero, que ninguna persona fuese osada de blasfemar de nuestro Señor Jesu-Christo, ni de nuestra Señora su bendita Madre, ni de los Santos Apóstoles, ni otros Santos, so graves penas.

Lo segundo, que ningun soldado tratase mal á nuestros amigos, pues iban para nos ayudar, ni les tomasen cosa ninguna, aunque fuesen de las cosas que ellos habian adquirido en la guerra, ni aunque fuese India, ni Indio, ni oro, ni plata, ni chalchihuies.

Lo tercero, que ningun soldado fuese osado de salir, ni de dia, ni de noche de nuestro Real, para ir á ningun pueblo de nuestros amigos, ni á otra parte á traer de comer, ni á otra qualquier cosa, so graves penas.

Lo quarto, que todos los soldados llevasen muy buenas armas, y bien colchadas, y gorjal, y papahigos, y antiparas y rodela, que como sabiamos que era tanta la multitud de

vara y piedra, y flecha y lanza, para todo era menester llevar las armas que decia el pregon.

Lo quinto, que ninguna persona jugase caballo, ni armas por via ninguna, con gran pena que se les puso.

Lo sexto y último, que ningun soldado, ni hombre de á caballo, ni ballestero, ni escopetero, duerma sin estar con todas sus armas vestidas, y con alpargates calzados, excepto si no fuese con gran necesidad de heridas, ó estar doliente, porque estuviesemos muy bien aparejados para qualquiera tiempo que los Mexicanos viniesen á nos dar guerra. Y demas desto se pregonáron las leyes que se mandan guardar en lo militar; que es al que se duerme en la vela, ó se va del puesto que le ponen, pena de muerte: y se pregonó que ningun soldado vaya de un Real á otro sin licencia de su Capitan, so pena de muerte. Mas se pregonó, que el soldado que dexare su Capitan en la guerra ó batalla, é se huya, pena de muerte. Esto pregonado, diré en lo que mas se entendió.

CA-

CAPITULO CXLIX.

Como Cortés buscó á los marineros que eran menester para remar en los vergantines, y se les señaló Capitanes que habian de ir en ellos, y de otras cosas que se hiciéron.

Despues de hecho el alarde, ya otras veces dicho, como vió Cortés que para remar los vergantines no hallaban tantos hombres del mar que supiesen remar, puesto que bien se conocian los que habiamos traido en nuestros navíos que dimos al traves con ellos: quando venimos con Cortés; é asimismo se conocian los marineros de los navíos de Narvaez y de los de Jamayca, y todos estaban puestos por memoria, y los habian apercebido, porque habian de remar, y aun con todos ellos no habia recaudo para todos trece vergantines, y muchos dellos rehusaban, y aun decian que no habian de remar: y Cortés hizo pesquisa para saber los que eran marineros, y habian visto que iban á pescar, ó si eran de Palos, ó Moguer, ú de Triana, ú del Puerto, ú de otro qualquier puerto, ó parte donde hay marineros, les mandaba so graves penas, que entrasen en los vergantines: y aunque mas hidalgos dixesen que eran les hizo ir á remar: y desta manera juntó ciento y cincuenta hombres para remar, y ellos fué-

ron los mejor librados que nosotros los qu estabamos en las calzadas batallando, y quedáron ricos de despojos, como adelante diré y desque Cortés les hubo mandado que anduviesen en los vergantines, y les reparti los ballesteros, y escopeteros, y pólvora, y tiros, é saetas, y todo lo demas que era menester, y les mandó poner en cada vergantin las banderas Reales, y otras banderas del nombre que se decia ser el vergantin, y otras cosas que convenian; nombró por Capitanes para cada uno dellos á los que ahora aqu diré. A Garci-Holguin, Pedro Barba, Juan de Limpias, Carvajal el Sordo, Juan Xaramillo, Gerónimo Ruiz de la Mota, Carvajal su compañero, que ahora es muy viejo, y vive en la calle de San Francisco: é á un Portillo que entónces vino de Castilla, buen soldado que tenia una muger hermosa: é á un Zamora, que fué maestre de navíos, que vivia ahora en Guaxaca: é á un Colmenero que era marinero, buen soldado: é á un Lerma é á Gines Nortes, é á Briones natural de Salamanca; el otro Capitan no me acuerdo su nombre, é á Miguel Diaz de Auz: é quando los hubo nombrado, mandó á todos los ballesteros y escopeteros, é á los demas soldados que habian de remar que obedeciesen á los Capitanes que les ponia, y no saliesen de su mandado so graves penas; y les dió la instrucciones que cada Capitan habia de hacer, y en qué puesto habian de ir de las cal

zadas, é con qué Capitanes de los de tierra. Acabado de poner en concierto todo lo que he dicho, viniéronle á decir á Cortes que venian los Capitanes de Tlascala con gran copia de guerreros (1), y venia en ellos por Capitan General Xicotenga el Mozo, el que fué Capitan quando las guerras de Tlascala: y este fué el que nos trataba la traicion en Tlascala, quando salimos huyendo de México, segun otras muchas veces lo he referido; é que traia en su compañía otros dos hermanos hijos del buen viejo Don Lorenzo de Vargas, é que traia gran copia de Tlascaltecas, y de Guaxocingo, y otro Capitan de Chołultecas: y aunque eran pocos, porque á lo que siempre ví, despues que en Cholula se les hizo el castigo, ya otra vez por mí dicho en el capítulo que dello habla, despues acá jamas fuéron con los Mexicanos, ni aun con nosotros, sino que se estaban á la mira, que aun quando nos echáron de México no se halláron ser nuestros contrarios. Dexemos desto, y volvamos á nuestra relacion, que como Cortés supo que venia Xicotenga y sus hermanos, y otros Capitanes, é viniéron un dia primero del plazo que les enviáron á decir que viniesen, salió á les recebir Cortés un quarto de legua de Tezcuco con Pedro de Alvarado, y otros nuestros Capitanes; y como encontráron con el Xicotenga y sus hermanos, les hizo Cortés mu-

(1) *Cincuenta mil Tlascaltecas. Cortés Carta III.*

mucho acato, y les abrazó, y á todos los mas Capitanes: y venian en gran ordenanza, y todos muy lucidos, con grandes divisas, cada Capitanía por sí, y sus banderas tendidas, y el ave blanca que tienen por armas, que parece águila con sus alas tendidas: traian sus Alfereces revolando sus banderas y estandartes, y todos con sus arcos y flechas, y espadas de á dos manos, y varas con tiraderas, é otros macanas y lanzas grandes, é otras chicas, é sus penachos, y puestos en concierto, y dando voces y gritos, é silvos, diciendo: viva el Emperador nuestro Señor y Castilla, Castilla, Tlascala, Tlascala: y tardáron en entrar en Tezcuco mas de tres horas, y Cortés los mandó aposentar en unos buenos aposentos, y los mandó dar de comer de todo lo que en nuestro Real habia: é despues de muchos abrazos y ofrecimientos que los haria ricos, se despidió dellos, y les dixo, que otro dia les diria lo que habian de hacer, é que ahora venian cansados, que reposasen: y en aquel instante que llegáron aquellos Caciques de Tlascala, que dicho tengo, entráron en nuestro Real cartas que enviaba un soldado, que se decia Hernando de Barrientos, desde un pueblo que se dice Chinanta, que estará de México obra de noventa leguas: y lo que en ella se contenia era que habian muerto los Mexicanos en el tiempo que nos echáron de México á tres compañeros suyos, quando estaban en las estancias y minas donde los de-

dexó el Capitan Pizarro (que así se llamaba) para que buscasen y descubriesen todas aquellas comarcas si habia minas ricas de oro, segun dicho tengo en el capítulo que dello habla; y que el Barrientos que se acogió á aquel pueblo de Chinanta, adonde estaba, y que son enemigos de Mexicanos. Este pueblo fué donde truxéron las picas quando fuimos sobre Narvaez. Y porque no hacen al caso á nuestra relacion otras particularidades que decia en la carta, se dexará de decir: y Cortés sobre ella le escribió en respuesta, dándole relacion de la manera que ibamos de camino para poner cerco á México, y que á todos los Caciques de aquellas Provincias les diese sus encomiendas, y que mirase que no se viniese de aquella tierra hasta tener carta suya, porque en el camino no le matasen los Mexicanos. Dexemos esto, y digamos como Cortés ordenó de la manera que habiamos de ir á poner cerco á México, y quién fuéron los Capitanes, y lo que mas en el cerco sucedió.

CAPITULO CL.

Como Cortes mandó que fuesen tres guarniciones de soldados, y de á caballo, y ballesteros, y escopeteros por tierra á poner cerco á la gran ciudad de México, y los Capitanes que nombró para cada guarnicion, y los soldados, y de á caballo, y ballesteros, y escopeteros que les repartió, y los sitios y ciudades donde habiamos de asentar nuestros Reales.

Mandó que Pedro de Alvarado fuese por Capitan de ciento y cincuenta soldados de espada y rodela, y muchos llevaban lanzas, y les dió treinta de á caballo, y diez y ocho escopeteros y ballesteros; y nombró que fuesen juntamente con él á Jorge de Alvarado su hermano, y á Gutierrez de Badajoz, y á Andres de Monjaraz, y estos mandó que fuesen Capitanes de cada cincuenta soldados, y que repartiesen entre todos tres los escopeteros y ballesteros, tanto á una Capitanía, como á otra; y que el Pedro de Alvarado fuese Capitan de los de á caballo y General de las tres Capitanías, y le dió ocho mil Tlascaltecas con sus Capitanes, y á mí me señaló y mandó que fuese con el Pedro de Alvarado, y que fuesemos á poner sitio en la ciudad de Tacuba · y mandó que las armas que llevasemos fuesen muy buenas, y papahigos, y gor-

gorjales y antiparas, porque era mucha la vara y piedra, como granizo, y flechas, y lanzas, y macanas y otras armas de espadas de á dos manos, con que los Mexicanos peleaban con nosotros, y para tener defensa con ir bien armados: y aun con todo esto cada dia que batallabamos habia muertos y heridos, segun adelante diré. Pasemos á otra Capitanía.

Dió á Christóval de Oli, que era Maestre de Campo, otros treinta de á caballo, y ciento y setenta y cinco soldados, y veinte escopeteros y ballesteros, y todos con sus armas, segun y de la manera que los dió á Pedro de Alvarado, y le nombró otros tres Capitanes, que fué Andres de Tapia, y Francisco Verdugo y Francisco de Lugo, y entre todos tres Capitanes repartiesen los soldados, y escopeteros y ballesteros; y que el Christóval de Oli fuese Capitan General de las tres Capitanías, y de los de á caballo, y le dió otros ocho mil Tlascaltecas, y le mandó que fuese á asentar su Real en la ciudad de Cuyoacan, que estará de Tacuba dos leguas.

De otra guarnicion de soldados hizo Capitan á Gonzalo de Sandoval, que era Alguacil mayor, y le dió veinte y quatro de á caballo, y catorce escopeteros y ballesteros, y ciento y cincuenta soldados de espada y rodela y lanza, y mas de ocho mil Indios de guerra de los de Chalco y Guaxocingo, y de otros pueblos por donde el Sandoval habia *de ir, que eran* nuestros amigos, y le dió por

compañeros y Capitanes á Luis Marin y á Pedro de Ircio, que eran amigos del Sandoval; y les mandó que entre los dos Capitanes repartiesen los soldados, y ballesteros y escopeteros, y que el Sandoval tuviese á su cargo los de á caballo, y que fuese General de todos, y que sentase su Real junto á Iztapalapa, é que le diese guerra, y le hiciese todo el mal que pudiese hasta que otra cosa le fuese mandado: y no partió Sandoval de Tezcuco hasta que Cortés que era Capitan de los vergantines estaba muy á punto para salir con los trece vergantines por la laguna; en los quales llevaba trecientos soldados con ballesteros y escopeteros, porque así estaba ordenado. Por manera que Pedro de Alvarado y Christóval de Oli habiamos de ir por una parte y Sandoval por otra. Digamos ahora que los unos á mano derecha, y los otros desviados por otro camino, y esto es así; porque los que no saben aquellas ciudades y la laguna lo entiendan, porque se tornaban casi que á juntar. Dexemos de hablar mas en ello, y digamos que á cada Capitan se le dió las instrucciones de lo que les era mandado, y como nos habiamos de partir para otro dia por la mañana: y porque no tuviesemos tantos embarazos en el camino, enviamos adelante todas las Capitanías de Tlascala hasta llegar á tierra de Mexicanos. E yendo que iban los Tlascaltecas descuidados con su Capitan Chichimecatecle, é otros Capitanes con sus gentes,

no viéron que iba Xicotenga el Mozo, que era el Capitan General dellos; y preguntando y pesquisando el Chichimecatecle que se habia hecho, ó adonde se habia quedado, alcanzáron á saber que se habia vuelto aquella noche encubiertamente para Tlascala, y que iba á tomar por fuerza el Cacicazgo, é vasallos y tierra del mismo Chichimecatecle: y las causas que para ello decian los Tlascaltecas eran, que como el Xicotenga el Mozo vió ir los Capitanes de Tlascala á la guerra, especialmente á Chichimecatecle, que no tendria contraditores, porque no tenia temor de su padre Xicotenga el Ciego, que como padre le ayudaria, y nuestro amigo Mase Escaci, que ya era muerto, é á quien temia era el Chichimecatecle. Y tambien dixéron que siempre conociéron del Xicotenga no tener voluntad de ir á la guerra de México, porque le oian decir muchas veces, que todos nosotros y ellos habian de morir en ella. Pues desque aquello vió y entendió el Chichimecatecle, cuyas eran las tierras y vasallos que iba á tomar, vuelve del camino mas que de paso, é viene á Tezcuco á hacerselo saber á Cortés: é como Cortés lo supo, mandó que con brevedad fuesen cinco Principales de Tezcuco, y otros dos de Tlascala, amigos del Xicotenga, á hacelle volver del camino, y le dixesen que Cortés le rogaba que luego se volviese para ir contra sus enemigos los Mexicanos, y que mire que su padre Don

Lorenzo de Vargas si no fuera viejo, y ciego como estaba, viniera sobre México: y que pues toda Tlascala fuéron y son muy leales servidores de su Magestad, que no quiera él infamarlos con lo que ahora hace, y le envió á hacer muchos prometimientos y promesas, y que le daria oro y mantas porque volviese: y la respuesta que le envió á decir fué, que si el viejo de su padre, y Mase Escaci le hubieran creido, que no se hubieran señoreado tanto dellos, que les hace hacer todo lo que quiere; y por no gastar mas palabras, dixo que no queria venir. Y como Cortés supo aquella respuesta, de presto dió un mandamiento á un Alguacil, y con quatro de á caballo, y cinco Indios Principales de Tezcuco que fuesen muy en posta, y donde quiera que lo alcanzasen que lo ahorcasen, é dixo: Ya en este Cacique no hay enmienda, sino que siempre nos ha de ser traidor y malo, y de malos consejos; y que no era tiempo para mas le sufrir, que bastaba lo pasado y presente. Y como Pedro de Alvarado lo supo, rogó mucho por él, y Cortés, ó le dió buena respuesta, ó secretamente mandó al Alguacil é á los de á caballo que no le dexasen con la vida, y así se hizo, que en un pueblo sujeto á Tezcuco le ahorcáron; y en esto hubiéron de parar sus traiciones. Algunos Tlascaltecas hubo que dixéron que su padre Don Lorenzo de Vargas envió á decir á Cortés que aquel su hijo era malo, y que no

no se confiase dél, y que procurase de le matar. Dexemos esta plática así, y diré que por esta causa nos detuvimos aquel dia sin salir de Tezcuco: y otro dia que fuéron trece de Mayo de mil y quinientos y veinte y un años salimos entrambas Capitanías juntas, porque así Christóval de Oli, como Pedro de Alvarado habiamos de llevar un camino, y fuimos á dormir á un pueblo sujeto de Tezcuco que se dice Aculma: y pareció ser que el Christóval de Oli envió adelante á aquel pueblo á tomar posada, y tenia puesto en cada casa por señal ramos verdes encima de las azuteas: y quando llegamos con Pedro de Alvarado no hallamos donde posar, y sobre ello ya habiamos echado mano á las armas los de nuestra Capitanía contra los de Christóval de Oli, y aun los Capitanes desafiados, y no faltó Caballeros de entrambas partes que se metiéron entre nosotros y se pacificó algo el ruido, y no tanto, que todavía estabamos todos resabidos: y desde allí lo hiciéron saber á Cortés, y luego envió en posta á Fr. Pedro Melgarejo y al Capitan Luis Marin, y escribió á los Capitanes y á todos nosotros, reprehendiéndonos por la qüestion, y persuadiéndonos la paz: y como llegáron nos hiciéron amigos; mas desde allí adelante no se lleváron bien los Capitanes, que fué Pedro de Alvarado, y Christóval de Oli: y otro dia fuimos caminando entrambas las Capitanías juntas, y fuimonos á dormir á un gran

pueblo, que estaba despoblado porque ya era tierra de Mexicanos: y otro dia fuimos nuestro camino tambien á dormir á otro gran pueblo que se decia Guautitlan, que otras veces he nombrado, y tambien estaba sin gente: é otro dia pasamos por otros dos pueblos, que se decian Tenayuca y Escapuzalco, y tambien estaban despoblados; y asimismo se aposentáron todos nuestros amigos los Tlascaltecas, y aun aquella tarde fuéron por las estancias de aquellas poblaciones, y truxéron de comer, y con buenas velas y escuchas, y corredores del campo, como siempre teniamos para que no nos cogiesen desapercebidos, dormimos aquella noche; porque ya he dicho otras veces que la ciudad de México está junto á Tacuba (1): é ya que anochecia oimos grandes gritas que nos daban desde la laguna, diciéndonos muchos vituperios, y que no éramos hombres para salir á pelear con ellos, y tenian tantas de las canoas llenas de gente de guerra, y las calzadas asimismo llenas de guerreros; y aquellas palabras que nos decian eran con pensamiento de nos indignar para que saliesemos aquella noche á guerrear, y herirnos mas á su salvo: y como estabamos es-

(1) Téngase presente que Tacuba, adonde habia de mandar Albarado, con quien iba el Autor, estaba muy cerca, aun no media legua de Temixtitan, de cuya plaza, ó Tlatelulco salia una calle y calzada que llegaba hasta Tacuba. Iztapalapa distaba legua y media á *corta diferencia*, como tambien Cuyoacan.

escarmentados de lo de las calzadas y puentes muchas veces por mí nombradas, no quisimos salir hasta otro dia, que fué Domingo despues de haber oido Misa, que nos la dixo el Padre Juan Diaz: y despues de nos encomendar á Dios, acordamos que entrambas Capitanías juntas fuesemos á quebrar el agua de Chalputepeque, de que se proveia la ciudad, que estaba desde allí de Tacuba aun no media legua. E yendo á les quebrar los caños topamos muchos guerreros que nos esperaban en el camino, porque bien entendido tenian que aquello habia de ser lo primero en que los podriamos dañar; y así como nos encontráron cerca de unos pasos malos, comenzáron á nos flechar y tirar vara y piedra con hondas, é nos hiriéron á tres soldados; mas de presto les hicimos volver las espaldas, y nuestros amigos los de Tlascala los siguiéron de manera que matáron veinte, y prendiéron siete ó ocho dellos: y como aquellos grandes esquadrones estuviéron puestos en huida, les quebramos los caños por donde iba el agua á su ciudad, y desde entónces nunca fué á México entre tanto que duró la guerra. Y como aquello hubimos hecho, acordáron nuestros Capitanes que luego fuésemos á dar una vista, y entrar por la calzada de Tacuba, y hacer lo que pudiesemos para les ganar una puente: y llegados que fuimos á la calzada eran tantas las canoas que en la laguna estaban llenas de guerreros, y en las mismas ca-

noas é calzadas, que nos admirabamos dello, y tiráron tanta de vara, y flecha, y piedra con hondas, que en la primera refriega hiriéron treinta de nuestros soldados, é muriéron tres, y aunque nos hacian tanto daño todavía les fuimos entrando por la calzada adelante hasta una puente: y á lo que yo entendí, ellos nos daban lugar á ello por meternos de la parte de la puente; y como allí nos tuviéron digo que cargáron tanta multitud de guerreros sobre nosotros que no nos podiamos valer; porque por la calzada dicha, que son ocho pasos de ancho, ¿qué podiamos hacer á tan gran poderío, que estaban de la una parte y de la otra de la calzada, y daban en nosotros como á terrero? porque ya que nuestros escopeteros y ballesteros no hacian sino armar y tirar á las canoas, no les haciamos daño sino muy poco, porque las traian muy bien armadas de talabardones de madera. Pues quando arremetiamos á los esquadrones que peleaban en la misma calzada, luego se echaban al agua; y habia tantos dellos que no nos podiamos valer. Pues los de á caballo no aprovechaban cosa ninguna, porque les herian los caballos de la una parte y de la otra desde el agua; y ya que arremetian tras los esquadrones echábanse al agua, y tenian hechos otros mamparos, donde estaban otros guerreros aguardando con unas lanzas largas, que *habian* hecho con las armas que nos tomáron *quando* nos echáron de México, é salimos hu-

yen-

vendo ; y desta manera estuvimos peleando con ellos obra de una hora, y tanta priesa nos daban que no nos podiamos sustentar contra ellos, y aun vimos que venia por otras partes una gran flota de canoas á atajarnos los pasos para tomarnos las espaldas: y conociendo esto nuestros Capitanes y todos nuestros soldados, apercibimos que los amigos Tlascaltecas que llevabamos nos embarazaban mucho la calzada, que se saliesen fuera, porque en el agua vista cosa es que no pueden pelear, y acordamos de con buen concierto retraernos, y no pasar mas adelante. Pues quando los Mexicanos nos viéron retraer y echar fuera los Tlascaltecas, qué grita y alaridos nos daban, y como se venian á juntar con nosotros pie con pie, digo que yo no lo sé escribir, porque toda la calzada hinchéron de vara y flecha, é piedra de las que nos tiraban; pues las que caian en el agua muchas mas serian: y como nos vimos en tierra firme, dimos gracias á Dios por nos haber librado de aquella batalla, y ocho de nuestros soldados quedáron aquella vez muertos, y mas de cincuenta heridos, y aun con todo esto nos daban grita y decian vituperios desde las canoas, y nuestros amigos los Tlascaltecas les decian, que saliesen á tierra, y que fuesen doblados los contrarios, y pelearian con ellos. Esta fué la primera cosa que hicimos, quitalles el agua, y darle vista á la laguna, aunque no ganamos honra con ellos: y aquella noche nos es-

tu-

cogidos muchos Mexicanos, ansi de los n
rales de aquella ciudad, como de los forast
que se habian ido á hacer fuertes, y sa
la laguna contra Cortés todo el número de
noas que habia en todo México, y en t
los pueblos que están poblados en el ag
cerca de ella, que son Suchimileco, Cu
can, Iztapalapa, é Huichilobusco, y M
calcingo é otros pueblos, que por no me
tener no nombro, y todos juntamente
ron contra Cortés, y á esta causa afloxáro
go los que daban guerra en Iztapalapa á S
doval; y como todos los mas de aquella
dad en aquel tiempo estaban poblados e
agua, no les podia hacer mal ninguno, p
to que á los principios mató muchos de
contrarios, y como llevaba muy gran c
de amigos, con ellos cautivó y prendió
cha gente de aquellas poblaciones. Dexe
al Sandoval, que quedó aislado en Iztapal
que no podia venir con su gente á Cu
can, sino era por una calzada que atrave
por mitad de la laguna, y si por ella vini
no hubiera bien entrado, quando le desb
taran los contrarios, por causa que por
trambas á dos partes del agua le habian
guerrear, y él no habia de ser Señor de
derse defender, y á esta causa se estuvo
do. Dexemos al Sandoval, y digamos,
como Cortés vió que se juntaban tantas f
de canoas contra sus trece bergantines, la
mió en gran manera, y eran de temer,

que eran mas de quatro mil canoas, y dexó el combate del Peñol, y se puso en parte de la laguna, para si se viese en aprieto poder salir con sus bergantines á lo largo, y correr á la parte que quisiese: y mandó á sus Capitanes que en ellos venian, que no curasen de embestir, ni apretar contra canoas ningunas hasta que refrescase mas el viento de tierra, porque en aquel instante comenzaba á ventear: y como las canoas viéron que los bergantines reparaban, creian que de temor dellos lo hacian, y era verdad como lo pensáron, y entónces les daban mucha priesa los Capitanes Mexicanos, y mandaban á todas sus gentes, que luego fuesen á embestir con nuestros bergantines: y en aquel instante vino un viento muy recio y muy bueno, y con buena priesa que se diéron nuestros remeros, y el tiempo aparejado, mandó Cortés embestir con la flota de canoas, y trastornáron muchas dellas, y prendiéron y matáron muchos Indios, y las demas canoas se fuéron á recoger entre las casas que estan en la laguna en parte que no podian llegar á ellas nuestros bergantines, por manera que este fué el primer combate que se hubo por la laguna, é Cortés tuvo victoria, gracias á Dios por todo, Amen (1). Y como aquello fué hecho, se

(1) Cortés describe la situacion de los Españoles en este tiempo. „E como la gente de los nuestros estaba „dividida *en tantas partes*, los de las guarniciones (de Al-

se fué con los bergantines hácia Cuyoacan, adonde estaba asentado el Real de Christóval de Oli, y peleó con muchos esquadrones Mexicanos, que lo esperaban en partes peligrosas creyendo de tomarles los bergantines: y como le daban mucha guerra desde las canoas que estaban en la laguna, y desde unas torres de ídolos mandó sacar de los bergantines quatro tiros, y con ellos daba guerra, y mataba y heria á muchos Indios, y tanta priesa tenian los artilleros, que por descuido se les quemó la pólvora, y aun se chamuscáron algunos dellos las caras y manos: y luego despachó Cortés un vergantin muy ligero á Iztapalapa al Real de Sandoval para que traxesen toda la pól-

,,*Albarado, y Oli, que marcháron ántes que Sandoval*) de-
,,seaban mi llegada con los bergantines, como la salva-
,,cion:::: Los de la guarnicion de Cuyoacan, que podian
,,mejor que los de la Ciudad de Tacuba ver como ve-
,,niamos con los bergantines, como viéron todas las tre-
,,ce velas por el agua, y que traiamos tan buen tiempo,
,,y que desbaratabamos todas las canoas de los enemi-
,,gos, segun despues me certificáron, fue la cosa de el
,,mundo, de que mas placer hobieron, y que mas ellos
,,deseaban; porque como he dicho, ellos, y los de
,,Tacuba tenian muy gran deseo de mi venida, y con
,,mucha razon, porque estaba la una guarnicion, y la
,,otra entre tanta multitud de enemigos, que milagro-
,,samente los animaba nuestro Señor, y enflaquecia los
,,ánimos de los enemigos para que no se determinasen á
,,los salir acometer á su Real; lo qual si fuera, no pu-
,,diera ser ménos de resçibir los Españoles mucho daño,
,,aunque siempre estaban muy apercibidos, y determina-
,,dos de morir, ó ser vencedores, como aquellos que se
,,hallaban apartados de toda manera de socorro, salvo
,,*de aquel*, que de Dios esperaban." Cortés carta III.

pólvora que tenia, y le escribió que de allí donde estaba no se mudase. Dexemos á Cortés, que siempre tenia rebatos de Mexicanos hasta que se juntó en el Real de Christóbal de Oli: y en dos dias que allí estuvo, siempre le combatian muchos contrarios: y porque yo en aquella sazon estaba en lo de Tacuba con Pedro de Alvarado, diré lo que hicimos en nuestro Real, y es que como sentimos que Cortés andaba por la laguna, entramos por nuestra calzada adelante, y con gran concierto, y no como la primera vez, y les llegamos á la puente, y los vallesteros y escopeteros con mucho concierto, tirando unos y armando otros, y á los de á caballo les mandó Pedro de Alvarado que no entrasen con nosotros entre las calzadas: y desta manera estuvimos unas veces peleando, y otras poniendo resistencia no entrasen por tierra, porque cada dia teniamos refriegas, y en ellas nos mataron tres soldados, y tambien entendiamos en adobar los malos pasos. Dexemos esto, y digamos como Gonzalo de Sandoval, que estaba en Iztapalapa, viendo que no les podia hacer mal á los de Iztapalapa, porque estaban en el agua, y ellos á él le herian sus soldados, acordó de se venir á unas casas é poblacion que estaban en el agua, que podian entrar en ellas, y les comenzó á combatir: y estándoles dando guerra envió Guatemuz, gran Señor de México á muchos *guerreros* á les ayudar, y deshacer,

y abrir la calzada por donde habia entrado el Sandoval para tomalles dentro, y que no tuviesen por donde salir: y envió por otra parte mucha mas gente de guerra: y como Cortés estaba con Christóbal de Oli, é viéron salir gran copia de canoas hácia Iztapalapa, acordó de ir con los bergantines, y con toda la Capitanía de Christóbal de Oli hácia Iztapalapa, en busca de Sandobal, é yendo por la laguna con los bergantines, y el Christóbal de Oli por la calzada, vieron que estaban abriendo la calzada muchos Mexicanos, y tuviéron por cierto que estaba allí en aquellas casas el Sandoval, y fuéron con los bergantines, é le halláron peleando con el esquadron de guerreros que envió el Guatemuz, y cesó algo la pelea: y luego mandó Cortés á Gonzalo de Sandoval, que dexase aquello de Iztapalapa, é fuese por tierra á poner cerco á otra calzada, que va desde México á un pueblo que se dice Tepeaquilla, adonde ahora llaman nuestra Señora de Guadalupe, donde hace y ha hecho muchos y admirables milagros. E digamos como Cortés repartió los bergantines, y lo que mas se hizo.

CAPITULO CLI.

Como Cortés mandó repartir los doce bergantines, y mandó que se sacase la gente del mas pequeño bergantin, que se decia Busca ruido, y de lo demas que pasó.

Como Cortés y todos nuestros Capitanes y soldados entendimos, que sin los bergantines no podriamos entrar por las calzadas para combatir á México, envió quatro dellos á Pedro de Alvarado, y en su Real, que era el de Christóbal de Oli, dexó seis bergantines, y á Gonzalo de Sandoval en la calzada de Tepeaquilla envió dos, y mandó que el bergantin mas pequeño, que no anduviese mas en el agua, porque no le trastornasen las canoas, que no era de sustento, y la gente y marineros que en él andaban, mandó repartir en esotros doce, porque ya estaban muy mal heridos veinte hombres de los que en ellos andaban. Pues desque nos vimos en nuestro Real de Tacuba con aquella ayuda de los bergantines, mandó Pedro de Alvarado, que los dos dellos anduviesen por la una parte de la calzada, y los otros dos de la otra parte, é comenzamos á pelear muy de hecho, porque las canoas que nos solian dar guerra desde el agua, los bergantines las desbarataban, y ansi teniamos lugar de les ga-

ganar algunas puentes y albarradas: y quando con ellos estabamos peleando, era tanta la piedra con hondas, y vara y flecha que nos tiraban, que por bien que ibamos armados, todos los mas soldados nos descalabraban, y quedabamos heridos, y hasta que la noche nos despartia no dexabamos la pelea y combate. Pues quiero decir, el mudarse de esquadrones con sus divisas, é insignias de las armas que de los Mexicanos se remudaban de rato en rato; pues á los bergantines qual los paraban de las azoteas, que los cargaban de vara y flecha y piedra, porque era mas que granizo, y no lo sé aquí decir, ni habrá quien lo pueda comprehender, sino los que en ello nos hallamos, que venia tanta multitud dellas como granizo, é depresto cubrian la calzada: pues ya que con tantos trabajos les ganabamos alguna puente ó albarrada, y la dexabamos sin guarda, aquella misma noche la habian de tornar á hondar, y ponian muy mejores defensas, y aun hacian hoyos encubiertos en el agua, para que otro dia quando peleasemos, al tiempo de retraer, nos embarazasemos y cayesemos en los hoyos, y pudiesen en sus canoas desbaratarnos, porque ansimismo tenian aparejadas muchas canoas para ello puestas en partes que no las viesen nuestros bergantines para quando nos tuviesen en aprieto en los hoyos, los unos por tierra, y los otros por el agua dar en nosotros: y para que nuestros bergantines no nos

pu-

pudiesen venir á ayudar, tenian hechas muchas estacadas en el agua encubiertas en partes que en ellas zabordasen, y desta manera peleabamos cada dia. Ya he dicho otras veces que los caballos muy poco aprovechaban en las calzadas, porque si arremetian ó daban alcance á los esquadrones que con nosotros peleaban, luego se les arrojaban en el agua, y á unos mamparos que tenian hechos en las calzadas donde estaban otros esquadrones de guerreros aguardando con lanzas largas de las nuestras, ó dalles que habian hecho muy mas largas que son las nuestras, de las armas que tomáron quando el gran desbarate que nos diéron en México: y con aquellas lanzas y grandes rociadas de flecha y vara, é piedra que tiraban de la laguna, herian y mataban los caballos, ántes que se les hiciese á los contrarios daño: y demas desto, los caballeros cuyos eran no los querian aventurar, porque costaba en aquella sazon un caballo ochocientos pesos, y aun algunos costaban á mas de mil, y no los habia, especialmente no pudiendo alancear por las calzadas, sino muy pocos contrarios. Dexemos esto, y digamos que quando la noche nos despartia, curabamos nuestros heridos con aceyte; é un soldado que se decia Juan Catalan que nos las santiguaba y ensalmaba, y verdaderamente digo, que hallabamos que nuestro Señor Jesu-Christo era servido de darnos *esfuerzo* demas de las muchas merce-

des que cada dia nos hacia, y depresto sanaban; y ansi heridos y entrapajados habiamos de pelear desde la mañana hasta la noche, que si los heridos se quedaran en el Real sin salir á los combates, no hubiera de cada capitanía veinte hombres sanos para salir. Pues nuestros amigos los de Tlascala, como veian que aquel hombre que dicho tengo, nos santiguaba, todos los heridos y descalabrados venian á él, y eran tantos, que en todo el dia harto tenia que curar. Pues quiero decir de nuestros Capitanes, y Alfereces, y compañeros de bandera, que saliamos llenos de heridas, y las banderas rotas, y digo, que cada dia habiamos menester un Alferez, porque saliamos tales, que no podian tornar á entrar á pelear, y llevar las banderas: pues con todo esto ¿por ventura teniamos que comer, no digo de falta de tortillas de maiz, que hartas teniamos, sino algun refrigerio para los heridos? maldito aquel: lo que nos daba la vida era unos quilites, que son unas yerbas que comen los Indios, y cerezas de la tierra miéntras las habia, y despues tunas, que en aquella sazon vino el tiempo dellas: y otro tanto como haciamos en nuestro Real, hacian en el Real donde estaba Cortés, y en el de Sandoval, que jamas dia ninguno faltaban Capitanías de Mexicanos, que siempre les iban á dar guerra; ya he dicho otras veces, que desde que amanecia hasta la noche, porque para ello tenia Guatemuz señalados los Ca-

pi-

pitanes y esquadrones que á cada calzada habian de acudir; y el Taltelulco, é los pueblos de la laguna, ya otra vez por mí nombrados, tenian señaladas, para que en viendo una señal en el Cu mayor de Taltelulco, acudiesen unos en canoas y otros por tierra, y para ello tenian los Capitanes Mexicanos señalados, y con gran concierto, cómo y quándo, y á qué partes habian de acudir. Dexemos esto, y digamos como nosotros mudamos otra órden y manera de pelear, y es esta que diré: que como viamos que quantas obras de agua ganabamos de dia, y sobre lo ganar mataban de nuestros soldados, y todos los mas estabamos heridos, lo tornaban á cegar los Mexicanos, acordamos que todos nos fuesemos á meter en la calzada, en una placeta donde estaban unas torres de ídolos, que las habiamos ya ganado, y habia espacio para hacer nuestros ranchos (1); aunque eran muy malos, que en lloviendo todos nos mojabamos, é no eran para mas de cubrirnos del sereno, é del sol, y dexamos en Tacuba las Indias que nos hacian pan, y quedáron en su guarda todos los de á caballo, y nuestros amigos los de Tlascala, para que mirasen y guardasen los pasos no viniesen de los pueblos comarcanos á darnos en la rezaga en las calzadas,

(1) Esto se ha de entender de los del Real de Pedro de Alvarado, que se alojáron en la calzada, osadía que admiró á Cortés quando lo supo. Cortés *Carta III.*

das, miéntras que estabamos peleando: y desque hubimos asentado nuestros ranchos, adonde dicho tengo, desde allí adelante procuramos, que luego las casas, ó barrios ó aberturas de agua que les ganasemos, que luego lo cegasemos (1), y que las casas diesemos con ellas en tierra, y las deshiciesemos, porque ponellas fuego, tardaban mucho en se quemar, y desde unas casas á otras no se podian encender, porque como ya otras veces he dicho, cada casa estaba en el agua, y sin pasar en puentes ó en canoas no pueden ir de una parte á otra, porque si queriamos ir por el agua nadando, desde las azoteas que tenian nos hacian mucho mal, y derrocándose las casas estabamos muy mas seguros, y quando les ganabamos alguna albarrada, ó puente ó paso malo donde ponian mucha resistencia, procurabamos de la guardar de dia y de noche, y es desta manera: que todas nuestras Capitanías velabamos las noches juntas, y el concierto que para ello se dió fué que tomaba la vela desde que anochecia hasta media noche la primera Capitanía, y eran sobre quarenta soldados; y dende media noche hasta dos horas ántes que amaneciese, tomaba la vela otra Capitanía de otros quarenta hombres, y no se iban del puesto los primeros, que

(1) Esta fué la ordenanza mas esencial en el asedio de México, y la que Cortés encargó á los Capitanes con el mayor rigor.

que allí en el suelo dormiamos, y este quarto es el de la modorra: y luego venian otros quarenta y tantos soldados, y velaban el alba, que eran aquellas dos horas que habia hasta el dia, y tampoco se habian de ir los que velaban la modorra, que allí habian de estar, por manera que quando amanecia nos hallabamos velando sobre ciento y veinte soldados todos juntos, y aun algunas noches quando sentiamos mucho peligro, desde que anochecia hasta que amanecia, todos los del Real estabamos juntos aguardando el gran ímpetu de los Mexicanos por temor no nos rompiesen; porque teniamos aviso de unos Capitanes Mexicanos que en lás batallas prendimos, que el Guatemuz tenia pensamiento, y puesto en plática con sus Capitanes, que procurasen en una noche, ó de dia romper por nosotros en nuestra calzada, é que venciendonos por aquella nuestra parte, que luego eran vencidas y desbaratadas las dos calzadas donde estaba Cortés, y en la donde estaba Gonzalo de Sandoval: y tambien tenia concertado, que los nueve pueblos de la laguna, y el mismo Tacuba, y Escapuzalco, y Tenayuca, que se juntasen, é que para el dia que ellos quisiesen romper, y dar en nosotros, que se diese en las espaldas en la calzada, é que las Indias que nos hacian pan, que teniamos en Tacuba, y fardaje, que las llevasen de vuelo *una noche.* Y como esto alcanzamos á saber, *percebimos á los* de á caballo que estaban

en

en Tacuba, que toda la noche velasen y estuviesen alerta, y tambien á nuestros amigos los Tlascaltecas: y ansi como el Guatemuz lo tenia concertado, lo puso por obra, que viniéron muy grandes esquadrones, y unas noches nos venian á romper y dar guerra á media noche, y otras á la modorra, y otras al quarto del Alva, é venian algunas veces sin hacer rumor, y otras con grandes alaridos, de suerte que no nos daban un punto de quietud: y quando llegaban adonde estabamos velando, la vara, piedra y flecha que tiraban, é otros muchos con lanzas, era cosa de ver, y puesto que herian algunos de nosotros, como los resistiamos volvian muchos heridos; é otros muchos guerreros viniéron á dar en nuestro fardage, é los de á caballo, é Tlascaltecas los desbaratáron diferentes veces, porque como era de noche no aguardaban mucho: y desta manera que he dicho velabamos, que ni porque lloviese, ni vientos, ni frios, y aunque estabamos metidos en medio de grandes lodos, y heridos, allí habiamos de estar; y aun esa miseria de tortillas, é yerbas que habiamos de comer, ó tunas, sobre la obra del batallar, como dicen los oficiales, habia de ser; pues con todos estos recaudos que poniamos con tanto trabajo, heridas y muertes de los nuestros, nos tornaban abrir la puente ó calzada que les habiamos ganado, que no se les podia defender de noche, que no lo hiciesen, é otro dia se la tornabamos á ganar

nar y á cegar, y ellos á la tornar á abrir, é hacer mas fuerte con mamparos, hasta que los Mexicanos mudáron otra manera de pelear, la qual diré en su coyuntura. Y dexemos de hablar de tantas batallas como cada dia teniamos, y otro tanto en el Real de Cortés, y en el de Sandoval, y digamos, ¿que qué aprovechaba haberles quitado el agua de Chalputepeque? ni ménos aprovechaba haberles vedado que por las tres calzadas no les entrase bastimento ni agua, ni tampoco aprovechaban nuestros bergantines estándose en nuestros Reales, no sirviendo de mas de quando peleabamos, poder hacernos espaldas de los guerreros de las canoas, y de los que peleaban de las azoteas; porque los Mexicanos metian mucha agua y bastimentos de los nueve pueblos que estaban poblados en el agua, porque en canoas les proveian de noche, é de otros pueblos sus amigos, de maiz é gallinas, y todo lo que querian: é para otro dia evitar que no les entrase aquesto, fué acordado por todos los tres reales, que dos bergantines anduviesen de noche por la laguna á dar caza á las canoas que venian cargadas con bastimentos é agua, é todas las canoas que se les pudiesen quebrar ó traer á nuestros Reales que se las tomasen: y hecho este concierto fué bueno, puesto que para pelear y guardarnos hacian falta de noche los dos bergantines; mas hiciéron mucho provecho en quitar que no les entrasen bastimentos é agua: y

aun

aun con todo esto no dexaban de ir muchas canoas cargadas dello : y como los Mexicanos andaban descuidados en sus canoas metiendo bastimentos, no habia dia que no traian los bergantines que andaban en su busca, presa de canoas, y muchos Indios colgados de las entenas. Dexemos esto, y digamos el ardid que los Mexicanos tuviéron para tomar nuestros bergantines, y matar los que en ellos andaban, y es desta manera, que como he dicho, cada noche, y en las mañanas iban á buscar por la laguna sus canoas, y las trastornaban con los bergantines, y prendian muchas dellas, acordáron de armar treinta piraguas, que son canoas muy grandes, con muy buenos remeros y guerreros, y de noche se metiéron todas treinta entre unos carrizales en parte que los bergantines no las pudiesen ver, y cubiertas de ramas echaban de antenoche dos ó tres canoas, como que llevaban bastimentos ó metian agua, y con buenos remeros; y en parte que les parecia á los Mexicanos que los bergantines habian de correr quando con ellos peleasen, habian hincado muchos maderos gruesos hechos estacadas para que en ellos zabordasen : pues como iban las canoas por la laguna, mostrando señal de temerosas, arrimadas algo á los carrizales, salen dos de nuestros bergantines tras ellas, y las dos canoas hacen que se van retrayendo á tierra á la parte que estaban las treinta piraguas en celada, y los bergantines siguiéndolas,

las, é ya que llegaban á la celada, salen todas las piraguas juntas, y dan tras nuestros bergantines, é depresto hiriéron á todos los soldados, é remeros, y Capitanes, y no podian ir á una parte ni á otra por las estacadas que les tenian puestas, por manera que matáron al un Capitan que se decia fulano de Portillo gentil soldado que habia sido en Italia, é hiriéron á Pedro Barba, que fué otro muy buen Capitan, y desde á tres dias murió de las heridas; tomáron el bergantin. Estos dos bergantines eran del Real de Cortés, de lo qual recibió muy gran pesar, mas dende á pocos dias se lo pagáron muy bien con otras celadas que echáron, lo qual diré á su tiempo. Y dexemos agora de hablar dellos, y digamos como en el Real de Cortés, y en el de Gonzalo de Sandoval siempre tenian muy grandes combates, y muy mayores en el de Cortés, porque mandaba quemar, y derrocar casas y cegar puentes; y todo lo que ganaba cada dia lo cegaba; y enviaba á mandar á Pedro de Alvarado, que mirase que no pasasemos puente ni abertura de la calzada, sin que primero la tuviesemos ciega, é que no quedase casa que no se derrocase, y se pusiese fuego: y con los adobes y madera de las casas que derrocabamos, cegabamos los pasos y aberturas de las puentes: y nuestros amigos los de Tlascala nos ayudaban en toda la guerra muy como varones. Dexemos desto, y digamos, como los Mexicanos viéron que todas

las

las casas las allanabamos por el suelo, é que las puentes y aberturas las cegabamos, acordáron de pelear de otra manera: y fué que abriéron una puente y zanja muy ancha y honda (1), que quando la pasabamos en partes, no hallabamos pie, é tenian en ellas hechos muchos hoyos, que no los podiamos ver dentro en el agua, é unos mamparos é albarradas, ansi de la una parte, como de la otra de aquella abertura, é tenian hechas muchas estacadas con maderos gruesos en partes que nuestros bergantines zabordasen si nos viniesen á socorrer, quando estuviesemos peleando sobre tomalles aquella fuerza, porque bien entendian que la primera cosa que habiamos de hacer, era deshacerles el albarrada, y pasar aquella abertura de agua para entralles en la ciudad: y ansimismo tenian aparejadas en partes escondidas muchas canoas bien armadas de guerreros, y buenos guerreros: y un Domingo demañana comenzáron á venir por tres partes grandes esquadrones de guerreros, y nos acometen de tal manera, que tuvimos bien que hacer en sustentarnos no nos desbaratasen, é ya en aquella sazon habia mandado Pedro de Alvarado, que la mitad de los de á caballo que solian estar en Tacuba, durmiesen en la calzada, porque no tenian tan-

(1) Por el lado de la calle y calzada de Tacuba donde estaban Alvarado, y el autor, quien habla como testigo de vista de lo que pasó en su Real.

to riesgo como al principio, porque ya no habia azoteas, y todas las mas casas estaban derrocadas, y podian correr por algunas partes de las calzadas, sin que de las canoas ni azoteas les pudiesen herir los caballos. Y volvamos á nuestro propósito, y es que de aquellos tres esquadrones que viniéron muy bravosos, los unos por una parte donde estaba la gran abertura en el agua, y los otros por unas casas de las que les habiamos derrocado, y el otro esquadron nos habia tomado las espaldas de la parte de Tacuba, y estabamos como cercados: los de á caballo con nuestros amigos los de Tlascala, rompiéron por los esquadrones que nos habian tomado las espaldas, y todos nosotros estuvimos peleando muy valerosamente con los otros dos esquadrones hasta les hacer retraer; mas era fingida aquella muestra que hacian que huian, y les ganamos la primera albarrada, y la otra albarrada donde se hiciéron fuertes, tambien la desampararon, y nosotros creyendo que llevabamos vitoria pasamos aquella agua á vuela pie, y por donde la pasamos no habia ningunos hoyos, é vamos siguiendo el alcance entre unas grandes casas, y torres de adoratorios, y los contrarios hacian que todavía huìan, é se retraian, é no dexaban de tirar vara y piedra con hondas y mucha flecha: y quando no nos catamos, tenian encubiertos en partes que no los podiamos ver, tanta multitud de guerreros que nos salen al encuen-

cuentro, y otros muchos dende las azoteas, é dende las casas; y los que primero hacian que se iban retrayendo vuelven sobre nosotros todos á una, y nos dan tal mano, que no les podiamos sustentar, y acordamos de nos volver retrayendo con gran concierto: y tenian aparejadas en el agua, y abertura que les teniamos ganado, tanta flota de canoas en la parte por donde primero habiamos pasado, donde no habia hoyos, porque no pudiesemos pasar por aquel paso, que nos hiciéron ir á pasar por otra parte, adonde he dicho que estaba muy mas honda el agua: y tenian hechos muchos hoyos, y como venian contra nosotros tanta multitud de guerreros, y nos veniamos retrayendo, pasabamos el agua á nado, é á vuela pie, é caiamos todos los mas soldados en los hoyos; entónces acudiéron todas las canoas sobre nosotros, y allí apañáron los Mexicanos cinco de nuestros soldados, y los lleváron á Guatemuz, é hiriéron á todos los mas: pues los bergantines que aguardabamos para nuestra ayuda, no podian venir porque todos estaban zabordados en las estacadas que les tenian puestas, y con las canoas y azoteas les diéron buena mano de vara y flecha, y matáron dos soldados remeros, é hiriéron á muchos de los nuestros. E volvamos á los hoyos é aberturas, digo que fué maravilla como no nos matáron á todos en ellos: de mí digo, que ya me habian echado mano muchos Indios, y

tuve manera para desembarazar el brazo, y nuestro Señor Jesu-Christo me dió esfuerzo, para que á buenas estocadas que les dí me salvase, y bien herido en un brazo: y como me ví fuera de aquella agua en parte segura me quedé sin sentido, sin me poder sostener en mis pies, é sin huelgo ninguno: y esto causó la gran fuerza que puse para me descabullir de aquella gentecilla, é de la mucha sangre que me salió; é digo que quando me tenian engarrafado, que en el pensamiento yo me encomendaba á nuestro Señor Dios, é á nuestra Señora su bendita Madre, y ponia la fuerza que he dicho, por donde me salvé, gracias á Dios por las mercedes que me hace. Otra cosa quiero decir, que Pedro de Alvarado, y los de á caballo, como tuviéron harto en romper los esquadrones que nos venian por las espaldas de la parte de Tacuba, no pasó ninguno dellos aquella agua, ni albarradas, sino fué uno solo de á caballo que habia venido poco habia de Castilla, y allí le matáron á él y al caballo: y como vió el Pedro de Alvarado, que nos veniamos retrayendo, nos iba ya á socorrer con otros de á caballo, y si allá pasara, por fuerza habiamos de volver sobre los Indios, y si volviera no quedara ninguno dellos, ni de los caballos, ni de nosotros á vida, porque la cosa estaba de arte, que cayeran en los hoyos, y habia tantos guerreros, que les mataran los caballos con lanzas que para ello

tenian largas, y dende las muchas azoteas que habia, porque esto que pasó era en el cuerpo de la ciudad: y con aquella vitoria que tenian los Mexicanos, todo aquel dia que era Domingo, como dicho tengo, tornáron á venir á nuestro Real otra tanta multitud de guerreros, que no nos dexaban, ni nos podiamos valer, que ciertamente creyéron de nos desbaratar, y nosotros con unos tiros de bronce y buen pelear nos sostuvimos contra ellos, y con velar todas las Capitanías juntas cada noche. Dexemos desto, y digamos como Cortés lo supo, del gran enojo que tenia (1), escribió luego en un bergantin á Pedro de Alvarado, que mirase que en bueno ni en malo dexase un paso por cegar, y que todos los de á caballo durmiesen en las calzadas, y en toda la noche estuviesen ensillados y enfrenados, y que no curasemos de pasar mas adelante hasta haber cegado con adobes y madera aquella gran abertura: y que tuviesen buen recaudo en el Real. Pues como vimos que por nosotros habia acaecido aquel desman, desde allí adelante procurabamos de tapar y cegar aquella abertura; y aunque fué con harto trabajo, y heridas que sobre ella nos daban los contrarios, é muerte de seis soldados, en quatro dias la tu-

(1) Por haber faltado á la rigorosa ordenanza de cegar toda puente y paso de agua, que se ganase. *Cortés Carta III.*

tuvimos cegada, y en las noches sobre ella misma velabamos todas las tres Capitanías, segun la órden que dicho tengo: y quiero decir, que entónces como los Mexicanos estaban junto á nosotros quando velabamos, que tambien ellos tenian sus velas, y por quartos se mudaban, y era de esta manera; que hacian grande lumbre que ardia toda la noche, y los que velaban estaban apartados de la lumbre, y desde lejos no les podiamos ver, porque con la claridad de la leña, que siempre ardia, no podiamos ver los Indios que velaban, mas bien sentiamos quando se remudaban, y quando venian á atizar su leña: y muchas noches habia, que como llovia en aquella sazon mucho, les apagaba la lumbre, y la tornaban á encender, y sin hacer rumor, ni hablar entre ellos palabra, se entendian con unos silvos que daban. Tambien quiero decir, que nuestros escopeteros y vallesteros, muchas veces quando sentiamos que se venian á trocar las velas, les tiraban á bulto, é piedras, y saetas perdidas, y no les haciamos mal, porque estaban en parte que aunque de noche quisieramos ir á ellos, no podiamos con otra gran abertura de zanja bien honda que habian abierto á mano, é albarradas, y mamparos que tenian: é tambien ellos nos tiraban á bulto mucha piedra, é vara y flecha. Dexemos de hablar destas velas, é digamos, como cada dia ibamos por nuestra calzada adelante peleando

con muy buen concierto, y les ganáron la abertura que he dicho, donde velaban: y era tanta la multitud de los contrarios que contra nosotros cada dia venian, y la vara, flecha y piedra, que tiraban que nos herian á todos, aunque ibamos con gran concierto, y bien armados. Pues ya que se habia pasado todo el dia batallando, y se venia la tarde, y no era coyuntura para pasar mas adelante, sino volvernos retrayendo, en aquel tiempo tenian ellos muchos esquadrones aparejados, creyendo que con la gran priesa que nos diesen al tiempo del retraer, nos desbaratarian; porque venian tan bravosos como tigres, y pie con pie se juntáron con nosotros: y como aquello conociamos dellos, la manera que teniamos para retraer era esta; que la primera cosa que haciamos era echar de la calzada á nuestros amigos los Tlascaltecas; porque como eran muchos, con nuestro favor querian llegar á pelear con los Mexicanos, y como eran mañosos, que no deseaban otra cosa, si no vernos embarazados con los amigos; y con grandes arremetidas que hacian por todas tres partes, para nos poder tomar en medio, ó atajar algunos de nosotros; y con los muchos Tlascaltecas que embarazaban, no podiamos pelear á todas partes, é por esta causa los echabamos fuera de la calzada, en parte que los poniamos en salvo: y quando nos viamos que no teniamos embarazo dellos, nos retraiamos al

al Real no vueltas las espaldas, sino haciendoles rostro, unos vallesteros, y escopeteros soltando, y otros armando, y nuestros quatro bergantines cada dos de los lados de las calzadas por la laguna, defendiéndonos por las flotas de las canoas, y de las muchas piedras de las azoteas, y casas que estaban por derrocar: y aun con todo este concierto, teniamos harto riesgo de nuestras personas, hasta volvernos á los ranchos, y luego nos quemabamos con aceyte nuestras heridas, y apretallas con mantas de la tierra, y cenar de las tortillas que nos traian de Tacuba, é yerbas, y tunas quien lo tenia: y luego ibamos á velar á la abertura del agua, como dicho tengo: y luego á otro dia por la mañana sus á pelear; porque no podiamos hacer otra cosa; porque por muy demañana que fuese, ya estaban sobre nosotros los batallones contrarios, y aun llegaban á nuestro Real, y nos decian vituperios, y desta manera pasabamos nuestros trabajos. Dexemos por agora de contar de nuestro Real, que es el de Pedro de Alvarado, y volvamos á el de Cortés, que siempre de noche y de dia le daban combates, y le mataban y herian muchos soldados, y era de la manera que á nosotros los del Real de Tacuba; y siempre traia dos bergantines á dar caza de noche á las canoas que entraban en México con bastimentos é agua: é parece ser que el un bergantin prendió á

 dos

dos principales que venian en una de las muchas canoas que venian con bastimento, y dellos supo Cortés, que tenian en zelada entre unos matorrales quarenta piraguas, y otras tantas canoas, para tomar á alguno de nuestros bergantines, como hiciéron la otra vez: y aquellos dos principales que se prendiéron, Cortés les halagó, y dió mantas, y con muchos prometimientos, que en ganando á México les daria tierras; y con nuestras lenguas Doña Marina, y Aguilar les preguntó, que á qué parte estaban las piraguas, porque no se pusiéron donde la otra vez: y ellos señaláron en el puesto y paraje que estaban; y aun avisáron que habian hincado muchas estacas de maderos gruesos en partes, para que si los bergantines fuesen huyendo de sus piraguas, zabordasen, y allí los apañasen, y matasen á los que iban en ellos. Y como Cortés tuvo aquel aviso, apercibió seis bergantines que aquella noche se fuesen á meter á unos carrizales apartados obra de un quarto de legua donde estaban las piraguas, y que se cubriesen con mucha rama: y fuéron á remo callado, y estuviéron toda la noche aguardando, y otro dia muy demañana mandó Cortés que fuese un bergantin, como que iba á dar caza á las canoas que entraban con bastimentos, y mandó que fuesen los dos Indios principales que se prendiéron dentro del bergantin, porque mostrasen en qué parte estaban las piraguas, porque el ber-

bergantin fuese hácia allá: y ansimismo los Mexicanos nuestros contrarios concertáron de echar dos canoas echadizas como la otra vez adonde estaba su zelada, como que traian bastimento, para que se cebase el bergantin en ir tras ellas. Por manera que ellos tenian un pensamiento, y nosotros otro como el suyo de la misma manera: y como el bergantin que echó Cortés vió á las canoas que echáron los Indios para cebarle, iba tras ellas, y las dos canoas hacian que se iban huyendo á tierra adonde estaba su zelada de sus piraguas, y luego nuestro bergantin hizo semblante, que no osaba llegar á tierra, y que se volvia retrayendo: y quando las piraguas y otras muchas canoas le viéron que se volvia, salen tras él con gran furia, y remar todo lo que podian, y le iban siguiendo, y el bergantin se iba como huyendo donde estaban los otros seis bergantines en zelada, y todavía las piraguas siguiéndole: y en aquel instante soltáron unas escopetas, que era la señal de quando habian de salir nuestros bergantines, y quando oyéron la señal, salen con grande ímpetu, y diéron sobre las piraguas y canoas, que trastornáron, y matáron, y prendiéron muchos guerreros; y tambien el bergantin que echáron para en zelada, que iba ya á lo largo, vuelve á ayudar á sus compañeros; por manera que se llevó buena presa de prisioneros y canoas: y dende allí adelante no osaban los Mexi-

canos echar mas zeládas, ni se atrevian á meter bastimentos ni agua tan á ojos vistas como solian: y desta manera pasaba la guerra de los bergantines en la laguna, y nuestras batallas en las calzadas. Y digamos agora, como viéron los pueblos que estaban en la laguna poblados, que ya los he nombrado otras veces, que cada dia teniamos vitoria, ansi por el agua, como por tierra, y viéron venir á nuestra amistad muchos amigos, ansi los de Chalco, como de Tezcuco, é Tlascala, é otras poblaciones, y con todos les hacian mucho mal y daño en sus pueblos, y les cautivaban muchos Indios é Indias; parece ser se juntáron todos, é acordáron de venir de paz ante Cortés, y con mucha humildad le demandáron perdon, si en algo nos habian enojado, y dixéron que eran mandados, que no podian hacer otra cosa: y Cortés holgó mucho de los ver venir de paz de aquella manera; y aun quando lo supimos en nuestro Real de Pedro de Alvarado, y en el de Gonzalo de Sandoval, nos alegramos todos los soldados. Y volviendo á nuestra plática, Cortés con buen semblante y con muchos halagos les perdonó, y les dixo que eran dignos de gran castigo por haber ayudado á los Mexicanos: y los pueblos que viniéron fuéron Iztapalapa, Huichilobusco, é Cuyoacan, é Mezquique, y todos los de la laguna, y agua dulce; y les dixo Cortés, que no habiamos de alzar Real, hasta que los Me-

xi-

xicanos viniesen de paz, ó por guerra los acabase; y les mandó que en todo nos ayudasen con todas las canoas que tuviesen para combatir á México, é que viniesen á hacer sus ranchos, é traxesen comida, lo qual dixéron que ansi lo harian: é hiciéron los ranchos de Cortés, y no traian comida sino muy poca, y de mala gana. Nuestros ranchos, donde estaba Pedro de Alvarado, nunca se hiciéron, que ansi nos estabamos al agua, porque ya saben los que en esta tierra han estado, que por Junio, Julio y Agosto son en estas partes cotidianamente las aguas. Dexemos esto, y volvamos á nuestra calzada, y á los combates que cada dia dabamos á los Mexicanos, y como les ibamos ganando muchas torres de ídolos, y casas, y otras aberturas de zanjas y puentes que de casa á casa tenian hechas, y todo lo cegabamos con adobes, y la madera de las casas que deshaciamos, y derrocabamos, y aun sobre ellas velabamos, y aun con toda esta diligencia que poniamos, lo tornaban á hondar y ensanchar, y ponian mas albarradas: y porque entre todas tres nuestras Capitanías teniamos por deshonra, que unos batallasemos, é hiciesemos rostro á los esquadrones Mexicanos, y otros estuviesen cegando los pasos, y aberturas y puentes; y por excusar diferencia, sobre los que habiamos de batallar ó cegar aberturas, mandó Pedro de Alvarado, que *una Capitanía* tuviese cargo de cegar, y en-

ten-

tender en la obra un dia, y las dos Capitanías batallasen, é hiciesen rostro contra los enemigos, y esto habia de ser por rueda un dia una, y luego otro dia otra Capitanía, hasta que por todas tres volviese la andana y rueda: y con esta órden no quedaba cosa que les ganabamos, que no dabamos con ella en el suelo, y nuestros amigos los Tlascaltecas que nos ayudaban, y ansi les ibamos entrando en su ciudad; mas al tiempo del retraer, todas tres Capitanías habiamos de pelear juntos, porque entónces era donde corriamos mucho peligro: y como otra vez he dicho, primero haciamos salir de las calzadas todos los Tlascaltecas, porque cierto era demasiado embarazo para quando peleabamos. Dexemos de hablar de nuestro Real, y volvamos al de Cortés, y al de Gonzalo de Sandoval, que á la continua, ansi de dia como de noche, tenian sobre sí muchos contrarios por tierra, y flotas de canoas por la laguna, y siempre les daban guerra, y no les podian apartar de sí. Pues en lo de Cortés, por les ganar una puente, y obra muy honda, que era mala de ganar, y en ella tenian los Mexicanos muchos mamparos y albarradas, que no se podian pasar sino á nado, é ya que se pusiesen á pasalla, estabanles guardando muchos guerreros con flechas, y piedra, con honda, y vara, y macanas, y espadas de á dos manos, y lanzas como dalles, y engastadas las espadas que

nos

nos tomáron, acudiendo siempre gran multitud de guerreros, y la laguna llena de canoas de guerra: y habia junto á las albarradas muchas azoteas, y dellas les tiraban muchas piedras, de que con gran dificultad se podian defender, y los herian muchos, y algunos mataban, y los bergantines no les podian ayudar por las estacadas que tenian puestas, en que se embarazaban los bergantines: y sobre ganalles esta fuerza, y puente, y abertura, pasáron los de Cortés mucho trabajo, y estuviéron muchas veces á punto de perderse, é le matáron quatro soldados en el combate, y le hiriéron sobre treinta: y como era ya tarde quando la acabáron de ganar, no tuviéron tiempo de la cegar, y se volviéron retrayendo con muy grande trabajo y peligro, y con mas de treinta soldados heridos, y muchos Tlascaltecas descalabrados, aunque peleaban bravosamente (1). Dexemos esto, y digamos otra manera con que Guatemuz mandó pelear á sus Ca-

(1) El género de guerra por la parte de Cuyoacan donde mandaba Cortés en persona, y por la que estaba al cargo de Sandoval, era semejante al que refiere el Autor por la de Tacuba. Cortés está conforme con Castillo, bien que su relacion se extiende mas en los combates por el lado de Cuyoacan, donde mandaba por sí mismo. Para que se entienda mejor este singular modo de combatir la ciudad, oigamos á Cortes, quien despues de referir el peligro en que se vió en cierto dia, continua: „y crea vuestra Ma„*gestad*, *que era* sin comparacion el peligro en que „*nos viamos todas* las veces que les ganabamos estas puen-

Capitanes, haciendo apercebir todos sus po- de-

„puentes, porque para ganallas era forzado echarse á „nado los Españoles, y pasar de la otra parte; y esto „no podian, ni osaban hacer muchos, porque á cu- „chilladas, y á botes de lanza resistian los enemigos, „que no saliesen de la otra parte. Pero como ya por „los lados no tenian azoteas, de donde nos hiciesen „daño, y de esta otra parte los asaeteabamos, por- „que estabamos los unos de los otros un tiro de her- „radura, y los Españoles tomaban de cada dia mu- „cho mas ánimo, y determinaban de pasar: y tam- „bien porque vian, que mi determinacion era aquella, „y que cayendo ó levantando no se habia de hacer „otra cosa. Parescerá á Vuestra Magestad, que pues „tanto peligro rescibiamos en el ganar de estas puen- „tes y albarradas, que eramos negligentes, ya que „las ganabamos, no las sostener, por no tornar cada „dia de nuevo á nos ver en tanto peligro y trabajo, „que sin duda era grande, y cierto así parescerá á „los absentes; pero sabrá Vuestra Magestad, que en „ninguna manera se podia facer, porque para poner- „se así en efecto, se requerian dos cosas, ó que el „Real pasaramos allí á la plaza, y circuito de las „torres de los ídolos, ó que gente guardara las puen- „tes de noche; y de lo uno y de lo otro se res- „cibiria gran peligro, y no habia posibilidad para „ello, porque teniendo el Real en la ciudad, cada no- „che, y cada hora, como ellos eran muchos y noso- „tros pocos, nos dieran mil rebatos, y pelearán con „nosotros, y fuera el trabajo incomportable, y podian „darnos por muchas partes. Pues guardar las puentes „gente de noche, quedaban los Españoles tan can- „sados de pelear el dia, que no se podia sufrir po- „ner gente en guarda de ellos; y á esta causa nos „era forzado ganarlas de nuevo cada dia que en- „trabamos en la ciudad. Aquel dia, como se tardó „mucho en ganar aquellas puentes, y en las tornar „á cegar, y no hubo lugar de hacer mas, salvo que „por otra calle principal, que va á dar á la ciudad „de Tacuba, se ganáron otras dos puentes, y se ce- „gáron, y se quemáron muchas, y buenas casas de „*aquella* calle, y con esto se llegó la tarde y hora „de

deres, para que nos diesen guerra continuamente: y es, que como para otro dia era fiesta de Señor San Juan de Junio, que entónces se cumplia un año puntualmente que habiamos entrado en México, quando el socorro del Capitan Pedro de Alvarado, y nos desbaratáron, segun dicho tengo en el Capítulo que dello habla; parece ser tenia cuenta en ello el Guatemuz, y mandó que en todos tres Reales nos diesen toda la guerra, y con la mayor fuerza que pudiesen con todos sus poderes, ansi por tierra, como con las canoas por el agua, para acabarnos de una vez, como decian se lo tenia mandado su Huichilobos, y mandó que fuese de noche al quarto de la modorra: y porque los bergantines no nos pudiesen ayudar, en todas mas partes de la laguna tenian hechas unas estacadas, para que en ellas zabordasen; y viniéron con tanta furia y ímpetu, que si no fuera por los que velabamos juntos, que eramos sobre ciento y veinte soldados, y to-

„de retraernos, donde rescebiamos siempre poco mé„nos peligro, que en el ganar de las puentes, por„que en viendonos retraher era tan cierto cobrar los „de la ciudad tanto esfuerzo, que no parescia sino „que habian habido toda la victoria del mundo, y „que nosotros ibamos huyendo; é para este retraer „era necesario estar las puentes bien cegadas, y lo „cegado igual al suelo de las calles, de manera que „los de caballo pudiesen libremente correr á una par„te y á otra. *Cortes Carta III.*

Cortés tenia pocos modelos para formar planes contra una ciudad de la situacion de Mexico.

todos muy acostumbrados á pelear, nos entraran en el Real, y corriamos harto peligro: y con muy grande concierto les resistímos, y allí hiriéron á quince de los nuestros, y dos muriéron de ahí á ocho dias de las heridas. Pues en el Real de Cortés tambien les pusiéron en grande aprieto, é trabajo, é hubo muchos muertos y heridos, y en el de Sandoval por el consiguiente, y desta manera viniéron dos noches arreo; y tambien en aquellos rencuentros quedáron muchos Mexicanos muertos, y muchos heridos: y como Guatemuz y sus Capitanes, y Papas viéron que no aprovechaba nada la guerra que diéron aquellas noches, acordáron que con todos sus poderes juntos viniesen al quarto del Alva, y diesen en nuestro Real, que se dice el de Tacuba: y viniéron tan bravosos, que nos cercáron por todas partes, y aun nos tenian medio desbaratados y atajados: y quiso Dios darnos esfuerzo, que nos tornamos á hacer un cuerpo, y nos mamparamos algo con los bergantines, y á buenas estocadas y cuchilladas, que andabamos pie con pie, los apartamos algo de nosotros, y los de á caballo no estaban holgando: pues los vallesteros y escopeteros hacian lo que podian, que harto tuviéron que romper en otros esquadrones que ya nos tenian tomadas las espaldas: y en aquella batalla matáron á ocho de nuestros soldados, y aun á Pedro de Alvarado le des-

descalabráron ; y si nuestros amigos los Tlascaltecas durmieran aquella noche en la calzada, corriamos gran riesgo con el embarazo que ellos nos pusieran, como eran muchos ; mas la experiencia de lo pasado nos hacia que luego los echasemos fuera de la calzada, y se fuesen á Tacuba, y quedabamos sin cuidado. Tornemos á nuestra batalla, que matamos muchos Mexicanos, y se prendiéron quatro personas principales. Bien tengo entendido, que los curiosos Lectores se hartarán ya de ver cada dia combates, y no se puede hacer ménos, porque noventa y tres dias estuvimos sobre esta tan fuerte ciudad, cada dia é de noche teniamos guerras, y combates, é por esta causa los hemos de decir muchas veces, de cómo é quando, é de qué manera é arte pasaba, é no lo pongo aquí por capítulos lo que cada dia haciamos, porque me parece que seria gran prolixidad, é seria cosa para nunca acabar, y pareceria á los libros de Amadis, é de otros corros de caballeros : é porque de aquí adelante no me quiero detener en contar tantas batallas, é rencuentros que cada dia é de noche teniamos, si posible fuere, lo diré lo mas breve que pueda, hasta el dia de señor San Hipolito, que gracias á nuestro Señor Jesu-Cristo nos apoderamos desta tan gran ciudad, y prendimos al Rey della, que se decia Guatemuz, é á sus Capitanes; puesto que ántes que le prendiesemos, tuvimos

muy

muy grandes desmanes, é casi que estuvimos en gran ventura de nos perder en todos nuestros reales, especialmente en el Real de Cortés por descuido de sus Capitanes, como adelante verán.

CAPITULO CLII.

Como desbaratáron los Indios Mexicanos á Cortés, é le lleváron vivos para sacrificar sesenta y dos soldados, é le hiriéron en una pierna, y el gran peligro en que nos vimos por su causa.

Como Cortés vió que no se podian cegar todas las aberturas, y puentes é zanjas de agua que ganabamos cada dia, porque de noche las tornaban á abrir los Mexicanos, y hacian mas fuertes albarradas que de ántes tenian hechas, é que era gran trabajo pelear, y cegar puentes, y velar todos juntos, en demas como estabamos heridos, acordó de poner en pláticas con los Capitanes y soldados que tenia en su Real, que se decian Christóbal de Oli, y Francisco Berdugo, y Andres de Tapia, y el Alferez Corral y Francisco de Lugo: y tambien nos escribió al Real de Pedro de Alvarado, y al de Gonzalo de Sandoval, para tomar parecer de todos los Capitanes y soldados: y el caso que propuso fué; que si nos parecia que fue-

fuesemos entrando de golpe en la ciudad, hasta entrar y llegar al Taltelulco, que es la plaza mayor de México, que es muy mas ancha y grande que no la de Salamanca, é que llegados que llegasemos, que seria bien asentar en él todos tres reales, que dende allí podiamos batallar por las calles de México, y sin tener tantos trabajos, é riesgo al retraer, ni tener tanto que cegar, ni velar las puentes. Y como en tales pláticas y consejos suele acaecer, hubo en ellas muchos pareceres, porque los unos decian que no era buen consejo, ni acuerdo, meternos tan de hecho en el cuerpo de la ciudad, sino que nos estuviesemos como estabamos batallando, y derrocando, y abrasando casas: y las causas mas evidentes que dimos los que eramos en este parecer, fué que si nos metiamos en el Taltelulco, y dexabamos todas las calzadas y puentes sin guarda, y desmamparadas, que como los Mexicanos son muchos y guerreros, y con las muchas canoas que tienen nos tornarian á abrir las puentes y calzadas, y no seriamos señores dellas, é que con sus grandes poderes nos darian guerra de noche y de dia: é que como siempre tienen hechas muchas estacadas, nuestros bergantines no nos podrian ayudar, y de aquella manera que Cortés decia seriamos nosotros los cercados, y ellos ternian por sí la tierra, campo y laguna; y le escribimos *sobre el caso*, para que no nos aconteciese

como la pasada, quando salimos huyendo de México: y quando Cortés hubo visto el parecer de todos, y vió las buenas razones que sobre ello le dabamos, en lo que se resumió en todo lo platicado fué (1), que para otro dia saliesemos de todos tres Reales con

(1) El Lector disimulará que se le interrumpa. El resúmen fué poner por la obra el ataque proyectado, como se verá en el Autor. Cortes explica los motivos y antecedentes de esta resolucion: „pasado esto, yo „fice algunas entradas en la ciudad por las partes que „solia; y combatian los bergantines y canoas por dos „partes, y yo por la ciudad por otras quatro, y siem„pre habiamos victoria, y se mataba mucha gente de „los contrarios, porque cada dia venia gente sin nú„mero en nuestro favor, é yo dilataba de me meter „mas adentro en la ciudad, lo uno por ver si revoca„rian el propósito y dureza que los contrarios tenian; „y lo otro porque nuestra entrada no podia ser sin mucho „peligro, porque ellos estaban muy juntos y fuertes, „y muy determinados de morir. Y como los Españoles „vian tanta dilacion en esto, y que habia mas de „veinte dias que nunca dexaban de pelear, impor„tunábanme en gran manera, como arriba he dicho, „que entrasemos y tomasemos el mercado, porque ga„nado, á los enemigos les quedaba poco lugar, por „donde se defender, y que si no se quisiesen dar, que „de hambre y sed se moririan, porque no ternian que „beber sino agua salada de la laguna. Y como yo me „escusaba, el Tesorero de vuestra Magestad me dixo, „que todo el Real afirmaba aquello, y que lo debia „de hacer: y á el, y á otras personas de bien, que „allí estaban, les respondi, que su propósito y deseo „era muy bueno, y yo lo deseaba mas que nadie; „pero que yo lo dexaba de hacer, por lo que con im„portunacion me hacia decir, que era que aunque él „y otras personas lo hiciesen como buenos, como en „aquello se ofrecia mucho peligro, habria otros que „*no lo hiciesen.* Y al fin tanto me forzáron, que yo „*concedí*, que se haria en este caso, lo que yo pudie„se, concertándose primero con la gente de los otros Rea-

con toda la mayor pujanza, ansi los de á caballo, como los ballesteros, escopeteros y soldados, é que los fuesemos ganando hasta la plaza mayor, que es el Taltelulco, apercebidos los tres Reales, y los Tlascaltecas y de Tezcuco, y los pueblos de la laguna que nuevamente habian dado la obediencia á su Ma-

„Reales. Otro dia me junté con algunas personas prin„cipales de nuestro Real, y acordamos de hacer sa„ber al Alguacil Mayor, y á Pedro de Alvarado, co„mo otro dia siguiente habiamos de entrar en la ciu„dad, y trabajar de llegar al mercado; y escribíles lo „que ellos habian de hacer por la otra parte de Ta„cuba, y demas de lo escribir, para que mejor fuesen „informados, enviéles dos criados mios para que les „avisasen de todo el negocio: y la órden que habian „de tener era que el Alguacil Mayor se viniese con „diez de caballo, y cien peones, y quince ballesteros „y escopeteros al Real de Pedro de Alvarado, y que en „el suyo quedasen otros diez de caballo, y que dexa„se concertado con ellos, que otro dia, que habia de „ser el combate, se pusiesen en celada tras unas ca„sas, y que hiciesen alzar todo su fardaje, como que „levantaban el Real, porque los de la ciudad saliesen „tras ellos, y la celada les diese en las espaldas. Y „que el dicho Alguacil Mayor con los tres berganti„nes que tenia, y con los otros tres de Pedro de Al„varado ganase aquel paso malo, donde desbarataron „á Pedro de Alvarado, y diese mucha priesa en lo „cegar, y que pasasen adelante, y que en ninguna ma„nera se alejasen, ni ganasen un paso, sin lo dexar „primero ciego, y aderezado; y que si pudiesen sin „mucho riesgo y peligro ganar hasta el mercado, que „lo trabajasen mucho, porque yo habia de hacer lo „mismo: que mirasen que aunque esto les enviaba á „decir, no era para los obligar á ganar un paso solo, „de que les pudiese venir algun desbarato ó desman, y „esto les avisaba porque conoscia de sus personas, que „*habian de poner el rostro donde yo les dixese, aun„que supiesen perder las vidas.* Cortes Carta III.

Magestad, para que con todas sus canoas se viniesen á ayudar á nuestros bergantines. Una mañana despues de haber oido Misa, y nos encomendar á Dios, salimos de nuestro Real con el Capitan Pedro de Alvarado, y tambien salió Cortés del suyo, y Gonzalo de Sandoval con todos sus Capitanes; y con grande pujanza iba ganando puentes y albarradas, y los contrarios peleaban como fuertes guerreros: y Cortés por su parte llevaba vitoria, y ansimismo Gonzalo de Sandoval por la suya: pues por nuestro Real ya les habiamos ganado otra albarrada y una puente, y esto fué con mucho trabajo, porque habia muy grandes poderes del Guatemuz, y la estaban guardando; y salimos della muchos de nuestros soldados muy mal heridos, é uno murió luego de las heridas, y nuestros amigos los Tlascaltecas saliéron mas de mil dellos maltratados y descalabrados, y todavía ibamos siguiendo la vitoria muy ufanos. Volvamos á decir de Cortés, y de todo su exército, que ganáron una abertura de agua muy honda, y estaba en ella una calzadilla muy angosta que los Mexicanos con maña y ardid la habian hecho de aquella manera, porque tenian pensado entre sí lo que agora á nuestro General Cortés le aconteció, y es que como llevaba vitoria él, y todos sus Capitanes y soldados, y la calzada llena de nuestros amigos, é iban siguiendo á los contrarios, y puesto que hacian que huian, no de-

dexaban de tirarnos piedra, vara y flecha, y hacian algunas paradillas, como que resistian á Cortés, hasta que le fuéron cebando, para que fuese tras ellos, y desque viéron que de hecho iba tras ellos siguiendo la vitoria, hacian que iban huyendo dél. Por manera que la adversa fortuna vuelve su rueda, y á mayores prosperidades acuden muchas tristezas. Y como nuestro Cortés iba vitorioso, y en el alcance de los contrarios, por su descuido, é porque nuestro Señor Jesu-Christo lo permitió, él y sus Capitanes y soldados dexáron de cegar el abertura de agua que habian ganado: y como la calzadilla por donde iban, con maña la habian hecho angosta, y aun entraba en ella agua por algunas partes, y habia mucho lodo y cieno; como los Mexicanos le viéron pasar aquel paso sin cegar, que no deseaban otra cosa, y aun para aquel efecto tenian apercebidos muchos esquadrones de guerreros Mexicanos con esforzados Capitanes, y muchas canoas en la laguna, en parte que nuestros bergantines no les podian hacer daño ninguno, con las grandes estacadas que les tenian puestas, en que zabordasen; vuelven sobre nuestro Cortés, y contra todos sus soldados, con tan grande furia de esquadrones, y con tales alaridos y gritos que los nuestros no les pudiéron defender su gran ímpetu y fortaleza con que viniéron á pelear, y acordáron todos los soldados con sus Ca-

pitanías y banderas de se volver retrayendo con gran concierto: mas como venian contra ellos tan rabiosos contrarios, hasta que les metiéron en aquel mal paso, se desconcertáron de suerte, que vuelven huyendo sin hacer resistencia: y nuestro Cortés desque ansi los vió venir desbaratados, les esforzaba y decia: tené, tené, señores, tené recio, ¿qué es esto, que ansi habeis de volver las espaldas? y no les pudo detener, ni resistir: y en aquel paso que dexáron de cegar, y en la calzadilla, que era angosta y mala, y con las canoas le desbaratáron, é hiriéron en una pierna, y le lleváron vivos sobre sesenta y tantos soldados, y le matáron seis caballos, é yeguas, y á Cortés ya le tenian engarrafado seis ó siete Capitanes Mexicanos, é quiso nuestro Señor ponelle esfuerzo para que se defendiese y se librase dellos, puesto que estaba herido en una pierna; porque en aquel instante luego llegó allí un muy esforzado soldado, que se decia Christóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja; no lo digo por Christóbal de Oli: y desque allí le vió asido de tantos Indios, peleó luego tan bravosamente que mató á estocadas quatro de los Capitanes que tenian engarrafado á Cortés, y tambien le ayudó otro muy valiente soldado, que se decia Lerma; y les hiciéron que dexasen á Cortés, y por le *defender* allí perdió la vida el Olea, y el *Lerma* estuvo á punto de muerte, y lue-

go acudiéron muchos soldados, aunque bien heridos, y echan mano á Cortés, y le ayudan á salir de aquel peligro: y entónces tambien vino con mucha presteza su Capitan de la Guarda, que se decia Antonio de Quiñones, natural de Zamora, y le tomáron por los brazos, y le ayudáron á salir del agua, y luego le traxéron un caballo, en que se escapó de la muerte; y en aquel instante tambien venia un su Camarero ó Mayordomo, que se decia Christóbal de Guzman, y le traia otro caballo: y dende las azoteas los guerreros Mexicanos que andaban muy bravos y vitoriosos, prendiéron al Christóbal de Guzman, é vivo le lleváron á Guatemuz; y todavía los Mexicanos iban sigiendo á Cortés, y á todos sus soldados, hasta que llegáron á su Real. Pues ya aquel desastre acaecido, y se halláron en salvo los Españoles, los esquadrones Mexicanos no dexaban de seguilles, dándoles caza, y grita, y diciéndoles vituperios, y llamándoles de cobardes. Dexemos de hablar de Cortés y de su desbarate, y volvamos á nuestro exército, que es el de Pedro de Alvarado: como ibamos muy vitoriosos, y quando no nos catamos, vimos venir contra nosotros tantos esquadrones de Mexicanos, y con grandes gritas, y hermosas divisas, y penachos, y nos echáron delante de nosotros cinco cabezas, que entónces habian cortado de los que habian tomado *á Cortés*, y venian corriendo sangre, y de-

decian : ansi os mataremos , como hemos muerto á Malinche y á Sandoval, y á los que consigo traian, y esas son sus cabezas, por eso conoceldas bien : y diciéndonos estas palabras se venian á cerrar con nosotros, hasta nos echar mano, que no aprovechaban cuchilladas , ni estocadas , ni vallesteros, ni escopeteros, y no hacian sino dar en nosotros, como á terrero ; y con todo eso no perdiamos punto en nuestra ordenanza al retraer, porque luego mandamos á nuestros amigos los Tlascaltecas , que prestamente nos desembarazasen las calzadas y pasos malos; y en este tiempo ellos se lo tuviéron bien en cargo, que como viéron las cinco cabezas corriendo sangre , y decian que habian muerto á Malinche y á Sandoval , y á todos los Teules que consigo traian, é que ansi habian de hacer á nosotros, ya los Tlascaltecas temiéron en gran manera, porque creyéron que era verdad, y por esto digo, que desembarazáron la calzada muy de veras. Volvamos á decir; como nos ibamos retrayendo, oimos tañer del Cu mayor, donde estaban sus ídolos Huichilobos y Tezcatepuca , que señorea el altor dél á toda la gran ciudad: tañian un atambor de muy triste sonido, en fin como instrumento de demonios, y retumbaba tanto que se oia dos ó tres leguas, y juntamente con él muchos atabalejos: entónces segun despues supimos, estaban ofreciendo diez corazones, y mucha sangre, á los

ídolos que dicho tengo, de nuestros compañeros. Dexemos el sacrificio, y volvamos al retraer que nos retraiamos, y á la gran guerra que nos daban, ansi de la calzada, como de las azoteas y lagunas con las canoas: y en aquel instante vienen mas esquadrones á nosotros, que de nuevo enviaba Guatemuz, y manda tocar su corneta, que era una señal que quando aquella se tocase, era que habian de pelear sus Capitanes de manera que hiciesen presa, ó morir sobre ello: y retumbaba el sonido que se metia en los oidos: y de que lo oyéron aquellos sus esquadrones y Capitanes, saber yo aquí decir ahora, con qué rabia y esfuerzo se metian entre nosotros á nos echar mano, es cosa de espanto, porque yo no lo sé aquí escribir, que ahora que me pongo á pensar en ello, es como si visiblemente lo viese: mas vuelvo á decir, y ansi es verdad que si Dios no nos diera esfuerzo, segun estabamos todos heridos; él nos salvó, que de otra manera no nos podiamos llegar á nuestros ranchos, y le doy muchas gracias y loores por ello, que me escapó aquella vez, y otras muchas de poder de los Mexicanos. Y volviendo á nuestra plática, allí los de á caballo hacian arremetidas, y con dos tiros gruesos que pusimos junto á nuestros ranchos, unos tirando, y otros cebando nos sosteniamos, porque la calzada estaba llena de bote en bote de contrarios, y nos venian hasta las casas,

co-

como cosa vencida á echarnos vara y piedra: y como he dicho, con aquellos tiros matabamos muchos dellos: y quien bien ayudó aquel dia, fué un hidalgo que se dice, Pedro Moreno de Medrano, que vive agora en la Puebla, porque él fué el artillero, que los artilleros que soliamos tener, se habian muerto, y dellos estaban muy malamente heridos. Volvamos al Pedro Moreno de Medrano, que demas de siempre haber sido un muy esforzado soldado, aquel dia fué de muy grandísima ayuda para nosotros: y estando que estabamos de aquella manera bien angustiados y heridos, y no sabiamos de Cortés, ni de Sandoval, ni de sus exércitos, si les habian muerto ó desbaratado, como los Mexicanos nos decian quando nos arrojáron las cinco cabezas que traian asidas por los cabellos y de las barbas, y decian que ya habian muerto á Malinche y á Sandoval, é á todos los Teules, que ansi nos habian de matar á nosotros aquel mismo dia, y no podiamos saber dellos, porque batallabamos los unos de los otros cerca de media legua, y adonde desbaratáron á Cortés era mas lejos: y á esta causa estabamos muy penosos ansi heridos como sanos, y hechos un cuerpo estuvimos sosteniendo el gran ímpetu de los Mexicanos que sobre nosotros estaban, creyendo que en aquel dia no quedara persona viva de nosotros, segun la guerra que nos daban. Pues de nuestros bergantines ya ha-

abian tomado uno, é muerto tres soldados, herido el Capitan, y todos los mas solados que en ellos venian, y fué socorrido e otro bergantin, donde andaba por Capin Juan Xaramillo; y tambien tenian zalaordado en otra parte otro que no podia lir, de que era Capitan Juan de Limpias aravajal, que en aquella sazon ensordeció e corage, que agora vive en la Puebla, y eleó por su persona tan valerosamente, y forzó á los soldados que en el bergantin maban, que rompiéron las estacadas, y saéron todos muy mal heridos, y salvó su ergantin: este fué el primero que rompió tacadas. Volvamos á Cortés, que como esba él y toda su gente los mas muertos, y ros heridos, se iban los esquadrones Mecanos hasta su Real á darle guerra, y aun echáron delante de sus soldados, que resisan á los Mexicanos quando peleaban, otras uatro cabezas corriendo sangre de aquellos ldados que habian llevado vivos á Cortés, les decian que eran del Tornatio, que es edro de Alvarado, y de Gonzalo de Sanoval, y de otros Teules, é que ya nos haan muerto á todos: entónces dicen que esmayó Cortés mucho mas de lo que ántes estaba él, y los que consigo traia, mas o de manera que sintiesen en él mucha flaeza; y luego mandó al Maestre de Campo Christóbal de Oli, y á sus Capitanes, que irasen no les rompiesen los muchos Mexi-

xicanos que estaban sobre ellos, é que todos juntos hiciesen cuerpo, ansi heridos como sanos, y mandó á Andres de Tapia, que con tres de á caballo viniese á Tacuba por tierra, que es nuestro Real, que mirase que habia sido de nosotros, y que si no eramos desbaratados que nos contase lo por el pasado, y que nos dixese que tuviesemos muy buen recaudo en el Real, que todos juntos hiciesemos cuerpo ansi de dia, como de noche en la vela: y esto que nos enviaba á mandar, ya lo teniamos por costumbre. Y el Capitan Andres de Tapia, y los tres de á caballo que con él venian, se diéron muy buena priesa, y aunque tuviéron en el camino una refriega de vara y flecha que les diéron en un paso los Mexicanos, que ya habia puesto Guatemuz en los caminos Indios guerreros, porque no supiesemos los unos de los otros los desmanes, y aun venia herido el Andres de Tapia, y traia en su compañía á Guillen de la Loa, y el otro se decia Valde-Nebro, y á un Juan de Cuellar, hombres muy esforzados: y de que llegáron á nuestro Real, y nos halláron batallando con el poder de México, que todo estaba junto contra nosotros, se holgáron en el alma, y nos contáron lo acaecido del desbarate de Cortés, y lo que nos enviaba á decir, y no nos quisiéron declarar, que tantos eran los muertos, y decian que hasta veinte y cinco, y que todos los demas estaban

ban buenos. Dexemos de hablar en esto, y volvamos al Gonzalo de Sandoval y á sus Capitanes y soldados, que andaban vitoriosos en la parte y calles de su conquista: y quando los Mexicanos hubiéron desbaratado á Cortés, cargáron sobre el Gonzalo de Sandoval, y su exército y Capitanes, de arte que no se pudo valer, y le matáron dos soldados, y le hiriéron á todos los que traia, y á él le diéron tres heridas, la una en el muslo, y la otra en la cabeza, y la otra en un brazo: y estando batallando con los contrarios, le ponen delante seis cabezas de los de Cortés, y le dicen, que aquellas cabezas eran de Malinche, y del Tonacio, y de otros Capitanes, y que ansi habian de hacer al Gonzalo de Sandoval, y á los que con él estaban, y le diéron muy fuertes combates: y de que aquello vió el buen Capitan Sandoval, mandó á sus Capitanes y soldados que todos tuviesen mucho ánimo mas que de ántes, é que no desmayasen, é que mirasen al retraer, no hubiese algun desman ó desconcierto en la calzada, porque es angosta: y lo primero que hizo fué mandar salir de la calzada á los amigos Tlascaltecas, que tenia muchos, y porque no les estorbasen al retraer, y con sus dos bergantines y sus vallesteros y escopeteros con mucho trabajo se retraxo á su estancia, y con toda su gente bien herida, y aun desmayada, y dos soldados ménos: y como se vió fuera de la cal-

za-

zada, puesto que estaban cercados de
canos, esforzó su gente y Capitanes,
encomendó mucho que todos juntos h
cuerpo ansi de dia como de noche,
guardasen el Real, no les desbaratasen
mo conocia del Capitan Luis Marin c
hacia bien, ansi herido, y entrapajado
estaba el Sandoval, tomó consigo otro
caballo, y por tierra fué muy por la p
Real de Cortés, y aun en el camino t
salmorejo de piedra, vara y flecha,
que como ya otra vez he dicho, en to
caminos tenia Guatemuz Indios Mex
guerreros para no dexar pasar de un
otro con nuevas ningunas, para que
vencieran mas fácilmente: y quando e
doval vido á Cortés, le dixo: O señ
pitan, ¿y qué es esto? Aquestos so
grandes consejos y ardides de guerra qu
pre nos daba? ¡Cómo ha sido este d
Y Cortés le respondió saltándosele las
mas de los ojos: ó hijo Sandoval, q
pecados lo han permitido, que no so
culpante en el negocio como me hacen
es el Tesorero Julian de Alderete, á
le encargué que cegase aquel mal paso
de nos desbaratáron, y no lo hizo, co
es acostumbrado á guerras, ni á ser ma
de Capitanes: y entónces respondió e
mo Tesorero, que se halló junto á Cort
vino á ver y hablar al Sandoval, y á
de su exército, si eran muertos ó des

dos, é dixo, que el mismo Cortés tenia la culpa, y no él: y la causa que dió fué, que como Cortés iba con vitoria, por seguilla muy mejor, decia: adelante caballeros, é que no les mandó cegar puentes, ni pasos malos, é que si se lo mandara, que con su Capitanía y con sus amigos lo hiciera (1); y tambien culpaban mucho á Cortés, en no haber mandado con tiempo salir de las calzadas á los muchos amigos que llevaba: é porque hubo otras muchas pláticas y respuestas al Tesorero, que iban dichas con enojo, se dexarán de decir, é diré como en aquel instante llegáron dos bergantines de los que ántes tenia Cortés en su compañía y calzada, que no sabian dellos despues del desbarate, y segun pareció habian estado detenidos, porque estuviéron zabordados en unas estacadas, y segun dixéron los Capitanes habian estado cercados de unas canoas que les daban guerra, y venian todos heridos, y dixéron que Dios primeramente les ayudó, y con su viento y con grandes fuerzas que pusiéron al remar, rompiéron las estacadas y se salváron, de lo qual hubo mucho placer Cortés, porque hasta

(1) No es creible que un General que publica una ordenanza, en que funda la execucion de sus proyectos, sea el primero que la quebrante. El Autor contesta el rigor con que Cortés mandaba la observancia de ella. Cortés cuenta este desastre sin culpar á nadie. Aunque ni Cortés, ni Castillo señalan el dia de esta desgracia, conjeturo que sucedió por el veinte y ocho ó veinte y nueve de Junio de 1521.

ta entónces, aunque no lo publicaba por
desmayar los soldados, como no sabian de
les tenian por perdidos. Dexemos esto
volvamos á Cortés, que luego encomen
Sandoval mucho que fuese en posta á n
tro Real, que se dice Tacuba, y miras
eramos desbaratados, ó de que manera
tabamos, é que si eramos vivos, que nos a
dase á poner resistencia en el Real, no
rompiesen: y dixo á Francisco de Lugo
fuese en compañía de Sandoval, porque
entendido tenia que habia esquadrones
guerreros Mexicanos en el camino: y le
xo que ya habia enviado á saber de nosc
á Andres de Tapia con tres de á caballo
temia no le hubiesen muerto en el cam
y quando se lo dixo, y se despidió fué á a
zar a Gonzalo de Sandoval, y le dixo:
pues veis que yo no puedo ir á todas pa
á vos os encomiendo estos trabajos, pues
que estoy herido y coxo; ruego os por
cobro en estos tres Reales: bien sé que
dro de Alvarado y sus Capitanes y sold
habrán batallado, y hecho como caballe
mas temo el gran poder destos perros no
hayan desbaratado. Pues de mí, y de mi e
cito ya veis de la manera que estoy, y
posta vino el Sandoval, y el Francisco
Lugo donde estabamos, y quando llegó
ria hora de vísperas, y porque segun pa
ció, supimos el desbarate de Cortés fué
tes de Misa mayor; y quando llegó Sand

nos halló batallando con los Mexicanos, que nos querian entrar en el Real por unas casas que habiamos derrocado, y otros por la calzada, y otros en canoas por la laguna, y tenian ya un bergantin zabordado en unas estacadas, y de los soldados que en ellos iban, habian muerto los dos, y los demas heridos: y como Sandoval nos vió á mí y á otros soldados en el agua metidos á mas de la cinta, ayudando al bergantin á echalle en lo hondo, y estando sobre nosotros muchos Indios con espadas de las nuestras, que habian tomado en el desbarate de Cortés, y otros con montantes de navajas, dándonos cuchilladas, y á mí me diéron un flechazo, y querian llegar con gran fuerza sus canoas, segun la fuerza ponian, y le tenian atadas muchas sogas para llevarsele, y metelle dentro de la ciudad: y como el Sandoval nos vió de aquella manera, dixo: ó hermanos poné fuerza en que no lleven el bergantin; y tomamos tanto esfuerzo, que luego le sacamos en salvo, puesto que como he dicho, todos los marineros saliéron heridos, y dos soldados muertos. En aquella sazon viniéron á la calzada muchas Capitanías de Mexicanos, y nos herian ansi á los de á caballo, y á todos nosotros, y aun al Sandoval le diéron una buena pedrada en la cara: y entónces Pedro de Alvarado le socorrió con otro de á caballo, y como venian tantos esquadrones, é yo y otros soldados les haciamos cara, Sandoval nos mandó,

que poco á poco nos retraxesemos, porque no les matasen los caballos, é porque no nos retraiamos de presto como quisiera, dixo: quereis que por amor de vosotros me maten á mí, y á todos aquestos caballeros? por amor de Dios, hermanos, que os retrayais, y entónces le tornáron á herir á él y á su caballo: y en aquella sazon echamos á los amigos fuera de la calzada; y poco á poco haciendo cara, y no vueltas las espaldas, comio quien va haciendo represas, unos vallesteros y escopeteros tirando, y otros armando, y otros cebando sus escopetas, y no soltaban todos á la par; y los de á caballo que hacian algunas arremetidas, y el Pedro Moreno Medrano con sus tiros en armar y tirar: y por mas Mexicanos que llevaban las pelotas no les podian apartar, sino que todavía nos iban siguiendo, con pensamiento que aquella noche nos habian de llevar á sacrificar. Pues ya que estabamos en salvo cerca de nuestros aposentos, pasada ya una grande obra, donde habia mucha agua, é muy honda, y no nos podian alcanzar las piedras, ni varas, ni flecha, y estando el Sandoval y el Francisco de Lugo, y Andres de Tapia con Pedro de Alvarado contando cada uno lo que le habia acaecido, y lo que Cortés mandaba, tornó á sonar el atambor de Huchilobos, y otros muchos atabalejos, y caracoles, y cornetas, y otras como trompas, y todo el sonido dellas espantable y triste, y mi-

miramos arriba al alto Cu, donde los tañian y vimos que llevaban por fuerza á rempujones, y bofetadas, y palos, á nuestros compañeros que habian tomado en la derrota que diéron á Cortés, que los llevaron por fuerza á sacrificar: y de que ya los tenian arriba en una placeta que se hacia en el adoratorio, donde estaban sus malditos ídolos, vimos que á muchos dellos les ponian plumages en las cabezas, y con unos como aventadores les hacian baylar delante del Huichilobos, y quando habian baylado, luego les ponian de espaldas encima de unas piedras que tenian hechas para sacrificar, y con unos navajones de pedreñal les aserraban por los pechos, y les sacaban los corazones bullendo, y se los ofrecian á sus ídolos que allí presentes tenian, y á los cuerpos dabanles con los pies por las gradas abaxo, y estaban aguardando otros Indios carniceros que les cortaban brazos y piernas, y las caras desollaban, y las adovaban como cueros de guantes, y con sus barbas las guardaban para hacer fiestas con ellas quando hacian borracheras, y se comian las carnes con chilmole; y desta manera sacrificáron á todos los demas, y les comiéron piernas y brazos, y los corazones y sangre ofrecian á sus ídolos, como dicho tengo, y los cuerpos que eran las barrigas, echaban á los tigres y leones, y sierpes y culebras que tenian en la casa de las alimañas, como dicho tengo en el capítulo que dello habla,

que atras dello he platicado. Pues de aquellas crueldades vimos todos los de nuestro Real, y Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval, y todos los demas Capitanes. Miren los curiosos Lectores que esto leyeren, que lastima terniamos dellos: y deciamos entre nosotros: ó gracias á Dios, que no me lleváron á mí hoy á sacrificar. Y tambien tengan atencion, que no estabamos lejos dellos, y no les podiamos remediar; y ántes rogabamos á Dios que fuese servido de nos guardar de tan cruelísima muerte. Pues en aquel instante que hacian aquel sacrificio, viniéron sobre nosotros grandes esquadrones de guerreros, y nos daban por todas partes bien que hacer, que ni nos podiamos valer de una manera, ni de otra contra ellos, y nos decian: mirad que desta manera habeis de morir todos, que nuestros Dioses nos lo han prometido muchas veces. Pues las palabras de amenazas que decian á nuestros amigos los Tlascaltecas, eran tan lastimosas y malas, que los hacian desmayar, y les echaban piernas de Indios asadas, y brazos de nuestros soldados, y les decian: comé de las carnes de esos Teules, y de vuestros hermanos, que ya bien hartos estamos dellos, y de eso que nos sobra os podeis hartar, y mirad que las casas que habeis derrocado, que os hemos de traer para que las torneis á hacer muy mejores, y con piedras y lanzas, y cal y canto, y pintadas, por eso ayudad muy bien á esos Teules, que á to-

dos

dos los vereis sacrificados. Pues otra cosa mandó hacer Guatemuz, que como hubo aquella vitoria de Cortés, envió á todos los pueblos nuestros confederados y amigos, y á sus parientes, pies y manos de nuestros soldados, y caras de soldados con sus barbas, y las cabezas de los caballos que matáron: y les envió á decir, que eramos muertos mas de la mitad de nosotros, é que presto nos acabarian, é que dexasen nuestra amistad, y se viniesen á México, y que si luego no lo dexaban, que les enviaria á destruir; y les envió á decir otras muchas cosas para que se fuesen de nuestro Real, y nos dexasen, pues habiamos de ser presto muertos de su mano: y á la continua dándonos guerra, así de dia, como de noche: y como velabamos todos los del Real juntos, y Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alvarado, y los demas Capitanes haciéndonos compañía en la vela, aunque venian de noche grandes Capitanías de guerreros, los resistiamos. Pues los de á caballo todo el dia y la noche estaba la mitad dellos en lo de Tacuba, y la otra mitad en las calzadas. Pues otro mayor mal nos hiciéron, que quanto habiamos cegado desde que en la calzada entramos, todo lo tornáron á abrir, y hiciéron albarradas muy mas fuertes que de ántes. Pues los amigos de las ciudades de la laguna, que nuevamente habian tomado nuestra amistad, y nos viniéron á ayudar con las canoas, creyéron llevar lana, y vol-

volviéron trasquilados, porque perdiéron muchos las vidas, y mas de la mitad de las canoas que traian, y otros muchos volviéron heridos: y aun con todo esto desde allí adelante no ayudáron á los Mexicanos, porque estaban mal con ellos, salvo estárse á la mira. Dexemos de hablar mas en contar lastimas, y volvamos á decir el recaudo y manera que teniamos, y como Sandoval y Francisco de Lugo, y Andres de Tapia, y los demas caballeros que habian venido á nuestro Real, les pareció que era bien volverse á sus puestos, y dar relacion á Cortés, cómo y de qué manera estabamos; y se fuéron en posta, y dixéron á Cortés, como Pedro de Alvarado, y todos sus soldados teniamos muy buen recaudo, así en el batallar, como en el velar: y aun el Sandoval, como me tenia por amigo, dixo á Cortés, como me halló á mí, y á otros soldados batallando en el agua á mas de la cinta, defendiendo un bergantin que estaba zabordado en unas estacadas: é que si por nuestras personas no fuera, que mataran á todos los soldados, y al Capitan que dentro venia: é porque dixo de mi persona otras loas, que yo aquí no tengo de decir, porque otras personas lo dixéron, y se supo en todo el Real, no quiero aquí recitallo: y quando Cortés lo hubo bien entendido del buen recaudo que teniamos en nuestro Real, con ello descansó su corazon, y desde allí adelante mandó á todos tres Reales, que no ba-

batallasemos poco ni mucho con los Mexicanos; entiéndese que no curasemos de tomar ninguna puente ni albarrada, salvo defender nuestros Reales, no nos los rompiesen, porque de batallar con ellos no habia bien esclarecido el dia ántes, quando estaban sobre nuestro Real tirando muchas piedras con hondas, y vara, y flecha, y diciéndonos muchos vituperios feos: y como teniamos junto á nuestro Real una obra de agua muy ancha y honda, estuvimos quatro dias arreo que no la pasamos, y otro tanto se estuvo Cortés en el suyo, y Sandoval en el suyo: y esto de no salir á batallar, y procurar de ganar las albarradas que habian tornado á abrir y hacer fuertes; era por causa que todos estabamos muy heridos y trabajados, así de velas, comó de las armas, y sin comer cosa de sustancia: y como faltaban del dia ántes sobre sesenta y tantos soldados de todos tres Reales, y siete caballos, porque recibieramos algun alivio, y para tomar maduro consejo de lo que habiamos de hacer de allí adelante, mandó Cortés que estuviesemos quedos, como dicho tengo. Y dexallo he aquí, y diré cómo y de qué manera peleabamos, y todo lo que en nuestro Real pasó.

CAPITULO CLIII.

De la manera que peleabamos, é se nos fuéron todos los amigos á sus pueblos.

La manera que teniamos en todos tres Reales de pelear es esta, que velabamos de noche todos los soldados juntos en las calzadas, y nuestros bergantines á nuestros lados tambien en las calzadas, y los de á caballo rondando la mitad dellos en lo de Tacuba, adonde nos hacian pan, y teniamos nuestro fardaje, y la otra mitad en las puentes y calzada, y muy de mañana aparejabamos los puños para pelear y batallar con los contrarios que nos venian á entrar en nuestro Real, y procuraban de nos desbaratar: y otro tanto hacian en el Real de Cortés, y en el de Sandoval; y esto no fué sino cinco dias, porque luego tomamos otra órden, lo qual diré adelante: y digamos como los Mexicanos hacian cada dia grandes sacrificios y fiestas en el Cu mayor de Tatelulco, y tañian su maldito atambor, y otras trompas y atabales, y caracoles, y daban muchos gritos y alaridos, y tenian cada noche grandes luminarias de mucha leña encendida, y entónces sacrificaban de nuestros compañeros á sus malditos ídolos Huichilobos y Tezcatepuca, y hablaban con ellos: y segun ellos decian, que en

la

la mañana, ó en aquella misma noche nos habian de matar. Parece ser, que como sus ídolos son perversos y malos, por engañarlos para que no viniesen de paz, les hacian encreyente, que á todos nosotros nos habian de matar, y á los Tlascaltecas, y á todos los demas que fuesen en nuestra ayuda, y como nuestros amigos lo oian, teníanlo por muy cierto, porque nos vian desbaratados. Dexemos destas pláticas que eran de sus malos ídolos, y digamos como en la mañana venian muchas Capitanías juntas á nos cercar y dar guerra, y se remudaban de rato en rato, unos de unas divisas y señales, y venian otros de otras libreas: y entónces quando estabamos peleando con ellos nos decian muchas palabras, diciéndonos de apocados, y que no eramos buenos para cosa ninguna, ni para hacer casas, ni maizales, y que no eramos sino para venilles á robar su ciudad, como gente mala, que habiamos venido huyendo de nuestra tierra, y de nuestro Rey y Señor: y esto decian por lo que Narvaez les habia enviado á decir, que veniamos sin licencia de nuestro Rey, como dicho tengo: y nos decian, que de ahí á ocho dias no habia de quedar ninguno de nosotros á vida, porque así se lo habian prometido la noche ántes sus Dioses: y desta manera nos decian otras cosas malas, y á la postre decian: mirad quán malos y vellacos sois, que aun vuestras carnes son *tan malas para comer*, que amargan como las hie-

hieles, que no las podemos tragar de amargor: y parece ser como aquellos dias se habian hartado de nuestros soldados y compañeros, quiso nuestro Señor que les amargasen las carnes. Pues á nuestros amigos los Tlascaltecas, si muchos vituperios nos decian á nosotros, mas les decian á ellos, é que les ternian por esclavos para sacrificar y hacer sus sementeras, y tornar á edificar las casas que les habiamos derrocado, é que las habian de hacer de cal y canto labradas, que su Huichilobos se lo habia prometido: y diciendo esto, luego el bravoso pelear, y se venian por unas casas derrocadas, y con las muchas canoas que tenian nos tomaban las espaldas, y aun nos tenian algunas veces atajados en las calzadas, y nuestro Señor Jesu-Christo nos sustentaba cada dia, que nuestras fuerzas no bastaban; mas todavía les haciamos volver muchos dellos heridos, y muchos quedaban muertos. Dexemos de hablar de los grandes combates que nos daban, y digamos como nuestros amigos los de Tlascala, y de Cholula, y Guaxocingo, y aun los de Tezcuco acordáron de se ir á sus tierras, y sin lo saber Cortés, ni Pedro de Alvarado, ni Sandoval se fuéron todos los mas, que no quedó en el Real de Cortés, sino este Suchel, que despues que se bautizó se llamó Don Cárlos, y era hermano de Don Fernando Señor de Tezcuco, y era muy esforzado hombre, y quedáron con él otros sus parientes y ami-

gos

gos, que serian hasta quarenta: y en el Real de Sandoval quedó otro Cacique de Guaxocingo, con obra de cincuenta hombres: y en nuestro Real quedáron dos hijos de nuestro amigo Don Lorenzo de Vargas, y el esforzado de Chichimecatecle, con obra de ochenta Tlascaltecas, parientes y vasallos: y como nos hallamos solos y con tan pocos amigos, recebímos pena, y Cortés y Sandoval y cada uno en su Real preguntaban á los amigos que les quedaban, que porque se habian ido de aquella manera los demas sus hermanos, y decian que como vian que los Mexicanos hablaban de noche con sus ídolos, é prometian que nos habian de matar á nosotros y á ellos, que creian que debia de ser verdad, y del miedo se iban, y que lo que les daba mas crédito á ello, era vernos á todos heridos, y nos habian muerto á muchos de nosotros, é que dellos mismos faltaban mas de mil y docientos, y que temiéron no matasen á todos: y tambien porque Xicotenga el Mozo que mandó ahorcar Cortés en Tezcuco, siempre les decia que sabia por sus adivinanzas, que á todos nos habian de matar, é que no habia de quedar ninguno de nosotros á vida, y por esta causa se fuéron. E puesto que Cortés en lo secreto sintió pesar dello, mas con rostro alegre les dixo, que no tuviesen miedo, é que lo que aquellos Mexicanos les decian que era mentira, y por desmayarlos: y tantas palabras de prometimientos les dixo,

y con palabras amorosas los esforzó á estar con él: y otro tanto diximos al Chichimecatecle, y á los dos Xicotengas. Y en aquestas pláticas que en aquella sazon decia Cortés á este Suchel, que ya he dicho que se dixo Don Cárlos, como era de suyo Señor, y esforzado, dixo á Cortés: Señor Malinche, no recibas pena por no batallar cada dia en tu Real algunas veces, y otro tanto manda al Tonatio, que era Pedro de Alvarado, que así lo llamaban, que se esté en el suyo, y Sandoval en Tepeaquilla, y con los bergantines anden cada dia á quitar y defender, que no les entren bastimentos, ni agua, porque estan aquí dentro en esta gran ciudad tantos mil Xiquipiles de guerreros, que por fuerza, siendo tantos se les ha de acabar el bastimento que tienen, y el agua que ahora beben es medio salobre, que toman de unos hoyos que tienen hechos, y como llueve de dia y de noche, recogen el agua para beber, y dello se sustentan; mas qué pueden hacer si les quitas la comida y el agua, sino que es mas que guerra la que ternán con la hambre y sed? Como Cortés aquello entendió, le echó los brazos encima, y le dió gracias por ello, con prometimientos que le daria pueblos: y aqueste consejo le habiamos puesto en plática muchos soldados á Cortés; mas somos de tal calidad, que no quisieramos aguardar tanto tiempo, sino entralles luego en la ciudad. Y quando Cortés hubo bien con-

considerado lo que nosotros tambien le habiamos dicho, y sus Capitanes y soldados se lo decian, mandó á dos bergantines que fuesen á nuestro Real, y al de Sandoval á nos decir que estuviesemos otros tres dias sin les ir entrando en la ciudad, y como en aquella sazon los Mexicanos estaban vitoriosos, no osabamos enviar un bergantin solo, y por esta causa envió dos: y una cosa nos ayudó mucho, y es, que ya osaban nuestros bergantines romper las estacadas, que los Mexicanos les habian hecho en la laguna, para que zabordasen: y es desta manera, que remaban con gran fuerza, y para que mas furia truxese, tomaban de algo atras, y si hacia algun viento á todas velas, y con los remos muy mejor; y así eran señores de la laguna, y aun de muchas partes de las casas que estaban apartadas de la ciudad: y los Mexicanos como aquello viéron se les quebró algo su braveza. Dexemos esto, y volvamos á nuestras batallas: y es, que aunque no teniamos amigos, comenzamos á cegar y atapar la gran abertura que he dicho otras veces, que estaba junto á nuestro Real, con la primera Capitanía que venia la rueda de acarrear adobes y madera, y cegar, lo poniamos muy por la obra, y con grandes trabajos; y las otras dos Capitanías batallabamos. Ya he dicho otras veces, que así lo teniamos concertado, y habia de andar por rueda, y en *quatro dias que* todos trabajamos en ella, la

te-

teniamos cegada y allanada: y otro tanto hacia Cortés en su Real con el mismo concierto, y aun él en persona llevaba adobes y madera, hasta que quedaban seguras las puentes y calzadas, y aberturas, por tenello seguro al retraer: y Sandoval ni mas ni ménos en el suyo, y en nuestros bergantines junto á nosotros sin temer estacadas; y desta manera les fuimos entrando poco á poco. Volvamos á los grandes esquadrones que á la continua nos daban guerra, que muy bravosos y vitoriosos se venian á juntar pie con pie con nosotros, y de quando en quando, como se mudaban unos esquadrones venian otros. Pues digamos el ruido y alarido que traian, y en aquel instante el resonido de la corneta de Guatemuz, y entónces apechugaban de tal arte con nosotros, que no nos aprovechaban cuchilladas, ni estocadas que les dabamos, y nos venian á echar mano: y como despues de Dios nuestro buen pelear nos habia de valer, teniamos muy reciamente contra ellos, hasta que con las escopetas y ballestas, y arremetidas de los de á caballo, que estaban á la continua con nosotros la mitad dellos, y con nuestros bergantines que no temian ya las estacadas, les haciamos estar á raya, y poco á poco; les fuimos entrando: y desta manera batallabamos hasta cerca de la noche, que era hora de retraer. Pues ya que nos retraiamos, ya he dicho otras veces que habia de ser con gran concierto, por-

que

que entónces procuraban de nos atajar en la calzada y pasos malos, y si de ántes lo procuraban, en estos dias con la vitoria que habian alcanzado, lo ponian muy por la obra: y digo que por tres partes nos tenian tomados en medio en este dia, mas quiso nuestro Señor Dios, que puesto que hiriéron muchos de nosotros, nos tornamos á juntar, y matamos y prendimos muchos contrarios, y como no teniamos amigos que echar fuera de las calzadas, y los de á caballo nos ayudaban valientemente, puesto que en aquella refriega y combate les hiriéron dos caballos, y volvimos á nuestro Real bien heridos, donde nos curamos con aceyte, y apretar nuestras heridas con mantas, y comer nuestras tortillas con axí, y yerbas y tunas, y luego puestos todos en la vela. Digamos ahora lo que los Mexicanos hacian de noche en sus grandes y altos Cues: y es, que tenian su maldito atambor, que dixe otra vez que era el de mas maldito sonido, y mas triste que se podia inventar, y sonaba muy lejos; y tañian otros peores instrumentos. En fin, cosas diabólicas; y tenian grandes lumbres, y daban grandísimos gritos y silvos, y en aquel instante estaban sacrificando de nuestros compañeros, de los que tomáron á Cortés, que supimos que sacrificáron diez dias arreo hasta que los acabáron, y el postrero dexáron á Christóbal de Guzman, que vivo le tuviéron diez y ocho dias, segun dixéron tres

Ca-

Capitanes Mexicanos que prendimos: y quando los sacrificaban, entónces hablaba su Huichilobos con ellos, y les prometia vitoria, é que habiamos de ser muertos á sus manos ántes de ocho dias, é que nos diesen buenas guerras, aunque en ellas muriesen muchos: y desta manera les traian engañados. Dexemos ahora de sus sacrificios, y volvamos á decir, que quando otro dia amanecia, ya estaban sobre nosotros todos los mayores poderes que Guatemuz podia juntar, y como teniamos cegada la abertura, y calzada y puentes; mi fe ellos como la ponian en seco, tenian atrevimiento á venir hasta nuestros ranchos, y tirar vara, y piedra y flecha, si no fuera por los tiros con que siempre les haciamos apartar; porque Pedro Moreno Medrano, que tenia cargo dellos, les hacia mucho daño: y quiero decir, que nos tiraban saetas de las nuestras con ballestas, quando tenian vivos á cinco ballesteros, y al Christóbal de Guzman con ellos, y les hacian que les armasen las ballestas, y les mostrasen como habian de tirar: y ellos y los Mexicanos tiraban aquellos tiros, y no nos hacian mal: y tambien batallaba reciamente Cortés y Sandoval, y les tiraban saetas con ballestas, y esto sabiamoslo por Sandoval, y los bergantines que iban de nuestro Real al de Cortés, y del de Cortés al nuestro, y al de Sandoval, y siempre nos escribia de la manera que habiamos de batallar, y todo lo

que

que habiamos de hacer, y encomendándonos la vela, y que siempre estuviesen la mitad de los de á caballo en Tacuba guardando el fardaje, y las Indias que nos hacian pan, y que parasemos mientes no rompiesen por nosotros una noche: porque unos prisioneros que en el Real de Cortés se prendiéron, le dixéron que Guatemuz decia muchas veces, que diesen en nuestro Real de noche, pues no habia Tlascaltecas que nos ayudasen; porque bien sabian que se nos habian ido ya todos los amigos. Ya he dicho otra vez que poniamos gran diligencia en velar. Dexemos ésto, y digamos que cada dia teniamos muy recios rebatos, y no dexábamos de les ir ganando albarradas y puentes, y aberturas de agua: y como nuestros bergantines osaban ir por do quiera de la laguna, y no temian á las estacadas, ayudabannos muy bien. Y digamos como siempre andaban dos bergantines de los que tenia Cortés en su Real, á dar caza á las canoas que metian agua y bastimentos, y cogian en la laguna uno como medio lama, que despues de seco tenia un sabor como de queso, y traian en los bergantines muchos Indios presos. Tornemos al Real de Cortés, y de Gonzalo de Sandoval, que cada dia iban conquistando y ganando albarradas y puentes: y en aquestos trances y batallas se habian pasado, quando en el desbarate de Cortés, doce ó trece dias: y como este Suchel hermano de Don

Hernando Señor de Tezcuco, vió que volviamos muy de hecho en nosotros, y no era verdad lo que los Mexicanos decian, que dentro de diez dias nos habian de matar, porque así se lo habia prometido su Huichilobos, envió á decir á su hermano Don Hernando, que luego enviase á Cortés todo el poder de guerreros que pudiese sacar de Tezcuco, y viniéron dentro en dos dias, que él se lo envió á decir, mas de dos mil hombres. Acuérdome que viniéron con ellos Pedro Sanchez Farfan, y Antonio de Villarroel, marido que fué de la Ojeda; porque aquestos dos soldados habia dexado Cortés en aquella ciudad, y el Pedro Sanchez Farfan era Capitan, y el Antonio Villarroel era Ayo de Don Fernando: y quando Cortés vido tan buen socorro se holgó mucho, y les dixo palabras halagüeñas: y asimismo en aquella sazon volviéron muchos Tlascaltecas con sus Capitanes, y venia por Capitan dellos un Cacique de Topeyanco, que se decia Tecapanaca, y tambien viniéron otros muchos Indios de Guaxocingo, y pocos de Cholula: y como Cortés supo que habian vuelto, mandó que todos fuesen á su Real, para les hablar, y primero que viniesen les mandó poner guardas en el camino para defendellos, por si saliesen Mexicanos: y quando pareciéron delante, Cortés les hizo un parlamento con Doña Marina y Gerónimo de Aguilar, y les dixo, que bien habian creido y te-

tenido por cierto la buena voluntad que siempre les ha tenido y tiene, así por haber servido á su Magestad, como por las buenas obras que dellos hemos recebido; y que si les mandó desde que venimos á aquella ciudad venir con nosotros á destruir á los Mexicanos, que su intento fué porque se aprovechasen y volviesen ricos á sus tierras, y se vengasen de sus enemigos, que no para que por su sola mano hubiesemos de ganar aquella gran ciudad: y puesto que siempre les ha hallado buenos, y en todo nos han ayudado, que bien habrán visto que cada dia les mandabamos salir de las calzadas, porque nosotros estuviesemos mas desembarazados sin ellos para pelear; é que ya les habian dicho y amonestado otras veces, que el que nos dá vitoria, y en todo nos ayuda, es nuestro Señor Jesu-Christo, en quien creemos y adoramos: y porque se fuéron al mejor tiempo de la guerra, eran dignos de muerte, por dexar sus Capitanes peleando y desmampararllos: é que porque ellos no saben nuestras leyes y ordenanzas, que es perdonar, é que porque mejor lo entiendan, que mirasen que estando sin ellos ibamos derrocando casas y ganando albarradas: é que desde allí adelante les mandaba que no maten á ningunos Mexicanos, porque les quiere tomar de paz. Y despues que les hubo dicho este razonamiento, abrazó á Chichimecatecle, y á los dos mancebos Xicotengas, y á este Suchel

hermano de Don Hernando, y les prometió que les daria tierras y vasallos mas de los que tenian, teniéndoles en mucho á los que quedáron en nuestro Real; y asimismo habló muy bien á Tecapaneca, Señor de Topeyanco, y á los Caciques de Guaxocingo y Cholula, que estaban en el Real de Sandoval. Y como les hubo platicado lo que dicho tengo, cada uno se fué á su Real (1). Dexe-

(1) Despues que volviéron las Naciones amigas que fué por el diez ó doce de Julio de 1521. segun congeturo, por las fechas que señala Cortes en algunos sucesos, siguió otro plan para atacar y estrechar á Mexico. El sitio se dilataba mucho; el corto número de Españoles, heridos y dolientes los mas, no podrian sufrir mucho tiempo la dura fatiga de los ataques diarios, y por pocos soldados que muriesen, continuando el sitio en la forma que hasta entónces, vendria el exército á su fin: la obstinacion de los Mexicanos no cedia, el riesgo en que Cortés y todo el exército se habian visto fue casi decisivo; las Naciones amigas le podian desamparar, y disiparse en los Americanos la ilusion que los tenia sujetos á un pequeño número de extrangeros: ello es que la extrema necesidad le hizo resolver el último plan de ataque contra esta gran ciudad, y es el que el mismo declara. En „esta sazon, *dice*, ya los que habiamos salido heridos „del desbarato, estabamos buenos, y á la Villa Rica „habia aportado un navio de Juan Ponce de Leon, que „habian desbaratado en la tierra ó Isla Florida, y los „de la Villa enviaronme cierta pólvora y ballestas, de „que teniamos muy extrema necesidad, y ya gracias á „Dios, por aquí á la redonda no teniamos tierra, que „no fuese en nuestro favor: y yo viendo como estos „de la ciudad estaban tan rebeldes, y con la mayor „muestra y determinacion de morir, que nunca generacion tuvo, no sabia que medio tener con ellos pa„ra quitarnos á nosotros de tantos peligros y traba„jos, y á ellos, y á su ciudad, no los acabar de des„truir, porque era la mas hermosa cosa del mundo: y

xemos desto y volvamos á nuestras grandes guerras y combates que siempre teniamos y nos

„no nos aprovechaba decilles, que no habiamos de le„vantar los Reales, ni los bergantines habian de ce„sar de les dar guerra por el agua; ni que habiamos „destruido á los de Matalcingo y Marinalco, y que „no tenian en toda la tierra quien los pudiese socor„rer, ni tenian de donde haber maiz, ni carne, ni fru„tas, ni agua, ni otra cosa de mantenimiento. E quan„to mas de estas cosas les deciamos, menos muestra „veiamos en ellos de flaqueza, mas ántes en el pelear, „y en todos sus ardides los hallabamos con mas ani„mo que nunca. E yo viendo que el negocio pasaba de „esta manera, y que habia ya mas de quarenta y cin„co dias, que estabamos en el cerco, acorde de to„mar un medio para nuestra seguridad, y para poder „mas estrechar á los enemigos, y fué; que como fue„semos ganando por las calles de la ciudad, que fue„sen derrocando todas las casas dellas del un lado, y „del otro, por manera, que no fuesemos un paso ade„lante sin lo dexar todo asolado, y lo que era agua „hacello tierra firme aunque hobiese toda la dilacion, „que se pudiese seguir. E para esto yo llamé á todos „los Señores, y principales nuestros amigos, y dixeles „lo que tenia acordado, por tanto que ficiesen venir „mucha gente de sus labradores, y truxesen sus coas, „que son unos palos, de que se aprovechan tanto como „los cabadores en España de la azada: y ellos me res„pondieron, que así lo harian de muy buena volun„tad, y que era muy buen acuerdo y holgaron mucho „con esto, porque les paresció que era manera, para „que la ciudad se asolase, lo qual todos ellos desea„ban mas que cosa del mundo. *Cortés Carta III.*

Quedó pues acordado echar por el suelo y arrasar esta célebre Capital, siendo executores millares de guerreros Americanos, que de dia en dia aumentaban el poder de Cortés. La execucion de este nuevo plan empezó á mi entender por el diez y siete ó diez y ocho de Julio de 1521. Es doloroso que el sistema que Cortés tuvo qué abrazar por necesidad para la conquista, obligase á destruir los monumentos de la grandeza de este Imperio.

nos daban; y porque siempre de dia y de noche no haciamos sino batallar, y á las tardes al retraer siempre herian á muchos de nuestros soldados, dexaré de contar muy por extenso lo que pasaba: y quiero decir como en aquellos dias llovia en las tardes, que nos holgabamos que viniese el aguacero temprano, porque como se mojaban los contrarios no peleaban tan bravosamente, y nos dexaban retraer en salvo, y desta manera teniamos algun descanso. Y porque ya estoy harto de escribir batallas, y mas cansado y herido estaba de me hallar en ellas, y á los Lectores les parecerá prolixidad recitallas tantas veces: ya he dicho que no puede ser ménos, porque en noventa y tres dias siempre batallabamos á la continuar; mas desde aquí adelante si lo pudiese escusar no lo traeria tanto á la memoria en esta relacion. Volvamos á nuestro cuento, y como en todos tres Reales les ibamos entrando en su ciudad, Cortés por la suya, y Sandoval tambien por su parte, y Pedro de Alvarado por la nuestra, llegamos adonde tenian la fuente que ya he dicho otra vez, que bebian agua salobre; la qual quebramos y deshicimos, porque no se aprovechasen della, y estaban guardándola algunos Mexicanos, y tuvimos buena refriega de vara, y piedra y flecha, y muchas lanzas largas con que aguardaban á los de á caballo, porque por todas partes de las calles que les habiamos ganado, anda-

daban ya, porque ya estaba llano, y sin agua, y podian correr muy gentilmente. Dexemos de hablar en esto, y digamos como Cortés envió á Guatemuz mensajeros rogándole con la paz, y fué de la manera que diré adelante.

CAPITULO CLIV.

Como Cortés envió á Guatemuz á rogalle que tengamos paz.

Despues que Cortés vió que ibamos en la ciudad ganando muchas puentes y calzadas, y albarradas, y derrocando casas, como teniamos presos tres principales personas, que eran Capitanes de México, les mandó que fuesen á hablar á Guatemuz para que tuviesen paces con nosotros: y los principales dixéron, que no osaban ir con tal mensaje, porque su Señor Guatemuz les mandaria matar. En fin de pláticas, tanto se lo rogó Cortés, y con promesas que les hizo, y mantas que les dió, que fuéron: y lo que les mandó que dixesen al Guatemuz, es, que porque los quiere bien, por ser deudo tan cercano del gran Montezuma su amigo, y casado con su hija, y porque ha mancilla, que aquella gran ciudad no se acabe de destruir, y por escusar la gran matanza que cada dia haciamos en sus vecinos y forasteros, que le ruega que venga de paz, y en nombre de su Magestad les perdonará todas

las muertes y daños que nos han hecho, y hará muchas mercedes: é que tenga consideracion, que se lo ha enviado á decir tres ó quatro veces, é que él por ser mancebo, ó por sus consejeros, y la principal causa por sus malditos Idolos ó Papas que le aconsejan mal, no ha querido venir sino darnos guerra: é pues que ya ha visto tantas muertes, como en las batallas que nos dan les han sucedido, y que tenemos de nuestra parte todas las ciudades y pueblos de toda aquella comarca, y cada dia nuevamente vienen mas contra ellos, que se compadezcan de tal perdimiento de sus vasallos y ciudad: tambien les envió á decir que se les habian acabado los mantenimientos, é que ya Cortés lo sabia, é que tambien agua no la tenian: y les envió á decir otras palabras bien dichas, que los tres principales las entendiéron muy bien por nuestras lenguas, y demandáron á Cortés una carta, y ésta no porque la entendian, sino porque sabian claramente que quando enviabamos alguna mensajería ó cosas que les mandabamos, era un papel de aquellos que llaman amales, señal como mandamiento. Y quando los tres mensajeros pareciéron ante su Señor Guatemuz, con grandes lágrimas y sollozando le dixéron lo que Cortés les mandó, y el Guatemuz desque lo oyó, y sus Capitanes que juntamente con él estaban, pareció ser que al principio recibió pasion de que fuesen atrevidos aquellos Capi-

pitanes de illes con tales embaxadas; mas como el Guatemuz era mancebo y muy gentil-hombre, y de buena disposicion, y rostro alegre, y aun la color tenia algo mas que tiraba á blanco, que á matiz de Indio; que era de obra de veinte y tres años, y era casado con una muy hermosa muger, hija del gran Montezuma su tio, y segun despues alcanzamos á saber, tenia voluntad de hacer paces, y para platicallo mandó juntar todos sus Capitanes, y principales y Papas de los ídolos, y les dixo que tenia voluntad de no tener guerra con Malinche, ni todos nosotros: y la plática que sobre ello les puso, fué que ya habian probado todo lo que se puede hacer sobre la guerra, y mudado muchas maneras de pelear, y que somos de tal manera, que quando pensaban que nos tenian vencidos, que entónces volviamos muy mas reciamente sobre ellos: y que al presente sabia los grandes poderes de amigos que nuevamente nos habian venido, y que todas las ciudades eran contra ellos, y que ya los bergantines les habian rompido sus estacadas: y que los caballos corrian á rienda suelta por las calles de su ciudad, y les puso por delante otras muchas desventuras que tenian sobre los mantenimientos y agua: que les rogaba y mandaba, que cada uno dellos diese sobre ello su parecer, y los Papas tambien dixesen el suyo, y lo que á sus Dioses *Huichilobos y Tezcatepuca* les han oido hablar:

y que ninguno tuviese temor de hablar y decir la verdad de lo que sentia. Y segun pareció le dixéron: Señor y nuestro gran Señor, ya te tenemos á tí por nuestro Rey y Señor, y es muy bien empleado en tí el reynado, pues en todas tus cosas te has mostrado varon, y te viene de derecho el Reyno. Las paces que dices buenas son; mas mira y piensa en ello, que quando estos Teules entráron en estas tierras, y en esta ciudad, qual nos ha ido de mal en peor: mirad los servicios y dádivas que les hizo y dió nuestro Señor vuestro tio el gran Montezuma, en que paró. Pues vuestro primo Cacamatzin Rey de Tezcuco, por el consiguiente. Pues vuestros parientes los Señores de Iztapalapa, é Cuyoacoan, y Tacuba, y de Talatzingo, qué se hiciéron? Pues los hijos de nuestro gran Señor Montezuma, todos muriéron. Pues oro y riquezas desta ciudad todo se ha consumido. Pues ya ves que á todos tus súbditos y vasallos de Tepeaca y Chalco, y aun de Tezcuco, y aun de todas estas vuestras ciudades y pueblos les ha hecho esclavos, y señalado las caras. Mira primero lo que nuestros Dioses te han prometido, toma buen consejo sobre ello, y no te fies de Malinche, ni de sus palabras, que mas vale que todos muramos en esta ciudad peleando, que no vernos en poder de quien nos harán esclavos, y nos atormentarán: y los Papas en aquel tiempo le dixéron que

sus Dioses les habian prometido vitoria tres noches arreo, quando les sacrificaban: y entónces el Guatemuz medio enojado les dixo: pues así quereis que sea, guardad mucho el maiz y bastimentos que tenemos, y muramos todos peleando, y desde aquí adelante ninguno sea osado á me demandar paces, si no yo le mataré: y allí todos prometiéron de pelear noches y dias, y morir en la defensa de su ciudad. Pues ya esto acabado tuviéron trato con los de Suchimileco, y otros pueblos, que les metiesen agua en canoas de noche, y abriéron otras fuentes en partes que tenian agua, aunque salobre. Dexemos ya de hablar en este su concierto, y digamos de Cortés, y de todos nosotros, que estuvimos dos dias sin entralles en su ciudad esperando la respuesta, y quando no nos catamos vienen tantos esquadrones de guerreros Mexicanos en todos tres Reales, y nos dan tan recia guerra, que como leones muy bravosos venian á encontrar con nosotros, que en todo su seso creyéron de llevarnos de vencida. Esto que digo fué por nuestra parte del Real de Pedro de Alvarado, que en lo de Cortés y Sandoval, tambien dixéron que les habian llegado á sus Reales, que no les podian defender, aunque mas les mataban y herian: y quando peleaban tocan la corneta de Guatemuz, y entónces habiamos de tener órden, que no nos desbaratasen: porque ya he dicho otras veces, que entónces se metian por las

es-

espadas y lanzas para nos echar mano : é como ya estabamos acostumbrados á los rencuentros, puesto que cada dia herian y mataban de nosotros, teniamos con ellos pie con pie : y desta manera peleáron seis ó siete dias arreo, y nosotros les matabamos y heriamos muchos dellos, y con todo esto no se les daba nada por morir. Acuérdome que decian: ¿en qué se anda Malinche con nosotros cada dia demandándonos paces? que nuestros Idolos nos han prometido vitoria, y tenemos hartos bastimentos y agua, y á ninguno de vosotros hemos de dexar á vida, por eso no tornen á hablar sobre las paces, pues las palabras son para las mugeres, y las armas para los hombres : y diciendo esto se vienen á nosotros, como perros dañados, y hablando y peleando todo era uno, y hasta que la noche nos despartia estabamos peleando : y luego como dicho tengo, al retraer con gran concierto, porque nos venian siguiendo grandes Capitanías y esquadrones dellos, y echabamos á los amigos fuera de la calzada, porque ya habian venido muchos mas que de ántes; y nos volviamos á nuestras chozas, y luego ir y velar todos juntos, y en la vela cenabamos nuestra mala ventura, como dicho tengo otras veces, y bien de madrugada, alto á pelear, porque no nos daban mas espacio; y desta manera estuvimos muchos dias (1): y es-

(1) *Los* combates que refiere el Autor en este capítu-

estando desta manera tuvimos otro combate; y es que se juntaban de tres Provincias, que se dicen Mataltzingo y Malinalco, y otros pue-

tulo parece que fuéron ya segun el nuevo órden de atacar á Temistitan, esto es, el de ganarla palmo á palmo, y desolarla al mismo paso, y creo se dieron hasta fines de Julio: pueden fixarse estas fechas por las relaciones de Cortes, que desde ahora son mas extensas, y dan como un diario del sitio. Del dia 25 dice: „otro dia siguiente, que fue dia del Apóstol „Santiago, entramos en la ciudad, por la órden que an„tes, y seguimos por la calle grande, que iba á dar „al mercado, y ganamosles una calle muy ancha de „agua, en que ellos pensaban que tenian mucha segu„ridad, aunque se tardó gran rato, y fué peligrosa de „ganar; y en todo este dia no se pudo, como era „muy ancha de acabar de cegar, por manera que los „de á caballo pudiesen pasar de la otra parte. E como „estabamos todos á pie, y los Indios veian que los „caballos no habian pasado, vinieron de refresco so„bre nosotros, muchos de ellos muy lucidos, y como „les fecimos rostro, y teniamos muchos ballesteros, „dieron la vuelta á sus albarradas y fuerzas que te„nian, aunque fuéron harto asaeteados. E demas de „esto, todos los Españoles de á pie llevaban sus picas, „las quales yo habia mandado facer despues, que me „desbaratáron, que fue cosa muy provechosa. Aquel „dia por los lados de la una parte, y de la otra de „aquella calle principal, no se entendió sino en que„mar y allanar casas, que era lastima cierto de lo „ver, pero como no nos convenia hacer otra cosa, era „nos forzado seguir aquella órden. Los de la ciudad, „como vian tanto estrago, por esforzarse decian á „nuestros amigos, *que no ficiesen sino quemar y des„truir, que ellos se las harian tornar á hacer de nuevo; „porque si ellos eran vencedores, ya ellos sabian que ha„bia de ser asi; y sino, que las habian de hacer para „nosotros*: y de esto postrero, plugo á Dios, que sa„lieron verdaderos, aunque ellos son los que las tor„nan á hacer. *Cortés Carta III.*

Aquí solo cuenta Cortes lo sucedido en su Real: en *los otros dos* se hacia otro tanto.

pueblos, que no se me acuerda de sus nombres, que estaban obra de ocho leguas de México, para venir sobre nosotros, y miéntras estuviesemos batallando con los Mexicanos darnos en las espaldas, y en nuestros Reales, y que entónces saldrian los poderes Mexicanos, y los unos por una parte, y los otros por otra, tenian pensamiento de nos desbaratar: y porque hubo otras pláticas, lo que sobre ello se hizo diré adelante.

CAPITULO CLV.

Como fué Gonzalo de Sandoval contra las Provincias que venian á ayudar á Guatemuz (1).

Y para que esto se entienda bien, es menester volver algo atras á decir desde que á Cortés desbaratáron, y se lleváron á sacrificar sesenta y tantos soldados, y aun bien puedo decir sesenta y dos, porque tantos fuéron, despues que bien se contáron. Y tambien he dicho, que Guatemuz envió las cabezas de los caballos, y caras que habian desollado, y pies y manos de nuestros soldados que habian sacrificado á muchos pueblos, y á Mataltzingo y Malinalco: y les envió á hacer

(1) El Autor altera aquí el órden de los sucesos, y los que refiere en este capítulo de Sandoval, Tapia, y Licenciado Ayllon aconteciéron algunos dias antes. *Cortes Carta III.*

cer saber, que ya habia muerto la mitad de nuestras gentes, y que les rogaba, que para que nos acabasen de matar, que le viniesen á ayudar, é que darian guerra en nuestros Reales de dia y de noche, y que por fuerza habiamos de pelear con ellos por defenderse: é que quando estuviesemos peleando saldrian ellos de México, y nos darian guerra por otra parte, de manera que nos vencerian, y ternian que sacrificar muchos de nosotros á sus Idolos, y harian hartazga con nuestros cuerpos. De tal manera se lo envió á decir, que lo creyéron y tuviéron por cierto: y demas desto, en Mataltzingo tenia el Guatemuz muchos parientes por parte de la madre, y como viéron las caras y cabezas que dicho tengo, y lo que les envió á decir, luego pusiéron por la obra de se juntar con todos sus poderes que tenian, y de venir en socorro de México, y de su pariente Guatemuz, y venian ya de hecho contra nosotros: y por el camino por donde pasáron estaban tres pueblos, y les comenzáron á dar guerra, y robáron las estancias, y robáron niños para sacrificar; los quales pueblos enviáron á se lo hacer saber á Cortés, para que les enviase ayuda y socorro: y como lo supo, depresto mandó á Andres de Tapia, y con veinte de á caballo, y cien soldados y muchos amigos, les socorrió muy bien, y les hizo retraer á sus pueblos, con mucho daño que les hizo, y se volvió al Real, de que Cortés hubo mucho

pla-

placer y contentamiento: y despues desto, en aquel instante viniéron mensajeros de los pueblos de Cuernabaca, á demandar socorro, que los mismos de Mataltzingo, de Malinalco, y otras Provincias venian sobre ellos, é que enviase socorro, y para ello envió á Gonzalo de Sandoval con veinte de á caballo, y ochenta soldados los mas sanos que habia en todos tres Reales, y muchos amigos: y sabe Dios quales quedabamos con gran riesgo de nuestras personas, porque todos los mas estabamos heridos muy malamente, y no teniamos refrigerio ninguno. Y porque hay mucho que decir en lo que Sandoval hizo en el desbarate de los contrarios, se dexará de decir, mas de que se vino muy depresto por socorrer á su Real, y traxo dos principales de Mataltzingo consigo, y los dexó mas de paz que de guerra, y fué muy provechosa aquella entrada que hizo: lo uno por evitar que á nuestros amigos no se les hiciese ni recibiesen mas daño, y lo otro porque no viniesen á nuestros Reales, como venian de hecho, y porque viese Guatemuz y sus Capitanes, que no tenian ya ayuda, ni favor de aquellas Provincias: y tambien quando con ellos estabamos peleando nos decian, que nos habian de matar con ayuda de Mataltzingo, y de otras Provincias, é que sus Dioses se lo habian prometido así. Dexemos ya de decir de la ida y socorro que hizo Sandoval, y volvamos á decir de como Cortés envió á rogar á Guatemuz que viniese de paz,

é que le perdonaria todo lo pasado : y le envió á decir, que el Rey nuestro Señor le envió á decir ahora nuevamente, que no le destruyese mas aquella ciudad y tierras, y que por esta causa los cinco dias pasados no le habia dado guerra, ni entrado batallando: y que mire que ya no tiene bastimentos, ni agua, y mas de las dos partes de su ciudad por el suelo: é que de los socorros que esperaba de Mataltzingo, que se informe de aquellos dos principales que entónces les envió, é digan como les ha ido en su venida: y le envió á decir otras cosas de muchos ofrecimientos, que fuéron con estos mensajeros los dos Indios de Mataltzingo, y le dixéron lo que habia pasado, y no les quiso responder cosa ninguna, sino solamente les mandó que se volviesen á sus pueblos, y luego les mandó salir de México. Dexemos á los mensajeros que luego saliéron, y los Mexicanos por tres partes con la mayor furia que hasta allí habiamos visto, y se vienen á nosotros, y en todos tres Reales nos diéron muy recia guerra: y puesto que les heriamos y matabamos muchos dellos, pareceme que deseaban morir peleando: y entónces quando mas recios andaban con nosotros pie con pie peleando, nos decian: Tenitoz Rey Castilla, Tenitoz Axaca, que quiere decir en su lengua, ¿qué dirá el Rey de Castilla? ¿qué dirá ahora? y con estas palabras tirar vara y *piedra, y flecha*, que cubrian el suelo y calzada.

re de Badajoz, mandó Pedro de Alvarado que subiese en el alto Cu de Huichilobos, y peleó muy bien con los contrarios, y muchos Papas que en las casas de los adoratorios estaban, y de tal manera le daban guerra los contrarios, que le hacian venir las gradas abaxo: y luego Pedro de Alvarado nos mandó que le fuesemos á socorrer y dexasemos el combate en que estabamos: é yendo que ibamos, nos siguiéron los esquadrones con quien peleabamos, y todavía les subiamos sus gradas arriba. Aquí habia bien que decir en que trabajo nos vimos los unos y los otros en ganalles aquellas fortalezas, que ya he dicho otras veces que eran muy altas; y en aquellas batallas nos tornáron á herir á todos muy malamente, y todavía les pusimos fuego á los Idolos, y levantamos nuestras banderas, y estuvimos batallando en lo llano, despues de le haber puesto fuego, hasta la noche, que no nos podiamos valer con tanto guerrero. Dexemos de hablar en ello, y digamos que como Cortés y sus Capitanes viéron en aquella sazon desde sus barrios y calles en sus partes léjos del alto Cu, y las llamaradas en que el Cu mayor se ardia, y nuestras banderas encima, se holgó mucho, y se quisieran hallar en él; mas no podian, porque habia un quarto de legua de la una parte á la otra, y tenian muchas puentes y aberturas de agua por ganar, y por donde andaba, le daban

ban recia guerra, y no podian entrar tan presto como quisieran en el cuerpo de la ciudad; mas dende á quatro dias se juntó con nosotros, así Cortés, como Sandoval, é podiamos ir desde un Real á otro por las calles y casas derrocadas, y puentes y albarradas deshechas, y aberturas de agua todo ciego (1). Y en este instante se iban retrayen-

(1) „Otro dia siguiente, *dice Cortés*, estando adereszando para tornar á entrar en la ciudad á las nueve horas del dia, vimos de nuestro Real salir humo, de dos torres muy altas que estaban en el Tatelulco ó Mercado de la ciudad, que no podiamos pensar que fuese; y como parescia que era mas que desaumerios, que acostumbran los Indios á hacer á sus Idolos, barruntamos que la gente de Pedro de Alvarado habia llegado allí, y aunque así era la verdad, no lo podiamos creer. E cierto aquel dia Pedro de Alvarado y su gente lo hicieron valientemente, porque teniamos muchas puentes y albarradas de ganar, y siempre acudian á las defender toda la mas parte de la ciudad.

„Otro dia entramos luego por la mañana en la ciudad, y como no habia por ganar fasta llegar al Mercado, sino una traviesa de agua con su albarrada, que estaba junto á la torrecilla que he dicho, comenzámosla á combatir; y un Alferez, y otros dos ó tres Españoles echáronse al agua, y los de la ciudad desampararon luego el paso, y comenzóse á cegar y adereszar para que pudiesemos pasar con los caballos; y estándose adereszando llegó Pedro de Alvarado por la misma calle con quatro de caballo, que fué sin comparacion el placer que hobo la gente de su Real y del nuestro, porque era camino para dar muy breve conclusion en la guerra: y Pedro de Alvarado dexaba recaudo de gente en las espaldas hilados, así para conservar lo ganado, como para su defensa: y como luego se aderesző el paso, yo con algunos de caballo me fuí á ver el Mercado, y mandé á la gente de

yendo Guatemuz con todos sus guerreros en una parte de la ciudad dentro de la laguna, porque las casas y palacios en que vivia, ya estaban por el suelo, y con todo esto no dexaban cada dia de salir á nos dar guerra, y al tiempo de retraer nos iban siguiendo muy mejor que de ántes; é viendo esto Cortés

„nuestro Real que no pasase adelante de aquel paso. „E despues que anduvimos un rato paseándonos por la „plaza, mirando los portales de ella, los quales por „las azoteas estaban llenos de los enemigos; é como la „plaza era muy grande, y veian andar por ella los de „caballo, no osaban llegar: é yo subí en aquella torre „grande que está junto al Mercado, y en ella, tambien, „y en otras hallamos ofrescidas ante sus Idolos las ca„bezas de los Christianos que nos habian muerto, y de „los Indios de Tascaltecal nuestros amigos, entre quien „siempre ha habido muy antigua y cruel enemistad. E „yo mire dende aquella torre lo que teniamos ganado „de la ciudad, que sin duda de ocho partes teniamos „ganado las siete: e viendo que tanto número de gen„te de los enemigos no era posible sufrirse en tanta an„gostura, mayormente que aquellas casas que les que„daban eran pequeñas y puestas cada una de ellas so„bre sí en el agua, y sobre todo la grandísima ham„bre que entre ellos habia, y que por las calles halla„bamos roidas las raices y cortezas de los árboles; acor„dé de los dexar de combatir por algun dia, y mové„lles algun partido por donde no pereciese tanta mul„titud de gente, que cierto me ponia en mucha lásti„ma y dolor el daño que en ellos se hacia: y conti„nuamente les hacia acometer con la paz; y ellos de„cian, que en ninguna manera se habian de dar, y „que uno solo que quedase, habia de morir peleando; „y que de todo lo que tenian no habiamos de haber „ninguna cosa, y que lo habian de quemar y echar al „agua, donde nunca pareciese, y yo por no dar mal „*por mal*, disimulaba en no los dar el combate. *Cortés Carta III.*

tés, que se pasaban muchos dias, y no venian de paz, ni tal pensamiento tenian, acordó con todos nuestros Capitanes que les echasemos celadas: y fué desta manera, que de todos tres Reales se juntáron hasta treinta de á caballo y cien soldados los mas sueltos y guerreros que conocia Cortés: y envió á llamar de todos tres Reales mil Tlascaltecas, y nos metimos en unas casas grandes que habian sido de un señor de México, y esto fué muy de mañana, y Cortés iba entrando con los demas de á caballo que le quedaban y sus soldados y ballesteros y escopeteros por las calles y calzadas como solia, y ya llegaba Cortés á una abertura y puente de agua, y entónces estaban peleando con los esquadrones de Mexicanos que para ello estaban aparejados, y aun muchos mas que Guatemuz enviaba para guardar la puente: y como Cortés vió que habia gran número de contrarios, hizo que se retraia y mandaba echar los amigos fuera de la calzada, porque creyesen que de hecho se iban retrayendo, y le iban siguiendo al principio poco á poco, y quando viéron que de hecho hacia que iba huyendo, van tras él todos los poderes que en aquella calzada le daban guerra; y como Cortés vió que habia pasado algo adelante de las casas adonde estaba la celada, tiráron dos tiros juntos, que era señal de quando habiamos de salir de la celada, y salen los de á caballo primero, y salimos

todos los soldados y dimos en ellos á placer; pues luego volvió Cortés con los suyos, y nuestros amigos los Tlascaltecas, é hiciéron una gran matanza. Por manera que se hiriéron y matáron muchos, y desde allí adelante no nos seguian al tiempo del retraer: y tambien en el Real de Pedro de Alvarado les echó una celada, mas no tan buena como ésta, y en aquel dia no me hallé yo en nuestro Real con Pedro de Alvarado, por causa que Cortés me mandó que para la celada quedase con él. Dexemos desto, y digamos como estabamos ya en el Tatelulco y Cortés nos mandó que pasasemos todas las Capitanías á estar en el, é que allí velasemos, por causa que veniamos mas de media legua desde el Real á batallar con los Mexicanos, y estuvimos alli tres dias sin hacer cosa que de contar sea, porque nos mandó que no les entrasemos mas en la ciudad, ni les derrocasemos mas casas, porque les queria tornar á requerir con las paces: y en aquellos dias que allí estuvimos en el Tatelulco, envió Cortés á Guatemuz, rogándole que se diese, y no hubiese miedo, y con grandes ofrecimientos que le prometia, que su persona seria muy acatada y honrada dél, y que mandaria á México y á todas sus tierras y ciudades, como solia; y les envió bastimentos y regalos, que eran *tortillas*, y gallinas, y cerezas, y tunas, y *caza*, é que no tenian otra cosa: y el Guate-

temuz entró en consejo con sus Capitanes, y lo que le aconsejáron fué, que dixese que queria paz, é que aguardarian tres dias, é que al cabo de los tres dias se verian el Guatemuz y Cortés, y se darian los conciertos de las paces; y en aquellos tres dias ternian tiempo de aderezar puentes, y abrir calzadas, y adobar piedra, y vara, y flecha, y hacer albarradas: y envió Guatemuz quatro Mexicanos principales con aquella respuesta, é creiamos que eran verdaderas las paces, y Cortés les mandó dar muy bien de comer y beber, y les tornó á enviar á Guatemuz, y con ellos les envió mas refresco, como de ántes, y el Guatemuz tornó á enviar á Cortés otros mensajeros, y con ellos dos mantas ricas, y dixéron que Guatemuz vernia para quando estaba acordado: y por no gastar mas razones sobre él caso, el nunca quiso venir, porque le aconsejáron que no creyese á Cortés, y poniéndole por delante el fin de su tio el gran Montezuma y sus parientes, y la destruicion de todo el linage noble de los Mexicanos; é que dixese que estaba malo, é que saliesen todos de guerra, é que placeria á sus Dioses, que les daria vitoria contra nosotros, pues tantas veces se la habian prometido. Pues como estabamos aguardando al Guatemuz, y no venia, vimos luego la burla que de nosotros hacia; y en aquel instante salian tantos batallones de Mexicanos con sus divisas, y dan á Cor-

tés

tés tanta guerra, que no se podia valer: y otro tanto fué por nuestra parte de nuestro Real; pues en el de Sandoval lo mismo: y era de tal manera, que parecia que entónces comenzaban de nuevo á batallar: y como estabamos algo descuidados, creyendo que estaban ya de paz, hiriéron á muchos de nuestros soldados, y tres fuéron heridos muy malamente, y el uno dellos murió, y matáron dos caballos, y hiriéron otros mas: é ellos no se fuéron mucho alabando, que muy bien lo pagáron: y como esto vido Cortés, mandó que luego les tornasemos á dar guerra, y les entrasemos en su ciudad á la parte donde se habia recogido: y como viéron que les ibamos ganando toda la ciudad, envió Guatemuz á decir á Cortés, que queria hablar con él desde una gran abertura de agua: y habia de ser, Cortés de la una parte, y el Guatemuz de la otra, y señaláron el tiempo para otro dia de mañana; y fué Cortés para hablar con él, y no quiso Guatemuz venir al puesto, sino envió á muchos principales; los quales dixéron que su señor Guatemuz no osaba venir, por temor que quando estuviese hablando le tirarian escopetas y ballestas, y le matarian: y entónces Cortés les prometió con juramento que no les enojaria en cosa ninguna, y no aprovechó, que no le creyéron. En aquella sazon dos principales de los que hablaban con Cortés, sacáron de un fardalejo que traian,

tor-

tortillas, é una pierna de gallina, y cerezas, y sentáronse muy de espacio á comer, porque Cortés lo viese, y entendiese que no tenian hambre: y desde allí le envió á decir á Guatemuz, que pues no queria venir, que no se le daba nada, y que presto les entraria en todas sus casas, y veria si tenia maiz, quanto mas gallinas: y desta manera se estuviéron otros quatro ó cinco dias, que no les dabamos guerra: y en este instante se salian de noche muchos pobres Indios, que no tenian que comer, y se venian al Real de Cortés, y al nuestro, como aburridos de hambre: y quando aquello vió Cortés, mandó que en bueno ni en malo no les diesemos guerra, é que quizá se les mudaria la voluntad, para venir de paz; y no venian: y en el Real de Cortés estaba un soldado, que decia él mismo, que él habia estado en Italia en compañia del Gran Capitan, y se halló en la Chirinola de Garayana, y en otras grandes batallas, y decia muchas cosas de ingenios de la guerra, é que haria un trabuco en el Tatelulco, con que en dos dias que con él tirase á la parte y casas de la ciudad, adonde el Guatemuz se habia retraido, que les haria que luego se diesen de paz: y tantas cosas dixo á Cortés sobre ello, que luego puso en obra hacer el trabuco, y truxéron piedra, cal y madera, de la manera que él la *demandó, y* carpinteros, y clavazon, y to-

do

do lo perteneciente para hacer el trabuco, é hiciéron dos hondas de recias sogas, y truxéron grandes piedras, y mayores que botijas de arroba; é ya que estaba armado el trabuco, segun y de la manera que el soldado dió la órden, y dixo que estaba bueno para tirar, y pusiéron en la honda una piedra hechiza, lo que con ella se hizo, es, que no pasó adelante del trabuco, porque fué por alto, y luego cayó allí donde estaba armado: y desque aquello vió Cortés, hubo mucho enojo del soldado que le dió la órden para que lo hiciese, y tenia pesar en sí mismo, porque él creido tenia que no era para en la guerra, ni para en cosa de afrenta, y no era mas de hablar, que se habia hallado de la manera que he dicho, y segun el mismo soldado decia, que se decia Fulano de Sotelo, natural de Sevilla; y luego Cortés mandó deshacer el trabuco. Dexemos desto, y digamos que como vió que el trabuco era cosa de burla, acordó que con todos doce bergantines fuese en ellos Gonzalo Sandoval por Capitan General, y entrase en el rincon de la ciudad, adonde se habia retraido Guatemuz; el qual estaba en parte que no podian entrar en sus palacios y casas, sino por el agua; y luego Sandoval apercibió á todos los Capitanes de los bergantines, y lo que hizo diré adelante cómo y de que manera pasó (1).

CA-

(1) El Autor se ciñe demasiado en este capitulo, que abra-

abrazando lo que sucedió desde primeros de Agosto, es lo mas interesante de este sitio. Supliremos su brevedad con lo que cuenta Cortes de los últimos alientos de un Imperio, y de una Capital, cuya desolacion se habia hecho forzosa. „Otro dia despues de asentado el „Trabuco, volvimos á la ciudad, y como ya habia tres „ó quatro dias que no los combatiamos hallamos las „calles por donde ibamos, llenas de mugeres y niños „y otra gente miserable, que se morian de hambre y „salian traspasados y flacos, que era la mayor lástima „del mundo de los ver: y yo mandé á nuestros ami„gos que no les ficiesen daño alguno: pero de la gente „de guerra no salia ninguno adonde pudiese recibir da„ño, aunque los veiamos estar encima de sus azoteas „cubiertos con sus mantas, que usan, y sin armas: y „fice este dia que se les requiriese con la paz, y sus „respuestas eran disimulaciones: y como lo mas del dia „nos tenian en esto, envieles á decir que les queria „combatir, que ficiesen retraer toda su gente, sino, que „daria licencia que nuestros amigos los matasen. Y ellos „dixéron que querian paz; y yo les repliqué, que yo „no veia allí el Señor, con quien se habia de tratar; „que venido, para lo qual le daria todo el seguro que „quisiese, que hablariamos en la paz. E como vimos „que era burla, y que todos estaban apercibidos para „pelear con nosotros, despues de se la haber muchas „veces amonestado, por mas los estrechar y poner en „mas extrema necesidad, mande á Pedro de Alvarado „que con toda su gente entrase por la parte de un gran „barrio que los enemigos tenian, en que habria mas „de mil casas, y yo por la otra parte entré á pie con „la gente de nuestro Real, porque á caballo no nos „podiamos por allí aprovechar. Y fue tan recio el com„bate nuestro, y de nuestros enemigos, que les gana„mos todo aquel barrio; y fue tan grande la mortan„dad que se hizo en nuestros enemigos, que muertos „y presos pasaron de doce mil animas: con los qua„les osaban de tanta crueldad nuestros amigos, que por „ninguna via á ninguno daban la vida, aunque mas re„prehendidos y castigados de nosotros eran. Otro dia „siguiente tornamos á la ciudad, y mande, que no pe„leasen ni ficiesen mal á los enemigos, y como ellos „veian tanta multitud de gente sobre ellos y conoscian „*que los venian* á matar sus vasallos, y los que ellos

„solian mandar, y veian su extrema necesidad; y co„mo no tenian donde estar sino sobre los cuerpos muer„tos de los suyos, con deseo de verse fuera de tanta „desventura, decian, *que por qué no los acababamos ya „de matar*; y á mucha priesa dixeron que me llama„sen que me querian hablar. E como todos los Espa„ñoles deseaban que ya esta guerra se concluyese, y „habian lastima de tanto mal como se hacia, holgá„ron mucho, pensando que los Indios querian paz; y „con mucho placer viniéronme á llamar y importunar „que me llegase á una albarrada, donde estaban cier„tos principales, porque querian hablar conmigo. E „aunque yo sabia que habia de aprovechar poco mi „ida, determiné de ir, como quiera que bien sabia que „el no darse estaba solamente en el Señor y otros tres „ó quatro principales de la ciudad, porque la otra „gente muertos ó vivos deseaban ya verse fuera de allí. „Y llegado á la albarrada, dixéronme; *que pues ellos „me tenian por hijo del sol, y el sol en tanta brevedad, „como era en un dia y una noche daba vuelta á todo el mun„do, que porque yo así brevemente no los acababa de ma„tar, y los quitaba de penar tanto, porque ya ellos tenian „deseo de morir, y irse al cielo para sus Ochilobus que los „estaba allá esperando para descansar*: y este Idolo es „el que mas en veneracion ellos tienen. Yo les respon„dí muchas cosas para los atraer á que se diesen, y „ninguna cosa aprovechaba, aunque en nosotros veian „mas muestras y señales de paz, que jamas á ningunos „vencidos se mostráron, siendo nosotros con el ayuda „de nuestro Señor los vencedores.

„Puestos los enemigos en el último extremo, como „de lo dicho se puede colegir, para los quitar de su „mal proposito, como era la determinacion que tenian „de morir, hablé con una persona bien principal en„tre ellos, que teniamos preso, al qual dos ó tres dias „ántes habia prendido un tio de Don Fernando, Señor „de Tesaico, peleando en la ciudad; y aunque estaba „muy herido, le dixe, que si queria volver á la ciu„dad; y él me respondió que sí, y como otro dia en„tramos en ella, envíele con ciertos Españoles, los „quales lo entregáron á los de la ciudad; y á este prin„cipal yo le habia fablado largamente, para que fa„blase con el Señor y con otros principales sobre la „paz, y él me prometió de facer sobre ello todo lo

„que

„que pudiese. Los de la ciudad lo rescibiéron con mu-„cho acatamiento como á persona principal; y como „lo lleváron delante de Guatimucin su Señor, y él le „comenzó á fablar sobre la paz, dizque luego lo man-„dó matar y sacrificar: y la respuesta que estabamos „esperando, nos dieron con venir con grandisimos ala-„ridos, diciendo, que no querian sino morir, y co-„mienzan á nos tirar varas, flechas y piedras, y á pe-„lear reciamente con nosotros, y tanto, que nos matá-„ron un caballo con un dalle, que uno traia hecho de „una espada de las nuestras; y al fin les costó caro, por-„que muriéron muchos de ellos, y así volvimos á nues-„tros Reales aquel dia. Otro dia tornamos á entrar en „la ciudad, y ya estaban los enemigos tales, que de „noche osaban quedar en ella de nuestros amigos in-„finitos de ellos. Y llegados á vista de los enemigos, „no quisimos pelear con ellos, sino andarnos paseando „por su ciudad, porque teniamos pensamiento que ca-„da hora, y cada rato se habian de salir á nosotros. E „por los inclinar á ello, yo me llegue cabalgando cabe „una albarrada suya, que tenian bien fuerte, y llame „á ciertos principales, que estaban detras, á los qua-„les yo conoscia, y dixéles: que pues se veian tan per-„didos, y conoscian, que si yo quisiese en una hora „no quedaria ninguno de ellos, que porque no venia á „me hablar Guatimucin su Señor, que yo le prometia „de no hacerle ningun mal, y queriendo el y ellos ve-„nir de paz, que serian de mí muy bien rescebidos y „tratados. Y pasé con ellos otras razones, con que los „provoque á muchas lágrimas, y llorando me respon-„diéron: que bien conoscian su yerro y perdicion, y „que ellos querian ir á hablar á su Señor, y me vol-„verian presto con la respuesta, y que no me fuese de „allí. Ellos se fuéron, y volvieron dende á un rato y „dixéronme: que porque ya era tarde su Señor no ha-„bia venido, pero que otro dia á medio dia vernia en „todo caso á me hablar en la plaza del Mercado, y así „nos fuimos á nuestro Real. E yo mandé para otro dia „que tuviesen aderezado allí en aquel quadrado alto, „que está en medio de la plaza, para el Señor y prin-„cipales de la ciudad un estrado, como ellos lo acos-„tumbraban, y que tambien les tuviesen aderezado de „*comer, y así se puso* por obra.

„*Otro dia de mañana* fuimos á la ciudad, y yo avi-

„sé

„sé á la gente que estuviese apercebida, para que si „los de la ciudad cometiesen alguna traicion, no nos „tomasen descuidados. E á Pedro de Alvarado, que es„taba allí, le avise de lo mismo: y como llegamos á „el Mercado, yo envie á decir, y hacer saber á Gua„timucin como le estaba esperando, el qual, segun pa„resció, acordó de no venir, y envióme cinco de aque„llos señores principales de la ciudad, cuyos nombres, „porque no hacen mucho á el caso, no digo aquí. Los „quales, llegados dixéron, que su Señor me enviaba á „rogar con ellos, que le perdonase, porque no venia, „que tenia mucho miedo de parescer ante mí, y tam„bien estaba malo, y que ellos estaban allí, que viese „lo que mandaba, que ellos lo harian: y aunque el Se„ñor no vino, holgamos mucho que aquellos principa„les viniesen, porque parescia que era camino de dar „presto conclusion á todo el negocio. Yo los recibí con „semblante alegre, y mandéles dar luego de comer, y „de beber, en lo qual mostráron bien el deseo y nece„sidad que de ello tenian. E despues de haber comido, „dixeles, que hablasen á su Señor, y que no tuviese „temor ninguno, y que le prometia, que aunque an„te mí viniese, que no le seria hecho enojo alguno, „ni seria detenido, porque sin su presencia en ningu„na cosa se podia dar buen asiento, ni concierto; y „mandéles dar algunas cosas de refresco, que le lleva„sen para comer, y prometieronme de hacer en el „caso todo lo que pudiesen, y así se fuéron. E dende „á dos horas volviéron y trajéronme unas mantas de „algodon buenas, de las que ellos usaban, y dijéronme, „que en ninguna manera Guatimucin su Señor vernia, „ni queria venir, y que era escusado hablar en ello; „y yo les torné á repetir, que no sabia la causa por„que él se recelaba venir ante mí, pues veia que á „ellos, que yo sabia que habian sido los causadores „principales de la guerra, y que la habian sustentado, „les hacia buen tratamiento, que los dexaba ir, y ve„nir seguramente, sin rescebir enojo alguno; que les „rogaba que le tornasen á fablar, y mirasen mucho „en esto de su venida, pues á él le convenia, y yo lo „hacia por su provecho: y ellos respondiéron que así „lo harian, y que otro dia me volverian con la res„puesta, y así se fuéron ellos, y tambien nosotros á „nuestros Reales.

„Otro

„Otro dia bien de mañana aquellos principales vi„niéron á nuestro Real, y dixeronme que me fuese á „la plaza del mercado de la ciudad, porque su Señor „me queria ir á hablar allí, y yo creyendo que fuera „así, cabalgué y tomamos nuestro camino, y estúvele „esperando, donde quedaba concertado, mas de tres ó „quatro horas, y nunca quiso venir, ni parescer ante „mí. E como yo ví la burla, y que era ya tarde, y „que ni los otros mensajeros, ni el Señor venian, en„vié á llamar á los Indios nuestros amigos que habian „quedado á la entrada de la ciudad, casi una legua de „donde estabamos, á los quales yo habia mandado, „que no pasasen de allí, porque los de la ciudad me „habian pedido, que para hablar en las paces no es„tuviese ninguno de ellos dentro, y ellos no se tar„dáron, ni tampoco los del Real de Pedro de Alvara„do. E como llegáron, comenzamos á combatir unas „albarradas y calles de agua que tenian, que ya no les „quedaba otra mayor fuerza, y entramosles, así no„sotros como nuestros amigos, todo lo que quisimos. „E al tiempo que yo salí del Real habia provehido „que Gonzalo de Sandoval entrase con los bergantines „por la otra parte de las casas en que los Indios es„taban fuertes, por manera que los tuviesemos cerca„dos, y que no los combatiese, fasta que viese que „nosotros combatiamos; por manera que por estar „así cercados y apretados, no tenian paso por donde „andar, sino por encima de los muertos, y por las „azoteas que les quedaban, y á esta causa ni tenian, „ni hallaban flechas, ni varas, ni piedras con que nos „ofender, y andaban con nosotros nuestros amigos á „espada y rodela; y era tanta la mortandad que en „ellos se fizo por la mar, y por la tierra, que aquel „dia se matáron, y prendiéron mas de quarenta mil „animas, y era tanta la grita y lloro de los niños y „mugeres, que no habia persona á quien no quebran„tase el corazon; é ya nosotros teniamos mas que ha„cer en estorbar á nuestros amigos que no matasen, „ni ficiesen tanta crueldad, que no en pelear con los „Indios, la qual crueldad nunca en generacion tan re„cia se vió, ni tan fuera de toda orden de naturale„za, como en los naturales de estas partes: *nuestros* „*amigos hobiéron* este dia muy gran despojo, el qual „*en ninguna* manera les podiamos resistir, porque no-

„sotros eramos obra de nuevecientos Españoles, y ellos „mas de ciento y cincuenta mil hombres, y ningun re„caudo, ni diligencia bastaba para los estorbar que no „robasen, aunque de nuestra parte se hacia todo lo „posible. Y una de las cosas porque los dias ántes yo „rehusaba de no venir en tanta rotura con los de la „ciudad, era porque tomándolos por fuerza, habian „de echar lo que tuviesen en el agua, y ya que no „lo ficiesen, nuestros amigos habian de robar todo lo „mas que hallasen, y á esta causa temia que se habria „para vuestra Magestad poca parte de la mucha ri„queza que en esta ciudad habia, y segun la que yo „ántes para vuestra Alteza tenia: y porque ya era tar„de, y no podiamos sufrir el mal olor de los muertos, „que habia de muchos dias por aquellas calles, que „era la cosa del mundo mas pestilencial, nos fuimos „á nuestros Reales. Y aquella tarde dexe concertado, „que para otro dia siguiente, que habiamos de vol„ver á entrar, se aparejasen tres tiros gruesos que te„niamos para llevallos á la ciudad, porque yo temia, „que como estaban los enemigos tan juntos, y que no „tenian por donde se rodear, queriendoles entrar por „fuerza, sin pelear podrian entre sí ahogar los Es„pañoles, y queria dende acá hacelles con los tiros al„gun daño, porque saliesen de allí para nosotros; é „al Alguacil Mayor mandé que asimismo para otro „dia, que estuviese apercebido para entrar con los ber„gantines por un lago de agua grande, que se hacia „entre unas casas á donde estaban todas las canoas „de la ciudad recogidas: y ya tenian tan pocas casas „donde poder estar, que el Señor de la ciudad and„ba metido en una canoa, con ciertos principales, que „no sabian que hacer de sí, y de esta manera quedó „concertado que habiamos de entrar otro dia por la „mañana.

„Siendo ya de dia hice apercebir toda la gente, y „llevar los tiros gruesos, y el dia ántes habia man„dado á Pedro de Alvarado que me esperase en la „plaza del Mercado, y no diese combate fasta que yo „llegase, y estando ya todos juntos, y los bergantines „apercebidos todos por detras de las casas del agua, „donde estaban los enemigos, mande que en oyendo „soltar una escopeta, que entrasen por una poca par„te que estaba por ganar, y echasen á los enemigos

„al agua hácia donde los bergantines habian de estar „á punto; y aviséles mucho que mirasen por Guatimucin, y trabajasen de lo tomar á vida, porque en „aquel punto cesaria la guerra. E yo me subí encima „de una azotea, y ántes del combate hable con al„gunos de aquellos principales de la ciudad que co„noscia, y les dixe: que era la causa, porque su Se„ñor no queria venir, que pues se veian en tanto „extremo, que no diesen causa á que todos perescie„sen, y que lo llamasen, y no hobiesen ningun temor, y „dos de aquellos principales parescio que lo iban á lla„mar. E dende á poco volvió con ellos uno de los mas „principales de todos ellos, que se llamaba Ciguacoacin, „y era el Capitan y Gobernador de todos ellos, é por „su consejo se seguian todas las cosas de la guerra, y „yo le mostré buena voluntad, porque se asegurase y „no tuviese temor; y al fin me dixo, que en ningu„na manera el Señor vernia ante mi, y ántes queria „por allá morir, y que á el pesaba mucho de esto, que „hiciese yo lo que quisiese: y como ví en esto su de„terminacion, yo le dixe, que se volviese á los suyos, „y que él y ellos se aparejasen, porque los queria „combatir y acabar de matar, y así se fué. Y como „en estos conciertos se pasáron mas de cinco horas, y „los de la ciudad estaban todos encima de los muer„tos, y otros en el agua, y otros andaban nadando, „y otros ahogándose en aquel lago donde estaban las „canoas, que era grande, era tanta la pena que te„nian, que no bastaba juicio á pensar como lo podian „sufrir, y no hacian sino salirse infinito número de „hombres y mugeres, y niños hácia nosotros. Y por „darse priesa al salir, unos á otros se echaban á el „agua, y se ahogaban entre aquella multitud de muer„tos, que segun paresció, del agua salada que bebian, „y de la hambre y mal olor habia dado tanta mortan„dad en ellos, que murieron mas de cincuenta mil ani„mas; los cuerpos de los quales, porque nosotros no „alcanzasemos su necesidad, ni los echaban á el agua, „porque los bergantines no topasen con ellos, ni los „echaban fuera de su conversacion, porque nosotros „por la ciudad no los viesemos; y así por aquellas „calles en que estaban hallabamos los montones de „*los muertos*, que no habia persona que en otra cosa „*pudiese poner los pies*; y como la gente de la ciudad

,,se salia á nosotros, yo habia proveido que por to-,,das las calles estuviesen Españoles para estorbar que ,,nuestros amigos no matasen á aquellos tristes que ,,salian, que eran sin cuento. Y tambien dixe á to-,,dos los Capitanes de nuestros amigos, que en nin-,,guna manera consintiesen matar á los que salian, y ,,no se pudo tanto estorbar, como eran tantos, que ,,aquel dia no matáron y sacrificáron mas de quince ,,mil animas: y en esto todavía los principales y gen-,,te de guerra de la ciudad se estaban arrinconados, ,,y en algunas azoteas, y casas, y en el agua, donde ,,ni les aprovechaba disimulacion, ni otra cosa, porque ,,no viesemos su perdicion, y su flaqueza muy á la ,,clara: viendo que se venia la tarde, y que no se que-,,rian dar, fice asestar los dos tiros gruesos hácia ellos, para ver si se darian, porque mas daño rescebieran ,,en dar licencia á nuestros amigos que les entraran, ,,que no de los tiros, los quales ficieron algun daño. E ,,como esto tampoco aprovechaba, mandé soltar la es-,,copeta, y en soltandola, luego fue tomado aquel rin-,,con que tenian, y echados á el agua los que en él ,,estaban: otros que quedaban sin pelear se rindiéron; ,,é los bergantines entráron de golpe por aquel lago, ,,y rompiéron por medio de la flota de las canoas, y ,,la gente de guerra que en ellas estaba, ya no osa-,,ban pelear; y plugo á Dios que un Capitan de un ,,bergantin, que se dice Garci Holguin, llegó en pos de ,,una canoa, en la qual le pareció que iba gente de ma-,,nera, y como llevaba dos ó tres ballesteros en la proa ,,del bergantin, y iban encarando en los de la canoa, ,,ficiéronle señal, que estaba allí el Señor, que no tira-,,sen, y saltáron de presto, y prendiéronle á él y aquel ,,Ciguacoacin, y aquel Señor de Tacuba, y á otros ,,principales que con él estaban; y luego el dicho Ca-,,pitan Garci Holguin me truxo allí á la azotea donde ,,estaba, que era junto al lago, al Señor de la ciudad, ,,y á los otros principales presos, el qual como le fi-,,cé sentar, no mostrándole riguridad ninguna, llegóse ,,á mí, y dixome en su lengua: *que ya el habia fecho ,,todo lo que de su parte era obligado para defenderse á sí, ,,y á los suyos, fasta venir en aquel estado, que agora ,,ficiese de él lo que* yo *quisiese*; y puso la mano en un ,,*puñal* que yo tenia, diciendome, *que le diese de puña-,,ladas, y lo matase*. E yo le animé, y le dixe que no

,,tu-

Como se prendió Guatemuz.

CAPITULO CLVI.

Pues como Cortés vido que el trabuco no aprovechó cosa ninguna, ántes hubo enojo con el soldado que le aconsejó que lo hiciese, y viendo que no queria paces ningunas Guatemuz y sus Capitanes, mandó á Gonzalo de Sandoval que entrase con los bergantines en el sitio y rincon de la ciudad, adonde estaban retraidos el Guatemuz con toda la flor de sus Capitanes y personas mas nobles que en México habia, y le mandó que no matase, ni hiriese á ningunos Indios, salvo si no le diesen guerra, é que aunque se la diesen, que solamente se defendiese, y no les hiciesen otro mal, y que les derrocase las casas, y muchas barbacanas que habian hecho en la laguna; y Cortés se subió luego en el Cu mayor del Tatelulco, para ver como entraba Sandoval con los bergantines, y les fuéron acompañando Pedro de Alvarado, y Luis Marin, y Francisco de Lugo, y otros soldados: y como el Sandoval entró con los bergantines en aquel parage donde estaban las casas del Guatemuz, quando se vió cercado el

„*tuviese temor ninguno*; y así preso este Señor, luego „*en ese punto* cesó la guerra. *Cortés Carta* III.

el Guatemuz, tuvo temor no le prendiesen ó le matasen, y tenia aparejadas cincuenta grandes piraguas para si se viese en aprieto, salvarse en ellas, y meterse en unos carrizales, é ir desde allí á tierra, y esconderse en unos pueblos de sus amigos, y asimismo tenia mandado á los principales y gente de mas cuenta que allí en aquel rincon tenia, y á sus Capitanes, que si se viesen en aprieto, que hiciesen lo mismo: y como viéron que les entraban en las casas, se embarcan en las canoas, é ya tenian metida su hacienda de oro y joyas, y toda su familia, y se mete en ellas, y tira la laguna adelante, acompañado de muchos Capitanes y principales: y como en aquel instante iba la laguna llena de canoas, y Sandoval luego tuvo noticia que Guatemuz con toda la gente principal se iba huyendo, mandó á los bergantines que dexasen de derrocar casas, y siguiesen el alcance de las canoas, y que mirasen que tuviesen tino é ojo á qué parte iba el Guatemuz, y que no le ofendiesen ni hiciesen enojo ninguno, sino que buenamente procurasen de le prender: y como un Garci Holguin, que era Capitan de un bergantin, amigo del Sandoval, y era muy gran velero su bergantin, y llevaba buenos remeros, le mandó que siguiese hácia la parte que le habian dicho que iba el Guatemuz y sus principales, y las grandes piraguas, y le mandó que si le alcanzase, que no le hiciese mal ninguno, mas
de

de prendelle, y el Sandoval siguió por otra parte con otros bergantines que le acompañaban; é quiso Dios nuestro Señor que el García Holguin alcanzó á las canoas é grandes piraguas en que iba el Guatemuz, y en el arte dél, y de los toldos é piragua, y aderezo dél, y de la canoa le conoció el Holguin, y supo que era el grande Señor de México, y dixo por señas que aguardasen, y no querian, y él hizo como que les queria tirar con las escopetas y ballestas, y hubo el Guatemuz miedo de ver aquello, y dixo: no me tiren, que yo soy el Rey de México y desta tierra, y lo que te ruego es, que no me llegues á mi muger, ni á mis hijos, ni á ninguna muger, ni á ninguna cosa de lo que aquí traygo, sino que me tomes á mí y me lleves á Malinche: y como el Holguin le oyó se gozó en gran manera, y le abrazó, y le metió en el bergantin con mucho acato á él y á su muger, y á veinte principales que con él iban, y les hizo asentar en la popa en unos petates y mantas, y les dió de lo que traia para comer, y á las canoas en que iba su hacienda, no les tocó en cosa ninguna, sino que juntamente las llevó con su bergantin: y en aquella sazon el Gonzalo de Sandoval se puso á una parte para ver los bergantines, y mandó que todos se recogiesen á él, y luego supo que García Holguin habia prendido al Guatemuz, y que le llevaba á Cortés, y como el Sando-

val lo supo, mandó á los remeros que llevaba en su bergantin que remasen á la mayor priesa que pudiesen, y quando alcanzó al Holguin le dixo, que le diese el prisionero, y el Holguin no se lo quiso dar, porque dixo que él lo habia prendido y no el Sandoval; y el Sandoval dixo, que así era verdad, y que él era General de los bergantines, y que el Holguin venia debaxo de su dominio é mando, y que por ser su amigo se lo habia mandado, y tambien porque era su bergantin muy ligero, mas que los otros: é mandó que le siguiesen y le prendiesen, y que al Sandoval como á su General le habia de dar él prisionero, y el Holguin todavía porfiaba que no queria: y en aquel instante fué otro bergantin á gran priesa á Cortés á demandalle albricias, que como dicho tengo, estaba muy cerca en el Tatelulco, mirando desde el Cu mayor, como entraba el Sandoval: y entónces le contáron la diferencia que traia Sandoval con el Holguin, sobre tomalle el prisionero: y quando Cortés lo supo, luego despachó al Capitan Luis Marin y á Francisco de Lugo, para que luego hiciesen venir al Gonzalo de Sandoval y al Holguin, sin mas debatir, é que traxese al Guatemuz y á la muger y familia con mucho acato, porque él determinaria cuyo era el prisionero, y á quien se habia de dar la honra dello: y entretanto que le fuéron á llamar hizo aderezar Cortés un estrado lo me-

jor que pudo con petates y mantas, y otros asientos, y mucha comida de lo que Cortés tenia para sí, y luego vino el Sandoval y Holguin con el Guatemuz, y le lleváron ante Cortés: y quando se vió delante dél le hizo mucho acato, y Cortés con alegría le abrazó, y le mostró mucho amor á él y á sus Capitanes: y entónces el Guatemuz dixo á Cortés: Señor Malinche, ya yo he hecho lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo mas, y pues vengo por fuerza, y preso ante tu persona y poder, toma luego ese puñal que traes en la cinta, y mátame luego con él: y esto quando se lo decia lloraba muchas lágrimas con sollozos, y tambien lloraban otros grandes señores que consigo traia: y Cortés le respondió con Doña Marina y Aguilar nuestras lenguas, y dixo muy amorosamente, que por haber sido tan valiente, y haber vuelto y defendido su ciudad, se lo tenia en mucho, y tenia en mas á su persona, y que no es digno de culpa ninguna, é que ántes se lo ha de tener á bien, que á mal: é que lo que Cortés quisiera fué que quando iban de vencida, que porque no hubiera mas destruicion ni muertes en sus Mexicanos, que vinieran de paz y de su voluntad: é que pues ya es pasado lo uno y lo otro, y no hay remedio ni enmienda en ello, que descanse su corazon, y de sus Capitanes, é que mandará á *México y á sus* Provincias, como de ántes lo

solian hacer: y Guatemuz y sus Capitanes dixéron que se lo tenian en merced, y Cortés preguntó por la muger, y por otras grandes señoras mugeres de otros Capitanes, que le habian dicho que venian con Guatemuz; y el mismo Guatemuz respondió, y dixo que habia rogado á Gonzalo de Sandoval, y á García Holguin, que les dexase estar en las canoas en que estaban, hasta ver lo que el Malinche ordenaba, y luego Cortés envió por ellas, y les mandó dar de comer de lo que habia, lo mejor que pudo en aquella sazon: y luego porque era tarde y queria llover, mandó Cortés á Gonzalo de Sandoval que se fuese á Cuyoacoan, y llevase consigo á Guatemuz y á su muger y familia, y á los principales que con él estaban: y luego mandó á Pedro de Alvarado y á Christóbal de Oli, que cada uno se fuese á sus estancias y Reales, y luego nosotros nos fuimos á Tacuba, y Sandoval dexó á Guatemuz en poder de Cortés en Cuyoacoan, y se volvió á Tepeaquilla que era su puesto y Real. Prendióse Guatemuz y sus Capitanes en trece de Agosto á hora de vísperas, dia de Señor San Hipolito, año de mil y quinientos y veinte y un años, gracias á nuestro Señor Jesu-Christo, y á nuestra Señora la Vírgen santa María su bendita Madre, Amen. Llovió, y tronó, y relampagueó aquella noche, y hasta media noche mucho mas que otras veces. Y como se hubo preso Guatemuz queda-

damos tan sordos todos los soldados, como si de ántes estuviera uno puesto encima de un campanario, y tañesen muchas campanas; y en aquel instante que las tañian cesasen de las tañer: y esto digo al propósito, porque todos los noventa y tres dias que sobre esta ciudad estuvimos, de noche y de dia daban tantos gritos y voces, é silvos, unos esquadrones Mexicanos apercibiendo los esquadrones y guerreros que habian de batallar en la calzada, é otros llamando las canoas que habian de guerrear con los bergantines, y con nosotros en las puentes, y otros apercibiendo á los que habian de hincar palizadas, y abrir y ahondar las calzadas, y aberturas, y puentes, y en hacer albarradas, y otros en aderezar piedra, y vara y flecha, y las mugeres en hacer piedra rolliza para tirar con las hondas: pues desde los adoratorios y casas malditas de aquellos malditos Idolos, los atambores y cornetas, y el atambor grande y otras bocinas dolorosas, que de continuo no dexaban de se tocar: y desta manera de noche y de dia no dexábamos de tener gran ruido, y tal que no nos oiamos los unos á los otros: y despues de preso el Guatemuz cesáron las voces y el ruido, y por esta causa he dicho, como si de ántes estuvieramos en campanario. Dexemos desto, y digamos como Guatemuz era de muy gentil disposicion, así de cuerpo como de facciones, y la cara algo larga y alegre, y los ojos mas pare-

recian que quando miraba, que eran con
vedad y halagüeños, y no habia falta en e
y era de edad de veinte y tres ó vein
quatro años, y el color tiraba mas á bla
que al color y matiz de esotros Indios
renos; y decian que su muger era sobrin
Montezuma su tio, muy hermosa mug
moza. Y ántes que mas pasemos adelante
gamos en qué paró el pleyto del Sando
del García Holguin sobre la prision de
temuz: y es, que Cortés les dixo que los
manos tuviéron otra contienda de la m
manera que ésta, entre Mario y Lucio
nelio Sila; y fué quando Sila truxo pr
Yugurta, que estaba con su suegro el
Bocos: y quando entraba en Roma t
fando de los hechos y hazañas heroycos
reció ser que Sila metió en su triunfo a
gurta con una cadena de hierro al pesc
y Mario dixo, que no le habia de meter
sino él; é ya que le metia, que habia d
clarar que el Mario le dió aquella fac
y le envió por él para que en su nomb
llevase preso, y se le dió el Rey Ibocos,
que el Mario era Capitan General, y
xo de su mano y bandera militaban; y e
como era de los Patricios de Roma teni
cho favor, y como Mario era de una
cerca de Roma, que se decia Arpino y
venedizo, puesto que habia sido siete
Cónsul, no tuvo el favor que el Sila,
bre ello hubo las guerras civiles entre

rio y el Sila, y nunca se determinó á quien se habia de dar la honra de la prision de Yugurta. Volvamos á nuestro propósito, y es, que Cortés dixo que haria relacion dello á su Magestad, y á quien fuese servido de hacer merced, se le daria por armas, que de Castilla traerian sobre ello la determinacion; y desde á dos años vino mandado por su Magestad, que Cortés tuviese por armas en sus reposteros ciertos Reyes, que fuéron Montezuma gran Señor de México, Cacamatzin, Señor de Tezcuco, y los señores de Iztapalapa, y de Cuyoacoan y Tacuba, y otro gran Señor que decian que era pariente muy cercano del gran Montezuma, á quien decian que de derecho le venia el Reyno y Señorío de México, que era Señor de Mataltzingo, y de otras Provincias, y á este Guatemuz sobre que fué este pleyto. Dexemos desto; y digamos de los cuerpos muertos y cabezas que estaban en aquellas casas adonde se habia retraido Guatemuz: y es verdad, y juro amen, que toda la laguna y casas, y barbacoas estaban llenas de cuerpos y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de que manera lo escriba. Pues en las calles, y en los mismos patios del Tatelulco no habia otras cosas, y no podiamos andar sino entre cuerpos y cabezas de Indios muertos. Yo he leido la destruicion de Jerusalen, mas si en ella hubo tanta mortandad como ésta, yo no lo sé; porque faltáron en esta ciudad gran multi-

ti-

titud de Indios guerreros, y de todas las Provincias y pueblos sujetos á México, que allí se habian acogido, todos los mas muriéron, que como he dicho, así el suelo, y la laguna y barbacoas, todo estaba lleno de cuerpos muertos, y hedia tanto que no habia hombre que sufrirlo pudiese; y á esta causa, así como se prendió Guatemuz, cada uno de los Capitanes se fuéron á sus Reales, como dicho tengo, y aun Cortés estuvo malo del hedor que se le entró por las narices en aquellos dias que estuvo allí en el Tatelulco. Dexemos desto y pasemos adelante, y digamos como los soldados que andaban en los bergantines, fuéron los mejor librados, é hubiéron buen despojo á causa que podian ir á ciertas casas que estaban en los barrios de la laguna, que sentian que habria oro, ropa y otras riquezas, y tambien lo iban á buscar á los carrizales, donde lo iban á esconder los Indios Mexicanos, quando les ganabamos algun barrio y casa; y tambien porque socolor que iban á dar caza á las canoas que metian bastimentos y agua, si topaban algunas en que iban algunos principales huyendo á tierra firme para se ir entre los otomites que estaban comarcanos, les despojaban de lo que llevaban. Quiero decir, que nosotros los soldados que militabamos en las calzadas, y por tierra firme, no podiamos haber provecho ninguno, sino muchos flechazos y lanzadas, y heridas de vara y piedra,

á causa que quando ibamos ganando alguna casa ó casas, ya los moradores dellas habian salido, y sacado toda la hacienda que tenian, y no podiamos ir por agua, sin que primero cegasemos las aberturas y puentes: y á esta causa he dicho en el capítulo que dello habla, que quando Cortés buscaba los marineros que habian de andar en los bergantines, que fuéron mejor librados, que no los que batallabamos por tierra; y así pareció claro, porque los Capitanes Mexicanos, y aun el Guatemuz dixéron á Cortés, quando les demandó el tesoro del gran Montezuma, que los que andaban en los bergantines habian robado mucha parte dello. Dexemos de hablar mas en esto hasta mas adelante, y digamos que como habia tanta hedentina en aquella ciudad, que Guatemuz le rogó á Cortés que diese licencia para que se saliese todo el poder de México á aquellos pueblos comarcanos, y luego les mandó que así lo hiciesen. Digo que en tres dias con sus noches iban todas tres calzadas llenas de Indios é Indias, y muchachos llenos de bote en bote, que nunca dexaban de salir, y tan flacos y sucios, é amarillos, é hediondos, que era lastima de los ver: y despues que la hubieron desembarazado, envió Cortés á ver la ciudad, y estaban como dicho tengo, todas las casas llenas de Indios muertos, y aun algunos pobres Mexicanos entre ellos que no podian salir, y lo que purgaban de sus cuer-

pos

pos era una suciedad, como echan los puercos muy flacos que no comen sino yerba: y hallóse toda la ciudad arada, y sacadas las raices de las yerbas que habian comido cocidas, hasta las cortezas de los árboles, tambien las habian comido. De manera que agua dulce no les hallamos ninguna, sino salada. Tambien quiero decir, que no comian las carnes de sus Mexicanos, sino eran de los enemigos Tlascaltecas, y las nuestras que apañaban: y no se ha hallado generacion en el mundo, que tanto sufriese la hambre y sed, y continuas guerras como ésta. Dexemos de hablar en esto y pasemos adelante, que mandó Cortés que todos los bergantines se juntasen en unas atarazanas que despues se hiciéron. Volvamos á nuestras pláticas, que despues que se ganó esta grande y populosa ciudad, y tan nombrada en el universo, despues de haber dado muchas gracias á nuestro Señor y á su bendita Madre, ofreciendo ciertas promesas á Dios nuestro Señor, Cortés mandó hacer un banquete en Cuyoacoan, en señal de alegría de la haber ganado, y para ello tenian ya mucho vino de un navío que habia venido al puerto de la Villa Rica, y tenia puercos que le truxéron de Cuba: y para hacer la fiesta mandó convidar á todos los Capitanes y soldados que le pareció, que era bien tener cuenta con ellos en todos tres Reales: y quando fuimos al banquete no habia mesas puestas, ni aun asientos para la tercia par-

parte de los Capitanes y soldados que fuimos, y hubo mucho desconcierto, y valiera mas que no se hiciera, por muchas cosas no muy buenas que en el acaeciéron, y tambien porque esta planta de Noe hizo á algunos hacer desatinos; y hombres hubo en él, que despues de haber comido anduviéron sobre las mesas, que no acertaban á salir al patio; otros decian que habian de comprar caballos con sillas de oro, y ballesteros hubo que decian que todas las saetas que tuviesen en su aljava, que habian de ser de oro de las partes que les habian de dar: y otros iban por las gradas abaxo rodando. Pues ya que habian alzado las mesas saliéron á danzar las damas que habia, con los galanes cargados con sus armas, que era para reir; y fuéron las damas pocas, que no habia otras en todos los Reales, ni en la Nueva-España: é dexo de nombrarlas por sus nombres, é de referir como otro dia hubo sátira; porque quiero decir, que como hubo cosas tan malas en el convite, y en los bayles, el buen Frayle Fr. Bartolomé de Olmedo lo murmuraba, é le dixo á Sandoval lo mal que le parecia, é que bien dabamos gracias á Dios para que nos ayudase adelante: é el Sandoval tan presto le dixo á Cortés lo que Fr. Bartolomé murmuraba é gruñia; y el Cortés que era discreto le mandó llamar, é le dixo: Padre, no escusaba solazar y alegrar los soldados, con lo que vuestra reverencia ha visto, é yo he

hecho de mala gana; ahora resta que vuestra Reverencia ordene una procesion, y que diga Misa, é nos predique, y diga á los soldados, que no roben las hijas de los Indios, y que no hurten ni riñan pendencias, é que hagan como Católicos Christianos, para que Dios nos haga bien: é Fr. Bartolomé se lo agradeció á Cortés, que no sabia lo que habia dicho Alvarado, y pensaba que salia del buen Cortés su amigo: y el Frayle hizo una procesion en que ibamos con nuestras banderas levantadas, y algunas Cruces á trechos, y cantando las Letanías, y á la postre una Imágen de nuestra Señora: y otro dia predicó Fr. Bartolomé, é comulgáron muchos en la Misa despues de Cortés y Alvarado, é dimos gracias á Dios por la victoria. Y dexemos de mas hablar en esto, y quiero decir otras cosas que pasáron, que se me olvidaba, y aunque no vengan ahora dichas, sino algo atras, sin propósito: y es, que nuestros amigos Chichimecatecle, y los dos mancebos Xicotengas hijos de Don Lorenzo de Vargas, que se solia llamar Xicotenga el viejo y ciego, guerreáron muy valientemente contra el poder de México, y nos ayudáron muy esforzada y estremadamente de bien; y asimismo un hermano del señor de Tezcuco Don Hernando, que se decia Suchel, que despues se llamó Don Cárlos, éste hizo cosas de muy esforzado y valiente varon, y otro Capitan natural de una ciu-

dad de la laguna, que no se me acuerda su propio nombre, tambien hacia maravillas, y otros muchos Capitanes de pueblos que nos ayudaban, todos guerreaban muy poderosamente; y Cortés les habló, y les dió muchas gracias y loores, porque nos habian ayudado, con muchas buenas palabras y promesas, de que el tiempo andando les daria tierras, y vasallos, y les haria grandes señores, y les despidió: y como estaban ricos de ropa de algodon, y oro, y otras muchas cosas ricas de despojos, se fuéron alegres á sus tierras, y aun lleváron hartas cargas de tasajos cecinados de Indios Mexicanos, que repartiéron entre sus parientes y amigos, y como cosas de sus enemigos las comiéron por fiestas. Agora que estoy fuera de los recios combates y batallas de los Mexicanos, que con nosotros, y nosotros con ellos teniamos de noche y de dia, porque doy muchas gracias á Dios que dellas me libró, quiero contar una cosa muy temeraria que me acaeció: y es, que despues que vide abrir por los pechos y sacar los corazones, y sacrificar aquellos sesenta y dos soldados, que dicho tengo que lleváron vivos de los de Cortés, y ofrecelles los corazones á los ídolos; y esto que agora diré, les parece á algunas personas que es por falta de no tener muy grande ánimo, y si bien lo consideran es, por el demasiado ánimo con que en aquellos dias habia de poner mi persona en lo mas recio de las

las batallas, porque en aquella sazon presumia de buen soldado, y era tenido en esta reputacion, y habia de hacer lo que mas osados y atrevidos soldados suelen hacer, y en aquella sazon yo hacia delante de mis Capitanes: y como de cada dia via llevar á nuestros compañeros á sacrificar, y habia visto, como dicho tengo, que les aserraban por los pechos, y sacalles los corazones bullendo, y cortarles pies y brazos, y se los comiéron á los sesenta y dos, que dicho tengo; temia yo, que un dia que otro habian de hacer de mí lo mismo, porque ya me habian llevado asido dos veces, y quiso Dios que me escapé; y acordóseme de aquellas muertes, y por esta causa dende entónces temí desta cruel muerte: y esto he dicho, porque ántes de entrar en las batallas, se me ponia por delante una como grima y tristeza grandísima en el corazon, y encomendándome á Dios y á su bendita Madre nuestra Señora, y entrar en las batallas, todo era uno, y luego se me quitaba aquel temor: y tambien quiero decir, que cosa tan nueva era agora tener yo aquel temor no acostumbrado, habiendome hallado en muchos rencuentros muy peligrosos, ya habia de estar curtido el corazon, y esfuerzo, y ánimo en mi persona, agora á la postre mas arraygado que nunca: porque si bien lo sé contar, y traer á la memoria, dende que vine á descubrir con Francisco Fernandez de

Córdova, y con Grijalva, y volví con Cortés, y me hallé en lo de la punta de Cotoche, y en lo de Lázaro, que por otro nombre se dice Campeche, y en Potonchan, y en la Florida, segun que mas largamente lo tengo escrito quando vine á descubrir con Francisco Fernandez de Córdova. Dexemos desto, y volvamos á hablar en lo de Grijalva, y en la misma de Potonchan, y con Cortés en lo de Tabasco, y la de Cingapacinga, y en todas las guerras y rencuentros de Tlascala, y en lo de Cholula; y quando desbaratamos á Narvaez, me señaláron para que les fuesemos á tomar la artillería, que eran diez y ocho tiros que tenian cebados y cargados con sus pelotas de piedra, los quales les tomamos, y este trance fué de mucho peligro; y me hallé en el primer desbarate quando los Mexicanos nos echáron de México, ó por mejor decír, salimos huyendo quando nos matáron en obra de ocho dias ochocientos y cincuenta soldados; y me hallé en las entradas de Tepeaca y Cachula, y sus rededores, y en otros rencuentros que tuvimos con los Mexicanos quando estabamos en Tezcuco, sobre coger las mielpas de maiz, y en lo de Iztapalapa, quando nos quisiéron anegar; y me hallé quando subímos en los Peñoles, y ahora los llaman las fuerzas ó fortalezas que ganó Cortés, y en lo de Suchilmileco, é otros muchos rencuentros, y entré con Pedro de Alvarado

con los primeros á poner cerco á México, y les quebramos el agua de Chalputepeque, y en la primera entrada que entramos en la calzada con el mismo Pedro de Alvarado, y despues desto quando desbaratáron por la misma nuestra parte, y lleváron seis soldados vivos, y á mí me llevaban, é ya se hacia cuenta que eran siete conmigo, segun me llevaban engarrafado á sacrificar; y me hallé en todas las demas batallas, ya por mi memoradas, que cada dia y de noche teniamos, hasta que ví como dicho tengo, las crueles muertes que diéron delante de mis ojos á aquellos sesenta y dos soldados nuestros compañeros: ya he dicho, que agora que por mi habian pasado todas estas batallas y peligros de muerte, que no lo habia de temer como lo temia agora á la postre. Digan agora aquellos caballeros que desto del militar entienden, y se han hallado en trances peligrosos de muerte, á que fin echarán mi temor, si es á flaqueza de ánimo, ó á mucho esfuerzo, porque como he dicho, sentia en mi pensamiento, que habia de poner por mi persona, batallando en parte que por fuerza habia de temer la muerte mas que otras veces, y por esto me temblaba el corazon, y temia la muerte: y todas estas batallas que aquí he dicho donde me he hallado, y verán en mi relacion en qué tiempo, y cómo, y quándo, y donde y de qué manera otras muchas entradas y rencuentros tu-

vo Cortés, y muchos de nuestros Capitanes, sin estos que aquí tengo dichos, que no me hallé yo en ellos, porque eran de cada dia tantos, que aunque fuera de hierro mi cuerpo, no lo pudiera sufrir, en especial que siempre andaba herido, y pocas veces estaba sano, y á esta causa no podia ir á todas las entradas: pues aun no han sido nada los trabajos y peligros, y rencuentros de muerte que de mi persona he recontado, que despues que ganamos esta fuerte y gran ciudad pasé otros muchos, como adelante verán quando venga á coyuntura. Y dexemos ya, y diré y declararé, porque he dicho en todas estas guerras Mexicanas quando nos matáron nuestros compañeros, digo, llevár onlos, y no digo, matáronlos, y la causa es ésta; porque los guerreros que con nosotros peleaban, aunque pudieran matar luego á los que llevaban vivos de nuestros soldados, no los mataban luego, sino dábanles heridas peligrosas, porque no se defendiesen, y vivos los llevaban á sacrificar á sus Idolos, y aun primero les hacian baylar delante del Huichilobos, que era su Idolo de la guerra, y esta es la causa porque he dicho los lleváron. Y dexemos esta materia, y digamos lo que Cortés hizo despues de ganado México.

CAPITULO CLVII.

Como mandó Cortés adobar los caños de Chalputepeque, é otras muchas cosas.

La primera cosa que mandó Cortés á Guatemuz fué, que adobasen los caños del agua de Chalputepeque, segun y de la manera que solian estar ántes de la guerra, é que luego fuese el agua por sus caños á entrar en aquella ciudad de México; é que luego limpiasen todas las calles de México de aquellas cabezas y cuerpos de muertos, que todas las enterrasen, para que quedasen limpias, y sin que hubiese hedor ninguno en toda la ciudad, y que todas las calzadas y puentes, que las tuviesen tan bien aderezadas como de ántes estaban; y que los palacios y casas que las hiciesen nuevamente, y que dentro de dos meses se volviesen á vivir en ellas, y les señaló Cortés en que parte habian de poblar, y la parte que habian de dexar desembarazada, para en que poblasemos nosotros. Dexémonos destos mandados, y de otros que ya no me acuerdo, y digamos como el Guatemuz, y todos sus Capitanes, dixéron á nuestro Capitan Cortés, que muchos Capitanes y soldados que andaban en los bergantines, y de los que andabamos en las calzadas batallando, les ha-

habiamos tomado muchas hijas, y mugeres de algunos principales; que le pedian por merced, que se las hiciesen volver: y Cortés les respondió, que serian muy malas de -as haber de poder de los compañeros que -s tenian, é que las buscasen y traxesen ante -, é que veria si eran Christianas, ó se que-n volver á casa de sus padres y de sus -aridos, y que luego se las mandaria dar, -dióles licencia para que las buscasen en -los tres Reales, é un mandamiento, para -e el soldado que las tuviese, luego se las -se, si las Indias se querian volver de buena -luntad con ellos: y andaban muchos prin-ales en busca dellas de casa en casa, y -n tan solícitos que las halláron, y las mas -as no quisiéron ir con sus padres ni ma-s, ni maridos, sino estarse con los sol-d-dos con quien estaban, y otras se escon-n, y otras decian, que no querian volver -dolatrar, y aun algunas dellas estaban ya -eñadas; y desta manera no lleváron sino -res, que Cortés mandó expresamente, que las diesen. Dexemos desto, y digamos, que luego mandó hacer unas atarazanas, y fortaleza, en que estuviesen los bergantines, y nombró Alcaide que estuviese en ellas, y paréceme que fué á Pedro de Alvarado, hasta que vino de Castilla un Salazar que se decia de la Pedrada. Digamos de otra materia, como se recogió todo el oro y plata, y joyas, que se hubiéron en México, é fué

muy

muy poco, segun pareció, porque todo lo demas hubo fama que lo mandó echar Guatemuz en la laguna quatro dias ántes que se prendiese: é que demas desto que lo habian robado los Tlascaltecas, y los de Tezcuco, y Guaxocingo, y Cholula, y todos los demas de nuestros amigos que estaban en la guerra: y demas desto, que los que andaban en los bergantines, robáron su parte, por manera que los Oficiales del Rey decian y publicaban, que Guatemuz lo tenia escondido, y Cortés holgaba dello de que no lo diese, por habello el todo para sí, y por estas causas acordáron de dar tormento á Guatemuz, y al Señor de Tacuba, que era su primo, y gran privado: y ciertamente le pesó mucho á Cortés, porque á un señor como Guatemuz Rey de tal tierra, que es tres veces mas que Castilla, le atormentasen por codicia del oro, que ya habian hecho pesquisas sobre ello, y todos los Mayordomos de Guatemuz decian que no habia mas de lo que los Oficiales del Rey tenian en su poder, y eran hasta trescientos ochenta mil pesos de oro, porque ya lo habian fundido y hecho barras, y de allí se sacó el Real quinto, é otro quinto para Cortés: y como los conquistadores que no estaban bien con Cortés, viéron tan poco oro, y al Tesorero Julian de Alderete le decian algunos dellos, que tenian sospecha que por quedarse Cortés con el oro, no queria que pren-

di-

diesen al Guatemuz, ni le diesen tormento: y porque no lo achacasen algo á Cortés, y no lo podia escusar, consintió que le atormentasen, y le quemáron los pies con aceyte ansí al Guatemuz, como al señor de Tacuba: y lo que confesáron fué, que quatro dias ántes que le prendiesen lo echáron en la laguna, ansí el oro, como los tiros, y escopetas y ballestas que de nosotros tenian de quando nos echáron de México, y quando desbaratáron agora á la postre á Cortés; y fuéron adonde Guatemuz habia señalado, y entráron buenos nadadores, y no halláron cosa ninguna: y lo que yo ví, que fuimos con el Guatemuz á las casas adonde solia vivir, y estaba una como alberca grande de agua honda, y de aquella alberca sacamos un sol de oro como el que nos hubo dado el gran Montezuma, y muchas joyas, y piezas de poco valor, que eran del mismo Guatemuz: y el señor de Tacuba dixo, que él tenia en unas casas grandes, que estaban de Tacuba obra de quatro leguas, ciertas cosas de oro, é que le llevasen allá, é que diria donde estaba soterrado, y lo daria, y fué Pedro de Alvarado, y seis soldados con él, é yo fuí en su compañía, y quando allegamos dixo, que por morirse en el camino habia dicho aquello, é que le matasen, que no tenia oro ni joyas ningunas, y ansí nos volvimos sin ello, y ansí se quedó, que no hubimos mas oro que fundir.

ver-

escribió: pared blanca papel de necios, y amanecia mas adelante, y aun de sabios, y verdades: y aun bien supo Cortés quien lo escribia, y fué un fulano Tirado amigo de Diego Velazquez, yerno que fué de Ramirez el viejo, que vivia en la Puebla, y un Villalobos, que fué á Castilla, y otro que se decia Mansilla, y otros que ayudaban de buena para Cortés á los puntos que le tiraban: y de tal manera andaba la cosa, que Fray Bartolome de Olmedo le dixó á Cortés, que no permitiese que aquello pasase adelante, sino que con cordura vedase que no escribiesen en la pared. Fué buen consejo, y mandó Cortés, que no se atreviese ninguno á poner letreros, ni perques de malicias, que castigaria á los desvergonzados que escribiesen, con graves penas: y á fe que aprovechó. Dexemos desto, y digamos, que como habia muchas deudas entre nosotros, que debiamos de ballestas á quarenta y á cincuenta pesos, y de una escopeta ciento, y de un caballo ochocientos y mil, y á veces mas, y una espada cincuenta, y desta manera eran tan caras las cosas que habiamos compado: pues un Cirujano que se llamaba Maestre Juan, que curaba algunas malas heridas, y se igualaba por la cura á excesivos precios, y tambien un Médico que se decia Murcia, que era Boticario, y Barbero, tambien curaba; y otras treinta trampas, y zarrabusterias que de-

debiamos, demandaban que les pagasemos de las partes que nos daban, y el remedio que Cortés dió fué, que puso dos personas de buena conciencia, que sabian de mercaderías, que apreciasen qué podian valer las mercaderías, y cosas de las que habiamos tomado fiado, y que lo apreciasen: llamábanse los apreciadores, el una Santa Clara, persona muy honrada, y el otro se decia fulano de Llerena; y se mandó, que todo aquello que aquellos apreciadores dixesen que valia cada cosa de las que nos habian vendido, y las curas que habian hecho los Cirujanos, que pasasen por ello, é que si no teniamos dineros, que aguardasen por ello tiempo de dos años. Otra cosa tambien se hizo, que todo el oro que se fundió, echáron tres quilates mas de lo que tenia de ley, porque ayudasen á las pagas, y tambien porque en aquel tiempo habian venido mercaderes, y navíos á la villa Rica, y creyendo que en echarle los tres quilates mas que ayudasen á la tierra, y á los Conquistadores, y no nos ayudó en cosa ninguna, ántes fué en nuestro perjuicio, porque los mercaderes porque aquellos tres quilates saliesen á la cabal de sus ganancias, cargaban en las mercaderías, y cosas que vendian cinco quilates, y ansí anduvo el oro de tres quilates Tepuzque, que quiere decir en la lengua de Indios cobre: y ansí agora tenemos aquel modo de hablar, que nombramos á algunas personas que son

preeminentes, y de merecimiento, el señor Don fulano de tal nombre, Juan, ó Martin, ó Alonso, y otras personas que son de tanta calidad, les decimos no mas de su nombre, y por haber diferencia de los unos á los otros, decimos fulano de tal nombre Tepuzque. Volvamos á nuestra plática, que viendo que no era justo que el oro anduviese de aquella manera, se envió á hacer saber á su Magestad, para que se quitase, y no anduviese en la Nueva-España, y su Magestad fué servido de mandar, que no anduviese mas, é que todo lo que se le hubiese de pagar en almoxarifazgo, y penas de Cámara, que se le pagase de aquel oro malo, hasta que se acabase, y no hubiese memoria dello, y desta manera se llevó todo á Castilla. Y quiero decir, que en aquella sazon que esto pasó, ahorcaron dos plateros que falseaban las marcas, y las echaban cobre puro. Mucho me he detenido en contar cosas viejas, y salir fuera de mi relacion. Volvamos á ella, y diré, que como Cortés vió que muchos soldados se le desvergonzaban, y le pedian mas partes, y le decian, que se lo tomaba todo para sí, y le pedian prestados dineros, acordó de quitar de sobre sí aquel dominio, y de enviar á poblar á todas las provincias que le pareció que convenia que se poblasen. A Gonzalo de Sandoval mandó que fuese á poblar á Tustepeque, é que castigase unas guarniciones Mexicanas, que ma-

matáron quando salimos de México sesenta personas, y entre ellas seis mugeres de Castilla que allí habian quedado de los de Narvaez, é que poblase á Medellin, é que pasase á Guacacualco, é que poblase aquel puerto, y tambien mandó que fuesen á conquistar la provincia de Panuco: y á Rodrigo Rangel, que se estuviese en la villa Rica, y en su compañía Pedro de Ircio: y á Juan Velazquez Chico mandó que fuese á Colima, y á un Villa-Fuerte á Zacatula: y á Christóbal de Oli, que fuese á Mechoacan: ya en este tiempo se habia casado Christóbal de Oli con una señora Portuguesa, que se decia Doña Filipa de Araujo: y envió á Francisco de Horozco á poblar á Guaxaca, porque en aquellos dias que habiamos ganado á México, como lo supiéron en todas estas provincias que he nombrado, que México estaba destruida, no lo podian creer los Caciques y Señores dellas como estaban lejos, y enviaban principales á dar á Cortés el parabien de las vitorias, y á darse y ofrecerse por vasallos de su Magestad, y á ver cosa tan temida, como dellos fué México, si era verdad que estaba por el suelo, y todos traian grandes presentes de oro que daban á Cortés, y aun traian consigo á sus hijos pequeños, y les mostraban á México; y como solemos decir, aquí fué Troya, y se lo declaraban. Dexemos desto, y digamos una plática, que es bien que *se declare*, porque me dicen muchos curio-

sos Lectores, ¿que qué es la causa que los verdaderos conquistadores que ganamos la Nueva-España, y la grande y fuerte ciudad de México, porque no nos quedabamos en ella á poblar, y no nos veniamos á otras provincias? Tienen razon de lo preguntar, quiero decir la causa porque, y es esto que diré. En los libros de la renta de Montezuma mirabamos de qué partes le traian el oro, y donde habia minas, y cacao, y ropa de mantas, y de aquellas partes que veiamos en los libros que traian los tributos del oro para el gran Montezuma, queriamos ir allá: en especial viendo que salia de México un Capitan principal, y amigo de Cortés, como era Sandoval, y tambien como viamos que en los pueblos de la redonda de México no tenian minas de oro, ni algodon, ni cacao, sino mucho maiz, y maqueyales de donde sacaban el vino, y á esta causa la teniamos por tierra pobre, y nos fuimos á otras provincias á poblar, y en todos fuimos muy engañados. Acuerdome que fuí á hablar á Cortés, que me diese licencia para que fuese con Sandoval, y me dixo: en mi conciencia, hermano Bernal Diaz del Castillo, que vives engañado, que yo quisiera que quedarades aquí conmigo, mas si es vuestra voluntad ir con vuestro amigo Gonzalo de Sandoval, id en buena hora, é yo tendré siempre cuidado de lo que se os ofreciere, mas bien sé que os arrepentireis por me dexar. Volvamos á decir

de

de las partes del oro, que todo se quedó en poder de los oficiales del Rey por las esclavas que habiamos sacado en las almonedas. No quiero poner aquí por memoria que tantos de á caballo, ni ballestèros, ni escopeteros, ni soldados, ni en quantos dias de tal mes despachó Cortés á los Capitanes para que fuesen á poblar las provincias por mí arriba dichas, porque seria larga relacion, basta que digo pocos dias despues de ganado México, é preso Guatemuz; de ahí á otros dos meses envió á otro Capitan á otras provincias. Dexemos agora de hablar en Cortés, y diré que en aquel instante vino al puerto de la Villa-Rica con dos navíos un Christóbal de Tapia Veedor de las fundaciones que se hacian en Santo Domingo, y otros decian, que era Alcaide de aquella fortaleza que está en la isla de Santo Domingo, y traia provisiones y cartas misivas de Don Juan Rodriguez de Fonseca Obispo de Burgos, é se nombraba Arzobispo de Rosano, para que le diesemos la Gobernacion de la Nueva-España al Tapia, é lo que sobre ello pasó diré adelante.

CAPITULO CLVIII.

Como llegó al puerto de la Villa-Rica un Christóbal de Tapia, que venia para ser Gobernador.

Pues como Cortés hubo despachado los Capitanes y soldados por mí ya dichos, á pacificar y poblar Provincias, en aquella sazon vino un Christóbal de Tapia Veedor de la isla de Santo Domingo con provisiones de su Magestad, guiadas y encaminadas por Don Juan Rodriguez de Fonseca Obispo de Burgos, y Arzobispo de Rosano, porque ansi se llamaba, para que le admitiesen á la Gobernacion de la Nueva-España, y además de las provisiones traia muchas cartas misivas del mismo Obispo para Cortés, y para otros muchos conquistadores y Capitanes de los que habian venido con Narvaez, para que favoreciesen al Christóbal de Tapia: y demas de las cartas que traia cerradas y selladas del Obispo, traia otras en blanco, para que el Tapia en la Nueva-España pusiese todo lo que quisiese y le pareciese, y en todas ellas traia grandes prometimientos, que nos haria muchas mercedes, si dabamos la Gobernacion al Tapia, y por otra parte muchas amenazas, y decia, que su Magestad nos enviaria á castigar. Dexemos desto, que Tapia presentó sus provisiones en la Villa-Rica de la Vera-Cruz delante de Gonzalo de Alvarado her-

hermano de Pedro de Alvarado, que estaba en aquella sazon por Teniente de Cortés, porque un Rodrigo Rangel que solia estar allí por Alcalde mayor, no sé que desatinos habia hecho quando allí estaba, y le quitó Cortés el cargo: y presentadas las provisiones, el Gonzalo de Alvarado las obedeció, y puso sobre su cabeza como provisiones y mando de su Rey y Señor, é que en quanto al cumplimiento, que se juntarian los Alcaldes y Regidores de aquella Villa, é que platicarian, y verian cómo y de qué manera eran ganadas y habidas aquellas provisiones, é que todos juntos las obedecian, porque él solo era una persona, y tambien porque querian ver si su Magestad era sabidor que tales provisiones se enviasen: y esta respuesta no le quadró bien al Tapia, y aconsejáronle que se fuese luego á México adonde estaba Cortés con todos los mas Capitanes y soldados, y que allá las obedecerian, y demas de presentar las provisiones, como dicho tengo, escribió á Cortés de la manera que venia por Gobernador: y como Cortés era muy avisado, si muy buenas cartas le escribió el Tapia, y vió las ofertas y ofrecimientos del Obispo de Burgos, y por otra parte las amenazas; si muy buenas palabras, y muy llenas de cumplimientos él le escribió, otras muy mejores y mas halagüeñas, y blandosamente, y amorosas, y llenas de cumplimientos le escribió Cortés en respuesta: y luego Cortés

rogó y mandó á ciertos de nuestros Capitanes que se fuesen á ver con el Tapia, los quales fuéron Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval, y Diego de Soto el de Toro, y un Valdenebro, y el Capitan Andres de Tapia, á los quales envió á llamar por la posta, que dexasen de poblar por entónces las provincias en que estaban, é que fuesen á la Villa-Rica, donde estaba el Christóbal de Tapia, y con ellos mandó que fuese un Frayle que se decia Fray Pedro Melgarejo de Urrea. Ya que el Tapia iba camino de México á se ver con Cortés, encontró con nuestros Capitanes, y con el Frayle por mí nombrados, y con palabras y ofrecimientos que le hiciéron, volvió del camino para un pueblo que se decia Cempoal, y allí le demandaron que mostrase otra vez las provisiones, y que verian cómo y de qué manera lo mandaba su Magestad, y si venia en ellas su Real firma, ó era sabidor dello, é que los pechos por tierra las obedecerian en nombre de Hernando Cortés, y de toda la Nueva-España, porque traian poder para ello: y el Tapia les tornó á notificar y mostrar las provisiones, y todos aquellos Capitanes á una las obedeciéron, y pusiéron sobre sus cabezas, como provisiones de nuestro Rey y Señor: é que en quanto al cumplimiento, que suplicaban dellas para ante el Emperador nuestro Señor, y dixéron que no era sabidor dellas, ni de cosa ninguna, é que el Christóbal de Tapia no era su-

fi-

ficiente para ser Gobernador, é que el Obispo de Burgos era contra todos los conquistadores que serviamos á su Magestad, y andaba ordenando aquellas cosas, sin dar verdadera relacion á su Magestad, y por favorecer al Diego Velazquez y al Tapia, por casar con uno dellos á una Doña fulana de Fonseca sobrina del mismo Obispo: y luego que el Tapia vió que no aprovechaban palabras, ni provisiones, ni cartas de ofertas, ni otros cumplimientos, adolesció de enojo: y aquellos nuestros Capitanes le escribian á Cortés todo lo que pasaba, y le avisáron que enviase tejuelos de oro y barras, é que con ellos amansaria la furia del Tapia, lo qual el oro vino por la posta, y le compráron unos negros y tres caballos, y él un navío, y se volvió á embarcar en el otro navío, y se fué á la isla de Santo Domingo de donde habia salido: é quando allá llegó la Audiencia Real que en ella residia, y los Frayles Gerónimos que estaban por Gobernadores notáron bien su vuelta de aquella manera, y se enojáron con él, porque ántes que saliese de la isla para ir á la Nueva-España, le habian mandado expresamente, que en aquella sazon no curase de venir, porque seria causa de quebrar el hilo y conquistas de México, y no les quiso obedecer, ántes con favor del Obispo de Burgos Don Juan Rodriguez de Fonseca se resolvió, que no osaban hacer otra cosa los Oidores, sino lo que el Obispo de Burgos mandaba,

porque era Presidente de Indias, porque su Magestad estaba en aquella sazon en Flandes, que no habia venido á Castilla. Dexemos esto del Tapia, y digamos como luego envió Cortés á Pedro de Alvarado á poblar á Tustepeque, que era tierra rica de oro. Y para que bien lo entiendan los que no saben los nombres destos pueblos, uno es Tutepeque, adonde fue Gonzalo de Sandoval, y otro es Tustepeque adonde en esta sazon va Pedro de Alvarado, y esto declaro, porque no me culpen que digo que dos Capitanes fuéron á poblar una Provincia de un nombre, y son dos Provincias; y tambien habia enviado á poblar el rio de Panuco, porque Cortés tuvo noticia que un Francisco de Garay hacia grande armada para la venir á poblar: porque segun pareció se lo habia dado su Magestad al Garay por gobernacion y conquista, segun mas largamente lo he dicho y declarado en los capítulos pasados, quando hablaba de todos los navíos que envió adelante Garay, que desbaratáron los Indios de la misma Provincia de Panuco; é hizolo Cortés, porque si viniese el Garay la hallase por Cortés poblada. Dexemos desto, y digamos como Cortés envió otra vez á Rodrigo Rangel por Teniente de Villa-Rica, y quitó al Gonzalo de Alvarado, y le mandó que luego le enviase á Pánfilo de Narvaez donde estaba poblando Cortés en Cuyoacan, que aun no habia entrado á poblar á México, hasta que se edificasen todas

las casas y palacios adonde habia de vivir: y envió por el Pánfilo de Narvaez; porque segun le dixéron, que quando el Christóbal de Tapia llegó á la Villa-Rica con las provisiones que dicho tengo, el Narvaez habló con él, y en pocas palabras le dixo: Señor Tapia, pareceme que tan buen recaudo traeis, y tal le llevareis como yo: mirá en lo que yo he parado trayendo tan buena armada, mirá por vuestra persona no os maten, y no os cureis de perder tiempo, que la ventura de Cortés, é sus soldados no es acabada; entended en que os den algun oro por esas cosas que traeis, é idos á Castilla ante su Magestad, que allá no faltará quien os ayude, y direis lo que pasa, en especial teniendo como teneis al Señor Obispo de Burgos, y esto es mejor consejo. Dexemonos desta plática, y diré como Narvaez fué su camino á México, y vió aquellas grandes ciudades y poblaciones, y quando llegó á Tezcuco se admiró, y quando vió á Cuyoacan mucho mas, y desque vió la gran laguna, y ciudades que en ella estan pobladas, y despues la gran ciudad de México: y como Cortés supo que venia, le mandó hacer mucha honra, y llegado ante él, se hincó de rodillas, y le fué á besar las manos, y Cortés no lo consintió, y le hizo levantar, y le abrazó, y le mostró mucho amor, y le hizo asentar cabe sí, y entónces el Narvaez le habló, y le dixo: Señor Capitan, agora digo de verdad, que la menor cosa que hizo v. mer-

ced

ced y sus valerosos soldados en esta Nueva España, fué desbaratarme á mí, y prenderme, y aunque traxera mayor poder del que truxe, pues he visto tantas ciudades y tierras que ha domado y sujetado al servicio de Dios nuestro Señor, y del Emperador Cárlos Quinto; y puedese v. merced alabar y tener en tanta estima, que yo ansi lo digo, y dirán todos los Capitanes muy nombrados, que el dia de hoy son vivos, que en el universo se puede anteponer á los muy afamados é ilustres varones que ha habido, y otra tan fuerte ciudad como México no la hay, y v. merced, y sus muy esforzados soldados son dignos que su Magestad les haga muy crecidas mercedes, y le dixo otras muchas alabanzas: y Cortés le respondió, que nosotros no éramos bastantes para hacer lo que estaba hecho, sino la gran misericordia de Dios nuestro Señor, que siempre nos ayudaba, y la buena ventura de nuestro gran César. Dexemonos desta plática, y de las ofertas que hizo Narvaez á Cortés que le seria servidor, y diré como en aquella sazon se pasó Cortés á poblar la insigne y gran Ciudad de México, y repartió solares para las Iglesias y Monasterios, y casas Reales, y plazas, y á todos os vecinos les dió solares: y por no gastar mas tiempo en escribir, segun y de la manera que agora está poblada, que segun dicen muchas personas que se han hallado en muchas partes de la christiandad, otra mas po-

pu-

pulosa y mayor ciudad, y de mejores casas, y muy bien pobladas no se ha visto. Pues estando dando la órden que dicho tengo, al mejor tiempo que estaba Cortés algo descansando, le viniéron cartas del Panuco, que toda la Provincia estaba levantada, é puesta en armas, y que era gente muy belicosa, y de muchos guerreros, porque habian muerto muchos soldados que habia enviado Cortés á poblar, y que con brevedad enviase el mayor socorro que pudiese: y luego acordó Cortés de ir él mismo en persona, porque todos los Capitanes habian ido á sus conquistas; y llevó todos los mas soldados que pudo, y hombres de á caballo, y ballesteros y escopeteros, porque ya habian llegado á México muchas personas de las que el Veedor Tapia traia consigo, y otros que allí estaban de los de Lucas Vazquez de Ayllon, que habian ido con él á la Florida, y otros que habian venido de las Islas en aquel tiempo: y dexando en México buen recaudo, y por Capitan del á Diego de Soto, natural de Toro, salió Cortés de México, y en aquella sazon no habia herrage sino muy poco para los muchos caballos que llevaba, porque pasaban de ciento y treinta de á caballo, y docientos y cincuenta soldados y contados entre los ballesteros y escopeteros y de á caballo, y tambien llevó diez mil Mexicanos: y en aquella sazon ya habia vuelto de Mechoacan Christóbal de Oli, porque dexó aque-

lla Provincia de paz, y traxo consigo muchos Caciques, y al hijo del Cacique Conci, que ansi se llamaba, y era el mayor Señor de todas aquellas Provincias, y traxo mucho oro baxo, que lo tenian revuelto con plata y cobre: y gastó Cortés en aquella ida que fué á Pānuco mucha cantidad de pesos de oro, que despues demandaba á su Magestad, que le pagase aquella costa, y los oficiales de la Real hacienda no se los quisiéron recebir en cuenta, ni le quisiéron pagar cosa dello; porque respondiéron que si habia hecho aquel gasto en la conquista de aquella Provincia, que lo hizo por se apoderar della, porque Francisco de Garay que venia por Gobernador no la hubiese, porque ya tenia noticia que venia de la Isla de Jamayca, con gran pujanza y armada. Volvamos á nuestra relacion, y diré como Cortés llegó con todo su exército á la Provincia de Panuco, y los halló de guerra, y los envió á llamar de paz muchas veces, mas no quisiéron venir, é tuvo con ellos en algunos dias muchos rencuentros de guerra, y en dos batallas que le aguardáron, le matáron tres soldados, y le hiriéron mas de treinta, y matáron quatro caballos, y hubo muchos heridos, y muriéron de los Mexicanos sobre ciento, sin otros mas de docientos que quedáron heridos, porque fuéron los Guastecas, que ansi se llaman en aquellas Provincias, sobre mas de sesenta mil hombres guerreros quando aguardáron á nues-

tro Capitan Cortés, mas quiso nuestro Señor que fuéron desbaratados, y todo el campo adonde fuéron estas batallas, quedó lleno de muertos y heridos de los Naguatecas naturales de áquellas Provincias, por manera que no se tornáron mas á juntar por entónces para dar guerra: y Cortés éstuvo ocho dias en un pueblo que estaba allí cerca, donde habian sido aquellas reñidas batallas, por causa de que se curasen los heridos, y se enterrasen los muertos, y habia muchos bastimentos, y para tornarle á llamar de paz envió al Padre Fray Bartolomé de Olmedo, y diez Caciques personas principales de los que se habian prendido en aquellas batallas, y Doña Marina y Gerónimo de Aguilar, que siempre Cortés los llevaba consigo, y el Padre Fray Bartolomé de Olmedo les hizo un parlamento muy discreto, y les dixo: qué como se podian defender todos los de aquellas Provincias de no se dar por vasallos de su Magestad, pues han visto y tenido nueva que con el poder de México, siendo tan fuertes guerreros, estaba asolada la ciudad y puesta por el suelo, é que vengan luego de paz y no ayan miedo, é que lo pasado de las muertes que Cortés en nombre de su Magestad se lo perdonaria, y tales palabras les dixo el buen Fray Bartolomé de Olmedo con amor, y otras llenas de amenazas, que como estaban hostigados, y habian visto muertos muchos de los suyos, y abrasados y asolados todos sus pue-

blos

blos, viniéron de paz, y todos traxéron joyas de oro, aunque no de mucho precio, que presentáron á Cortés: y él con halagos y mucho amor les recibió de paz, y dende allí se fué Cortés con la mitad de sus soldados á un rio, que se dice Chila, que está de la mar obra de cinco leguas, y volvió á enviar mensajeros á todos los pueblos de la otra parte del rio á llamalles de paz, y no quisiéron venir, porque como estaban encarnizados de los muchos soldados que habian muerto en obra de dos años que habian pasado de los Capitanes que Garay envió á poblar aquel rio, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, ansi creyeron que harian á nuestro Cortés: y como estaban entre grandes lagunas, y rios, y cienagas, que es muy grande fortaleza para ellos, la respuesta que diéron fué matar á los mensajeros que Cortés les habia enviado á hablar sobre las paces, y á estos de agora tuviéron presos ciertos dias; y estuvo Cortés aguardando para ver si podria acabar con ellos, que mudasen su mal propósito, y como no viniéron mandó buscar todas las canoas que en el rio pudo haber, y con ellas y unas barcas que se hiciéron de madera de navíos viejos de los de Garay, y pasáron de noche de la otra parte del rio ciento y cincuenta soldados, y los mas dellos ballesteros y escopeteros, y cincuenta de á caballo: y como los principales de aquellas Provincias velaban sus pasos y rios, co-

mo

mo los viéron, dexáronlos pasar, y estaban aguardando de la otra parte; y si muchos Guastecas se habian juntado en las primeras batallas que diéron á Cortés, muchos mas estaban juntos esta vez, y vienen como leones rabiosos á se encontrar con los nuestros; y á los primeros encuentros matáron dos soldados, é hiriéron sobre treinta, y tambien matáron tres caballos, é hiriéron otros quince y muchos Mexicanos, mas tal priesa les diéron los nuestros, que no paráron en el campo, é luego se fuéron huyendo, y quedáron dellos muertos y heridos gran cantidad: y despues que pasó aquella batalla, los nuestros se fuéron á dormir á un pueblo que estaba despoblado, que se habian huido los moradores dél, y con buenas velas, y escuchas, y rondas, corredores del campo estuviéron, y de cenar no les faltó: y quando amaneció, andando por el pueblo viéron estar en un Cu é adoratorio de Idolos colgados muchos vestidos, y caras de soldados adobadas como cueros de guantes, y con sus barbas y cabellos, que eran de los soldados que habian muerto á los Capitanes que habia enviado Garay á poblar el rio de Panuco, y muchas dellas fuéron conocidas de otros soldados, que decian que eran sus amigos, y á todos se les quebró los corazones de lástima de las ver de aquella manera, y las quitáron de donde estaban, y las lleváron para enterrar: y dende aquel pueblo

se pasáron á otro lugar, y como conocian que toda la gente de aquella provincia era muy belicosa, siempre iban muy recatados, y puestos en ordenanza para pelear, no les tomasen desapercebidos: y los descubridores del campo diéron con unos grandes esquadrones de Indios que estaban en celadas, para que quando estuviesen los nuestros en las casas apeados, dar en los caballos y en ellos: y como fuéron sentidos no tuviéron lugar de hacer lo que querian, mas todavía saliéron muy denodadamente, y peleáron con los nuestros como valientes guerreros, y estuviéron mas de media hora que los de á caballo y escopeteros no les podian hacer retraer, ni apartar de sí, y matáron dos caballos, y hiriéron otros siete, y tambien hiriéron quince soldados, y muriéron tres de las heridas. Una cosa tenian estos Indios, que ya que los llevaban de vencida se tornaban á rehacer, y aguardáron tres veces en la pelea, lo qual pocas veces se ha visto acaecer entre estas gentes: y viendo que los nuestros les herian y mataban se acogiéron á un rio caudaloso, é corriente, y los de á caballo, y peones sueltos fuéron en pos dellos, é hiriéron muchos: é otro dia acordáron de correrles el campo, é ir á otros pueblos que estaban despoblados, y en ellos halláron muchas tinajas de vino de la tierra, puestas en unos soterraños á manera de bodegas: y estuviéron en estas pobla-

blaciones cinco dias corriéndoles las tierras, y como todo estaba sin gentes y despoblados se volviéron al rio de Chile: y Cortés tornó á enviar á llamar de paz á todos los mismos pueblos que estaban de guerra de aquella parte del rio; y como les habian muerto mucha gente, temiéron que volverian otra vez sobre ellos, y á esta causa enviáron á decir que vendrian de ahí á quatro dias, que buscaban joyas de oro para le presentar: y Cortés aguardó todos los quatro dias que habian dicho que vendrian, y no viniéron por entónces: y luego mandó á un pueblo muy grande que estaba cabe una laguna, que era muy fuerte por sus cienagas y rios, que de noche escuro, y medio llovizrando, que en muchas canoas que luego mandó buscar, atadas de dos en dos, y otras sueltas, y en barcas bien hechas pasasen aquella laguna á una parte del pueblo en parte y paraje que no fuesen vistos, ni sentidos de los de aquella poblacion, y pasáron muchos amigos Mexicanos, y sin ser vistos dan en el pueblo, el qual pueblo destruyéron, y hubo muy gran despojo y estrago en él: allí cargáron los amigos de todas las haciendas de los naturales que dél tenian; y desque aquello viéron, todos los mas pueblos comarcanos, dende á cinco dias acordáron de venir de paz, excepto otras poblaciones que estaban muy á trasmano, que los nuestros no pudiéron ir á ellos en aquella sa-

zon: y por no me detener en gastar mas palabras en esta relacion de muchas cosas que pasáron, las dexaré de decir: si no que entónces pobló Cortés una Villa con ciento y treinta vecinos, y entre ellos dexó veinte y siete de á caballo, y treinta y seis escopeteros y ballesteros, por manera que todos fuéron los ciento y treinta; llamabase esta villa Sant-Esteban del Puerto, y está obra de una legua de Chile, y en los vecinos que en aquella villa pobláron repartió y dió por encomienda todos los pueblos que habian venido de paz, y dexó por Capitan dellos, y por su Teniente á un Pedro Vallejo: y estando en aquella villa de partida para México, supo por cosa muy cierta, que tres pueblos que fuéron cabeceras para la rebelion de aquella Provincia, y fuéron en la muerte de muchos Españoles, andaban de nuevo despues de haber ya dado la obediencia á su Magestad, y haber venido de paz, convocando y atrayendo á los demas pueblos sus comarcanos, y decian que despues que Cortés se fuese á México con los de á caballo y soldados, que á los que quedaban poblados, que diesen un dia ó noche en ellos, y que tendrian buenas hartazgas con ellos: y sabido por Cortés la verdad muy de raiz, les mandó quemar las casas, mas luego se tornáron á poblar. Digamos que Cortés habia mandado ántes que partiese de México para ir á aquella en-

entrada, que dende la Vera-Cruz le enviase un barco cargado con vino, y vituallas y conservas, y bizcocho y herraje; porque en aquella sazon no habia trigo en México para hacer pan: é yendo que iba el barco su viage á la derrota de Panuco cargado de lo que fué mandado, parece ser que hubo muy recios Nortes, y dió con él en parte que se perdió, que no se salváron sino tres personas que aportáron en unas tablas á una isleta donde habia unos muy grandes arenales, seria tres ó quatro leguas de tierra, donde habia muchos lobos marinos, que salian de noche á dormir á los arenales, y matáron de los lobos, y con lumbre que sacáron con unos palillos, como la sacan en todas las Indias las personas que saben como se ha de sacar, tuviéron lugar de asar la carne de los lobos, y cabáron en mitad de la isla, é hiciéron unos como pozos, y sacáron agua algo salobre, y tambien habia una fruta que parecian higos, y con la carne de los lobos marinos, y la fruta y agua salobre se mantuviéron mas de dos meses: y como aguardaban en la villa de Sant-Esteban el refresco, y bastimento, y herrage, escribió Cortés á sus Mayordomos á México, que como no enviaban el refresco, y quando viéron la carta de Cortés, tuviéron por muy cierto que se habia perdido el barco, y enviáron luego los Mayordomos de Cortés un navío chico de poco porte en busca del barco que

se perdió, y quiso Dios que se topáron en la isleta donde estaban los tres Españoles de los que se perdiéron, con ahumadas que hacian de noche é de dia: é desque viéron el barco se alegráron, y embarcados viniéron á la villa, y llamábase el uno dellos fulano Celiano vecino que fué de México. Dexemonos desto, y digamos; como en aquella sazon nuestro Capitan Cortés se venia ya para México, tuvo noticia que en unos pueblos que estaban en unas sierras que eran muy agras se habian rebelado, y hacian grande guerra á otros pueblos que estaban de paz, y acordó de ir allá ántes que entrase en México: é yendo por su camino los de aquella provincia lo supiéron, é aguardáron en un paso malo, y diéron en la rezaga del fardaje, y le matáron ciertos Tamemes y robáron lo que llevaban, y como era el camino malo, por defender el fardaje los de á caballo que los iban á socorrer, rebentáron dos caballos: y llegados á las poblaciones, muy bien se lo pagáron, que como iban muchos Mexicanos nuestros amigos, por se vengar de lo que les robáron en el puerto y camino malo, como dicho tengo, matáron y cautiváron muchos Indios, y aun el Cacique y su Capitan muriéron ahorcados despues que hubiéron vuelto lo que habian robado: y esto hecho, Cortés mandó á los Mexicanos que no hiciesen mas daño, y luego envió á llamar de paz á todos los princi-

pa-

pales y Papas de aquella poblacion, los quales viniéron y diéron la obediencia á su Magestad: y el Cacicazgo mandó que lo tuviese un hermano del Cacique que habian ahorcado, y los dexó en sus casas pacíficos y muy bien castigados: y entónces se volvió á México. Y ántes que pase adelante, quiero decir, que en todas las provincias de la Nueva España otra gente mas sucia y mala, y de peores costumbres no la hubo como ésta de la provincia de Panuco, y sacrificadores y crueles en demasía, y borrachos, y sucios, y malos, y tenian otras treinta torpezas: y si miramos en ello fuéron castigados á fuego y á sangre dos ó tres veces, y otros mayores males les vino en tener por Gobernador á Nuño de Guzman, que desque le diéron la gobernacion, los hizo casi á todos esclavos, y los envió á vender á las islas, segun mas largamente lo diré en su tiempo y lugar. Volvamos á nuestra relacion, y diré despues que Cortés volvió á México, en lo que entendió é hizo.

CAPITULO CLXIX.

Como Cortés y todos los oficiales del Rey acordáron de enviar á su Magestad todo el oro que le habia cabido de su Real quinto de los despojos de México, y como se envió de por sí la recamara del oro y joyas que fuéron de Montezuma y de Guatemuz, y lo que sobre ello acaeció.

Como Cortés volvió á México de la entrada de Panuco, anduvo entendiendo en la poblacion y edificacion de aquella ciudad: y viendo que Alonso de Avila, ya otra vez por mí nombrado en los capítulos pasados, habia vuelto en aquella sazon de la isla de Santo Domingo, y traxó recaudo de lo que le habian enviado á negociar con la Audiencia Real, é Frayles Gerónimos que estaban por Gobernadores de todas las islas; é los recaudos que entónces traxo fué, que nos daban licencia para poder conquistar toda la Nueva España, y herrar los esclavos, segun y de la manera que lleváron en una relacion, y repartir y encomendar los Indios, como en las islas Española, é Cuba, é Jamayca se tenia por costumbre: y esta licencia que diéron fué hasta en tanto que su Magestad fuese sabidor dello, ó fuese servido mandar otra cosa, de

lo qual luego le hiciéron relacion los mismos Frayles Gerónimos, y enviáron un navío por la posta á Castilla, y entónces su Magestad estaba en Flandes, que era mancebo, y allá supo los recaudos que los Frayles Gerónimos le enviaban; porque el Obispo de Burgos, puesto que estaba por Presidente de Indias, como conocian dél, que nos era muy contrario, no le daban cuenta dello, ni trataban con él otras muchas cosas de importancia, porque estaban muy mal con sus cosas. Dexemos esto del Obispo, y volvamos á decir, que como Cortés tenia á Alonso de Avila por hombre atrevido, y no estaba muy bien con él, siempre le queria tener muy lejos de sí, porque verdaderamente si quando vino el Christóbal de Tapia con las provisiones, el Alonso de Avila se hallará en México, porque entónces estaba en la isla de Santo Domingo, y como el Alonso de Avila era servidor del Obispo de Burgos, é habia sido su criado, y le traian cartas para él, fuera gran contraditor de Cortés y de sus cosas: y á esta causa siempre procuraba Cortés de tenello apartado de su persona, y quando vino deste viage que dicho tengo, por consejo de Fray Bartolome de Olmedo por le contentar y agradar, le encomendó en aquella sazon el pueblo de Guatitlan, y le dió ciertos pesos de oro, y con *palabras y* ofrecimientos, y con el de-

pó-

pósito del pueblo por mí nombrado, que es muy bueno, y de mucha renta, le hizo tan su amigo y servidor que le envió despues á Castilla, y juntamente con él á su Capitan de la Guarda, que se decia Antonio de Quiñones, los quales fuéron por Procuradores de la Nueva-España y de Cortés, y lleváron dos navíos, y y en ellos ochenta y ocho mil Castellanos en barras de oro; y lleváron la recamara que llamamos del gran Montezuma, que tenia en su poder Guatemuz, y fué un gran presente, en fin para nuestro gran César, porque fuéron muchas joyas muy ricas, y perlas tamañas algunas dellas como avellanas, y muchos chalchiuies, que son piedras finas como esmeraldas, y por ser tantas, y no me detener en escribirlas, lo dexaré de decir y traer á la memoria: y tambien enviamos unos pedazos de huesos de gigantes, que se halláron en un Cu é adoratorio en Cuyoacan, que eran segun, y de la manera de otros grandes zancarrones que nos diéron en Tlascala, los quales habiamos enviado la primera vez, y eran muy grandes en demasía, y le lleváron tres tigres, y otras cosas que ya no me acuerdo: y con estos Procuradores escribió el Cabildo de México á su Magestad; y ansimismo todos los mas conquistadores escribimos con el Cabildo juntamente, é Fray Bartolomé de Olmedo de la Orden de la Merced, y el Tesorero Julian de Alderete; y todos á

una

una deciamos de los muchos y buenos é leales servicios que Cortés y todos nosotros los conquistadores le habiamos hecho, y á la contina haciamos, y todo lo por nosotros sucedido desde que entramos á ganar la ciudad de México, y como estaba descubierta la mar del Sur, y se tenia por cierto que era cosa muy rica: y suplicamos á su Magestad que nos enviase Obispo, y Religiosos de todas Ordenes, que fuesen de buena vida y doctrina, para que nos ayudasen á plantar mas por entero en estas partes nuestra santa Fe Católica, y le suplicamos todos á una, que la gobernacion desta Nueva-España, que le hiciese merced della á Cortés, pues tan bueno y leal servidor le era, y á todos nosotros los conquistadores nos hiciese merced para nosotros y para nuestros hijos, que todos los oficios Reales, ansi de Tesorero, Contador, y Fator, y Escribanías públicas, é Fieles Executores, y Alcaydias de fortalezas, que no hiciese merced dellas á otras personas, sino que entre nosotros se nos quedase; y le suplicamos que no enviase Letrados, porque en entrando en la tierra la pondrian en revuelta con sus libros, é habria pleytos y disensiones: y se le hizo saber lo de Christóbal de Tapia, como venia guiado por Don Juan Rodriguez de Fonseca Obispo de Burgos, y que no era suficiente para gobernar, y que se perdiera *esta Nueva-España*, si él quedara por Gober-

nador, y que hubiese por bien de saber claramente, que se habian hecho las cartas y relaciones que le habiamos escrito, dando cuenta de todo lo que habia acaecido en esta Nueva-España, porque teniamos por muy cierto, que el mismo Obispo no se las enviaba, y ántes le escribia al contrario de lo que pasaba en favor de Diego Velazquez su amigo, y de Christóbal de Tapia, por casalle con una parienta suya, que se decia Doña Pretonila de Fonseca; y como presentó ciertas provisiones que venian firmadas, é guiadas por el dicho Obispo de Burgos, y que todos estabamos los pechos por tierra para las obedecer, como se obedeciéron: mas viendo que el Tapia no era hombre para guerra, ni tenia aquel ser, ni cordura para ser Gobernador, que suplicáron de todas las provisiones, hasta informar á su Real Persona de todo lo acaecido, como agora le informamos, y le haciamos sabidor como sus leales vasallos, é somos obligados á nuestro Rey y Señor; y que agora que de lo que mas fuere servido mandar, que aquí estamos los pechos por tierra para cumplir su Real mando: y tambien le suplicamos que fuese servido de enviar á mandar al Obispo de Burgos, que no se entremetiese en cosas ningunas de Cortés, ni de todos nosotros, porque seria quebrar el hilo á muchas cosas de conquistas que en esta Nueva-España nosotros entendiamos, y en pa-

pacificar provincias, porque habia mandado el mismo Obispo de Burgos á los oficiales que estaban en la casa de la Contratacion de Sevilla, que se decian Pedro de Isasaga, y Juan Lopez de Recalte, que no dexasen pasar ningun recaudo de armas, ni soldados, ni favor para Cortés, ni para los soldados que con él estaban: y tambien se le hizo relacion como Cortés habia ido á pacificar la provincia de Panuco, y la dexó de paz, y las muy recias y fuertes batallas que con los naturales della tuvo, y como era gente muy belicosa y guerrera, y como habian muerto los de aquella provincia á los Capitanes que habia enviado Francisco de Garay, y á todos sus soldados, por no se saber dar maña en las guerras; y que habia gastado Cortés en la entrada sobre sesenta mil pesos, y que los demandaba á los oficiales de su Real Hacienda, y no se los quisiéron pagar. Tambien se le hizo sabidor, como agora hacia el Garay una armada en la isla de Jamayca, y que venian á poblar el rio de Panuco, y porque no le acaeciese como á sus Capitanes, que se los matáron, que suplicabamos á su Magestad, que le enviase á mandar que no salga de la isla hasta que esté muy de paz aquella provincia, porque nosotros se la conquistaremos, y se la entregaremos, porque si en aquella sazon viniese, viendo los naturales de aquestas tierras dos Capitanes que manden, ten-

drán divisiones y levantamientos, especial los Mexicanos, y escribiósele otras muchas cosas. Pues Cortés por su parte no se le quedó nada en el tintero; y aun de manera hizo relacion en su carta de todo lo acaecido, que fuéron veinte y una plana, é porque yo las leí todas, é lo entendí muy bien, lo declaro aquí como dicho tengo. Y demas desto enviaba Cortés á suplicar á su Magestad que le diese licencia para ir á la isla de Cuba á prender al Gobernador della, que se decia Diego Velazquez, para enviarsele á Castilla, para que allá su Magestad le mandase castigar, porque no le desbaratase mas, ni revolviese la Nueva-España, porque enviaba desde la isla de Cuba á mandar que matasen á Cortés. Dexémonos de las cartas, y digamos de su buen viage que lleváron nuestros Procuradores despues que partiéron del puerto de la Vera-Cruz, que fué en veinte dias del mes de Diciembre de mil y quinientos é veinte y dos años, y con buen viage desembarcáron por la canal de Bahama: y en el camino se les soltáron dos tigres de los tres que llevaban, é hiriéron á unos marineros, y acordáron de matar al que quedaba, porque era muy bravo, y no se podian valer con él, y fuéron su viage hasta la isla que llaman de la Tercera: y como el Antonio de Quiñones era Capitan, y se preciaba de muy valiente, y enamorado, parece ser que se revolvió en aque-

lla isla con una muger, é hubo sobre ella cierta qüestion, y diéronle una cuchillada en la cabeza de que al cabo de algunos dias murió, y quedó solo Alonso de Avila por Capitan. E ya que iba el Alonso de Avila con los dos navíos camino de España, no muy lejos de aquella isla, topa con ellos Juan Florin Frances cosario, y toma todo el oro y navíos, y prende al Alonso de Avila, y llevanle preso á Francia. Y tambien en aquella sazon robó el Juan Florin otro navío que venia de la isla de Santo Domingo, y le tomó sobre veinte mil pesos de oro, y muy gran cantidad de perlas, y azúcar, y cueros de vacas, y con todo esto se volvió á Francia muy rico, é hizo grandes presentes á su Rey, é al Almirante de Francia de las cosas é piezas de oro que llevaba de la Nueva-España, que toda Francia estaba maravillada de las riquezas que enviabamos á nuestro gran Emperador: y aun al mesmo Rey de Francia le tomaba codicia de tener parte en la islas de la Nueva-España, y entónces es quando dixo, que solamente con el oro que le iba á nuestro César destas tierras, le podia dar guerra á su Francia, y aun en aquella sazon no era ganado, ni habia nueva del Pirú, sino como dicho tengo, lo de la Nueva-España, y las islas de Santo Domingo, y San Juan, y Cuba, y Jamayca: y entónces dice que dixo el Rey de Francia, ó se lo envió á decir á

nues-

nuestro gran Emperador, que como habian partido entre él y el Rey de Portugal el mundo sin darle parte á él ? que mostrasen el testamento de nuestro padre Adan, si les dexó á ellos solamente por herederos y señores de aquellas tierras, que habian tomado entre ellos dos sin dalle á él ninguna dellas, é que por esta causa era lícito robar y tomar todo lo que pudiese por la mar: y luego tornó á mandar á Juan Florin, que volviese con otra armada á buscar la vida por la mar: y de aquel viage que volvió, ya que llevaba otra gran presa de todas ropas entre Castilla y las islas de Canaria dió con tres ó quatro navíos recios y de armada Vizcaynos, y los unos por una parte y los otros por otra envisten con el Juan Florin, y le rompen y desbaratan, y prendenle á él y á otros muchos Franceses, y les tomáron sus navíos y ropa, y á Juan Florin, y á otros Capitanes lleváron presos á Sevilla á la casa de la Contratacion, y los enviáron presos á su Magestad, y despues que lo supo mandó que en el camino hiciesen justicia dellos; y en el puerto del Pico los ahorcáron: y en esto paró nuestro oro, y Capitanes que lo llevaban, y el Juan Florin que lo robó. Pues volvamos á nuestra relacion, y es, que lleváron á Francia preso á Alonso de Avila, y le metiéron en una fortaleza, creyendo haber dél gran rescate, porque como llevaba tanto oro á su

car-

cargo, guardábanle bien: y el Alonso de Avila tuvo tales maneras y conciertos con el caballero Frances que lo tenia á cargo, ó le tenia por prisionero, que para que en Castilla supiesen de la manera que estaba preso, y le viniesen á rescatar, dixo que fuesen por la posta todas las cartas y poderes que llevaba de la Nueva-España, y que todas se diesen en la Corte de su Magestad al Licenciado Nuñez primo de Cortés, que era Relator del Real Consejo, ó á Martin Cortés padre del mismo Cortés, que vivia en Medellin, ó á Diego de Ordas que estaba en la Corte: y fuéron á todo buen recaudo que las hubiéron á su poder, y luego las despacháron para Flandes á su Magestad, porque al Obispo de Burgos no le diéron cuenta ni relacion dello, y todavía lo alcanzó á saber el Obispo de Burgos, y dixo que se holgaba que se hubiese perdido y robado todo el oro. Dexemos al Obispo, y vamos á su Magestad; que como luego lo supo, dixéron quien lo vió, y entendió que hubo algun sentimiento de la pérdida del oro, y de otra parte se alegró, viendo que tanta riqueza le enviaban, é que sintiese el Rey de Francia, que con aquellos presentes que le enviabamos que le podria dar guerra; y luego envió á mandar al Obispo de Burgos, que en lo que tocaba á Cortés, é á la Nueva-España, que en todo le diese favor y ayuda, y que presto ven-

dria á Castilla, y entenderia en ver la justicia de los pleytos y contiendas de Diego Velazquez y Cortés. Y dexemos esto, y digamos como luego supimos en la Nueva-España la pérdida del oro y riquezas de la recamara, y prision de Alonso de Avila, y todo lo demas aquí por mí memorado, y tuvimos dello gran sentimiento: y luego Cortés con brevedad procuró de haber é llegar todo el mas oro que pudo recoger, y de hacer un tiro de oro baxo, y de plata de lo que habian traido de Mechoacan, para enviar á su Magestad; y llamóse el tiro Fenix. Y tambien quiero decir, que siempre estuvo el pueblo de Guatitlan, que dió Cortés á Alonso de Avila, por el mismo Alonso de Avila, porque en aquella sazon no le tuvo su hermano Gil Gonzalez de Venavides hasta mas de tres años adelante, que el Gil Gonzalez vino de la isla de Cuba, é ya el Alonso de Avila estaba suelto de la prision de Francia, y habia venido á Yucatan por Contador; y entónces dió poder al hermano para que se sirviese dél, porque jamas se le quiso traspasar. Dexemonos de cuentos viejos que no hacen á nuestra relacion, y digamos todo lo que acaeció á Gonzalo de Sandoval, y á los demas Capitanes, que Cortés habia enviado á poblar las Provincias por mí ya nombradas, y entretanto acabó Cortés de mandar forjar el tiro, é allegar el oro para enviar á su Mages-

tad. Bien sé que dirán algunos curiosos Lectores, que porqué quando envió Cortés á Pedro de Alvarado y á Gonzalo de Sandoval, y los demas Capitanes á las conquistas y pacificaciones ya por mí nombradas, no concluí con ellos en esta mi relacion lo que habian hecho en ellas, y en lo que en las jornadas á cada uno ha acaecido; y lo vuelvo ahora á recitar, que es volver muy atras de nuestra relacion: y las causas que agora doy á ello es, que como iban camino de sus Provincias á las conquistas, y en aquel instante llegó al puerto de la Villa-Rica el Christóbal de Tapia, otras muchas veces por mí nombrado, que venia para ser Gobernador de la Nueva-España; y para consultar Cortés lo que sobre el caso se podria hacer, é tener ayuda y favor dellos, como Pedro de Alvarado, é Gonzalo de Sandoval eran tan experimentados Capitanes y de buenos consejos, envió por la posta á los llamar, y dexáron sus conquistas é pacificaciones suspensas; é como he dicho, viniéron al negocio de Christóbal de Tapia, que era mas importante para el servicio de su Magestad, porque se tuvo por cierto, que si el Tapia se quedara para gobernar, que la Nueva-España y México, se levantaran otra vez: y en aquel instante tambien vino Christóbal de Oli de Mechoacan, como era cerca de México, y la halló de paz, y le diéron mucho oro y plata, y como era recien casado, y la

muger moza y hermosa, apresuró su venida. Y luego tras esto de Tapia, aconteció el levantamiento de Panuco, y fué Cortés á lo pacificar, como dicho tengo en el capítulo que dello habla; y tambien para escribir á su Magestad, como escribimos, y enviar el oro, y dar poder á nuestros Capitanes y Procuradores por mí ya nombrados; y por estos estorbos, que fuéron los unos tras los otros, lo torno aquí á traer á la memoria, y es desta manera que diré.

TABLA

DE LOS CAPITULOS

DE ESTE TERCER TOMO.

qui-

ERRATAS.

Página.	Línea.	Errata.	Correccion.
24...	21...	porque....	*pero que.*
51...	1...	supiesemo..	*supiesemos.*
235...	23...	Tornatio...	*Tonatio.*
320...	26...	compado ..	*comprado.*
332...	26...	Monas-...	*Monas-.*
322...	27...	lterios	*terios.*
Ibi....	28...	os.	*los.*
344...	1...	CLXIX...	*CLIX.*

